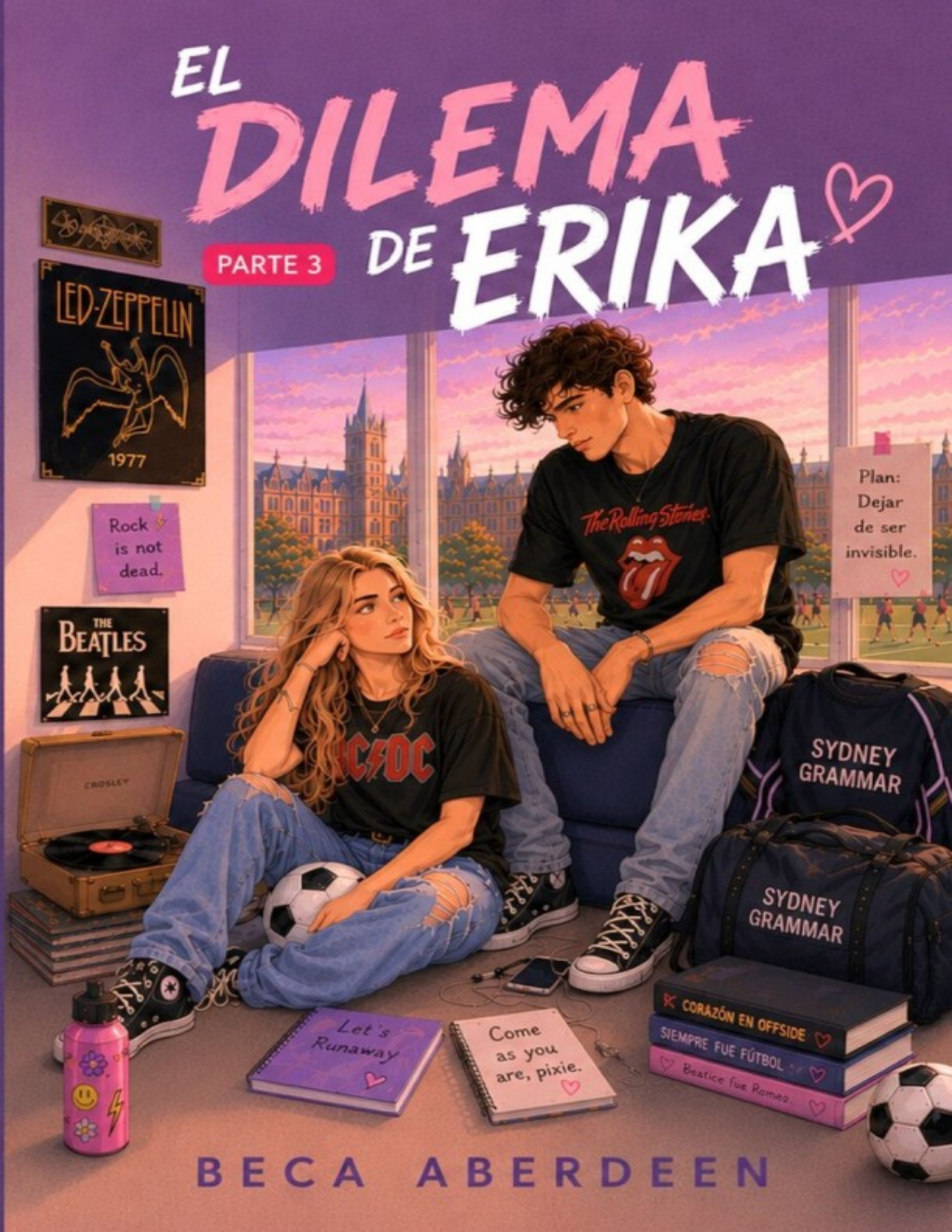
EL DILEMA DE ERIKA

PARTE 3



BECA ABERDEEN

El Dilema de Erika

BECA ABERDEEN

Copyright © 2026 Beca Aberdeen

Todos los derechos reservados.

PARA TI, LECTORA. POR SI NECESITABAS ESCUCHARLO HOY: GRACIAS POR ESTAR AQUÍ.

CONTENIDO

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9

10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42

Epílogo

Prólogo

Me encapriché de Dan Steinbeck en siete días, y fue enteramente culpa suya y de sus juegos mentales.

Ocurrió al principio del curso. Rebecca y yo nos atrincheramos en la primera fila en economía, sin nada entre nosotras, el profesor y la pizarra. Éramos unas empollonas orgullosas, pero con pinta de chicas duras. Rebecca con las manos llenas de anillos de plata y los labios pintados de rojo burdeos, y yo con la camiseta de Red Hot Chilli Peppers manchada de césped porque había estado practicando pases con Jane antes de entrar a clase.

—Erika Summers —dijo el señor Williams al pasar lista.

—Presente.

—¿Quién es esa? —llegó una voz desde tres filas atrás.

Levanté la vista hacia Dan Steinbeck que hojeaba su libro sin mirarme siquiera. Me encogí de hombros sin darle más importancia y seguí tomando notas.

Dos días después, en literatura, el profesor volvió a llamarme.

—¿Erika Summers?

Alcé la mano mientras escribía la fecha en una hoja nueva de mi cuaderno, decidida a ser muy organizada ese nuevo curso. Propósitos de curso nuevo que nunca pasan del primer semestre.

—¿Quién es esa?

Mi bolígrafo se detuvo a mitad de palabra y giré la cabeza, preparada para fulminarlo con la mirada. Esta vez, Dan sí que me estaba mirando y la sonrisa juguetona que me dedicó me detuvo el corazón.

—Es nueva, ¿no? —Sus ojos traviesos no se apartaron de los míos mientras hablaba.

La confusión me provocó un cortocircuito ¿Dan Steinbeck estaba tonteando conmigo? ¿Conmigo? ¿Es que no había visto a Carmina González y su escotazo dos filas más atrás de él?

«Tiene que haber otra explicación» me dije, clavando la vista en mi cuaderno, con las mejillas ardiendo.

Esa misma tarde, Rebecca y yo nos lo cruzamos por la calle al volver de comprar material de la papelería. Mi interés ligero en él se había intensificado en el transcurso de una tarde. Así que me dio un bajón increíble verle acompañado por una chica guapísima.

No era alumna en Sydney Grammar, pero sí que era una diosa. Guapa, alta, delicada pero sexy, de esa forma que les gusta a los hombres. El reflejo del sol en su melena rubia larga casi me dejó ciega.

—Vamos a cruzar. —Tiré ansiosa del brazo de Rebecca hacia la calzada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero mi amiga le reconoció.

—Ese chico es de nuestra clase, ¿no?

—Ajá.

—Joder, su novia está muy buena.

Estupendo, Rebecca también pensaba que era un pibón. No eran mis inseguridades tratando de hundirme.

—Sí —gruñí de mala gana. Vamos que Dan no estaba tonteando conmigo en clase, solo se estaba burlando de que no soy una persona memorable. Como si no lo supiera ya.

«Pues que le den».

Pero al día siguiente todo se volvió aún más raro.

En ciencias, la profesora Owens leía en voz alta algo sobre células cuando una sombra cayó sobre mi pupitre. Levanté la vista y

me lo encontré, alto como un actor de Hollywood, y sexy a rabiar.

—¿Tienes típex?

¿En serio? Había otros quince estudiantes entre él y yo con estuches a rebosar de material escolar. ¿Por qué había cruzado la clase para pedírmelo a mí? Sin dar crédito a su extraño comportamiento, extendí el corrector con la sospecha de estar en mitad de un sueño.

Cuando vino a devolverlo, sus dedos rozaron los míos durante un segundo entero, en el que me clavó la mirada. Floté entre nubes, conocí a Jesucristo y a Buda mientras sonaba November Rain en mi mente, aunque no era noviembre ni estaba lloviendo, pero era la canción que le iba a ese momento.

—Ayer por la tarde te vi.

—Ahh… —¿Se estaba refiriendo a cuando nos lo cruzamos con su novia la Diosa?

—En la calle, cerca de Torstar. Te vi de compras por allí.

No os vi. Te vi. A mí. Aparentemente Rebecca era invisible.

Mi cerebro sufrió el segundo cortocircuito de la semana.

—Ahh —entoné, incapaz de añadir nada más. Muy bien, Erika.

Dan sostuvo mi mirada unos segundos, como esperando algo. Al ver que permanecía muda, esbozó una sonrisa de medio lado y se alejó. Y hasta Rebecca lo siguió con los ojos hasta que volvió a su sitio.

Yo le gustaba, no había otra explicación. Aun así, no tenía sentido. Los chicos como él no se fijaban en mí.

No quería ilusionarme y acabar con el corazón roto, como otras veces. Yo nunca era la chica que querían de novia. Era a la que daban un codazo y hacían bromas de chicos. Y eso no iba a cambiar este año por arte de magia.

1

Mi madre tenía la cara contraída cuando entré en la cocina por la tarde.

—Nada mal —anunció Rob, ofreciéndole un gofre quemado con la espátula en alto.

Mi madre lo probó y trató de fingir lo mejor que pudo que no le estaba dando arcadas.

—Están buenos, cariño.

Yo dejé mi mochila deportiva en el suelo junto a la puerta y fui directa a la nevera. Todavía tenía barro en las espinillas del entrenamiento y el pelo húmedo pegado al cuello, pero nadie preguntó cómo había ido.

Fuera hacía ese calor húmedo de febrero que en Sídney confundes con verano hasta que el cielo se pone a llover sin avisar.

—¿Erika? —Mi madre abrió el bolso y sacó el móvil sin levantar la vista—. Necesito que pases por el súper. Te mando la lista.

—Vale.

—Y algo para tu hermano, que está creciendo.

Cogí un yogur de la nevera y cerré la puerta despacio.

Rob me miró por encima de la isla de la cocina y por la sonrisita de autosuficiencia ya sabía que iba a soltarme alguna perla.

—Oye, he visto antes a Gary darte un abrazo en el jardín.

—Ajá.

—He intentado imaginarme tu cara si fuera un chico de verdad. —Sacudió la cabeza como si la imagen le resultara imposible —. O sea, uno al que le gustes.

Mi madre soltó una risita distraída sin apartar los ojos del móvil.

—Rob —lo regañó, aunque su tono distaba mucho de ser severo.

—Pues sí que estabas aburrido esta tarde… —Me encogí de hombros y di un sorbo directamente del envase.

—Te pones rarísima con esas cosas. ¿Has tenido una cita alguna vez? —Ladeó la cabeza, genuinamente curioso, que era lo peor. No lo decía con maldad, solo señalaba algo obvio—. No sé, igual hay algo que no funciona bien ahí.

Hubo un silencio de dos segundos.

—El móvil te vibra —le dije.

Rob bajó la vista a la encimera y yo recogí mi mochila del suelo.

—Erika, te he mandado la lista —repitió mi madre.

—Ya la veo.

Salí por la puerta trasera con la boca manchada de yogur. Lo peor no era que mi hermano me viera como un caso clínico. Lo peor era que a veces yo también lo pensaba.

En el súper, intentando recordar si a mi padre le gustaban los yogures de cereza, escuché una voz que reconocí al instante.

—Esa es mi peor asignatura, mamá. —La voz de Dan era tensa, pero trataba de mantener el tono bajo—. Y soy el sexto de la clase.

—No digo que tengas que ser el primero en todo…

—¿A no? —se quejó él—. Porque eso es justo lo que parece que estás diciendo.

—Daniel, no seas tan sensible —lo regañó su madre, ojeando los frigoríficos de las verduras congeladas—. Solo comentaba que el año pasado ibas mejor.

—El año pasado el nivel no era tan alto. —Sus dedos estaban blancos alrededor del asa del carrito y su postura era rígida.

Me quedé paralizada e incapaz de apartar la mirada.

—Son buenas notas —continuó él, perdiendo fuerza. Parecía estar convenciéndose a sí mismo a la vez que a ella—. No he suspendido nada.

—¿Suspender? Pues sí que has puesto el listón bajo este año —replicó su madre y hubo un silencio incómodo.

—No es eso, es que… parece que nunca nada es suficiente.

La madre suspiró, claramente molesta.

—Lo hablamos luego con tu padre —zanjó. Se dio la vuelta y se alejó hacia las estanterías de cereales y galletas.

Dan se quedó quieto unos segundos, con los hombros hundidos. Entonces levantó la vista y me pilló de lleno, espiándolo.

Se me incendió la cara de vergüenza. Pensé en darme media vuelta y huir, pero era demasiado tarde porque nuestras miradas se habían cruzado.

Estaba segura de que iba a odiarme por haberlo observado durante un momento tan incómodo, pero no fue eso lo que vi en su rostro. Más bien parecía cansado.

Se pasó una mano por el pelo y esbozó una sonrisa apagada, muy distinta a la del instituto.

—Hola, Erika —dijo, acercándose un poco—. ¿Qué haces?

—Hola. No… no estaba escuchando. Bueno, sí. Un poco, pero sin querer. Lo siento...

—Da igual. —Se encogió de hombros.

Hubo un silencio incómodo, durante el cual me planteé salir corriendo con mi cesta sin mirar atrás.

—Lo mejor es rendirte… —empecé, sorprendiéndonos a ambos.

—¿Qué?

Iba a arrepentirme de aquello, pero algo había abierto la escotilla y no conseguía volver a cerrarla. El desastre era inminente.

—Digo que a veces lo mejor es rendirte con tus padres, aceptar que hagas lo que hagas no van a estar satisfechos.

Dan se puso serio y pensativo un instante, después asintió despacio.

Tenía que haberlo dejado ahí, pero no conseguía cerrar la maldita boca.

—Mi hermano, Rob, es el gracioso. Yo soy… la que no da problemas, pero tampoco alegrías.

Dan soltó una risa baja, sin humor.

—Yo soy hijo único. Así que solo compito contra mi sombra, el hijo con el que soñaban antes de que yo naciera. Es agotador, la verdad… —Se movió sobre sus pies, metiendo las manos en los bolsillos en vista de que la conversación se iba a alargar—. Intentar llegar a una meta que siempre se mueve un poco más lejos.

Asentí, notando un tironcito en el pecho por él. Quería decirle que a mí me parecía perfecto como era, quería darle un abrazo y consolarle, pero me contuve.

Nos quedamos mirándonos un instante más en silencio. Hasta que su madre apareció con una caja de galletas que tenían muchas etiquetas de "sin" pero poca pinta de tener valor nutricional.

—Hasta mañana, Erika —se despidió él, dedicándome una sonrisa pequeña que se sintió enorme cuando la guardé dentro de mi corazón.

Se alejó por el pasillo, y terminé mi compra en piloto automático.

Salí del supermercado con la bolsa en una mano y el móvil en la otra, todavía con la cabeza en las nubes. No vi al chico hasta que choqué con él.

La bolsa se me escurrió hacia un lado y tuve que agarrarla con las dos manos para que no se cayera. Levanté la vista para disculparme y me encontré con una mandíbula bien definida, luego con unos ojos marrones somnolientos, como si acabara de levantarse de una siesta larga.

—Disculpa.

El chico, que era ridículamente guapo, me clavó la mirada un segundo, antes de continuar caminando sin responderme.

Le contemplé con el ceño fruncido mientras se alejaba, tenía la capucha subida y las manos en los bolsillos. Su forma de caminar ya me decía bastante: fuera quien fuera, se creía por encima de las cortesías de la gente normal.

Después de soltar un bufido y sacudir la cabeza, comprobé el interior de la bolsa para asegurarme que los huevos seguían

intactos. En el camino de vuelta a casa no podía dejar de pensar en Dan. Aunque no le conocía mi intuición me decía que era el chico perfecto para mí.

Quería que fuera el primero de verdad, no el pico torpe con mi vecino Gary que nos dio risa a los dos. Quería algo que me volara la cabeza, y Dan me parecía el candidato perfecto. Pero no tenía ni idea de cómo ligar, así que mi estrategia tendría que limitarse a esperar que él diera el primer paso.

Porque iba a darlo. Estaba segura de ello.

Al menos, hasta que salió la lista y lo jodió todo.

2

El primer cuchicheo por el pasillo principal del instituto me pasó por alto. El segundo fue acompañado de miraditas y sonrisitas que hicieron que Rebecca y yo frunciéramos el ceño. Al tercero, una chica me echó una mirada que mezclaba lástima e indignación.

—Menudos cretinos —murmuró al pasar junto a mí.

—¿Qué mierda...? —Rebecca se detuvo en medio del pasillo.

Un grupo de chicos con acné y posturas torpes se plantó frente a nosotras.

—¿Tú eres Erika Summers?

—Sí, ¿por?

Me echó un vistazo de arriba abajo.

—Pues ni tan mal. —Se giró hacia sus amigos—. Me siento mejor.

Rebecca abrió la boca para responderle, pero yo ya caminaba hacia el tablón donde se amontonaba media escuela entre risas y comentarios. Me costó abrirme paso entre los brazos con teléfonos levantados para sacar fotos.

Dan estaba entre ellos, la mochila colgándole de un hombro. Cuando nuestros ojos se cruzaron, vi algo en su rostro. Incomodidad, tal vez. O vergüenza. Se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

El estómago me dio un vuelco.

—Mierda, Erika.

Rebecca había llegado al tablón antes que yo y tenía una expresión grave.

—¿Qué?

—Hay una lista y estás en ella.

Las letras se enfocaron lentamente.

Los Más follables de Aberdeen School:
1. Fabio Schwartz
2. Carmina González
3. Robert Summers
4. Valerie Delacrois
5. Dan Steinbeck

Los Infollables de Aberdeen School:
1. Roberto Galiano
2. Sharon Richards
3. Amira Raja
4. Vihaan Patel
5. Erika Summers

Necesité leerlo tres veces más antes de procesar que aquello estaba ocurriendo de verdad.

El zumbido en mis oídos me aisló de las voces de la gente a mi alrededor. Todas mis inseguridades (cada una de las taras que había sospechado tener durante años) acababan de confirmarse de golpe, impresas en papel para que todo el instituto las viera.

Quería desaparecer. Evaporarme. Que la tierra se abriera y me tragara.

En su lugar, mis piernas me llevaron hacia la salida mientras veinte pares de ojos me seguían. Rebecca me llamó, pero no podía pararme a hablar con nadie.

Llegué al baño antes de que las lágrimas pudieran traicionarme. Me encerré en un cubículo y me dejé caer contra la puerta.

¿Los Infollables de Aberdeen School? ¿Y yo era la número cinco?

¿Qué había hecho yo para merecer esto? ¿Qué tenía de malo para que me consideraran indigna del contacto de otro ser humano?

La puerta del baño se abrió.

—Erika. —Rebecca comenzó a abrir puertas hasta que dio con la mía. La aporreó.

—Estoy bien —mentí.

—Abre la puta puerta.

Lo hice. Ella entró al cubículo, cerró tras de sí y me dio un abrazo.

—No les hagas ni caso. Son unos capullos que no tienen nada mejor que hacer.

Asentí contra su hombro, pero las palabras no llegaban a atravesar el ruido en mi cabeza.

Mi despertar sexual había terminado antes incluso de empezar.

Y lo peor de todo era recordar la expresión en el rostro de Dan cuando nuestros ojos se cruzaron frente al tablón.

Vergüenza. Como si lamentara haberse fijado en alguien tan infollable como yo.

La lista salía cada año. Nadie sabía quién la redactaba, aunque todo el mundo lo intuía: el grupo de gamberros de Sydney Grammar que se creían con derecho a decidir quién era sexy y quién no, y convertir sus opiniones en algo hirientemente público.

Sabía que lo que decía no era cierto. Sabía que no debía afectarme. Pero no podía quitármelo de la cabeza. Era una presencia constante en el fondo de mi mente, que me hacía sentir que tenía un foco apuntándome y un jurado tomando notas de todo lo que hacía.

¿Era mi forma de caminar? ¿Mi postura? ¿Mi ropa?

Busqué en internet cómo resultar más atractiva, pero solo encontré información inútil:

«Un estudio demuestra que la gente que sonríe es percibida como más atractiva.»

Probé a sonreír sin razón en el pasillo al día siguiente. La gente me preguntó si estaba bien.

«La simetría del rostro lo es todo en cuanto a la belleza.»

Nada que pueda hacer ahí, no soy Mr. Potato

«Los complementos lo son todo. Transforma tu ropa vieja en modelitos que vuelvan cabezas.»

Ya te digo si las vuelven que te pongas la camisa al revés y ates las mangas por delante. No es tan buena idea como lo hacen parecer esas chicas en su Instagram.

«Cosas que los hombres encuentran irresistibles: Cabello desordenado, estrías, sudaderas anchas, cara lavada, sin maquillaje, hábitos raros con la comida…

Vale, se les ha olvidado el NO entre hombres y encuentran.

«¿Qué comer para oler delicioso ahí abajo?»

Cerré el navegador. Había llegado a mi límite intelectual por hoy.

Dos días después de hacer el tonto con la ropa, de probar un perfume nuevo que me eché hasta en la bragueta y de leer idioteces en internet que me marearon la cabeza más que otra cosa, estaba en la fila de la cafetería, consciente de cada movimiento.

—Que no hueles mal, pesada —Rebecca puso los ojos en blanco.

—De verdad, prefiero que me lo digáis —les rogué—. Por duro que sea, es mejor que estar dándole vueltas a las razones.

—¿Será por las cejas? —Jane se plantó frente a mí en la fila para pedir comida.

—¡Jane! —Rebecca la fulminó con la mirada.

Mi mano voló a una ceja.

—¿Qué les pasa a mis cejas?

—Nada. —Rebecca se cruzó de brazos—. Soy lesbiana, ¿vale? Sé de mujeres y te he dicho cien mil veces que estás muy buena, Erika. Podrías ser modelo.

Suspiré. Notaba que la tensión me estaba agarrotando los hombros otra vez.

—No exageres.

—Lo que quería decir —Jane puso cara de arrepentimiento— es que se han tenido que basar en algo. Algo sin sentido, claro, pero en algo. Y pensaba que tal vez eran tus cejas porque son más oscuras que tu pelo y pobladas.

—Mierda. —Me estiré para ver mi reflejo en el cristal del mostrador—. No se me había ocurrido que fuera algo de mi cara. Pero ahora que lo dices… mi nariz es un poco… ¿como de cerdo, no?

—No he dicho nada de tu nariz. —Jane levantó las manos—. Eso lo estás diciendo tú.

—¡Basta! —Rebecca casi gritó—. Te estás volviendo loca. No hay ninguna razón por la que alguien te consideraría infollable. Y en vez de obsesionarte con tu físico, deberíamos estar investigando quiénes son los capullos detrás de esa lista para que pueda partirles las piernas.

Aparté la vista. Llevar el asunto a dirección solo me haría parecer resentida. Metí las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros. ¿Era ese un gesto femenino? Observé a las chicas a mi alrededor. Mi postura no se parecía a la de ninguna.

¿Y me sorprendía que me consideraran poco atractiva? Era una jodida marimacho.

—Ahí está —anunció Jane en un susurro chillado—. El número uno de los más follables.

Me giré y vi un chico guapísimo, aunque de una forma más exótica que Dan. Sus rasgos eran difíciles de ubicar, como si estuviera hecho de un cóctel variado de razas que había salido particularmente bien. Tenía la sensación de haberle visto antes.

Ajeno a nuestro escrutinio, porque evidentemente estaba más que acostumbrado a toda la atención, se colocó detrás de nosotras.

—Así que ese es Fabioloso. —Sonreí para mis adentros.

Lejos de reírse, Jane me clavó la vista como si hubiera sacado una pistola en medio de la cafetería.

—¡Shhh! —Me escupió al sisear tan fuerte—. Te va a escuchar.

—No te preocupes, no habla inglés. —Me encogí de hombros —. Troy estuvo en una fiesta este verano con él y me dijo que no sabía mucho. Eso y que es un putón. De hecho, creo que está en la lista porque literalmente es el tío más fácil de todo Sídney.

Jane y Rebecca se quedaron paralizadas. Sus ojos se desviaron por encima de mi hombro.

Me giré despacio.

Fabio Schwarz me observaba fijamente y, por su expresión, parecía haber entendido mi acento australiano sin ningún problema.

Se me secó la boca.

—Fabioloso, ¿eh? —Un brillo divertido cruzó sus ojos—. Eso es nuevo. ¿Se te ha ocurrido a ti?

—Ah… Sí… —Mi cabeza estaba a punto de echar vapor igual que la máquina de café a pocos metros de nosotros—. Hablas inglés perfectamente.

—Gracias.

—Mi amigo dijo que no sabías.

¿Por qué le contaba eso? Era como confesar que lo había criticado en su cara porque pensaba que era un extranjero que no se enteraba de nada.

—¿Troy Fuller? —Ladeó la cabeza—. Coincidimos a principios de verano. He mejorado desde entonces.

—¿En dos meses?

Fabio se encogió de hombros.

—Se ve que follarme a toda la ciudad ha resultado ser un método eficiente para aprender el idioma. —No parecía enfadado, pero tampoco encantado—. Definitivamente más económico que pagar una academia de inglés.

—Depende de si contraes una enfermedad de transmisión sexual. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Rebecca me clavó el codo en las costillas.

—Lo siento —me apresuré a añadir.

Tal vez lo que me había llevado a la lista era mi falta de filtro y no mi físico.

—¿Qué parte? —Su actitud seguía siendo despreocupada—. ¿La de estigmatizar mi vida sexual o la de difundir rumores sin haber verificado con la fuente?

Me quedé con la boca abierta.

—Las dos —intervino Rebecca—. Se está disculpando por las dos. ¿Verdad, Erika?

—Sí. Definitivamente las dos.

Debería haberlo dejado ahí. Debería haber caído un meteorito en la cafetería.

—Soy Erika Summers, ya sabes… la número cinco de la lista de infollables.

«Genial, Erika. ¿Por qué no te haces una tarjeta de visita con ese título?»

La ceja de Fabio se alzó y un brillo divertido bailó en sus ojos.

—Me refiero a que he dicho esas cosas de ti… por envidia.

«Por Dios, que alguien me meta un croissant cragado de gluten en la boca».

Fabio no respondió de inmediato. Me sostuvo la mirada el tiempo suficiente para que me arrepintiera de haber abierto la boca. Luego se inclinó hacia delante.

—Erika Summers —susurró mi nombre como si fuera a contarme un secreto.

Su perfume masculino inundó mis sentidos y me di cuenta de que era el chico con el que me había chocado fuera del supermercado.

—¿Qué?

Sus ojos sostuvieron los míos.

—Nadie es infollable.

El aire se me atascó en los pulmones. No por cómo lo dijo, con una despreocupación casi casual, sino porque lo decía en serio. Un hecho científico, no un consuelo de mierda.

Sus palabras me hicieron sentir alivio por primera vez en dos días.

—Entonces supongo que tú no has tenido nada que ver. —Tenía varios sospechosos dentro de las paredes de Sydney Grammar, empezando por los que estaban en el lado glorioso de la lista.

—Soy nuevo, y tengo entendido que sale cada año.

Asentí, sintiéndome tonta.

Fabio apuntó al mostrador detrás de nosotras.

—¿Vais a pedir?

Me giré, la vergüenza ardiendo en mis mejillas.

—¿Tenéis algo sin gluten?

La mujer detrás de la caja casi puso los ojos en blanco. Una de esas personas que creían que no quería ingerir gluten por moda.

—No.

Pedí un café con leche. La cajera preguntó si «normal» y yo le expliqué, con más paciencia de la que me quedaba, que normal dependía de a quién le preguntaras. Ella aporreó los botones de la caja sin responder.

Caminé hacia la otra punta del mostrador para esperar mi pedido, consciente de la atención de Fabio Schwarz sobre mí.

Debía pensar que era una borde.

Ninguno de ellos entendía lo que era tener una enfermedad que los demás trataban como un capricho.

O tal vez solo era yo teniendo una mala semana.

Después de recoger nuestros pedidos, nos sentamos cerca de la puerta. Nuestra mesa habitual estaba ocupada, pero tampoco es que me importara. Cuanto menos visible, mejor.

De camino me percaté de que Dan estaba en el otro extremo de la cafetería, de espaldas, hablando con alguien de su grupo. No me vio o hizo como que no me veía. Me pregunté si pensaría en mí. Si le habría dado vueltas, como estaba haciendo yo. Si la lista le habría importado en algún sentido que no fuera el de confirmar lo que ya sospechaba.

Aparté la vista antes de que pudiera pillarme mirándome y me concentré en no derramar el café.

Mis amigas debieron intuir mi mal humor, porque mantuvieron un silencio respetuoso y muy poco común de nosotras.

La silla junto a mí se arrastró hacia atrás.

—¿Os habéis enterado? —Bobbie apareció y se desplomó en la silla.—. Han pillado a Sophia Braxton haciéndole una mamada a Pietro Vignali en el aparcamiento.

Jane se inclinó hacia delante.

—¿En serio?

Dejé que sus voces se convirtieran en ruido de fondo. Hasta que, un rato más tarde, hubo un silencio que decidí aprovechar.

—Necesito vuestra ayuda. —Jugué con la tapa del vaso—. Necesito que me ayudéis a mejorar.

—¿A mejorar el qué? —Bobbie parpadeó con confusión.

—Lo que sea que está fallando. —No pude evitar recordar lo que me había dicho mi hermano el otro día en la cocina.

—Voy a matar a esos cabrones de la lista —gritó Rebecca, haciendo que varias personas se giraran a mirarnos—. Por última vez, Erika: No hay nada de malo en ti. Fabioloso acaba de susurrarte que nadie es infollable mientras te comía con los ojos. ¿Por qué no te quedas con eso? ¿Por qué solo te llega lo malo?

—No me estaba comiendo con los ojos —negué—. Ni siquiera le he caído bien.

—Le has llamado putón —recordó Jane—. Y aun así quería seguir hablando contigo.

Bobbie cruzó los brazos e hizo un puchero.

—Me he perdido algo importante, ¿verdad? ¿Por qué siempre me pierdo todo lo bueno?

La mano de Jane apretó su hombro para ofrecerle consuelo.

—Luego te lo cuento todo.

Se lo estaban tomando a broma. Todos ellos se estaban tomando a la ligera mi problema. Claro, porque no eran sus nombres los que aparecían en la lista.

—¿Entonces vais a ayudarme o qué? —Me enganché los pulgares en los bolsillos delanteros, mientras me espalda daba contra el respaldo.

—Oh, por favor. Dan Steinbeck babea cada vez que te ve, tu vecino está obsesionado contigo, Fabioloso casi se baja los pantalones y se ofrece a sacarte de la lista aquí mismo en la cafetería… pero tú no ves nada de eso, Erika. Estás tan convencida de que hay algo defectuoso en ti que ignoras todo lo demás, hasta lo que te dice el espejo.

—Piensas todas esas cosas porque eres mi amiga, pero para los chicos no funciono. —Mi autocompasión y mi furia crecieron conforme hablaba—. Olvidadlo, ni siquiera creo que sepáis como ayudarme. Necesito a alguien que no me vea distorsionada por el aprecio y que no tema herir mis sentimientos.

Me puse de pie. La silla chirrió contra el suelo.

—Erika, espera. —Jane extendió la mano.

Ya estaba caminando hacia la puerta, mi chaqueta colgando de un brazo.

Si mis amigos no iban a ayudarme, encontraría a alguien que sí lo hiciera. Lo que no había previsto era que ese alguien acabaría siendo la última persona que esperaba.

3

El interior de Infierno nos golpeó con una bofetada de aire condensado y caliente. Supermassive Black Hole de Muse retumbaba en las paredes, combinando perfectamente con mi estado de ánimo. Estaba en esos días del mes, ovulando, cargada de poder femenino. Un tío me había dicho "guapa" en la puerta y me sentía un pelín menos infollable.

Jane y yo nos abrimos paso entre la marea de bailarines sudorosos. La multitud se movía al ritmo atronador, cuerpos pegados en la penumbra.

Un destello de luz iluminó una esquina oscura y me detuve de golpe.

Fabio Schwarz se morreaba con una chica contra una columna. Pero eso no era lo chocante. Lo que me dejó clavada al suelo fue la segunda chica que lo abrazaba por detrás, acariciándole el pecho por debajo de la camiseta mientras le besaba el cuello.

Él se giró para dedicarle atención, y la otra alargó la mano hacia su entrepierna, tocándole por encima de los vaqueros.

No pude apartar la vista de la escena.

Fabio debió percibir mi mirada porque abrió los ojos y los clavó directamente en los míos, justo cuando empezó a sonar Smells Like Teen Spirit.

Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo, con la potencia de la guitarra y la decadencia de la voz de Kurt Cobain.

Lejos de molestarse, Fabio continuó observándome con la cabeza echada hacia un lado mientras una de ellas le besaba el cuello y su mano serpenteaba por la cadera de la otra, directa al centro de sus piernas.

Eso me ayudó a reaccionar. Me escabullí entre la multitud con el corazón golpeándome las costillas y el sonrojo más furioso de mi vida. Un segundo más y me habría convertido en parte de la orgía, aunque fuera como una mirona patética.

Jane estaba con Troy y Bobbie en nuestra esquina habitual, junto a la máquina de dardos que parpadeaba con luces de neón.

—¿Dónde estabas?

—He visto a Fabioloso. —Hice un gesto con la cabeza hacia el otro lado del bar.

Ella peinó la zona con la mirada ilusionada.

—¿Dónde?

—Está... ocupado. —Una sonrisa involuntaria se me escapó. La piel me picaba, y había empezado a sudar—. Montándoselo con dos chicas a la vez.

—Joder. —Jane sonó entre decepcionada e impresionada—. No me extraña nada. Es un dios del sexo.

—No exageres.

—¿No te gusta? —Sus cejas desaparecieron bajo el flequillo tupido.

—Es guapo, pero me gustan más corpulentos. —Hice un gesto de hombros anchos y la imagen de Dan pasó en un fogonazo por mi mente.

Jane resopló y apartó la mirada, desechando mi declaración con un gesto.

—No es guapo... es una creación del demonio para hacer que hasta la monja más devota se quite las bragas sin pensárselo.

Me eché a reír.

—Vale, después de lo que acabo de presenciar, no puedo llevarte la contraria. Es el dios de la lujuria personificado, el número uno de la lista por méritos propios y seguro que podría enseñarnos unas cuantas cosas a los cinco que estamos en el otro extremo de...

Me detuve en seco.

Una idea tomó forma en mi cabeza.

Fabio Schwarz tenía el poder sobrenatural de hacernos pensar en sexo con solo posar los ojos sobre él. Fabio Schwarz había sido coronado como el número uno de los más deseables. Fabio Schwarz había dominado el inglés en tiempo récord porque se había liado con media ciudad.

¿Qué me impedía aprender una cosa o dos de él?

—Hola, ¿eh? —La voz cargada de indignación de Bobbie me arrancó de mis cavilaciones. Estaba plantado a mi lado con las manos hundidas en los bolsillos—. Estaba esperando a que vinieras a saludarme, pero veo que paso desapercibido.

—Perdón, estaba... tramando algo.

—¿Tramando?

Me reí de lo conspirativo que había sonado y le planté una palmada cariñosa en el hombro.

—Auch. —Se sobó la zona.

No le había dado fuerte. Bobbie era delicado como una flor de invernadero. Más bien una dalia negra, vestido con camiseta de Evanescence y vaqueros oscuros rajados en las rodillas.

—¿Qué tal las clases de conducir?

—Un desastre. He llorado esta mañana.

—Perfecto, así es como funciona el proceso.

Mi amigo enarcó una ceja.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Para nada. Yo lloré en varias clases. —Adopté una expresión de seriedad absoluta—. Es parte del bautismo

Se relajó y soltó una risa seca.

Como no tenía bebida, le hice un gesto hacia la barra para que me siguiera.

—Eso no es lo que dice mi hermano. —Señaló a Troy con el pulgar—. Tuvo solo seis lecciones y aprobó a la primera. Me tiene frito a críticas.

Busqué un hueco en la barra y levanté un billete de veinte en el aire, pero la camarera estaba entretenida con un pedido largo. Así que me giré para continuar la conversación.

—Troy ha nacido para conducir.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor?

—Lo que quiero decir es que no te puedes comparar con alguien que tiene un don. No es realista ni justo. —Me apoyé contra la barra—. Compárate con Rebecca, que se estrelló contra un contenedor de basuras en la décima lección y se presentó al práctico siete veces antes de aprobar.

Con eso, al menos, conseguí que se riera.

Se adelantó para llamar a la camarera, que acababa de terminar el pedido. Ella hizo el amago de venir, nos conocía, pero cuando Fabio Schwarz golpeó la barra con la mano a dos metros de nosotros, le dio prioridad.

Ni siquiera me sorprendió. Fabio tenía esa aura imposible de ignorar.

Y yo estaba decidida a copiársela.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —le propuse a Bobbie sin apartar los ojos de Fabio—. Observar a Troy mientras conduce. Tienes a un experto delante. Aprovéchalo.

Bobbie consideró mis palabras.

En un impulso, le planté mi billete doblado en la palma.

—Pídeme una Heineken. Ahora vuelvo.

Seguí a Fabio, que se alejaba de la barra con la copa en alto.

Tuve que clavar codos y empujar espaldas para no perder el rastro. Salió del bar con la bebida aún en la mano, infringiendo las normas del local.

Fuera, la noche se había asentado por completo y la calle bullía de vida nocturna. Gente fumando cerca de las salidas, grupos migrando de un bar a otro, música alternativa filtrándose por las puertas: rock, hip hop, reggae... cualquier cosa menos pop comercial.

Fabio dejó la copa sobre la repisa de una ventana, se apoyó contra la pared y encendió un cigarrillo.

—Hola. —Me detuve a un par de metros.

Tenía la cabeza echada hacia atrás, descansando contra la pared, las piernas abiertas en busca de equilibrio. No parecía demasiado borracho.

Sus ojos me examinaron con expresión perezosa. Le brillaban bajo la farola.

Realmente tenía una belleza insultante. Mandíbula marcada, labios carnosos, pestañas largas que daban rabia, el pelo despeinado de forma perfecta. Como si acabara de levantarse y, a la vez, estuviera listo para la portada de una revista. No había ni una sola cosa criticable en su rostro.

Y lo peor eran sus ojos oscuros que parecían no dejarte escapar cuando se clavaban en los tuyos. Estaba convencida de que si se me quedaba mirando más de tres segundos descubriría todos mis secretos. O peor, todos mis complejos.

—¿Te acuerdas de mí?

Dio una calada sin apartar esa mirada insidiosa. Me llamó moviendo los dos dedos que sostenían el cigarrillo en una invitación muda.

Me acerqué y me detuve frente a él.

—Soy Erika Summers de Sydney Grammar. No tenemos clases juntos, pero...

Fabio se apartó de la pared con cierta dificultad. Me llegó de golpe el olor a alcohol, justo cuando su frente cayó sobre mi clavícula.

Me quedé paralizada.

¿Esa era su táctica de seducción? ¿Lanzarse al cuello sin mediar palabra?

Pero no me besó como había hecho con aquellas chicas.

—*Fudeu* —murmuró contra mi piel. Sus siguientes palabras salieron arrastradas—. Estoy mareado, pixie.

—¿Estás borracho?

—*Mais, claro que sim.*

—¿Me estás hablando en portugués?

Su respuesta fue echar todo su peso contra mí y agarrarse a mi brazo para recuperar el equilibrio.

Me giré para colocar su brazo alrededor de mi hombro y dejar que se reclinara contra mi costado.

—Estoy bien —farfulló, apartándose, para inmediatamente volver a sostenerse en mis hombros. Soltó una risilla embriagada.

—Creo que te has pasado bebiendo. —Él ni se molestó en responder—. Ven, te conseguiré agua.

Lo llevé medio a cuestas por la calle hasta una tienda de conveniencia iluminada con demasiados carteles de ofertas. Tenía un par de mesas con sillas en la entrada. Le dejé caer sobre una y él se desplomó inmediatamente sobre la superficie pegajosa.

Hice una mueca y usé una servilleta para limpiar unas manchas que preferí creer que eran de Coca-Cola, antes de que se restregara con ellas.

—No te muevas. Voy por agua. —Apoyé una mano en su hombro y reconsideré mis palabras de antes al notar el músculo sólido bajo mis dedos.

Asintió sin abrir los ojos.

Menos de cinco minutos después, cuando salí de la tienda, había cambiado de postura. Ahora estaba hundido en la silla como un muñeco de trapo, tapándose el rostro con una mano en un gesto dramático.

—Toma, esto te va a resucitar. —Le ofrecí la botella destapada.

Moviéndose despacio, le dio un trago largo y me observó de reojo.

—¿Cuánto te debo?

—Nada. —Descarté la idea con un ademán. Me convenía que se sintiera en deuda—. ¿Te encuentras mejor?

—No —respondió con total sinceridad, antes de volver a desplomarse sobre la mesa.

—¿Por qué has bebido tanto?

—Porque... —Hizo una pausa pensativa—. ¿Sabes qué? Ya no me acuerdo.

Se echó a reír de su propia respuesta, una risa pastosa y sin sentido.

—Fabio. —Me armé de valor—. ¿Puedo pedirte algo?

—¿Mmm?

—Supongo que te acuerdas de que salgo en el lado malo de la lista. Sé que suena patético, pero tú obviamente sabes cómo

funciona esto de seducir y yo... bueno, me preguntaba si podrías ayudarme.

Alzó la vista con los ojos entrecerrados, como si tratara de procesar mis palabras a través de la niebla alcohólica.

—¿Quieres que te enseñe a ligar?

—Sí, exacto. —Las palabras salieron atropelladas—. No te pido que me conviertas en una diosa, solo algunos consejos básicos para no ser invisible.

Me miró fijamente durante unos segundos eternos. Luego se incorporó ligeramente y asintió con solemnidad exagerada.

—Vale.

—¿Vale? —Parpadeé, desconcertada. No había esperado que fuera tan fácil.

—Claro, pixie. Pero primero... —Se levantó tambaleante—. Primero necesito un sitio para potar.

Me quedé boquiabierta. Claro que había dicho que sí estando borracho. Probablemente por la mañana no se acordaría de nada. Pero yo sí me iba a acordar.

—¿En serio?

No respondió. Desapareció por la esquina de la tienda hacia la oscuridad del callejón.

Cuando me asomé para ver si necesitaba ayuda, lo encontré con una mano apoyada en la pared, inclinado sobre un contenedor. Los sonidos que salían de él me hicieron retroceder un paso.

—Joder —murmuré, sin saber muy bien qué hacer.

Esperé a una distancia prudencial, mirando mi teléfono para darle algo de privacidad. Pasaron un par de minutos antes de que reapareciera, pálido y con el pelo pegado a la frente por el sudor.

—Perdona. —Su voz sonaba ronca.

—¿Estás mejor?

—Define mejor. —Se dejó caer de nuevo en la silla.

Le ofrecí la botella de agua otra vez. Bebió despacio esta vez, como si cualquier movimiento brusco fuera a hacer que todo volviera a salir.

—Deberías irte a casa.

—No puedo conducir así.

—No me digas. —Me senté frente a él—. ¿Dónde vives?

—Lejos. —Cerró los ojos—. Muy lejos… En Brasil.

—¿Tienes a alguien a quien pueda llamar?

—No.

La forma cortante en que lo dijo, me hizo no insistir.

—Vale. Pues pido un taxi.

—No tengo dinero para taxis. —Abrió un ojo—. Me lo he gastado todo en bebida, como un puto idiota.

—Yo invito.

—No.

—Fabio, no puedes quedarte aquí toda la noche.

—Claro que puedo. —Para demostrarlo, cruzó los brazos sobre la mesa y hundió la cabeza en ellos.

Suspiré y saqué mi móvil. Abrí la app de taxis.

—¿Cuál es tu dirección?

—¿Siempre eres tan mandona, pixie?

—Solo cuando trato con borrachos testarudos. Tu dirección.

Murmuró algo contra sus brazos que no entendí. Me incliné hacia delante.

—¿Qué?

Levantó la cabeza apenas lo suficiente para que pudiera escucharlo. Me dio una dirección en el otro extremo de la ciudad.

—Joder, sí que vives lejos.

—Te lo dije.

Pedí el taxi, que tardó solo cinco minutos en aparecer.

Ayudé a Fabio a levantarse y prácticamente tuve que arrastrarlo hasta el coche. El conductor puso cara de que había visto esto demasiadas veces.

—Si vomita, pagas la limpieza —advirtió.

—No va a vomitar. —Miré a Fabio—. ¿Verdad?

—Prometo nada. —Pero se dejó caer en el asiento trasero con los ojos cerrados.

Hice el amago de cerrar la puerta, pero el conductor protestó.

—Eh, chica, tu amigo parece bastante borracho.

—Ya no le queda nada en el estómago —le informé, preguntándome si hacía bien en confesar que ya había vomitado.

El taxista puso una mueca y echó un vistazo al asiento de atrás.

—No puedes dejarle solo. O vienes o se baja él también.

Me quedé en la acera, indecisa. La mirada del hombre me presionó a través del espejo retrovisor.

Mierda. ¿Por qué estaba tomándome tantas molestias en ayudarle?

Me monté y le mandé un mensaje rápido a Jane antes de que el taxi arrancara.

—Esta noche no voy a poder hacerlo. —La voz de Fabio me llegó mitigada por el asiento donde tenía la cara apoyada.

—¿El qué?

—Esto. —Gesticuló vagamente entre nosotros.

Un calor inesperado invadió mis mejillas, pero traté de ocultar esa reacción poniendo los ojos en blanco.

—El taxista me ha obligado a acompañarte.

—Eso no responde a mi pregunta.

Me quedé mirándolo. Incluso borracho y después de vomitar, seguía siendo insultantemente guapo. Era injusto.

—No has hecho ninguna pregunta.

—Es verdad —se rio, adormilado—. ¿Por qué me ayudas? Esa era la pregunta.

—Porque... —Busqué las palabras correctas—. Porque necesitas ayuda. Y porque dijiste que nadie es infollable, y eso... me hizo sentir mejor.

Fabio me observó durante un largo momento.

—Estás obsesionada con esa lista.

—Gracias. Ya me lo han dicho mis amigos.

Me dedicó una sonrisa mareada.

El resto del trayecto fue silencioso salvo por la música de la radio y la respiración pesada de Fabio. Estaba hundido en su esquina del asiento, la cabeza apoyada contra la ventana. Parecía casi inocente. Nada que ver con el dios del sexo que se morreaba con dos chicas a la vez.

—¿Es tu novio? —preguntó el conductor después de un rato.

—No. Solo un compañero de la escuela.

—Ajá. —No sonaba convencido.

Llegamos a su edificio veinte minutos después. Era un bloque de pisos moderno en una zona residencial tranquila. Definitivamente no era barato.

Pagué la carrera y casi me desmayo al ver el precio. Después ayudé a Fabio a salir del coche.

—¿Qué piso es?

—Cuarto. B.

El portal tenía ascensor, gracias a Dios. No había forma de que pudiera subirlo por las escaleras.

En el ascensor, Fabio se apoyó contra la pared y me miró con ojos entrecerrados.

—Sigues aquí.

—Alguien tiene que asegurarse de que llegas a tu cama.

—Muy considerado.

—Soy una buena persona.

—Una buena persona que me llama putón.

Me crucé de brazos, captando su sarcasmo al vuelo.

—Estabas enrollándote con dos tías a la vez en medio de un bar —le recordé, tratando de no sonar demasiado criticona.

—Y tú estabas mirando.

La puerta del ascensor se abrió en el cuarto piso, salvándome de la humillación de no tener respuesta.

El pasillo estaba bien iluminado, decorado con plantas que parecían reales. Fabio sacó las llaves del bolsillo con movimientos torpes y casi las dejó caer. Las atrapé antes de que golpearan el suelo.

Abrí la puerta y encendí la luz.

El piso no era lo que esperaba. Un lugar de paso para alguien que acababa de llegar de otro país. Estaba lleno de detalles y vida, con muebles modernos, pero de distintos estilos. Había libros apilados en la mesa del salón y una guitarra apoyada en la esquina. Las paredes estaban decoradas con cuadros, fotos de personas y una grande con un paisaje que parecía ser de Brasil.

—Bonito piso.

—Gracias. —Se tambaleó hacia el sofá y se dejó caer en él—. Lena tiene buen gusto.

¿Lena? Si ese capullo vivía con su novia, esperaba no encontrármela y que malinterpretara la situación. Sí que era la chica más cornuda de Sídney, pero no por mi causa.

—¿Quién es Lena?

—La ex de mi primo. —Cerró los ojos.

¿Vivía con la ex novia de su primo? Eso sonaba complicado.

Fui a la cocina y llené un vaso con agua. Encontré un paquete de galletas saladas en la despensa y volví al salón.

Fabio no se había movido. Por un momento pensé que se había dormido, pero abrió los ojos cuando me acerqué.

—Bebe. —Le ofrecí el vaso—. Y come algo.

Obedeció sin protestar, lo cual me preocupó un poco. El Fabio que había visto hasta ahora era demasiado listillo para seguir las órdenes de nadie.

—Deberías dormir —dije después de que terminara el agua—. Te vas a sentir fatal mañana.

—Ya me siento fatal ahora.

—Entonces mañana será peor. ¿Dónde está tu habitación?

Señaló vagamente hacia el pasillo.

—Primera puerta a la izquierda.

Le ayudé a levantarse y medio lo arrastré hasta su habitación. La cama estaba deshecha pero limpia. Le tumbé en el colchón como si fuera un saco y él gimió.

—Las botas —murmuró—. Tengo que quitarme las botas.

Me arrodillé y le quité las botas. Luego le quité la chaqueta de cuero que aún llevaba puesta. Debajo llevaba una camiseta blanca que se le había subido un poco, revelando un estómago plano y la cintura de su bóxer.

Aparté la vista rápidamente.

—Ya está. Ahora duerme.

Le tapé con la manta que estaba al pie de la cama.

—Erika.

—¿Qué?

—Gracias. —Sonó adormilado.

—No hay de qué.

Salí del cuarto rezando por no toparme con la tal Lena.

Por suerte, conseguí largarme de allí sin cruzarme con nadie.

De vuelta en el taxi, me topé con la cruda realidad de un contador que había continuado subiendo en mi ausencia. Mi buena obra iba a costarme un riñón, pero por lo menos, la próxima vez que me lo encontrara, Fabio Schwarz estaría en deuda conmigo. Al menos, eso era lo que me dije a mí misma durante todo el camino a casa.

4

El lunes por la mañana, el otoño se presentó a lo grande, con un diluvio apocalíptico. Encima me levanté tarde, porque sin sol directo en la cara, mi cerebro había ignorado todos los intentos de mi alarma.

Para cuando llegué al instituto, los buenos sitios del aparcamiento ya estaban cogidos, y tuve que estacionar en la otra punta. Llegué al edificio con el pelo empapado.

Lo lógico habría sido pasar por el baño a secarme, pero tenía algo más urgente en mente: cazar a Fabio y dejar claros los detalles de nuestro acuerdo antes de que la ansiedad me comiera viva.

Le esperé con mi aspecto de rata mojada junto a su taquilla.

Cuando apareció diez minutos antes de que sonara la campana, entendí que mi día no estaba yendo tan mal como el suyo. Yo tenía el pelo mojado, pero gracias al chubasquero que guardaba en el maletero, mi ropa seguía gloriosamente seca.

Fabio, en cambio, entró dando un espectáculo que pasaría a la memoria histórica de Sydney Grammar.

Tenía la ropa completamente calada, la camiseta blanca transparentando cada relieve de su torso. El pelo le chorreaba por la cara, y a pesar de todo, caminaba con la seguridad de alguien que vestía un traje de Armani recién salido de la tienda.

—Estás delante de mi taquilla.

Su voz me sacó de la ensoñación. Más que ensoñación, me había metido de lleno en un anuncio de perfume. Solo faltaba la música.

Me eché hacia un lado.

—Perdona.

Fabio no respondió. Abrió su taquilla, rebuscó en una bolsa de deporte y se arrancó la camiseta mojada. Sin aviso previo para las que tuvieran problemas cardiacos.

Mi boca se abrió. Creí escuchar exclamaciones y risillas, pero estaba demasiado absorta en el espectáculo como para estar segura.

Fabio pasó de todas olímpicamente. Se secó con una toalla de mano y se puso la camiseta de Sydney Grammar (seguro que era lo único seco que le quedaba). Luego se quitó los vaqueros allí mismo, en medio del pasillo, y se quedó en calzoncillos como si nada.

Esta vez los gritos fueron tan escandalosos como los de un concierto de K-pop.

Sin hacer caso del alboroto, Fabio se puso unos joggers grises y calcetines secos. Sus ojos subieron hasta los míos, consciente de que lo observaba más de cerca que ninguna otra. No dijo nada. Simplemente se agachó para ponerse las zapatillas, cerró la taquilla, se colgó la mochila y se largó por el pasillo.

—Eh —llamé, dando un par de zancadas para alcanzarlo—. ¿Quieres que te preste una sudadera?

Echó la vista atrás sin reducir el paso.

—Nah. —Sacudió la cabeza y dio nuestra conversación por zanjada.

—Espera —le volví a llamar—. Quería hablar contigo.

Se detuvo por fin, aunque la mirada de impaciencia que me echó me hizo perder parte de mi convicción.

—Siento molestarte, pero quería seguir con lo del sábado.

Entornó los ojos, estudiando mis facciones como si tratara de hacer memoria.

—Escucha, Eva.

—Erika.

—Erika —repitió—. Estoy seguro de que te dije esa noche que no busco nada serio. Haz memoria. Por muy borracho que esté,

siempre lo aviso antes de enrollarme con nadie. Así que, siento que te hayas hecho ilusiones, pero...

—¿Qué? —Le interrumpí, sacudiendo la cabeza—. ¿Crees que nos enrollamos?

—¿No lo hicimos?

—No —grité tan alto que los que pasaban nos echaron un vistazo curioso.

—¿Entonces qué quieres? Si es mi número... lo siento, pero no lo doy.

—No, bueno sí, pero no para lo que crees —solté de carrerilla —. ¿No recuerdas nuestra conversación del sábado?

Se mojó el labio inferior con la punta de la lengua. Ignoré la forma en que reaccionó mi cuerpo. Lo último que quería era que pensara que me gustaba. Parecía estar harto de tanta atención femenina.

—Lo siento, pixie. Estoy haciendo memoria, pero no me acuerdo. —Soltó una risita canalla y se peinó el flequillo mojado hacia atrás—. Iba bastante tocado.

—Pero recuerdas algo, porque me has llamado pixie.

Recolocó el peso de su cuerpo sobre la otra pierna, en vista de que la conversación iba a tomar más tiempo del esperado.

—Escucha, lo único que recuerdo es que me estabas mirando mientras... bailaba con mis amigas, y que pensé que parecías un hada de verano. Verano... ¿De dónde he sacado eso? Summers. Ese es tu apellido, ¿no?

Por lo menos, recordaba eso.

—Sí, ah... yo... joder, esto es mucho más difícil si no te acuerdas de nuestra conversación. —Bajé la vista. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que sonara la campana?

—No lo es. Hazme un resumen.

—Vale... —Cuadré los hombros y levanté la cara, ignorando el pequeño escalofrío que me recorrió al conectar con esos ojos posee-almas—. Hablamos de la lista... ya sabes.

—La lista...

Tragué saliva. Mi valor se disolvía con cada segundo de su atención. Estábamos demasiado cerca.

Di un paso atrás y respiré profundamente.

—Dijiste que me ayudarías con lo de la lista.

Un calor abrasante me trepó por la cara.

—Uff, me estás asustando. No sé qué te prometí, pero no tengo ni idea de quién hizo esa lista y aunque lo supiera no voy a matar a nadie, ni siquiera por ti, pixie.

—No es eso... yo... lo que te pedí es que me des algunos consejos sobre cómo ser más...

—¿Más...? —Me incitó al ver que me quedaba a medias.

—Más como tú.

—¿Cómo yo? —Se le veía realmente confuso.

—Más follable. —La expresión de su rostro lo dijo todo.

—¿Quieres que te ayude a parecer más follable?

—Sí. Dijiste que me ayudarías a... ya sabes, a tener más confianza. —Noté que me ardía la cara. Podría haber calentado el pasillo entero.

Me miró durante unos segundos eternos, como si estuviera procesando información a la vez que luchaba contra una resaca monumental.

—¿Para qué?

—Porque... porque no me gusta nada que hablen así de mí.

Ladeó la cabeza, estudiándome con esos ojos punzantes.

—Hay algo más. —Se cruzó de brazos y me evaluó con ojo clínico.

—Bueno, tienes experiencia. —Me encogí de hombros—. Y el sábado por la noche te pareció buena idea.

Sopesé mis opciones. Si iba a ayudarme, necesitaba saber la verdad.

—Me gusta alguien.

—¿Y?

—Y... creo que le gusto también, pero lo de la lista le ha echado para atrás.

Enarcó una ceja.

—Entonces no merece la pena. Búscate a otro. —Me echó un vistazo rápido de arriba abajo—. O a otra.

—Joder, ¿es eso? ¿Soy demasiado masculina?

—Lenguaje inclusivo, no le des vueltas.

—Me gusta un chico —corregí, porque era importante. Los chicos se fijaban en cosas distintas.

Guardó un silencio pensativo.

—Así que… te gusta Dan Steinbeck, pero a él le faltan huevos para pasar de esa estupidez de la lista y crees que yo puedo arreglarlo.

Di un paso hacia él, horrorizada.

—¿Cómo sabes que me gusta Dan? —bajé el tono.

—Lo he deducido.

—¿Lo has deducido?

Fabio suspiró, armándose de paciencia.

—Vas con una sudadera de Gorillaz pero llevas un pin de Broken Youth en la mochila. Les he escuchado, no son buenos, así que tienes otro motivo para seguirles. Hay una foto de Nicholas Galitzine en tu taquilla y Steinbeck se le parece. Y tu chico también sale en la lista, que es con lo que estás obsesionada. —Hizo una pausa breve—. ¿Me he equivocado en algo?

La campana sonó en ese momento, salvándome de tener que responder. Los pasillos se llenaron de ruido y movimiento mientras los estudiantes se dirigían a sus clases.

—Tengo que irme. —Señaló en dirección a su aula.

—Espera —rogué—. Prometiste que me ayudarías.

Fabio miró hacia el techo como si buscara paciencia divina.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué gano yo en todo esto?

Mi cerebro trabajó a toda prisa. Hasta que me fijé en las gotas de agua que aún caían por los mechones mojados de su cabello.

—El sábado te cuidé. Me gasté un pastizal en llevarte a casa.

Su ceño se frunció como si no se acordara de nada de eso.

—Ayuda desinteresada, sin duda —concluyó, ojeándome sin una pizca de agradecimiento.

Genial, el muy cabrón no se sentía en deuda conmigo. Iba a tener que ofrecerle alguna otra cosa.

—No tienes coche, ¿verdad? —Salté, sin importar lo desesperada que sonaba—. Seré tu chófer.

Fabio me miró durante un rato largo, evaluando.

—No necesito que nadie me lleve a ningún sitio.

—Hoy has llegado empapado al instituto.

Otro silencio. El diluvio golpeó las ventanas justo entonces, con una oportunidad que aproveché sin remordimientos.

—Supongo que eso puede interesarme. —Sus ojos brillaban con más interés del que quería mostrar—. Pero si hacemos esto, tienes que seguir todas mis indicaciones.

—Dentro de unos límites razonables.

—Sin límites —exigió.

—¿Estás loco?

—Mira quién habla.

—No voy a darte carta blanca para obligarme a hacer lo que se te ocurra.

—Entonces supongo que no me necesitas. —Ya se estaba dando la vuelta.

Me di cuenta de que estaba vendiéndole el alma al diablo. Y que iba a hacerlo de todas formas.

—Vale. —Le detuve, agarrándole suavemente del brazo. Le solté enseguida. El tacto de su piel era desconcertante—. Haré lo que digas siempre y cuando respete las tres leyes de la robótica.

Su boca se torció hacia un lado.

—Isaac Asimov.

Asentí, sorprendida de que supiera de qué estaba hablando.

Sus ojos conectaron con los míos. Se puso serio y asintió también. Fue como si firmáramos nuestro trato en un papel.

—Esto va a ser raro.

—¿Raro cómo? —me preocupé.

—Bueno, para empezar, voy a tener que enseñarte cosas que probablemente tu madre preferiría que no supieras. —Su amenaza fue seguida de una sonrisa mitad diversión, mitad advertencia—. Y va a requerir que... bueno, que practiques conmigo.

—¿Practicar?

—Cómo caminar, cómo hablar, cómo... actuar. No puedes aprender a ser seductora solo con la teoría, pixie. Es algo práctico.

La forma en que dijo "práctico" hizo que una bola de nervios se removiera en mi estómago.

—Vale —conseguí decir—. ¿Cuándo empezamos?

Ojeó mi sudadera.

—Hoy después de clase iremos a tu casa. Necesito echarle un vistazo a tu vestuario. No deberías poder ofrecerle tu ropa a ningún tío.

Solté un bufido, pero sabía que no podía saltarme esa parte.

—Vale, te recojo en la entrada a las cuatro en punto.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo y me miró por encima del hombro.

—Y pixie... asegúrate de que Dan te vea así, con el pelo mojado.

Se alejó por el pasillo sin mirar atrás.

Yo me quedé donde estaba, con el pelo chorreando, preguntándome qué mierdas acababa de hacer.

5

Después de clase, Rebecca y yo esperamos a Fabio dentro del coche. Estaba segura de que no iba a escabullirse porque seguía lloviendo sin tregua. Aparqué cerca de la puerta para verle en cuanto saliera.

—¿De qué va todo esto? —Rebecca guardó su móvil en la mochila después de diez minutos chateando y sonriéndole a la pantalla con cara de tonta. Por fin, había conseguido el número de una chica de su gimnasio que le gustaba desde hacía meses.

—¿Os habéis besado ya? —Hablar de su crush era la mejor manera de evadir su pregunta.

—No. Ni siquiera sé si es lesbiana.

—¿Por qué no se lo preguntas?

En lugar de responder, apuntó sus ojos entornados hacia mí como dos cañones de guerra.

—No cambies de tema. ¿Por qué estamos esperando a Fabioloso?

—No tiene coche y está lloviendo. —Me encogí de hombros, pero ella no se lo tragó ni por un momento.

—Buen intento… Hay algo más. Normalmente no vas por ahí salvando a chicos guapos de la lluvia.

La forma en la que sus ojos me escanearon me hizo remover inquieta. Me examiné las uñas, sacando las motitas de tierra que se me habían metido durante la práctica de fútbol en el césped mojado.

—¡Erika!

—Valeee, lo confieso: Schwarz es un Gremlin. Si dejamos que se moje se reproducirá en cien versiones aún más depravadas de sí mismo y será el fin de la humanidad.

Rebecca soltó una carcajada.

—Todo lo contrario. ¿Imaginas la ola de embarazos adolescentes que azotaría la ciudad? —Aunque me siguió el rollo, mi intento de distraerla fracasó—. Venga, suéltalo.

Había demasiado silencio para explicarle lo loca que estaba. Aunque era mi amiga y ya se lo imaginaba, aquella idea superaba mis rarezas habituales. Me incliné para encender la radio. Empezó a sonar The Passenger de Iggy Pop. A Rebecca no le gustaba el rock, pero había aprendido a tolerarlo porque sabía que nada de lo que le gustaba a ella estaba permitido en mi coche.

Antes de pensar en una respuesta, divisé a Fabio saliendo por las puertas dobles. Le di un flashazo con las luces largas, aprovechando que el cielo estaba gris y encapotado, y podría verlas.

Si Fabio estaba sorprendido de que estuviera esperándole, no dio señales de ello. Aceleró el paso y se metió en el asiento de atrás como si lo hiciéramos a diario.

—Hola. —Se sacudió la humedad del pelo con la gracia de un anuncio de champú, luego se situó en el espacio central del asiento y se abrochó el cinturón. Todo ello mientras Rebecca le observaba con curiosidad y cierta sospecha.

Puse el coche en marcha justo cuando mi amiga abría la boca. Tal y como había esperado, el rugido del motor la disuadió de continuar con el interrogatorio.

—Podría acostumbrarme a esto. —Fabio trazó la trayectoria de una gota que descendía por el cristal de su ventanilla.

—El bus es una mierda…—concordó Rebecca, ojeando con desagrado a los estudiantes que corrían hacia la parada al otro lado del aparcamiento.

—Sí, pero hoy soy el pasajero —cantó Fabio a la vez que Iggy Pop.

Una sonrisa se me escapó. La retiré antes de que pudiera verla por el espejo.

—Deberías poner los antiniebla, ¿no? —escuché que decía Rebecca a mi lado—. Todos los coches los llevan. Hay poca visibilidad.

Mierda, si Rebecca me estaba dando lecciones de conducción es que mi cabeza estaba verdaderamente jodida.

—¿Siempre venís juntas? —Fabio intercambió la mirada entre ambas desde el asiento de atrás.

—Casi siempre —murmuré, mi tono cargado de fastidio—. Vive al otro lado de la ciudad. Me desvío cada mañana.

—¿Y lo haces por...?

—Porque soy tonta, sí.

—No, lo haces porque eres una buena amiga y me amas. —Me mandó un beso por el aire.

—Lo peor es que tiene coche, pero le da miedo conducir.

Había tenido esa discusión mil veces. Rebecca nunca superaría su miedo si no se enfrentaba a él.

—Y yo a cambio soporto esta música durante todo el trayecto —refutó ella, dando a entender que eso equilibraba la balanza.

La cabeza de Fabio giró hacia mi amiga como un resorte y su expresión de espanto casi me hizo reír. Había estado golpeando sus dedos al ritmo de Paradise City de Guns N' Roses, claramente encantado con mi repertorio.

Rebecca pareció leer su expresión porque suspiró resignada.

—Ah… A ti también te gusta eso. —Se giró hacia su ventanilla —. Estoy rodeada.

—¿Qué es lo que te gusta a ti? —indagó Fabio.

—Mejor no preguntes —le advertí, a lo que ella me clavó una mirada cargada de reproche.

—No, no pasa nada, estoy orgullosa. —Se estiró en su asiento —. Me gusta Taylor Swift, es una genia, y me importa una mierda lo que tengáis que decir al respecto.

Mis ojos se encontraron con los de Fabio en el espejo retrovisor y rompimos a reír.

—Si está orgullosa, dudo que podamos ayudarla. —Su tono triste me hizo reír de nuevo.

Rebecca nos miró alternativamente con expresión de sospecha.

—¿Estáis liados o algo?

—No, no, no.

—¿Por qué no? Hacéis buena pareja. —No paraba de intercalar la mirada entre los dos, como si fuéramos dos piezas de un outfit que intentaba decidir si combinaban o no.

—No haces buena pareja con alguien solo porque te guste la misma música. —Mi mirada de advertencia debería haberla hecho callar. Era una noción ridícula y me estaba poniendo nerviosa.

—No es solo eso, pegáis físicamente también.

Eché un vistazo a Fabio, preguntándome si ese comentario le habría ofendido, pero su rostro impasible no me dijo nada.

—¿Entonces habéis quedado para escuchar música, sacudir la cabeza, perder audición y odiar al mundo juntos? —insistió, demasiado interesada en la naturaleza de nuestra asociación como para seguir ninguna de mis señales.

—¿No se lo has contado? —Fabio frunció el ceño y lo apuntó hacía mí.

—¿No me ha contado el qué?

—Quiere que la ayuda a ser más follable —explicó con la naturalidad de quien dice "Quiere lecciones de álgebra".

Se hizo un silencio en el coche que coincidió con un momento entre canciones de mi playlist. Apreté el volante a falta de poder cerrar los ojos. No quería que mis amigas se enteraran de esa forma. Jamás se lo hubiera explicado así...

Le fulminé con la mirada, pero él me la sostuvo sin el menor signo de arrepentimiento, como quien tira una granada y se queda a ver qué pasa.

Lo siguiente que se escuchó fue la carcajada incrédula de Rebecca y el principio de Creep de Radiohead, porque hasta el universo se estaba riendo de mí.

—¿Y cuál es el plan exactamente? —indagó en cuanto consiguió dejar de reír.

—Va a echarle un vistazo a mi ropa —murmuré de mala gana.

—¿Cómo en las películas? —Volvió a reírse.

—Diferente —murmuró Fabio con aire misterioso.

—¿Puedo apuntarme?

—No. —La respuesta de él fue punzante.

Extrañada, levanté la vista hacia el espejo, buscando una explicación en su rostro.

—Ya veo… —murmuró Rebecca en un tono de broma privada, intentando reprimir una sonrisa. ¿Qué se estaría imaginando que íbamos a hacer? ¿Un rito satánico? ¿O algo peor?

Respiré hondo, invadida por un cosquilleo extraño más abajo.

—Por mí te puedes venir. —De pronto estaba desesperada por invitar a alguien más.

—Otro día —intervino Fabio, tajante—. Para lo de hoy tenemos que estar solos. ¿Recuerdas las normas? Yo decido.

Rebecca me echó una mirada entre anonadada y divertida. Hizo la forma de un teléfono con su mano, se la llevó a la oreja, indicándome en silencio que iba a querer todos los detalles más tarde.

Ojalá fuera más tarde ya…

Diez minutos después, cuando Rebecca se bajó del coche frente a su casa, me sentí como si me estuviera dejando con un Gremlin maligno de verdad.

Fabio no se molestó en pasar al asiento de copiloto y no dijo nada durante el siguiente semáforo, pero sus ojos aparecieron en el espejo retrovisor y se quedaron ahí un momento. Bajé el volumen de la radio para que mis palabras le llegaran con claridad y puse el coche en marcha otra vez.

—No sé qué tienes planeado para hoy, pero quiero dejar algo claro. —Alcé el tono a pesar de que me temblaba la voz—. Tú y yo no vamos a enrollarnos. Ni hoy ni nunca.

Fabio no se movió ni pareció reaccionar. Estaba repantigado con la cabeza apoyada en el respaldo, las pestañas casi bajadas sobre esos ojos electrificados. Me clavó la mirada por el espejo retrovisor sin cambiar de postura.

—¿Por qué no? Hacemos buena pareja. —Su forma de decirlo era casi una burla a lo que Rebecca había dicho—. Podríamos follar al ritmo de Black Betty.

Esa era la canción que había empezado a sonar, aunque más bajita.

—Bam, bam, bam. —Golpeó mi asiento al compás de la batería inicial, forzándome a imaginar que eran nuestras caderas chocando—. *Whoa, black Betty, Bam-ba-lam. Whoa, black Betty, Bam-ba-lam. The damn thing gone wild, Bam-ba-lam.*

Cantó sacudiendo la cabeza y atrapándose los labios en un gesto a la vez erótico y sarcástico.

Horrorizada por lo gráfico de la fantasía y los saltos de mi asiento, me tragué la risilla histérica que subió por mi garganta junto con un calor agobiante. Centré la vista en la carretera, antes de acabar estrellada contra un árbol. Después subí la radio para silenciarle, pero había algo claro: ya nunca podría volver a escuchar esa maldita canción sin sonrojarme.

6

A las cuatro y media aparcamos en mi barrio. Una zona residencial de viviendas bajas con jardines delanteros.

—Vivo ahí —anuncié, bajándome del coche y colgándome la mochila del hombro.

—Bonita casa.

—Gracias. —Me pareé en seco al recordar que había olvidado bloquear el cierre centralizado. Fabio Schwarz debería entrar en la categoría del alcohol y las drogas en cuanto a su incompatibilidad con la conducción segura—. Es de mis padres.

Fabio sonrió. Bueno, más bien se rio de mí por decir algo tan obvio.

Caminamos en silencio. Era consciente de cada movimiento que hacía, de cada paso que daba, como si acabara de aprender a caminar.

—¿Nerviosa? —preguntó antes de que llegáramos al porche.

—No.

—Mentirosa.

—Vale, sí —admití—. Un poco.

—¿Por qué?

—Porque... no sé. Es raro. Vas a ver mi ropa y a juzgarme. No es lo que más me apetece en el mundo, la verdad.

—Pixie.

—¿Qué?

—Respira.

Lo que me salió fue más bien un bufido.

—Necesitas relajarte. Si estás tensa todo el rato, se nota, y eso no es sexy.

—Si supiera cómo parecer sexy, no estarías aquí.

—Es más fácil de lo que crees. Basta con fingir que ya eres quien quieres ser. —Se recostó la pared mientras yo abría la puerta —. La confianza es mitad actitud y mitad actuación. Aparentar hasta que se vuelve real.

—Eso suena a estafa.

—Claro que lo es. —Sonrió—. Pero funciona igual.

El rellano de mi casa estaba despejado.

—¿Están tus padres? —preguntó, siguiéndome dentro sin una pizca de la cohibición que mostraría cualquiera al entrar en una casa ajena.

—Mi padre sí, pero a estas horas suele estar encerrado en su despacho. Mi madre trabaja hasta tarde los lunes.

—¿Y tu padre no va a preguntar qué hace un tío en tu habitación?

—Le diré que estamos estudiando.

—¿Y te va a creer?

—Supongo, no suelo montármelo con nadie en casa. —O en ningún otro lugar, si era sincera. Era la hija aburrida de la que no tenían que preocuparse.

Para mi sorpresa, mi padre estaba en el salón con el portátil en las rodillas. A veces se cansaba de las cuatro paredes de su despacho y se movía por la casa, y justo hoy tenía que ser una de esas excepciones.

—Hola, cariño. —Levantó la vista y la posó en Fabio—. Oh, hola.

—Papá, este es Fabio. Tenemos que hacer un trabajo juntos.

—Fabio. —Mi padre se levantó y le tendió la mano—. Encantado.

—Igualmente, señor Summers.

—Por favor, llámame John. —Mi padre sonrió—. ¿De dónde eres? Tu acento es...

—Brasil. —Fabio estrechó su mano con firmeza—. Vine hace unos meses.

—Ah, Brasil. Qué maravilla. Siempre he querido visitar Río.

—Debería. —Fabio sonrió educadamente—. Le gustaría.

Me dio la impresión de que le había caído bien de primeras. Maldito encanto brasileño.

—Bueno, vamos a mi habitación. —Agarré a Fabio del brazo y lo arrastré hacia las escaleras antes de que mi padre pudiera seguir interrogándolo.

—Parece tranquilo —comentó mientras subíamos.

—Sí, es fácil de llevar. La neurótica es mi madre.

Abrí la puerta de mi habitación y le dejé pasar primero.

Fabio entró y se quedó quieto en medio de la habitación. Sus ojos pasearon por los pósters de bandas, la estantería de vinilos, las fotos con amigos.

—Es muy tú —dijo finalmente.

—¿Eso qué quiere decir?

No respondió. Cogió un vinilo de Arctic Monkeys, lo examinó y lo dejó en su sitio. Luego se agachó frente al escritorio, pasó un dedo por los restos de purpurina morada que habían sobrevivido a mi último proyecto de arte y lo alzó manchado de brillantina.

—¿Tus polvos mágicos, pixie?

—¿Qué tal si usas mi nombre?

—Erika también suena a hada del bosque encantado. —Se incorporó y se detuvo frente a la estantería de libros. Sus ojos recorrieron los lomos despacio, con más atención de la que había dedicado al resto de la habitación.

Tomó uno titulado Correspondencia privada.

—¿Me lo prestas?

—Ah… sí, supongo. —Me sorprendió que hubiera escogido ese y no otro—. ¿Por qué ese?

—Porque es tu favorito.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el que tiene la espina más doblada. Y tienes suficientes novelas de espías ahí para saber que es algo que ilumina tu cerebro. —Se lo guardó en la mochila

—¿Que ilumina mi cerebro?

—Sí, cuando algo te interesa, se activan más regiones de tu cerebro.

—Ah…

Le estudié desde una perspectiva nueva. Fabio Schwarz no era para nada el *fuckboy* superficial que había imaginado. Tal vez esa era la razón por la que su mirada a veces me parecía demasiado.

—¿Podemos ir al grano?

—Hada roquera. —Abrió mi armario sin pedir permiso. Su cara fue un poema—. ¿Dónde está el resto?

—¿Qué resto?

—La ropa como la que llevabas en Inferno.

Empezó a remover mis cosas, desordenándolo todo. Ese chico era peor que un dolor de regla. Me acerqué para cerrar las puertas del armario con las mejillas ardiendo.

—No tengo mucho para salir.

En dos zancadas, Fabio se plantó delante de mi cómoda y abrió el primer cajón.

—Salir… ¿Salir de casa?

—Já, qué gracioso —forcé una risa seca—. Salir de fiesta.

Después de abrir tres cajones encontró lo que le interesaba, el sitio donde guardaba la ropa de arreglarme. Analizó cada prenda y las echó sobre la cama.

—¿Sabes? La Erika que va a clase no debería parecer un ser humano completamente diferente de la Erika que sale a bailar.

Volvió a abrir las puertas de mi armario y escogió varias cosas para juntarlas con el montón de la cama. Recoger mi habitación más tarde iba a ser un auténtico coñazo.

Resignada, me dejé caer en la silla de mi escritorio y cogí un bolígrafo.

—¿Ya han empezado las clases? —Me fue imposible esconder la ironía, a pesar de que yo le había rogado por su ayuda—. ¿Debería tomar notas?

Se echó a reír suavemente y volvió a inspeccionar mis pósters en la pared, deteniéndose justo en el de Nicholas Galitzine.

—Una roquera a la que le gustan los tipos con pinta de príncipe azul. —Sacudió la cabeza para mostrar su decepción.

—Perdóname si no soy un cliché andante o un personaje unidimensional que cumple todas las casillas de tu lista de prototipos de persona.

Una sonrisa genuina se dibujó en sus labios, pero mantuvo la mirada apartada.

—Empecemos —decidió, por fin, habiendo satisfecho su curiosidad por mis cosas. O eso creía, porque un momento después, se subió al globo colgante donde me gustaba leer, lo hizo girar y se acomodó probando el mecanismo.

—Solo un hada podría tener algo así en su cuarto.

—Es toda una moda en Booktok. —Me puse de pie—. Acosé a mis padres hasta que me lo regalaron en las últimas Navidades.

—¿Aquí es donde lees guarrerías?

—¿Cómo dices?

—Por lo que sé de Booktok, es un club de chicas y señoras que leen guarrerías y cuelgan sus reacciones online con audios calientes.

Solté una risa involuntaria. No podría negar esa descripción, aunque quisiera.

El silencio entre temas de conversación y el hecho de que él ya no le estaba prestando atención a los detalles de mi habitación, sino que me estaba apuntando directamente con esos misiles que tenía por ojos hicieron que se me acelerara el pulso.

Eché un vistazo hacia la ropa que había amontonado en mi cama.

—¿Quieres que me pruebe eso o qué?

—No —negó sin apartar la mirada—. Solo quítate lo que llevas puesto.

La risa que me salió fue tan incrédula como corta. Me crucé de brazos, encogiéndome como si ya estuviera desnuda.

—Ni de coña. Si has venido para eso…

—No voy a tocarte, pixie. —Su tono de calma contrastaba con mi alboroto—. La ropa no importa si quien la lleva parece querer ser

invisible. Quiero ver la versión de ti que no se esconde. Que dejes salir a tu diosa interior, antes de discutir modelitos.

Me mojé los labios y cambié el peso de una pierna a otra.

—¿Qué es lo que quieres que haga exactamente?

—Pon música, algo que te inspire. Quítate la ropa, quédate solo en ropa interior y camina por la habitación —explicó—. Solo eso.

—¿Solo eso? —Me salió la risa por la nariz—. Contigo mirando…

Asintió con la tranquilidad de alguien que pasaba por una situación así a diario.

—No. —Me indignaba que lo sugiriera siquiera.

—¿Recuerdas las normas? Si no me haces caso, no puedo ayudarte.

—Las tres leyes de la robótica incluyen que no haré nada que me pueda hacer daño.

—¿Cómo te hace daño que te vea en ropa interior? Seguro que tienes biquinis que revelan más que lo que sea que llevas puesto debajo.

Sacudí la cabeza, negando en rotundo.

—Esto es distinto a estar en la playa.

—¿Por qué? —Su calma me estaba irritando.

—¿Y si me grabas y lo cuelgas en internet?

Se estiró en mi sillón colgante, se sacó el móvil del bolsillo del vaquero y me lo lanzó.

—Ahí tienes.

Lo capté al vuelo de pura chiripa.

—Lo único en peligro en este cuarto son mis huevos.

El calor me cosquilleó el pecho y para ocultárselo me di la vuelta.

Miré la ropa en el suelo. Luego a él, luego a la ropa otra vez.

—A la mierda. Alexa, pon Nirvana —pedí en un hilo de voz.

Estaba cabreada porque me obligara a hacer algo así. Pero también estaba decidida a salir de mi zona de confort, a conocer una nueva versión de mí misma que me alejara de mi yo niña de una vez por todas.

Cerré el pestillo de la puerta. Dudaba que mi padre viniera a husmear lo que hacía la santurrona de su hija. Estaban acostumbrados a que muchos de mis amigos fueran chicos y tal vez creían que era lesbiana. Una vez me habían preguntado si estaba con Rebecca.

Me quité la camiseta y los leggins. Solo imaginar que sus ojos estaban sobre mi culo desnudo me dio una sobredosis de adrenalina que me provocó temblores.

Con solo el abrigo de la guitarra eléctrica y la voz rasgada de Kurt Cobain comencé a caminar por mi cuarto. Me sentía patética y evité la mirada de ese capullo al que no pensaba volver a dirigir la palabra después de esto.

—¿Cuánto tiempo tengo que hacer esto?

—Hasta que empieces a disfrutarlo. —Le escuché decir a mi izquierda.

—¿Cómo voy a disfrutarlo? Solo puedo pensar en mis defectos y en que los estás viendo.

—Todos tenemos defectos, Erika. Nunca te disculpes por los tuyos.

Mis ojos fueron directos a su rostro.

—*Come as you are*, pixie.

Kurt Cobain cantó esas mismas palabras y me permití inhalar de verdad por primera vez desde que me quitara la ropa.

Mi paso cambió, mi espalda se estiró, los hombros se colocaron en una posición menos molesta y mi mentón se alzó por cuenta propia. Dejé de evitar la mirada de Fabio.

Ni siquiera dije nada cuando se encendió un cigarrillo dentro de mi casa sin consultarme. Lo único en lo que podía pensar era en lo sexis que estaban sus pómulos al dar una calada, en cómo sus ojos, normalmente oscuros, parecían arder mientras acariciaban la piel de mi estómago y bajaban por mis caderas.

Cuando giré para volver sobre mis pasos, sus ojos se posaron en mi trasero. Cada mirada era una caricia, un piropo, una pequeña dosis de algo que nunca había probado. No sabía que mi cuerpo pudiera hacerle algo tan poderoso a otra persona. Pero Fabio no

puso filtros a su reacción, dejó que me mirara en el espejo de sus ojos, que viera lo que era capaz de hacerle a un hombre.

Me emborraché de ese sentimiento y descubrí que me gustaba.

Me acerqué al globo, donde él estaba tan cómodamente tirado. Sus ojos me observaron con atención y una expresión medio ensoñadora, como si estuviera a medias en una fantasía donde no había tanto aire entre nosotros.

Y de pronto no lo había. No había aire suficiente para respirar en mi cuarto.

Plantada delante de él notando su atención en mi escote, hundí mis dedos en su pelo, y descubrí que era más suave de lo que había imaginado. Di un pequeño tirón para atraer su mirada a mi rostro.

Los ojos de Fabio se desviaron hacia un lado, su expresión cambiando en un microsegundo mientras contenía el aliento.

Entonces escuché la voz de Gary, mi vecino.

—Joder, Erika. —La mitad de su cuerpo asomaba por la cortina y la otra estaba detrás.

¿Cuántas veces le había dicho que no entrara por la ventana?

—Gary —grité—. ¿Cómo se te ocurre entrar con la cortina cerrada?

Nos estaba contemplando boquiabierto y con un pie aún en el alféizar.

—Pensaba que eras virgen —comentó casi para sí mismo—. Joder, pensé que la perderíamos juntos.

—Lárgate.

Fui hacia él, para cogerle del brazo y arrastrarlo a la puerta. Mala decisión, descubrí al abrir y ver que mi hermano estaba al otro lado.

—Erika, baja la mú…

Rob se calló al ver a Gary. Sus ojos saltaron de nuestro vecino a mi semidesnudez y de ahí a Fabio, que continuaba sentado como si nada alarmante estuviera pasando.

—¿Qué mierdas, Erika? ¿Te estás montando un trío?

—¿Qué? No.

Lejos de creérselo, Rob me apuntó con un dedo acusador a la cara.

—Voy a decírselo a mamá. —Una sonrisa vengativa cruzó su cara. Casi parecía encantado de tener algo de lo que chivarse por una vez.

—No, no vas a hacerlo… ¿Rob? —Salí corriendo detrás de mi hermano, dejando a los dos chicos solos en mi cuarto.

Me colé por la rendija de su puerta medio cerrada y forcejeamos por su móvil.

—No me estaba montando un trío, imbécil.

—Ya, claro…

—En serio, Rob. No me he enrollado con ellos.

—Ahora se lo explicas a mamá —desechó incrédulo, llevándose el móvil a la oreja.

—Y ya de paso aprovechas y le explicas a tu madre que fuiste tú el que atropelló al perro de los vecinos. —Fabio estaba apoyado en la pared y miraba a Rob con los brazos cruzados.

Mi hermano se congeló durante un instante, en el cual observó a Fabio con una expresión entre incredulidad y horror.

—¿Qué? —Gary se asomó por el quicio de la puerta—. ¿Fuiste tú? ¿Tú atropellaste a Hila, Rob?

Todos nos volvimos hacia Rob. Mi hermano bajó el teléfono y le echó una mirada ceñuda a mi invitado.

—¿Por qué dices…? ¿De qué mierdas estás hablando?

Fabio se encogió de hombros.

—La moto que hay fuera es tuya, ¿no? Está abollada, aunque has intentado ocultar la parte descascarillada pintando por encima. Una pena que no encontraras el mismo color.

La expresión alarmada de Rob me dijo que Fabio había dado en el clavo.

—¿Y qué? —protestó mi hermano, una vez recobró la compostura. Se cruzó de brazos a la defensiva y se volvió hacia mí —. ¿Quién es este idiota?

—Hay una bolsa de chucherías para perros sobre la encimera de la cocina y un ticket de compra con la fecha de hoy, pero ni siquiera tenéis perro. Tu padre llevaba el pijama puesto, tu madre no

viene hasta más tarde, así que la has debido comprar tú expresamente. Cuando he corrido la cortina te he visto darle unos cuantos al perro de la casa de al lado, que tenía una pata vendada. A mí me suena a conciencia pesada, pero tal vez me equivoco.

—Joder, Rob. —Gary se enfureció—. Podías haberla matado.

—Os he dicho mil veces que la atéis. —Increpó mi hermano, poniéndose muy rojo—. Siempre sale cuando escucha la moto.

—Tío… la dejaste tirada en la calle —le recriminó Gary indignado.

—Solo fui a esconder la moto, volví al minuto, pero tu padre ya estaba atendiéndola, así que me largué.

Gary sacudió la cabeza, con una expresión cargada de resentimiento.

—Por favor, no se lo digas a mis padres —le rogó Rob con las manos alzadas en un gesto de súplica—. Me quitarán la moto.

Fabio dio un paso hacia delante separándose de la pared y plantándole cara a mi hermano con una soltura que me provocó una mezcla de envidia y satisfacción. Con sus casi dos metros de altura, músculos trabajados por duras prácticas de fútbol y gimnasio, y su actitud de soy especial, poca gente se atrevía a hablarle así a mi hermano.

—¿Qué tal si tú no cuentas que nos has encontrado a los dos en el cuarto de Erika, donde no estaba pasando nada de índole sexual, y nosotros nos llevamos a la tumba lo del salvaje atropello de la pobre Hila?

—¿Y tú quién eres? —se interesó Gary, intercalando una mirada desconfiada entre Fabio y yo—. ¿Sherlock Holmes?

Una sonrisa ladeada e insolente se dibujó en su rostro.

—Soy su primo sexy.

7

Ser una cobarde me iba a costar un pastizal en gasolina.

Fui a por Rebecca primero. Simple y llanamente porque no quería quedarme a solas con él en el coche. Después del numerito en ropa interior me moría de vergüenza. Esperaba que él no creyera que le había cogido del pelo para besarle ni nada por el estilo. Mi intención había sido... no estaba segura. Supongo que el subidón de emociones había actuado por mí. O tal vez me había poseído la tal diosa interior que Fabio había mencionado. Aunque si iba a hacer cosas como esa, no pensaba dejarla salir nunca más.

Por suerte para mí, un amigo de Fabio le había recogido de mi casa y no me había pedido que le acercara.

Miré el navegador de mi teléfono. La ansiedad me apretaba el pecho. La flecha indicaba que estaba a punto de llegar al lugar donde me había pedido que le recogiera.

—¿Qué tal ayer con tu nuevo amiguito?

Rebecca tenía la cara girada hacia la ventanilla, observando con curiosidad los edificios altos que flanqueaban ambos lados de la calle.

—Bien.

Su cuello giró como un resorte hacia mí.

—¿Besa bien? Con esa cantidad de experiencia me imagino que sí. ¿Cómo le paraste los pies? No tiene pinta de tener mucha paciencia, pero creo que le gustas y tal vez...

La imagen apareció sola y la aparté con la misma velocidad.

—No hay nada entre nosotros.

—Venga ya...

—Tengo más amigos a los que les gusta el rock y no me lío con ellos.

—Ya, pero ninguno tiene la pinta de este —rebatió ella. Después sacó la mano por la ventanilla y la agitó en el aire— ¡Fabioloso, por aquí!

Fabio la escuchó. Era imposible no hacerlo. Tenía esa clase de voz que no necesitaba micrófonos.

Inhalé profundamente mientras le veía aproximarse y entrar por la puerta de atrás.

—Buenos días.

Rebecca se giró en el asiento, sonriente. ¿Qué mierdas le pasaba esa mañana? Normalmente tenía el humor de un chihuahua hasta pasadas las once.

—Tienes los ojos hinchados. ¿Saliste ayer? —interrogó al recién llegado.

—De tranquis.

Chasqueé la lengua. Por cómo sonaba su voz, había sido cualquier cosa menos eso.

—Es ridículo. —Rebecca no apartaba los ojos de él, parecía indignada por algo—. Hasta los ojos hinchados te quedan bien.

Por el espejo retrovisor vi que Fabio le ofrecía media sonrisa engreída.

Puse el coche en marcha y Uprising de Muse volvió a sonar.

No quería, pero mi boca se abrió por cuenta propia.

—¿Saliste con el chico de ayer?

—Alex, sí.

—¿Es universitario? Parece mayor que nosotros.

Los ojos de Fabio se encontraron con los míos por el espejo retrovisor y noté que se me calentaba la cara.

—No te molestes, está enamorado de otra chica. Completamente jodido por ella.

—Mejor para ti.

Una de sus cejas se enarcó con curiosidad. Yo debería mirar más la carretera y menos el espejo.

—Es más guapo que tú. No creo que ligues mucho cuando sales con él.

No supe por qué lo dije. O sí lo supe, pero no pensaba reconocerlo.

Fabio no respondió. Se limitó a observarme como si estuviera leyendo todos mis oscuros secretos en mis pupilas con subtítulos en portugués.

—¿Es brasileño también?

¿Por qué seguía haciendo preguntas que daban a entender que me gustaba su amigo? Ni yo misma lo sabía.

—Alex es mi primo.

Joder, menuda genética tenía esa familia. ¿O serían todos los brasileños así?

—¿Tienes alguna prima para mí? —Rebecca debía estar pensando lo mismo que yo.

—No en Australia.

—Si son como tú y, aparentemente, como tu primo, no me importaría viajar.

—¿Eres bisexual?

—No, ¿por?

Mi amiga le dedicó una sonrisa cargada de curiosidad.

—Me están llegando vibraciones desde que he entrado en el coche.

Fabio ladeó la cabeza para estudiarla. Un picor incómodo se me alojó en la garganta y carraspée.

—¿De mí? —Ella soltó una carcajada y le recorrió con la mirada.

—De ti. —De alguna forma logró que las dos palabras sonaran indecentes.

—No te ilusiones bombón, me gustas para mi amiga. —Rebecca le guiñó un ojo.

Le dediqué una mirada ceñuda. ¿Por qué le decía eso?

—¿Seguro que no quieres experimentar? —Fabio continuó tonteando con ella e ignorando de forma nada sutil la noción de que

nos quería emparejar—. Hoy tengo laboratorio de química y llevaré bata.

—Bata, ¿eh? —Rebecca se acarició el mentón sopesándolo—. ¿Y vas a llevar algo debajo?

—Llevaré lo que tú quieras…

Solté un bufido y los dos me miraron, probablemente recordando en ese momento que los coches aún no se conducían solos y que alguien más iba con ellos.

Cuando aparqué frente al instituto, Rebecca salió del coche disparada.

—Quiero pillar al profesor de contabilidad antes de ir a clase para hablarle sobre un trabajo —se excusó, ya alejándose sin mirar atrás. La muy traidora.

Fabio no se movió de inmediato. Su silencio hizo que agradeciera que la música siguiera puesta.

—Llevas maquillaje —comentó cuando metí las gafas de sol en la funda. Solo me había delineado los ojos y puesto rímel. Menos de lo que solía usar cuando salía de fiesta.

—Me dijiste que encontrara un término medio.

—Has mezclado la ropa de salir con la que solías usar para clase.

Alcé una ceja. La camiseta de ACDC remetida, los vaqueros cortos que nunca había traído a clase, la camisa de cuero oversize. Había tardado cuarenta minutos en conseguir que pareciera que no me había esforzado.

—¿No era eso lo que querías que hiciera?

—Eso era exactamente lo que quería que hicieras.

Fruncí el ceño.

—¿Cuál es el problema entonces?

—No hay ningún problema. Con la interrupción de tu vecino, no me dio tiempo a explicártelo. —Hizo una pausa—. Pero veo que lo has deducido por tu cuenta.

¿Me estaba echando la bronca o un piropo?

Ante mi confusión, Fabio esbozó una sonrisa que pareció casi involuntaria y salió del coche.

Si había un manual de instrucciones para sobrevivir a Fabio Schwarz, yo desde luego no lo tenía.

Bajé del coche y guardé la llave en el bolsillo de mi mochila. Para mi desgracia, él me esperaba apoyado en la puerta trasera, como si hubiéramos planeado caminar juntos. No éramos colegas, pero tampoco desconocidos. Y ese terreno intermedio me hacía sentir incómoda.

—¿Me estás esperando? —Decidí enfrentar la situación de forma abierta—. No somos amigos.

—Vamos hacia el mismo lugar —respondió él, sin aclararme nada— ¿Quieres que vaya a tu lado, o un paso por detrás en plan guardaespaldas?

La expresión de mi rostro le hizo sonreír.

—Creo que el papel de guardaespaldas me va más a mí.

—¿Insinúas que me puedes? —Sus ojos pasearon por mis brazos, y no pareció muy impresionado.

—No, lo decía porque a mí nadie me acosa, pero a ti...

—Es verdad —sopesó, conforme subíamos los escalones de la entrada—. Ayer llegué calado por la lluvia y una rubia que parecía Campanilla me devoró con los ojos mientras me cambiaba.

Se estremeció para dar a entender que estaba traumatizado por el recuerdo. Mi respuesta fue poner los ojos en blanco, mientras contenía una sonrisa a duras penas.

—¿Puedes protegerme de las chicas salidas?

—Evita desnudarte en mitad del pasillo y todo irá bien.

—Culpabilizando a la víctima, ¿eh? —me acusó, sacudiendo la cabeza con una expresión de decepción fingida. Después abrió la puerta y la sujetó para que yo pasara primero.

El pasillo estaba lleno del ruido habitual de la mañana: taquillas cerrándose, conversaciones superpuestas, risas que rebotaban contra las paredes.

—También le gusta mirar mientras me lío con otras —susurró cerca de mi oreja.

El pasillo siguió moviéndose a mi alrededor, pero yo estaba paralizada por su cercanía y el aroma de su piel. No supe si era perfume o desodorante. Solo supe que me fastidiaba que oliera así.

Le aparté de un empujón en el hombro.

En ese momento vi a Dan a unos diez metros. Estaba apoyado contra una pared de ladrillo con el estuche de la guitarra colgado del hombro. Llevaba el pelo húmedo todavía y hablaba con dos de sus amigos sin reparar en nosotros.

Las manos me empezaron a sudar y mi estómago dio un vuelco.

—Venga, pixie. *Come as you are* —me susurró Fabio al oído. Su voz tan grave e inesperadamente cercana me recorrió como un escalofrío desde la nuca hasta la base de la columna.

Sin añadir nada más, Fabio se movió en dirección opuesta. ¿Cómo podía dejarme sola en un momento así?

Respiré hondo. Me puse los cascos inalámbricos y busqué la canción en el reproductor del móvil. Cuando comenzó a sonar, me obligué a caminar hacia Dan con la música de Nirvana martillando en mis oídos y bajando hasta el pecho. Los estudiantes pasaban a mi alrededor dirigiéndose a clase, pero yo solo podía ver a Dan y la forma en que su boca se curvaba mientras le contaba algo a sus amigos.

Cinco metros.

Uno de sus amigos me vio primero. Murmuró algo y me señaló con la barbilla. Mis ojos se encontraron con los de Dan y noté una descarga eléctrica en el pecho.

Dan se quedó quieto. Su boca se cerró a media frase y algo cambió en su expresión, algo que no supe descifrar del todo pero que hizo que mi corazón latiera tan fuerte que estaba segura de que podía escucharlo.

Me detuve frente a él, demasiado cerca para ser casual pero no tanto como para parecer desesperada. Esperaba que fuera el equilibrio correcto. Por el rabillo del ojo vi que Fabio había vuelto, arrepentido quizá de dejar a su alumna sola ante el peligro después de tan solo una sesión. Estaba parado unos metros más allá, apoyado contra una taquilla mientras revisaba su móvil.

Me saqué un auricular.

—Hola —mi voz salió más firme de lo que esperaba.

Dan parpadeó, tal vez procesando que por una vez era yo la que había iniciado una conversación.

—Buenos días.

Sus amigos intercambiaron miradas y alguna sonrisita socarrona.

—¿Sigues tocando en Clover los jueves? —No sé de dónde saqué el valor para hacerle esa pregunta. ¡Y delante de sus amigos! Más que salir de mi zona de confort, me estaba lanzando por un acantilado hacia lo desconocido.

—Sí... —respondió Dan, aún sorprendido— ¿Vas a venir?

Antes de que pudiera responder, Fabio guardó el móvil y se colocó a mi lado con las manos en los bolsillos. Ni siquiera me miró; simplemente invadió mi espacio personal como si tuviera todo el derecho del mundo.

—Yo también, pixie —anunció, aunque nadie le había preguntado—. Me encanta vuestra música.

Dan frunció el ceño ligeramente al escuchar el apodo.

—Entonces, supongo que nos veremos allí —dije a modo de despedida.

Antes de que Dan pudiera responder, antes de que yo pudiera arrepentirme, me di la vuelta y caminé hacia clase con Fabio a mi lado.

—¿Por qué has hecho eso? —le recriminé, cuando estuvimos lo suficientemente lejos.

—¿Tú qué crees? —Fabio evadió mi mirada—. Ahora cree que tiene competencia. Te he hecho un favor.

Le observé abrir la tapa de un paquete de tabaco y contar los cigarrillos que le quedaban.

—Lo de pixie sobraba —protesté—. Van a pensar que estamos liados.

Fabio se guardó el paquete en el bolsillo y me prestó toda su atención. Se inclinó hacia mí y apoyó el brazo en la pared al lado de mi cabeza. El calor de su cuerpo invadió el mío de una forma agradable porque me resguardó de la corriente fría del pasillo.

—Deja que lo piensen. Soy tu campaña de marketing.

¿Por qué no le olía el aliento a tabaco? ¿Aún no había fumado su primer cigarrillo del día?

Aunque quisiera aferrarme a mi indignación, sabía que tenía razón. Quizá era positivo que pensaran que Fabio y yo nos liábamos.

—Gracias. —Al final iba a resultar que no era tan malo.

Una sonrisa ladeada, casi malvada, apareció en la comisura de su boca.

—No hemos hablado del precio de este nuevo servicio. —Se apartó de la pared y recogió la mochila sin prisa—. Luego te paso la factura.

No era malo, era peor, decidí conforme él se alejaba por el pasillo, dejándome ahí plantada con el corazón latiendo demasiado rápido y la sensación de que acababa de hacer un trato con el demonio.

8

No esperaba encontrar a Fabio en el aparcamiento después de clase, pero ahí estaba, agachado junto a mi coche, acariciando a un gato callejero.

Los ojos de Jane se abrieron tanto que pensé que se le iban a salir de las cuencas y se abrazó a su carpeta. Aún no le había contado lo de mi trato con Fabio, justamente porque reaccionaba a él como si fuera una estrella de Hollywood.

—¿Cómo se llama tu amigo? —Rebecca ojeó al gato con cautela mientras este se frotaba contra la pierna de Fabio. A ella tampoco le entusiasmaban mucho, pero no sufría la reacción visceral que me provocaban a mí. De pequeña no la habían arañado la mano, como era mi caso. Aún recordaba al animal infernal de mi tía con el que descubrí que los gatos no se parecían nada a los perros. Esos malditos atacaban sin avisar primero.

—Ni idea. Le he visto más días por aquí, pero creo que es callejero.

—Es de nuestro tío Loren —nos informó Zack, el hermano de Jane.

Alargué el brazo y apreté el botón para desbloquear las puertas de mi coche deseando esconderme dentro.

—Loren es el conserje —añadió Zack, deduciendo que Fabio no lo sabía porque era nuevo.

Nos montamos en el coche y me abroché el cinturón. Jane seguía parada fuera, mirando a Fabio con la boca abierta.

Bajé la ventanilla, soltando un largo suspiro.

—Es solo un chico. —La llamé con la mano. El gato que se estiraba a su lado debería preocuparle más—. No muerde.

—En realidad, muerdo cuando la situación lo requiere.

Me giré para acribillarle con la mirada.

—No tontees con mis amigas.

—¿Por qué no?

—No me gusta.

Fabio enarcó una ceja con un brillo divertido en los ojos, y me apresuré en añadir:

—Haz lo que quieras con el resto de la ciudad, pero en mi coche te la dejas dentro de los pantalones.

Sus manos se alzaron en gesto pacífico mientras se dejaba caer contra el asiento.

Encendí el motor y salí del aparcamiento con el coche lleno. Estaba rodeada de gente que me usaba de taxi. Claramente estaba haciendo algo mal con mi vida.

—¿Qué pasa si me estoy meando muchísimo? —Al parecer, Fabio no había dado el tema por zanjado.

—Paro el coche y lo haces fuera.

—¿Y si no funcionan los frenos y necesito mear en una botella de Coca-Cola vacía?

—¿Podemos parar en una gasolinera? —Intervino Zack—. Toda esta charla me está dando ganas de ir al baño.

—¿Puedes aguantar hasta Westfield? —Rebecca se giró en el asiento—. Tenemos que ir de todas formas.

Fruncí el ceño.

—¿Westfield? ¿Por qué vamos a Westfield?

—A por el regalo de mi prima Jenny. —Rebecca puso los ojos en blanco—. Te lo dije esta mañana, pero estabas demasiado ocupada tonteando con Steinbeck.

—¿Me he perdido algo? —Se metió Fabio al escuchar el nombre.

Una sonrisita involuntaria curvó mis labios al recordar lo ocurrido durante el almuerzo.

—Dan se ha pasado el descanso jugando con nosotros a las cartas. —Había pasado de sus amigos para unirse. Lo nunca visto.

Fabio soltó un silbido bajo.

—Soy bueno, ¿o qué? —celebró como si fuera mérito suyo. Idiota.

Pasaron cinco minutos sin que nadie comentara nada, hasta que Jane se asomó entre los dos asientos delanteros con cara de congoja.

—¿Lo de Westfield tiene que ser hoy? Tengo clases de tenis en Prince Albert a las cinco.

—Te dejo primero y luego vamos a Westfield —propuse— ¿Zack se queda contigo? Vuestra casa no está cerca de ninguno de los dos sitios.

El chico puso una mueca de fastidio. ¿Qué voy a hacer ahí una hora? Si no ibas a acercarme debería haber cogido el autobús.

Suspiré.

—De acuerdo, te acerco a casa —claudiqué resignada. Me acordé entonces del cuarto pasajero—. Ah, tenemos que dejar a Fabio primero.

—Puedo ir con vosotras a Westfield. —Tenía la mandíbula apretada como si algo le hubiera molestado. ¿Estaba enfadado?

—¿Seguro? ¿No tienes nada esta tarde? ¿Clases de tenis o piano? ¿El sacrificio de dos vírgenes?

Fabio se encogió de un hombro.

—Si son vírgenes, el sacrificio es más bien mío. ¿No crees?

Todos se rieron y yo apreté el volante hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Como mujer "sin estrenar" (qué término tan ridículo), no me hacía ninguna gracia que hablara como si fuéramos un problema a solucionar. ¿Y si Dan pensaba lo mismo? ¿Y si mi inexperiencia le parecía un inconveniente?

El nudo en el estómago me acompañó mientras dejaba a los hermanos Dawn, primero a Zack y después a Jane, que al menos tuvo la decencia de ofrecerme dinero para gasolina. Lo rechacé.

Media hora más tarde entramos en una juguetería del centro comercial.

Una dependienta con pinta de profesora de guardería nos guio al pasillo con juguetes apropiados para la edad de la prima de Rebecca.

—Ahí está la zona de niñas —soltó la bomba y desapareció sonriente y ajena a lo estúpido que había sonado su comentario.

La zona de «niñas» tenía planchas de ropa, cocinitas, sets de bebés, vestidos y complementos de princesas.

—¿Qué cojones es esto? —Rebecca se giró hacia nosotros, de brazos cruzados, casi echando humo por la cabeza.

—¿Gilead? —bromeó Fabio.

Dos líneas, una rosa y otra azul, dividían los dos géneros.

—¿Todas las jugueterías hacen eso?

—Espero que no —gruñó Rebecca con la cara roja de pura indignación—. Vámonos.

Asentí, estando totalmente de acuerdo. No podíamos apoyar un negocio así con nuestras compras.

—Pienso poner una reclamación —dijo Rebecca conforme nos dimos la vuelta.

Me detuve al notar que Fabio no nos seguía, y eché un vistazo atrás.

—¿Qué estás haciendo?

Fabio estaba colocando la plancha de juguete en la mano del maniquí niño.

—¿Vais a ayudarme o qué?

Me lanzó una pelota de rugbi que atrapé al vuelo. Intercambié una mirada anonadada con Rebecca y un instante después, sonreímos.

Nuestras mochilas volaron a un rincón, donde no molestaban. No había tiempo que perder si queríamos darles una lección antes de que alguien apareciera.

—Fabioloso, esto es mucho mejor que poner una reclamación. —Rebecca arrancó el vestido de princesa al maniquí niña y le puso un traje de astronauta.

Fabio colocó una sartén de plástico en las manos de un superhéroe y echó un vistazo al final del pasillo.

—Cómo nos pillen… —solté entre risas, trabajando en subvertir los roles de género todo lo rápido que podía.

—Merece la pena una visita a la comisaría —respondió Rebecca, observando entusiasmada el resultado de su trabajo.

Me eché a reír y me dejé llevar. Tomé un coche de policía de juguete y metí dentro a una Barbie.

—La princesa del orden. —Lo aparqué frente a una cocina de juguete.

Rebecca y Fabio soltaron una carcajada.

—El día que pixie se corrompió.

Fabio estaba colocando una muñeca con tutú sobre un monopatín.

—Juntándome contigo, era cuestión de tiempo.

Nos vinimos arriba y perdimos un poco el control. En menos de cinco minutos habíamos convertido la sección en un caos: muñecas armadas con espadas láser, superhéroes con cochecitos de bebé, peluches dando clase a dinosaurios de plástico.

Rebecca sacó el móvil y comenzó a grabar.

—Esto podría petarlo en TikTok. Una tarde subvirtiendo los roles de género tradicionales.

Me puse una camiseta de rugbi y rodeé los hombros de Fabio con mi brazo mientras él se colocaba la tiara de princesa.

—Solo un detalle. —Rebecca se sacó la barra de labios roja, su seña de identidad, y se aproximó a Fabio para pintarle los labios a él, y dibujar dos rayas bajo mis ojos—. Estáis guapísimos.

Nos hizo varias fotos, haciendo el tonto y poniendo posturas ridículas con nuestro escenario de fondo.

Fabio se quitó la tiara y me la colocó a mí, ajustándola con cuidado sobre mi pelo.

—Póntela para el concierto de Broken Youth —murmuró en mi oído y no sonaba a broma. Sus dedos rozaron mi sien y un cosquilleo se extendió por el lateral de mi cara—. A Steinbeck le gustará imaginar que le chupas el bajo con ella puesta.

Le aparté de un manotazo y giré el rostro para que no me viera sonrojada. ¿Por qué siempre tenía que ser tan sexualmente gráfico?

En ese momento escuchamos pasos y una voz preocupantemente cercana.

—¿Qué estáis haciendo? —La dependienta había vuelto para ver si necesitábamos ayuda y ojeaba horrorizada el espectáculo que habíamos montado.

Nos congelamos. Fabio fue el primero en reaccionar, con ese descaro suyo.

—Es para un trabajo de nuestra clase de igualdad de género —le aseguró muy serio.

La mujer continuó paseando la mirada por los detalles de nuestra obra.

—¡Qué desastre!

—Es un proyecto de deconstrucción social —solté de carrerilla mientas comenzaba a caminar hacia atrás.

—Esperamos que consideréis dejarlo así —cerró Rebecca, antes de que echáramos a correr.

Salimos de la tienda todavía riéndonos. El subidón de adrenalina hizo que todo pareciera más brillante mientras nos perdíamos entre los pasillos para que no pudieran rastrearnos. Nos ocultamos detrás de una maceta enorme y me doblé sobre mí misma, notando que las carcajadas me dolían en las costillas.

Estábamos parados justo delante de una librería.

—Paso de juguetes, le voy a coger un libro —Rebecca desapareció antes de que pudiera responder.

Me quedé ahí agachada con Fabio. El silencio repentino era extraño después de tanto caos.

—Sigues con el pintalabios. —Señalé su boca con media sonrisa.

Se pasó el dorso de la mano, pero solo consiguió correr más el color rojo.

—Peor.

Sacó el móvil para mirarse en la cámara frontal y soltó algo en portugués que sonaba a palabrota, mientras intentaba limpiarse.

—Espera. —Alcé la mano y pasé el pulgar por su labio inferior, tratando de borrar la mancha. Mi dedo se deslizó por la curva de su boca, tan cerca del borde interior que sentí su aliento cálido contra mi piel.

Fabio se quedó completamente quieto. No se apartó, no hizo ningún comentario sarcástico. Eso hizo que la situación se volviera aún más incómoda.

Mi mano cayó con rapidez, limpiándome el dedo en los vaqueros mientras apartaba la mirada.

—Ya está.

Fabio pasó la lengua por su labio inferior, comprobando si quedaba algo de color.

Me sobraba la sudadera. El aire acondicionado del centro comercial de repente no era suficiente y el ambiente pareció crujir de una forma extraña entre nosotros.

Por suerte, Rebecca salió de la tienda revisando un ticket antes de guardarlo.

—Ya está, lo tengo. —Levantó una bolsa con el logo de la librería—. Vámonos antes de que nos encuentre el segurata.

Asentí, agradeciendo la interrupción. En el coche, decidí acercar a Fabio a su casa antes que a ella. Porque si algo no había cambiado desde esa mañana es que seguía siendo una cobarde.

9

Llegamos tarde. Según Fabio, el desinterés era básico en las primeras fases de la seducción.

La terraza de Clover estaba medio llena, las tiras de luces led alargándose por todo el patio. Había suficiente gente para que Dan no nos viera llegar.

Para cuando Fabio y yo alcanzamos la barra, la noche no se había instaurado del todo y el cielo aún tenía tonos anaranjados y nubes azuladas.

Fabio apoyó un codo sobre la superficie pegajosa mientras un camarero con demasiados piercings en las orejas iba a por nuestras cervezas.

—Este local no cumple con las medidas de seguridad.

—¿Por qué? —Analicé los alrededores. Aunque había bastante gente, no parecía superar el aforo, y estábamos al aire libre. No era la clase de persona que se fijaba en si había extintores al entrar en los sitios, pero él sí que prestaba atención a todos los detalles con su estilo Sherlock Holmes para sacar conclusiones.

—Porque está tocando Broken Youth pero nadie está repartiendo tapones de oído. —Se señaló las orejas, arrugando los ojos con expresión de dolor.

Solté una risa seca. Me hubiera gustado defender a Dan, pero su grupo realmente estaba haciendo un trabajo terrible al fusionar el rock con el tecno.

Cuando nos entregaron las cervezas, hice el amago de dirigirme hacia el escenario, pero Fabio me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia los sofás que estaban junto a la pared.

—Si Dan ni siquiera se entera de que estoy aquí, no tiene mucho sentido haber venido —le grité por encima del ruido mientras se abría paso entre la gente.

—Créeme, se va a enterar de que has venido.

Fabio me soltó para saludar a dos chicas que estaban sentadas en los sillones. Intercambiaron besos en las mejillas y me pareció reconocerlas de Inferno. Las del trío.

Sacudí la cabeza. Se suponía que habíamos venido por mí, no para saciar sus instintos bajos.

Parada allí de pie, mientras él le susurraba algo al oído (guarrerías probablemente), sentí que sobraba. Que hubiera sido mejor quedarme en casa.

Le di tragos a mi cerveza un poco tiesa. Era incapaz de bailar al son de la banda. El batería tenía menos sentido del ritmo que un recién nacido, la guitarra del cantante debía de estar desafinada o algo. Realmente el bajo de Dan era lo único salvable. Debería cambiarse de grupo, pero no iba a ser yo la que se lo sugiriera. Al menos no de momento. Cuando lleváramos un tiempo juntos, quizá.

—Hola. —La amiga de Fabio que tenía la piel tostada y el pelo afro lleno de caracolas perfectas apareció a mi lado.

—Hola —respondí, un poco desconcertada por la forma en la que me sonreía.

La otra, piel blanca como la nieve y cabello negro cortado a la altura de la barbilla, se puso de pie también y me plantó dos besos en las mejillas.

—Soy Tania Lebedeva y ella es Kamaria.

Asentí, limpiándome la mejilla que debía de estar color granate.

—Tranquila, es pintalabios del fijo, no te he manchado.

La del pelo afro se puso a mi otro lado y enlazó su brazo con el mío.

—Kamaria significa luna en suajili —explicó sonriente. Sus dientes blancos y perfectos relucían contra su piel.

—Ah, qué bonito.

¿Qué estaba pasando? ¿Pensaban que me iba a unir a su club de fans de Fabioloso?

Desde uno de los sillones que ellas habían evacuado, Fabio nos observaba con una expresión plana de la que me fue imposible sacar ninguna conclusión.

Con una sonrisita de disculpa, me solté del brazo de sus amigas y me incliné sobre él.

—Si piensas que me voy a sumar a vuestras orgías...

—Solo baila con ellas, pixie —me interrumpió en tono aburrido.

—¿Qué?

—Bailar, Erika. No viola ninguna de tus leyes de la robótica. —Me tomó de los hombros y me empujó hacia sus amigas, dando el tema por zanjado.

La música cambió y el pitido electrónico de Midnight City se mezcló con el murmullo del público.

Ellas debían de haber recibido indicaciones de él, porque sin que yo hiciera nada Tania me tomó de la mano y Kamaria del otro brazo. De pronto estaba en medio de las dos, envuelta en su perfume de coco y humo.

Los sintetizadores vibraban en el suelo y me atravesaban el pecho. Me moví con torpeza al principio, pero las chicas sabían lo que hacían. Hicieron un sándwich conmigo: una bailaba delante de mí, la otra detrás, marcando el ritmo con las caderas.

Las luces azules se reflejaban en sus pómulos brillantes, y yo... me dejé llevar.

Las risas de Kamaria rozaban mi oído como burbujas, los mechones de Tania se enredaban en mi brazo. Me moví entre ellas, sin pensar, dejando que la música me guiara.

Fabio nos observaba desde el sofá, con una pierna sobre la otra y una cerveza en la mano. Su rostro no mostraba ninguna expresión. Aunque el brillo en sus ojos contaba otra historia.

Se me erizó la piel al sentir su mirada penetrante sobre mí.

Pero entonces él hizo un leve gesto con la barbilla, apuntando al otro lado de la terraza.

Seguí la dirección de su mirada y ahí estaba Dan, en la barra. Su amigo le estaba contando algo, aunque él no parecía estar prestando atención. Me contemplaba fijamente, el vaso detenido a medio camino de sus labios.

Cuando bebió, lo hizo sin apartar los ojos de mí. Lo que leí en ellos era lo opuesto a infollable.

Volví la atención hacia el sofá, pero Fabio había desaparecido. Aunque las chicas no me soltaron hasta que terminó la canción.

Entonces Dan se acercó despacio pero imparable, sorteando a la gente sin apartar la vista de mí.

—Hola.

—Hola. —Toda mi bravuconería del pasillo se había evaporado. No tenía ni idea de qué decirle y cómo aparentar ser interesante.

—¿Te gusta M83? —El ruido a nuestro alrededor le hizo acercarse más que nunca.

—Sí, aunque no conozco ninguna otra de sus canciones. —Me puse roja al notar que estaba diciendo chorradas.

Él asintió y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Tocas muy bien el bajo. —Le dije al oído, sosteniéndome en su brazo de forma intencionada.

Su sonrisa me pareció tímida o coqueta, no estaba segura. Esperaba que Fabio nos estuviera observando desde algún rincón y me lo aclarara más tarde.

—Hago lo que puedo. —Le dio un trago a su bebida y yo hice lo mismo.

—¿Tocas algún instrumento?

Negué con la cabeza. Ese pinchacito de frustración me atravesó el pecho.

—Mis padres tienen una intolerancia acústica a cualquier cosa que no sea el canto de los pájaros. —Hice una pausa—. Aunque a Rob sí le pagaron clases de batería dos años. Supongo que depende de a quién le preguntes.

Dan frunció el ceño, probablemente preguntándose si me querían en absoluto. Yo también me hacía esa pregunta a veces.

—Oh, eso es triste. —Me dedicó una sonrisa de simpatía—. Pero eh, nunca es tarde.

Asentí, aunque no estaba de acuerdo.

El cantante de Broken Youth anunció que regresaban de la pausa y las luces del escenario parpadearon.

Dan echó un vistazo hacia sus compañeros, pero no se movió de inmediato. Se quedó mirándome y la distancia entre nosotros se redujo mientras la gente empujaba para ir hacia el escenario.

Por el rabillo del ojo busqué a Fabio sin querer hacerlo. No lo encontré. Mejor.

Los ojos de Dan bajaron a mis labios y mi corazón se aceleró tanto que pensé que se me iba a salir del pecho. Iba a besarme. Aquí y ahora. Estaba tan feliz que podría haberme puesto a bailar.

Pero de pronto el pánico me paralizó. No sabía besar. Literalmente no sabía qué hacer con la lengua ni con los dientes, sobre todo con los dientes, y Dan se iba a dar cuenta de todo.

Él se inclinó un centímetro más, dudando. Debió de leer algo del pánico que me estaba atravesando en mi rostro, porque de pronto, retrocedió un paso.

—Tengo que volver. Pero me alegro de que hayas venido.

—Yo también.

Me guiñó un ojo antes de alejarse, perdiéndose entre la gente que ya aplaudía.

Me quedé ahí parada, con el corazón todavía desbocado y sintiéndome un fracaso. Había desperdiciado una gran oportunidad que tal vez no volviera a darse nunca. ¿Qué mierdas me pasaba?

La imagen de Fabio atravesó mi mente como un relámpago. Él tenía experiencia de sobra. Había besado a media ciudad y me daba igual lo que pensara de mí, que comprobara que no sabía besar. Podía pedirle que me enseñara. Practicar lo suficiente para no quedar como una idiota cuando Dan finalmente me besara.

La idea me me tranquilizó un poco.

Di un par de vueltas, pero Fabio había desaparecido. No era difícil imaginar con quién.

Después de rendirme, volví a acercarme al escenario con toda la intención de ser esa persona del público con la que el bajista

conectara su mirada durante la actuación.

Tenía la sensación de que esa noche había avanzado mucho y que empezaba a tener verdaderas posibilidades con Dan, a pesar del incidente de la lista.

Pero la vida tenía otros planes. Dan sí que conectó su mirada, solo que no lo hizo conmigo. Había llegado tarde. Tenía los ojos tan fijos en Carmina González que ni siquiera se dio cuenta de que yo me había aproximado al escenario.

Ella levantó la mano para saludarlo, con esa sonrisa perfecta y su bonita piel bronceada, y Dan le devolvió el saludo sin apartar la mirada.

Mierda. Carmina González estaba en el lado bueno de la lista y yo en el otro. No hacía falta ser matemática para sacar conclusiones.

Salí del local. Mientras Carmina González ni siquiera sabía que existía, yo estaba poniendo patas arriba mi identidad con la ayuda del *fuckboy* de la escuela. ¿Cómo de patético era eso?

«Igual hay algo que no funciona bien ahí.» La voz de Rob, puntual como siempre, apareciendo justo cuando menos la necesitaba.

Me apoyé contra la pared del callejón. El aire frío no era suficiente. La música amortiguada del local vibraba a través del ladrillo. Tubthumping de Chumbawamba. La letra haciéndose entendible justo en ese instante.

I get knocked Cairns. But I get up again

No iba a aceptar la derrota. No aún. Mi objetivo era ser la novia de Dan Steinbeck, el chico perfecto. Y para eso, necesitaba dejar de ser la chica virgen e inexperta de esa lista.

Necesitaba hacer un trato de verdad con Fabioloso.

10

No había planeado ir a casa de Fabio. De hecho, si me hubiera detenido más de treinta segundos a pensar en lo que estaba haciendo, probablemente habría dado media vuelta antes de tocar el timbre. Pero la cruda realidad llevó mi mano a la campana del Gremlin depravado. No sabía besar. No sabía hacer nada y todo el instituto lo sabía.

Así que allí estaba. En el rellano de un edificio que no conocía bien, con el corazón acelerado y una idea que rozaba lo absurdo.

Pulsé el timbre antes de arrepentirme.

Los segundos se alargaron como una tortura que dio paso a las dudas. ¿Qué me había hecho pensar que Fabio estaba en casa? Lo más seguro es que siguiera con Tania y Kamaria en algún sitio, intercambiando fluidos internacionales. La imagen me revolvió el estómago y la aparté rápido.

La puerta se abrió y Fabio apareció con el pelo revuelto y una camiseta vieja de los Red Hot Chili Peppers, parpadeando como si creyera que seguía soñando.

—¿Erika? —Arqueó una ceja— ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Tragué saliva.

—Me has abandonado allí.

—¿Qué? —Su ceño fruncido me hubiera resultado gracioso en otra situación—. Te dejé con Steinbeck.

—Sí y no deberías… No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Casi me besa… —solté de carrerilla.

Fabio se rascó una mejilla entornando los ojos en una mueca de concentración.

—¿No era ese el objetivo?

—No. Sí. Es que yo… Necesito que tú… —empecé, y me detuve. Las palabras se me atascaron en la garganta— ¿Puedo beber agua?

Su forma de parpadear para registrar mi cambio de conversación me confirmó que había estado durmiendo. Echó un vistazo al interior de su piso y asintió.

Le seguí hasta la cocina con barra americana que compartía espacio con el salón. Fabio se estiró para coger un vaso limpio del armario y lo llenó con una garrafa de agua enorme.

Después de tragármelo de golpe, sentí que mi lengua ya no parecía estar hecha de cemento.

—Necesito pedirte algo muy concreto.

Fabio ladeó la cabeza, divertido.

—Eso ha sonado a que vas a pedirme que atraquemos un banco o que asesine a alguien. Mejor lo hablamos en mi cuarto.

Le seguí por el pasillo, consciente de cada paso que daba.

El piso estaba en penumbra, silencioso, con olor a detergente y a algo que no supe identificar, pero que me resultó extrañamente reconfortante. Más limpio y acogedor de lo que recordaba.

Fabio cerró la puerta de su cuarto y se apoyó en ella con los brazos cruzados.

—Venga. Dispara.

Inspiré hondo. Las manos me temblaban ligeramente, así que las metí en los bolsillos de la chaqueta.

—Hoy Dan… casi me ha besado.

Fabio puso una mueca.

—¿Casi?

—Casi —confirmé—. Me empecé a emparanoiar con que no sé besar y creo que mi rostro le hizo cambiar de idea.

Me observó unos segundos en silencio, calibrándome. Algo cambió en su expresión, algo que no supe leer del todo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú sabes besar —solté de golpe, roja hasta las orejas.

Fabio rompió a reír. Una risa grave que le vibró en el pecho.

—¿Cómo lo sabes? Quizá lo hago fatal.

—No te lo tomes a broma —le pedí. La desesperación debió de notárseme en la voz, porque se puso más serio—. No quiero hacer el ridículo. Ya tengo suficiente con lo de la lista.

Eso le hizo suspirar y pasarse una mano por la cara. Cuando volvió a mirarme, había algo en sus ojos que me pareció compasión.

—Vale. Supongo que puedo ayudarte, pero no gratis.

Fruncí el ceño. Ya le estaba llevando a todas partes en coche, ¿qué más quería? ¿O era que la idea de besarme le parecía tan horrible que tenía que subir el precio?

—¿Qué quieres?

—Ummm… —Paseó la mirada por su cuarto, considerando mi pregunta. Hasta que sus ojos se detuvieron en un rincón junto a su escritorio. Seguí la dirección hasta dar con un cesto cuya tapa tenía forma de balón de fútbol.

—Odio hacer la colada.

—¿La… colada?

Fabio fue hacia el cesto y lo levantó.

—Sí. Ven te enseño donde está la lavadora. —Hizo un gesto con la cabeza y abrió la puerta. Le seguí hasta un cuartito en el fondo del pasillo.

—Tú te encargas y yo te explico lo básico. Trato justo.

Dudé. No porque fuera humillante (que lo era), sino porque necesitaba sentir que aquello no era un favor. Que había equilibrio. Que ninguno de los dos salía perdiendo ni le debía nada al otro.

—Vale —acepté, muriendo un poco por dentro.

Metí la ropa en la lavadora con más cuidado del necesario, leyendo las etiquetas como si fueran instrucciones de vida o muerte. Fabio me observaba desde la puerta, con una sonrisa burlona.

—No va a explotar.

—Me gusta hacer las cosas bien.

—Ya lo veo.

—Hay ropa blanca y ropa de color. ¿Las separo?

Suspiró.

—Sí, por favor. No quiero que mis calzoncillos salgan rosas.

Solté una risa y empecé a separar las prendas. Había algo extrañamente íntimo en aquello, en tocar su ropa, en oler el detergente que usaba.

Cuando la lavadora empezó a dar vueltas, ya era muy tarde, pero no me quedaba otra que esperar a que terminara y tenderla antes de marcharme.

Fabio me guio de vuelta hasta su habitación mientras yo cargaba el cesto casi vacío.

Esta vez me fijé en los detalles de su cuarto. Estaba sorprendentemente ordenado: una cama deshecha, un escritorio lleno de libros, pósters de bandas de rock en las paredes. Olía a él, una mezcla del detergente que acabábamos de usar y algo que seguía sin saber si era desodorante o perfume.

—Siéntate. —Me señaló la cama.

Me senté en el borde, rígida, con las manos sobre las rodillas.

Fabio se dejó caer a mi lado, manteniendo una distancia prudente. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los muslos.

—Besar no es tan complicado como crees.

La voz de Rob apareció sola: «¿Has tenido una cita alguna vez?»

—Fácil decirlo cuando llevas años haciéndolo.

—Justamente por eso te lo digo. —Giró la cara hacia mí.

—La gente se obsesiona con la técnica y con hacerlo bien. Pero la verdad es que lo que importa es la conexión.

Tragué saliva.

—¿Conexión?

—Sí. Leer a la otra persona. Adaptarte a su ritmo.

Asentí, tomando notas mentales como si estuviera en clase.

—¿Y qué hago con las manos?

Fabio sonrió.

—Lo que te surja de forma natural. Su cara, su cuello, su cintura. O nada. A veces está bien simplemente… besar.

—¿Y la lengua?

—Empieza suave y deja que el otro marque el ritmo. No metas toda la lengua de golpe como si estuvieras taladrando una pared.

Solté una risa nerviosa.

—Eso es muy específico.

—He vivido cosas, pixie… Cosas terribles. —Se echó hacia atrás, apoyándose en las manos—. Lo más importante es que no pienses demasiado. En cuanto empiezas a analizar cada movimiento, se nota y se vuelve raro.

Asentí, aunque el nudo en el estómago seguía ahí.

—¿Y cómo sé si lo hago bien o mal?

—Notas si la otra persona está disfrutando. —Hizo una pausa —. Y si no lo hace, no tiene porque ser tu culpa. Tal vez no hay química.

Inhalé despacio. Su forma de hablar era reconfortante, porque simplificaba algo que en mi cabeza era monumental.

—¿Cómo sabes todo esto?

Fabio se encogió de hombros.

—Experiencia. Errores. Besos malísimos que preferiría olvidar.

—¿Tú has tenido besos malos? —me sorprendí.

—Claro. Una vez una chica me mordió el labio tan fuerte que me sangró. Otra se puso a llorar a mitad del beso porque le recordé a su ex.

Me tapé la boca para no reírme.

—Joder.

—Exacto. Así que tranquila. Aunque lo hagas fatal, no será ni de lejos lo peor que ha pasado.

Dejé escapar una risa genuina y la tensión en mis hombros se aflojó un poco.

Fabio me observó con algo de diversión y tal vez una pizca de ternura. Debía de estar empezando a considerarme su obra de caridad. Aunque si me cobraba no era caridad en absoluto.

—¿Cuánto tarda la lavadora?

—Una hora y cuarto.

El silencio que siguió a esa declaración se me hizo asfixiante.

—Entonces… ¿vamos a practicar o qué? —solté de carrerilla como el que se arranca una tirita rápido para mitigar el dolor.

Su falta de reacción me puso aún más nerviosa. Simplemente, se quedó quieto, observándome. Tal vez deliberando algo en su cabeza.

Abrí la boca para añadir algo, pero él me interrumpió.

—Aquí no —gruñó.

Se levantó antes de que pudiera responder. Algo en su tono me dijo que no era el momento de preguntar por qué.

—¿Quieres ver una película?

Asentí desconcertada y algo aliviada. Nos sentamos en su cama con la espalda apoyada en la pared. Fabio me sorprendió poniendo cortos de Pixar, uno de pájaros y otro sobre un bollito chino con pinta de cabeza de ajo que me acabó haciendo llorar y fingir que no lo estaba haciendo. Fue durante el tercero que me quedé dormida.

Cuando me desperté, la habitación estaba a oscuras a excepción de un rayo de luna que entraba por la parte abierta de la persiana. Fabio estaba tirado sobre su estómago y con la cara girada hacia el otro lado. Su respiración lenta me hizo moverme con cuidado para no despertarle.

Saqué la ropa de la lavadora medio adormilada y la llevé al balcón en un cesto, concentrada en no dejar que se me cayera nada. El aire fresco de la noche me acarició la cara. Las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos. Con un suspiro, empecé a recoger la ropa que había tendida.

Entonces escuché el ruido de la puerta corredera de la terraza y una chica de cabello oscuro se asomó, sujetando una botella de vino como si no supiera muy bien qué hacer con ella.

—Hola —la saludé avergonzada.

—Hola —Su rostro me analizó con confusión—. Soy Lena. Vivo aquí.

Miró la ropa y luego a mí con evidente curiosidad. Recordaba que Fabio la había mencionado el día de la borrachera.

—Ah… yo soy Erika, ¿Cómo estás?

—¿Estás haciéndole la colada a Fabio?

Al asentir, se me encogió el estómago de la vergüenza.

Lena me dedicó una mirada piadosa.

—Escucha, Erika. Voy a decirte esto por tu propio bien. Fabio es… es buen chico y sé que es muy inteligente, pero… Me parece denigrante para ti y muy mal por su parte que se aproveche de tus sentimientos y te permita hacerle la colada. Ningún hombre merece que hagas esto por él. Y menos uno que trae a una chica distinta cada día del fin de semana.

—No, no, no… no es eso —me apresuré en explicar—. No es lo que crees… Yo… no estoy enamorada de él. De hecho, ni siquiera me gusta.

Y entonces se lo conté todo. La lista, Dan, mis miedos y el trato con Fabio.

Lena me escuchó sin interrumpir y después tuvo la reacción lógica, preguntar si habíamos denunciado la lista y preocuparse con que su compañero de piso tuviera algo que ver.

Fabio apareció en el balcón arrastrando los pies, con el pelo revuelto y los ojos medio cerrados.

—¿Lena? —Nos miró a las dos, luego al tendedero. Cruzó el balcón en dos zancadas y me agarró de la muñeca.

—¿Eres sonámbula o algo? —dijo, forzando una risa—. Espero que no hayas despertado a mi compañera de piso…

Lena respondió con total naturalidad:

—No, tranquilo. Me ha despertado el calor.

Fabio asintió. Entonces pasó un brazo alrededor de mi cintura. El contacto inesperado me hizo dar un pequeño salto y me puse rígida, con el corazón golpeándome en las costillas.

El brazo de Fabio en mi cintura pesaba más de lo que debería. O era yo, que no estaba acostumbrada a que nadie me tocara así.

—¿Volvemos a la cama? —propuso, acercando la cara a la mía y rozándome la mejilla con la nariz.

Un cosquilleo intenso se extendió por mi piel con la velocidad de un rayo. Quería huir de él, de la intensidad con la que respondió

mi cuerpo a sus caricias, y a la vez quería acercarme más: una auténtica locura.

No hice ninguna de las dos cosas, me quedé petrificada, con los ojos abiertos como platos, esperando que nadie notara lo fuera de lugar que me sentía dentro de mi propio cuerpo.

Por el rabillo del ojo vi a Lena reclinarse en la hamaca, claramente entretenida con el espectáculo.

La mano de Fabio bajó un poco más por mi cintura y sentí cómo la sangre me subía a la cara. Lo miré, perpleja, sin saber cómo reaccionar sin hacerlo todo peor.

Entonces Lena habló.

—No te molestes, Fabio —dijo con tranquilidad—, aunque me parece que tu… —hizo un gesto vago con la mano— "pequeño teatro" es cualquier cosa menos una molestia. Erika ya me ha contado la verdad.

Fabio se apartó de mí de golpe, pareciendo avergonzarse por primera vez desde que lo conociera, y casi perdí el equilibrio.

El silencio que siguió fue incómodo. Yo miraba cualquier cosa menos a ellos: la barandilla, el cielo, una pinza azul en el tendedero.

—No deberías hacer que la pobre chica te haga la colada a cambio de tu ayuda —continuó Lena—. Tu primo me ayudó gratis.

Eso consiguió que ambos la miráramos. Fabio frunció el ceño y yo abrí los ojos, sorprendida.

—Así es —añadió ella—. Vuestro trato me ha recordado a cómo Alex y yo empezamos a salir.

¿Alex el primo de Fabio?

—Eh… ¿qué quieres decir? —Me pudo la curiosidad.

Lena sonrió, pareciendo haber anticipado la pregunta, y empezó a contar su historia.

—Le pedí a mis amigas que me buscaran un profesor de seducción —dijo—. Sin decirles quién me gustaba, porque eran un desastre guardando secretos. Escogieron a Alex. —Hizo una pausa —. No fue exactamente lo que esperaba.

Escuché cada palabra con atención, haciendo preguntas y riendo en los momentos más descabellados. Y, poco a poco, algo dentro de mí se aflojó. No era tan rara.

—Así que no deberías cobrarle —concluyó Lena, mirando a Fabio.

—En realidad… —intervine para salvar mi orgullo—. Es cosa mía. Me siento mejor si le doy algo a cambio.

Lena me observó con una expresión comprensiva, pareciendo entenderme mejor que yo misma. Después miró el cielo y se levantó de la hamaca.

—¿Qué hora es? Ya está amaneciendo.

Me separé de la barandilla sobresaltada. Había pasado la noche fuera de casa sin avisar.

—Mierda. —Mis padres iban a matarme.

Seguí recogiendo la ropa, mientras Fabio se acercaba al montón que ya había doblado.

—Todavía está húmeda —se quejó.

—No lo está —respondí automáticamente—. Solo está fría.

—Me gusta que mi ropa esté más seca que las bragas de una abuela.

—Genial, lo está —repliqué—. Normalmente las abuelas se mean encima, así que… esto está más seco.

—Puaj —se quejó Fabio—. Esto no va a funcionar si lo haces mal.

—No lo hago mal, solo está fría. Si la tocas con las manos parece que sigue húmeda, pero mira… si te la pasas por la cara, donde la piel es más sensible, verás que está seca.

—¿Te estás frotando mis calzoncillos por la cara? —se burló él.

Miré la prenda y descubrí que, efectivamente, eran calzoncillos.

Se los lancé a la cara. Él los atrapó al vuelo y los examinó con expresión pensativa.

—Eso no lo había hecho ninguna chica antes. No sé si me van ese tipo de fetiches.

Me ardía la cara. Respiré hondo, armándome de paciencia.

—Yo me voy a preparar para ir al gimnasio —nos informó Lena. Se despidió con un gesto y entró. Antes de desaparecer, nos lanzó una última mirada.

Yo seguí doblando ropa mientras Fabio me observaba desde la barandilla.

Para cuando terminé de tender la ropa mojada, el cielo ya estaba rosa. Llamé a mi madre para darle explicaciones, pero antes de decir nada ella me preguntó si había salido pronto de casa. Debía de haber vuelto tarde del trabajo y no tenía ni idea de que yo no había aparecido por casa. Así que no le dije nada.

Fabio dijo que podía ducharme allí si quería. Bajé al maletero del coche a por unos leggins y unas bragas limpias que siempre llevaba para emergencias, y él me dejó una camiseta y una sudadera suya.

—A la mierda mi nuevo look sexy —me lamenté entre risas al salir del baño. Su sudadera me llegaba por mitad del muslo.

Fabio levantó la vista de su desayuno, tostadas con mantequilla y café solo, y la deslizó por mi cuerpo. Después se giró para sacar el pan que había dejado en el tostador y ponerlo en un plato que dejó en la barra americana frente a mí.

—Se nota que llevas mi ropa y eso es sexy… todos van a pensar que nos hemos pasado la noche follando.

Sus palabras me hicieron dar un respingo

—Es demasiado temprano para ese verbo. —Acepté el café que me ofrecía, evitando su mirada.

—Primera lección del día: Acostúmbrate a decir guarrerías y a escucharlas sin reaccionar como una dama de la regencia.

Le hice una mueca de desdén, como pude, mientras masticaba.

—Soy virgen —le confesé en tono bajo después de tragar. Observé su rostro con atención, tomándome aquello como un ensayo antes de contárselo a Dan, pero la reacción que esperaba no llegó. Fabio se encogió de hombros, indiferente.

—Eso da igual. Aunque lo seas, no eres inocente.

Respiré profundamente. Nadie me había dicho nunca algo así con tanta indiferencia, como si fuera un hecho irrelevante. Rob siempre lo había tratado como un defecto. Fabio lo descartó como si ni siquiera mereciera nombre.

—Dijiste en el coche que si las chicas eran vírgenes el sacrificio era tuyo —le recordé, incierta.

Su ceño se frunció como si estuviera tratando de hacer memoria.

—Era una broma, Erika. Me importa una mierda que una chica sea virgen. A nadie le supone un problema eso.

Respiré profundamente, sorprendida de lo mucho que me ayudaban sus palabras.

—Venga, practica, di que hemos pasado la noche follando.

—¿Qué? —solté una risilla—. No.

Fabio rodeó la encimera para colocarse frente a mí y tomarme por los hombros.

—Te has vuelto a poner roja. Terminemos con esto. Dilo… dilo las veces que haga falta para que dejes de tenerle miedo.

—Yo no…

—Recuerda las normas, pixie. Tienes que hacerme caso.

Le di un empujó para apartarle de mi, pero lo único que logré fue hacerle reír.

—Esto te pone realmente nerviosa. ¿Quieres que me de la vuelta? ¿Sería más fácil?

Fabio giró sobre sus talones y se cruzó de brazos a la espera.

Tomé una profunda bocanada de aire, sin poder creerme que me obligara a hacer esas tonterías. Tragué saliva y me armé de valor. ¿Por qué me afectaban tanto unas simples palabras?

—Nos hemos pasado la noche follando —murmuré de mala gana.

—Más alto —gritó él.

—Nos hemos pasado la noche follando —chillé enfadada, justo cuando una chica emergía de una de las puertas que daba al salón.

Se paró en seco al vernos ahí y era evidente que me había escuchado.

—Perdón si interrumpo —dijo, intercalando una mirada divertida entre los dos—. Pero llego tarde a clase.

—Estás en tu casa, Sasha. —Fabio se encogió de hombros y volvió a la barra para terminarse el café.

La tal Sasha se puso los zapatos, cogió su chaqueta y se largó con un breve adiós.

—¿Cuánta gente vive aquí?

—Tres chicas y no puedo tirarme a ninguna.

—Pobrecito —solté irónicamente, pero la curiosidad me podía — ¿Por qué no?

Fabio limpió las migas de pan de la encimera y metió nuestra cubertería en el lavavajillas. Me sorprendió que no me encasquetara el trabajo a mí también. Y me había hecho el desayuno.

—Lena no quiere que me acerque a Sasha para mantener el buen ambiente de la casa. Alex me ha amenazado de muerte si toco a Lena y la otra no quiero yo.

—¿Y eso? —insistí curiosa por saber qué era a lo que le hacía ascos ese chico.

—Porque es mi hermana —respondió, tomándome por sorpresa.

—Así que compartir ADN es lo único que respetas —murmuré, más para mí misma.

—Eso y nuestro trato, pixie —me recordó, con una mano sobre el corazón.

11

De pequeña me obsesioné con los toques de balón. Llegué a ciento trece seguidos, un récord que nadie en el grupo consiguió superar. Ya no era la de antes, pero aún sabía impresionar cuando me lo proponía.

Aquella tarde me lo propuse y la buena suerte hizo que Dan me estuviera observando. Empecé por aburrimiento, mientras esperaba en la fila a que llegara mi turno de sortear conos y tirar a puerta. Y también porque Fabio estaba al otro lado del campo jugando con el equipo masculino y quería lucirme un poco. Di toque tras toque con pies, piernas, pecho y cabeza, y era una de esas veces que casi parecía la antigua Erika porque iba por sesenta y ocho cuando divisé a Dan, junto al camino principal, con la funda de su bajo colgada del hombro y una mano metida en el bolsillo mientras me observaba anonadado.

Casi se me cayó el balón del susto, pero logré recuperar el control y me obligué a mí misma a ignorar su presencia y concentrarme en lo que estaba haciendo. La tensión de saberme observada por él, hizo que dejara de disfrutarlo y que me empezaran a doler los músculos agarrotados. Cuando vi por el rabillo del ojo que se había acercado, no aguanté más, cometí un fallo y se me cayó el balón.

—¿Cuántas has hecho? —La sonrisa sexy que me dedicó hizo que me faltara espacio en los pulmones.

—Unas ochenta —jadeé. Había perdido la cuenta al verle, así que hice un cálculo aproximado.

—¿Solo? ¿Y te llamas a ti misma futbolista? —bromeó él con un tono cargado de ironía.

—Me han distraído. —Le sonreí de vuelta, lanzándole una mirada juguetona de acusación.

—Ah, ¿sí? —Los ojos de Dan brillaron bajo el caluroso sol de la tarde. Apartó la mirada un instante y se reajustó la tira del instrumento, antes de añadir en un tono más grave y bajo—. No sabía que tenía el poder de distraerte.

Me sonrojé y no supe qué responderle a eso o cómo continuar tonteando.

—Tengo que irme, he quedado en la biblioteca para hacer un trabajo —dijo él a modo de despedida mientras caminaba hacia atrás—. Avísame cuándo tengas un partido, vendré a verte.

Solo pude asentir como una tonta y contemplarle mientras se alejaba hacia el edificio.

Un pitido del entrenador me hizo salir del embrujo y darme cuenta de que no solo había perdido mi turno en la fila, sino que ni siquiera seguían haciendo tiros a puerta.

El equipo femenino se mezcló con el masculino para echar un amistoso corto en los veinte últimos minutos.

Nos repartimos sin demasiado criterio y acabé en el centro del campo frente a Fabio, que me dedicó una sonrisa ladeada en cuanto el balón empezó a rodar. Todavía tenía el subidón de haber visto a Dan, así que me sentía confiada. Demasiado, tal vez.

—No voy a ponértelo fácil —le advertí mientras trotábamos en dirección al balón.

—Me decepcionaría mucho que lo hicieras —respondió él, justo antes de adelantarme y llegar primero al balón. Me dio rabia que se creyera mejor que yo en todo, así que fui a por él, y quitarle la pelota se volvió una cuestión personal.

Me lancé directa, calculando el momento exacto para meter el pie. Con un movimiento limpio, casi perezoso, me hizo un regate corto hacia un lado y luego otro hacia el contrario. Yo mordí el

anzuelo como una novata. Cuando quise reaccionar, ya estaba detrás de mí.

—¿Esa era la parte difícil? —soltó mientras pasaba a mi lado, con el balón perfectamente controlado.

Seguí corriendo por pura inercia, frustrada, notando cómo se me calentaban las orejas.

—¡No te emociones! —le grité—. Me has pillado desprevenida.

Sin hacerme caso, Fabio avanzó con calma, levantó la cabeza y filtró un pase preciso hace Jane que terminó en gol.

Dos goles de su equipo más tarde, el pitido del entrenador marcó el final del amistoso. Me incliné hacia delante, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento, con el orgullo destrozado. El muy cabrón era bueno, Jane y él juntos nos habían dado una paliza. Incluso con el grandioso Rob en mi equipo.

Fabio se acercó caminando hacia atrás, todavía sonriéndole a Jane que estaba más feliz que unas castañuelas.

—Te he dicho que no ligues con ellas —le recordé de brazos cruzados. Todo mi buen humor había desaparecido.

—Tu amiga es una hechicera en el campo —respondió sin molestarse en mirarme, caminando hacia las gradas. Le seguí.

—Es mejor que tú. —Eso último hizo que me mirara.

—¿Por qué estás de mal humor? —se interesó de buena gana, demostrando que no le había molestado mi insulto—. No es culpa mía que seas tan impulsiva jugando. Eso es lo que fastidia tu técnica.

Le saqué la lengua. ¿Impulsiva? Rob siempre decía que era predecible.

Me adelanté para sentarme en la fila más baja de las gradas. Por el dolor de piernas que tenía, mañana sería un día de tortura en forma de agujetas.

Fabio se dejó caer a mi lado y soltó su mochila entre sus piernas. Sacó una bolsa de frutos secos y una bebida isotónica y se ofreció a compartir ambas cosas conmigo.

El sol de última hora tenía ese tono dorado que hacía que todo pareciera un escenario fotográfico. El campo estaba casi vacío, solo quedaban algunos rezagados recogiendo sus cosas.

Fabio se tumbó de espaldas sobre el banco, estirando las piernas largas, y se cubrió los ojos con el antebrazo para protegerse del sol.

—Me encanta este momento.

—¿Qué momento? —curioseé. No tenía sentido que se refiriera a mi compañía porque acababa de ser una gruñona.

—Después de darme una paliza haciendo ejercicio —murmuró —. Como todo mi cuerpo me da las gracias.

Me apoyé hacia atrás, observando el campo mientras masticaba un anacardo. Y entonces los vi.

Dan y Carmina salían del edificio principal. El mismo Dan que una hora antes había dicho que vendría a verme jugar. Ella se reía, inclinándose un poco hacia él. Él le sonreía de vuelta.

Bajé los ojos al balón que tenía a los pies. Después hacia Fabio, que seguía con los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba con una calma envidiable.

—Fabio.

—Ajá —respondió, sin moverse.

—Voy a besarte ahora. —Me había dicho que no en su cuarto, pero por mucho que no le entusiasmara la idea de juntar sus labios con los míos, habíamos hecho un trato y tenía que cumplir su parte.

—Ajá —repitió como si le hubiera comentado que el cielo era azul.

¿Eso era todo? ¿Un ajá? Ni siquiera se había dignado a abrir los ojos.

Apreté los dientes, miré de nuevo a Dan y Carmina riendo juntos… y me lancé.

Me incliné sobre Fabio, apoyando una mano a cada lado de su cabeza en el banco, y posé mi boca sobre la suya.

Un roce torpe de labios. Yo esperaba pasividad, que se quedara ahí tumbado como un maniquí mientras yo cumplía con mi misión de dar celos.

Pero entonces su mano subió despacio hasta mi nuca, sus dedos se enredaron en mi pelo, y me sujetó con una firmeza que no tenía nada de pasiva. Respondió al beso sin prisas, con una destreza

que impactó cada nervio de mi cuerpo. Fabio mantuvo un ritmo cómodo, sin prisa.

Sus labios se movían contra los míos con suavidad, hasta que su lengua rozó la comisura de mi boca de una forma tan sutil que casi pareció una pregunta.

Y yo respondí con mi propia lengua. El mundo alrededor desapareció.

Dan, Carmina, el campo de fútbol, todo se desvaneció como humo. Solo existía el calor de su boca y la forma tan agradable en la que se movía contra mí. Sabía a la menta del chicle que estaba mascando. Olía a su fragancia de siempre mezclada con un poco de sudor fresco, era jodidamente sexy.

El calor de su mano en mi nuca, descendió a mi cuello para rodear mi garganta con sus dedos, sin apretar, pero increíblemente erótico. Todo mi cuerpo reaccionó a ese agarre posesivo. Él pareció intuirlo porque ladeó ligeramente la cabeza para profundizar el beso sin volverlo invasivo.

No tenía ni idea de que besar podía ser así. Podría ahogarme en esa sensación u olvidarme de que el resto del universo existía.

—¡Lo sabía!

Me separé de golpe con el corazón latiéndome a mil por hora.

Rebecca nos miraba desde abajo de las gradas con una sonrisa victoriosa, flanqueada por Jane y Zack.

—Sabía que estabais liados —continuó mi amiga, complacida consigo misma—. ¿Dormisteis juntos anoche? Has venido a clase con su sudadera.

—Sí, pero no estamos liados —dije rápido, aún roja hasta las orejas.

Fabio se incorporó despacio, como si nada.

—Le estoy dando clases particulares.

Jane arqueó una ceja.

—¿De lengua?

—Literalmente.

—Me está enseñando a besar. —Me limpié la boca con el dorso de la mano.

Zack silbó, impresionado. Después frunció el ceño pareciendo tener algún otro pensamiento.

—Vaya, me duele que no me lo hayas pedido a mí.

—Quería al mejor.

—¿Y lo es? —saltó Jane, con los ojos brillantes de la curiosidad.

Me encogí de hombros.

—No tengo experiencia, pero dudo que eso lo sepa hacer todo el mundo —admití, sonando demasiado admirada para mi propio gusto.

Fabio río por la nariz.

—¿Eso? ¿Qué exactamente? —Jane se sentó a mi lado, estudiándonos con una curiosidad morbosa.

—Te gustaría saberlo, ¿eh? —Fabio le guiñó un ojo.

Tuve ganas de darle un codazo. ¿Qué parte de «no ligues con mis amigas no entendía?»

—Eh, somos exclusivos —dije, quizá demasiado rápido—. Es decir, es mi profesor de prácticas, para Dan.

Rebecca frunció el ceño.

—¿Steinbeck? ¿Todavía sigues con eso?

—Claro, ya sabes que me gusta.

—Pero acabas de morrear a otro tío en mitad de un campo de fútbol… —replicó ella—. Y no parecías estar pensando en Dan precisamente.

Su insinuación me hizo sonrojar. Tenía que defenderme.

—Es parte de nuestra estrategia. Están ahí —señalé vagamente hacia donde había visto a Dan y Carmina, aunque ya no estaban.

Rebecca siguió mi mirada y luego me devolvió una expresión que decía claramente que no me creía ni una palabra.

—Ahora resulta que ser amigos con beneficios se llama práctica y estrategia… —Zack se rio.

—Cállate. —Le dije, pero sin verdadera malicia. No necesitaba que me creyeran, solo que Fabio no se confundiera.

Él, que había estado observando el intercambio en silencio, se puso de pie y se estiró.

—Me gustaría quedarme a ver como habláis de mi como si fuera un robot del amor recién lanzado al mercado, pero he quedado.

—¿Necesitas que te lleve? —le pregunté, sin saber por qué. Tampoco es que fuera responsable de él veinticuatro horas.

—No, tranquila. Alex viene a recogerme.

Así que había quedado con su primo… No sé por qué había interpretado que iba a verse con alguna chica o chicas (en plural). Aunque probablemente, Alex era el primer paso, su compinche para salir a ligar. Podía imaginarme a los dos en cualquier parte siendo imanes de mujeres, no hacía falta que fuera un bar. Seguro que ligaban hasta en la sala de espera del médico.

—No hay problema, podemos seguir hablando de tu vida amorosa aunque no estés —bromeó Zack.

—Yo no tengo de eso.

—Por favor. Tienes más vida amorosa que todos nosotros juntos —intervino Rebecca con sorna.

—Cantidad no es calidad —respondió él, colgándose la mochila al hombro. Me echó una mirada imposible de descifrar.

—¿Me recoges el lunes, pixie?

Asentí, incapaz de sostenerle la mirada demasiado tiempo.

Él se largó por las escaleras de las gradas y en cuanto desapareció, los tres se giraron hacia mí como buitres.

—Vale —Rebecca lideró la interrogación—. Ahora que se ha ido, cuéntanos los detalles.

—¿Detalles sobre qué? Solo ha sido un beso.

—Venga ya, tenías cara de llevar toda la noche leyendo a Sarah J. Maas —insistió Jane.

—¿Quién? —Zack frunció el ceño con confusión—. Tenía cara de cualquier cosa menos de estar leyendo.

—Nunca has abierto un libro de tu hermana, ¿verdad? —se rio Rebecca.

Moví las manos en el aire para captar su atención.

—Solo me está ayudando, ¿vale? Con lo de Dan. Me está enseñando a... tener confianza. A no entrar en pánico cuando alguien se me acerca.

Rebecca se sentó a mi otro lado.

—¿Y qué pasa si acaba gustándote más Fabio que Dan?

Tardé un segundo de más en responder. Suficiente para que Rebecca lo notara.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes? —insistió ella.

—Porque Fabio es... no es material de novio —dije, como si eso lo explicara todo—. Es el tío que se enrolla con todo lo que se mueve. El que bebe hasta que no recuerda lo que ha hecho o a quién se lo ha hecho la noche anterior.

—El que está dedicando su tiempo a ayudarte sin pedir nada a cambio —interrumpió Rebecca, que por alguna razón ya había decidido que era *Team* Fabioloso.

—Bueno, me hizo hacer su colada.

Rebecca puso los ojos en blanco.

—Probablemente era una excusa para llevarte a su casa.

—Ya, por eso cuando le sugerí que practicáramos los besos en su cuarto respondió: "Aquí no" —les informé, imitando su voz y sus gestos.

—¿No quiso hacerlo en su cuarto? —La expresión de Rebecca y la forma en la que los tres intercambiaron miradas cómplices hizo que me arrepintiera de haberlo dicho—. Interesante.

—Escuchadme bien los tres: Esta tontería de emparejarnos se termina aquí. Hay un montón de comedias románticas en Netflix si necesitáis animar vuestras tristes vidas a través de las vivencias de otras personas.

—Lo que tú digas —claudicó Rebecca finalmente, levantándose.

—Para que conste, creo que estás persiguiendo al tío equivocado. Pero eres demasiado cabezona para admitirlo.

12

El sábado no me apetecía salir de fiesta. Pero Dan iba a estar allí, Rebecca lo había confirmado en el grupo, y eso fue suficiente para que me planchara el pelo y fingiera que tenía ganas.

Me lo repetí varias veces mientras caminábamos hacia la casa de un chico de tercero cuyo nombre nunca conseguía recordar. La música ya vibraba a través de las paredes y la gente entraba y salía a sus anchas. Llevaba unos vaqueros negros, una camiseta ajustada y el pelo suelto. Iba guapa, o por lo menos me sentía guapa.

En el porche, sin querer, mi cabeza hizo algo traicionero: preguntarse donde estaría Fabio y si habría ido a Infierno a disfrutar de una música mucho mejor de la que estaba sonando allí. No era difícil de adivinar que estaría haciendo el fuckboy oficial de Sydney Grammar, yo misma había visto con mis propios ojos a qué dedicaba sus fines de semana. Y Lena, su compañera de piso, me había advertido de que llevaba a una chica nueva cada noche de sábado. Deseché esos pensamientos intrusivos de mi mente en cuanto cruzamos la puerta.

Dentro, el ambiente era caótico: poca iluminación, gente sentada en todas partes, risas altas y vasos de plástico desperdigados por todas partes. No me gustaría tener que limpiar después de que acabara.

Localicé a Dan casi de inmediato. Mi ánimo se vino abajo al ver también a Carmina, que estaba literalmente pegada a él. Se

inclinaba para hablarle al oído, le tocaba el brazo al reírse, ocupaba su espacio con una naturalidad que me dolió presenciar. ¿Ya estaban liados o en proceso? Aunque intenté no interpretar demasiado de la situación, el nudo en mi estómago apareció igual.

—Tu hombre ha venido —Rebecca apareció a mi lado con dos vasos.

—Ya lo veo y no está solo.

—¿Celosa? —Me tendió uno de los vasos—. Bebe, te va a hacer falta.

No pensaba acercarme a Dan mientras él y Carmina parecieran siameses.

De camino a la cocina vi a Rob en el centro del salón contiguo. Tenía un vaso en la mano y estaba contando algo con los brazos abiertos, y los cuatro o cinco que le rodeaban se reían antes de que llegara al remate. Uno de ellos le dio una palmada en el hombro con la admiración fácil que la gente le daba a Rob sin que él tuviera que ganársela.

Me quedé observándole desde la puerta un momento. No había ninguna razón para que me molestara, pero lo hacía.

Me di la vuelta hacia la nevera justo cuando alguien dijo mi nombre.

—Hola. —Dan me sonrió como si llevara toda la noche esperándome y ese simple gesto me devolvió el aire a los pulmones.

—Hola. Esto está... lleno —señalé hacia el pasillo que comunicaba con el salón.

—Sí. —Se rió—. Demasiado ruido para mi gusto.

—Siempre puedes escaparte —bromeé, esperando que captara la indirecta.

Sus ojos se iluminaron con algo que me pareció interpretar como interés, pero antes de que pudiera responder, Carmina apareció de la nada.

—Dan, tienes que venir a ver el truco de magia de Owen. No tengo ni idea de cómo lo hace —le invitó soltando una risita borracha. Me echó un vistazo discreto, ignorando concienzudamente mi presencia y el hecho de que estábamos hablando, y se lo llevó de

nuevo al salón. Me quedé con el vaso en la mano y la sensación de ser invisible.

Bebí un trago largo y el alcohol me quemó la garganta.

Fabio entró por la puerta con un amigo suyo, alto, moreno y una sonrisa relajada, y una chica espectacular colgada de su brazo. Tenía el pelo largo y la clase de seguridad absoluta que me daba envidia.

El estómago me dio un vuelco.

—Fabio está aquí —informé a Rebecca cuando se acercó para rellenar su vaso.

—Te lo dije —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Pensé que te referías a Dan con lo de "tu hombre".

—Olvidate de Dan, creo que está liado con Carmina.

Genial, ella también lo pensaba. Estaba lista para irme a casa y dar por zanjada esta noche de mierda.

—Joder, la chica está buenísima. —Rebecca le dio un trago a su vaso sin quitar los ojos de la amiga de Fabio.

—Sí. —Con una mujer así en la casa, ahora sí que me sentía invisible.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Mi intento no coló, pero ella no quiso insistir.

—Vale. Voy a buscar a Jane. ¿Vienes?

—Creo que voy a terminarme esto e irme a casa.

—Que rápido te rindes.

Me encogí de hombros.

—Soy la chica más infollable del instituto en una casa llena de Diosas… —razoné tratando de darle un toque de humor que no me salió del todo—. *Game Over.*

Rebecca sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco. Su mirada se desvió hacia Fabio, fijándose en como la diosa le estaba comiendo la oreja con la excusa de que la música estaba alta. Los ojos de él se posaron en nosotras y noté un cosquilleo ridículo en el estómago.

—No te vayas de mal humor. Quédate y dale la vuelta a la tortilla —me sugirió Rebecca, justo antes de coger los dos vasos que

había preparado y salir de la cocina.

—No sé de qué tortilla hablas —grité a su espalda.

Le di otro trago largo a mi bebida sopesando mis opciones. Dan estaba acaparado por Carmina y ni siquiera podía usar a Fabio para darle celos porque no quería arruinarle el ligue. Ni que pensara que estaba interfiriendo. Así que me fui al baño, me miré en el espejo un segundo más de la cuenta y respiré hondo.

Media hora de fingir que estoy de humor para socializar y me largo.

Al salir, choqué con Fabio en el pasillo.

—Joder, Fabio.

Me sujetó del brazo para que no me cayera.

—Hola, Fabio es lo que querías decir. —Se cruzó de brazos. El olor de su perfume me transportó de un flashazo a las gradas y el beso derrite neuronas. Tenía que dejar de soñar, porque él me estaba analizando con los ojos entornados—. ¿Tienes miopía o algo? Has tenido que verme en la cocina.

Alcé una ceja.

—Estabas ocupado para saludar.

Él desvió la mirada hacia el final del pasillo y sonrió como si recordara algo gracioso que le había pasado en otro momento. Después ojeó la puerta medio abierta del baño.

—Voy a mear, ¿me esperas? —me sorteó y le dio al interruptor que yo acababa de apagar.

—¿Para qué?

Mi forma de decirlo, con sospecha, le hizo sonreír sin querer.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —tanteó burlón, dando por hecho que no—. Por lo que he visto ahí fuera, Carmina es como un Pitbull mordiendo un Chihuahua que no abre la mandíbula ni a patadas.

Su metáfora me hizo sonreír.

—Iba a irme a casa. —Me dejé caer contra la pared y crucé los brazos, consciente de que ya no me apetecía tanto marcharme como hacía un momento.

Fabio chasqueó la lengua en una negativa.

—Un hada siempre se queda a luchar, pixie —dijo, entornando la puerta sin cerrarla. Pude escuchar como meaba mientras silvaba Take me out de Franz Ferdinand, cuando en realidad estaba sonando algo sexy de Kylie Minogue.

Cuando salió, me puse en marcha sin comprobar que me seguía. Ese pasillo era demasiado oscuro y estrecho.

Antes de llegar al salón, Fabio me agarró del brazo y tiró de mí hacia las escaleras que llevaban a la planta de arriba.

—¿A dónde vamos? —sospeché de inmediato. La planta de arriba de una casa durante una fiesta solía ser un terreno que yo no pisaba. Solo de parejas que buscaban rincones oscuros para enrollarse.

Fabio no me respondió, me guio hasta que empecé a escuchar de Sweet Escape de Gwen Stefani y Akon a través de una puerta. Fabio la abrió como si esa fuera su casa y el panorama que encontramos dentro de la habitación me sorprendió por completo.

Dos chicos y una chica estaban jugando al Catán. Les reconocí de Sydney Grammar, pero no recordaba haber hablado nunca con ellos.

—¿Se puede? —pregunto Fabio, agarrando una silla de debajo del escritorio.

El chico de pelo rizado y piel tostada levantó la vista.

—Fabio. —Le chocó la mano.

—Ethan —saludó él de vuelta, haciendo un juego extraño de manos que solo ellos tenían memorizado—. Ella es Erika. ¿Podemos jugar?

—Claro, acabamos de empezar. —El tal Ethan recolocó el tablero y señaló un hueco en la cama junto a la chica—. Siéntate ahí si quieres, Erika.

Nos dieron cartas y recursos y en menos de cinco minutos estábamos completamente absortos. Fabio era muy competitivo para alguien tan despreocupado.

—No hay mucho que hacer si Silvie tiene toda la arcilla —se quejó, ojeando sus cartas mientras su pie rebotaba contra el suelo.

—Bienvenido al capitalismo, Fabioloso. —Ella le guiñó un ojo, y me pregunté cuánta gente estaba usando ya el mote que yo le

había puesto.

Fabio estaba perdiendo categóricamente, estancado con la falta de arcilla. No me sorprendí cuando echó un brazo por encima de mi hombro y trató de engatusarme en una especie de alianza.

—No te molestes, mis suministros no son para echar cohetes.

—Escucha, pixie… y no me rechaces aún. Estoy dispuesto a darte cuatro maderas por esa arcilla que tienes. Piénsalo: cuatro maderas… y esta paja. Puedes hacerte un vibrador de la ostia.

Solté un bufido, mientras los demás se reían.

—No necesito un vibrador… gracias. Necesito mi arcilla para conseguir mi primera ciudad.

—Eh —celebró pellizcándome la mejilla—. Has dicho vibrador sin sonrojarte.

Le aparté de un codazo.

—Supongo que ya me he acostumbrado a tu nivel de depravación.

Los demás jugadores se reían de nuestras discusiones. Pero lo mejor de todo fue la reacción de Fabio al perder. Nunca le había visto parecer… humano. Me carcajeé tanto que me empezó a doler la barriga.

Salimos de la habitación. Al bajar las escaleras vi a Dan desde arriba. Seguía en el sofá con Carmina, pero en algún momento de la última hora había puesto más distancia entre los dos. O eso quise creer.

Fabio habló sin mirarme.

—Ahora cuando Dan te vea, relajada y feliz, vas a parecerle un imán.

Asentí no muy convencida.

—Hora de dar celos —continuó, echando su brazo por encima de mi hombro.

—¿Qué hay de tu ligue? —murmuré, dejando que me condujera hacia la música.

Justo entonces la vimos en el salón, besándose con el amigo de Fabio.

—Lo siento, tu amigo te la ha levantado por mi culpa. —Bajé la cabeza. Ahora dejaría de ayudarme porque le había fastidiado la

noche.

Fabio soltó una carcajada.

—Es su novia. —Se encogió de hombros—. No tengo que tirarme a todas las mujeres del universo.

—¿A no? Pensaba que eso era justo lo que estabas intentando.

—Demasiado trabajo —el sacudió la cabeza, más divertido que ofendido.

—Yo que sé, es guapísima. Creí que estabais compitiendo por ella y ya he visto como te pones cuando pierdes. —Volví a reírme, recordándolo y Fabio me fulminó con la mirada.

Llegamos al salón. Por suerte alguien con buen gusto había asesinado al DJ y ocupado su lugar, porque estaba sonando Do I Wanna Know de Artic Monkeys

Dan y Carmina estaban sentados juntos en un sofá, hablando muy cerca. Ella se reía de algo que él había dicho, con la mano en su rodilla. No pude evitar quedarme mirándolos.

Fabio apoyó una mano en la pared a mi lado.

—No le mires a él, mírame a mí —dijo.

Lo hice, pero Carmina soltó una risa alta y exagerada y mis ojos volvieron a ellos.

—Pixie, mírame a mí —su voz sonó como un relámpago en mi oreja, que retumbó en mi pecho, y me di cuenta de algo que no había registrado antes.

—Tu voz…

—¿Qué le pasa?

—Es tan grave, no va con tu cara.

—¿Suena sexy?

—¿Qué has hecho hoy? —curioseé en lugar de responderle. Si no estaba dedicando su noche de sábado a ligar, ¿entonces cuándo cubría sus necesidades?

—He montado un mueble con Lena, para una pareja de ancianos —dijo—. Es uno de los ejercicios que le ha puesto su psicóloga.

Mis ojos se abrieron mucho. ¿El ligón oficial de Sydney Grammar, pasando su sábado montando muebles para jubilados?

Estaba demasiado sorprendida como para decir algo al respecto.

—¿Y después?

—Luego me he ido a casa, he dormido la siesta... —Sus ojos se clavaron en los míos—. Y me he hecho una paja pensando en cómo haces toques con un balón.

Me quedé quieta un instante.

—Creía que no me habías visto. —El corazón me latía demasiado rápido.

Fabio chasqueó la lengua en reprobación.

—Ahora sí te has puesto roja.

—Que te den.

Se rió, un sonido grave que hizo cosas raras en mi estómago. No supe si hablaba en serio o si estaba provocándome.

Intro de The XX empezó a sonar.

—Alguien ha asesinado al DJ de antes —murmuré, sintiéndome cohibida por las sensaciones nuevas que notaba en mi cuerpo.

—Algún héroe sin capa —respondió él, haciéndome reír.

Nos quedamos en silencio un momento. Yo, tensa como una vaya electrificada, él, relajado como siempre.

—No mires ahora, pero Dan nos está observando —me informó y tuve que hacer uso de todo mi autocontrol para no mover el cuello—. ¿Quieres darle celos?

Asentí, incapaz de usar mi voz sin que esta me traicionara.

Fabio descendió sobre mí y me besó. Esta vez, también fue lento. Lo que hacía que cada roce resultara intenso. Todo mi cuerpo se centró en ese punto exacto donde sus labios se movían contra los míos. Hasta que su mano subió a mi cadera y despertó cosquillas que podían rivalizar con sus besos. La música, su fragancia y su sabor mezclado con la cerveza, se confabularon para hacer que ser besada por Fabio Schwarz fuera una experiencia que se disfrutaba con los cinco sentidos.

Ese fue mi último pensamiento coherente.

Cuando se separó, apoyó la frente en la mía y susurró:

—Carmina le está hablando al oído... pero Dan no te quita los ojos de encima. —El corazón me dio un vuelco. Fabio se apartó

despacio—. Está funcionando.

—¿Y ahora qué? —dudé. Por suerte, mi aliado tenía todas las respuestas.

—Ahora es cuando nos marchamos… juntos. O al menos eso es lo que tiene que creer Steinbeck. Que se pase el resto de la noche imaginándote en mi cama… y ya nunca volverá a pensar en ti como en alguien infollable.

Asentí. Después de pasármelo bien, después de ese beso y de notar su fragancia impregnada en mi piel, yo también me sentía cualquier cosa menos infollable.

13

El lunes por la mañana la clase de Educación Física se realizó dentro del pabellón cerrado, porque fuera llovía con ganas. El sonido del agua golpeando el techo metálico se mezclaba con el crujido de las suelas de las zapatillas y los silbatos. El ambiente era más íntimo de lo habitual, encapsulados en una burbuja húmeda y ruidosa.

—¿Estoy manchada? —preguntó Rebecca plantando su culo a la altura de mi cara.

—No.

—¿Buscas a alguien?

—No.

—Ajá. —Bebió de su botella de agua—. ¿Y por qué estás tan pendiente de la puerta?

Hice un *show* de estirar el cuello para demostrarle que todo era parte de mi rutina de calentamiento.

—¿Por qué no hemos recogido a Fabioloso esta mañana? —continuó ella, sin darse por vencida— ¿Os habéis peleado?

Negué con la cabeza,

—Me mandó un mensaje diciéndome que no fuera a recogerle —respondí entre dientes.

—¿Por qué?

—No lo sé, no me ha dado explicaciones y tampoco se las he pedido. No somos amigos, ¿sabes? Solo tenemos un trato.

—Vale, vale… relájate —dijo a la defensiva, y se puso a rodar los hombros.

Nos dispusimos a hacer ejercicios por parejas cuando Dan apareció a mi lado, con una sonrisa ladeada y el pelo un poco aplastado por la humedad.

—¿Te pones conmigo? —Ya estaba colocándose a mi lado.

—Ah, sí, claro. —Le eché un vistazo significativo a Rebecca, a lo que ella respondió con una mueca burlona a espaldas de Dan y se alejó hacia Jane.

Hicimos estiramientos mientras hablábamos de tonterías sobre la fiesta del sábado y del frío que hacía en el gimnasio. Me gustaba su forma de hablar conmigo, siempre un poco más bajo que el resto, pareciendo compartir secretos aunque solo estuviera comentando lo obvio.

El suelo estaba frío incluso a través de la esterilla. Tenía la sensación de que iba un segundo tarde en todo.

—Oye... —Se rascó la nuca y noté que tenía las mejillas rojas, aunque podía ser porque estaba haciendo abdominales, mientras yo le sujetaba las rodillas.

—El sábado te vi marcharte. —Se detuvo, y nuestros rostros quedaron cerca.

—Sí, había demasiada gente. —Aunque él le dedicara toda su noche a solo una persona.

Asintió, pensativo. Estuvimos unos segundos en silencio hasta que añadió, con una inseguridad que no le había visto antes:

—¿Estás saliendo con Fabio? —La pregunta me pilló por sorpresa. Aunque era justo lo que Fabio había predicho.

—¿Qué? No. Sólo somos amigos —respondí demasiado rápido.

—Amigos muy cariñosos… —Hizo un gesto burlón con las manos.

Noté un calor incómodo en la cara.

—Nos divertimos juntos… y ya está. —Mi respuesta fue lo suficientemente ambigua como para no destripar el misterio.

—Ah. Vale.

Tenía la cabeza en otra parte y un zumbido constante detrás de la frente por el ruido amortiguado de la lluvia.

Cuando tocó hacer carreras cortas de un lado a otro del gimnasio, no estaba prestando atención. Mi zapatilla resbaló ligeramente en el suelo húmedo y, al intentar recuperar el equilibrio, apoyé mal la mano contra el suelo.

El dolor fue inmediato.

—¡Joder! —Me llevé la mano al pecho.

—¿Estás bien? —Dan se agachó a mi lado

Negué con la cabeza, apretando los labios. La muñeca me latía con un dolor sordo y desagradable, así que me mandaron a la enfermería.

El pasillo estaba silencioso en comparación con el barullo del gimnasio. La luz del cielo encapotado se colaba de forma tenue por las ventanas. Llamé a la puerta blanca y entré sin esperar respuesta.

La enfermera me examinó la mano y decidió que solo era un golpe fuerte, pero que sería mejor llevar una venda durante veinticuatro horas.

Mientras me vendaba la muñeca, escuché un ruído a mi espalda.

Sentado en una de las camillas, con mi libro de espionaje favorito abierto en las manos, estaba Fabio. Tenía una pierna estirada y la otra doblada, el flequillo cayéndole sobre la frente.

—¿Fabio?

—¿Qué te ha pasado? —Él cerró el libro con el dedo marcando la página.

—Me he caído en el gimnasio. —Miré la mano significativamente—. No está rota, pero duele.

—Debes tener cuidado unos días. —La enfermera terminó de ajustar el vendaje—. Nada de esfuerzos. Y si te duele por la noche, ponte hielo.

—Vale.

—¿Puedes escribir?

Intenté cerrar la mano. Dolió, pero no era insoportable.

—Sí, creo que sí.

—Bien. Puedes volver a clase.

Pero no me moví. La enfermera nos miró a los dos, y ocultó una sonrisita, mientras se marchaba al despacho contiguo.

—¿Y tú qué haces aquí? —Me acerqué a la cama y le examiné en busca de señales de enfermedad.

—Me duele el estómago.

—¿Y eso? —soné demasiado preocupada para mi gusto.

Fabio enarcó una ceja y me observó curioso.

—Tranquila, estoy bien.

—Soy celíaca. Cuando hay contaminación cruzada o como algo con gluten sin darme cuenta... bueno —me apresuré en explicar —. Sé lo que es pasarlo mal de la tripa.

Asintió despacio.

—Yo no, pero mi estómago es sensible al estrés.

—¿Estrés? —repetí incrédula— ¿Tú tienes estrés?

—Puede. —Admitió, con un brillo de guasa en los ojos—. No soy tan Fabioloso como crees. Solo un hombre de carne y hueso. Aunque me hayas divinizado en tu cabeza.

Solté un bufido y puse los ojos en blanco.

Fabio me hizo hueco en la camilla y me invitó a sentarme, dando golpecillos con su mano sobre el colchón. Me acomodé a su lado, aunque una parte de mí anatomía quedó en el aire. El colchón era más duro de lo que parecía y crujió bajo nuestro peso. Notaba el borde clavándoseme en el muslo y la venda rozándome la piel cada vez que me movía.

—No quepo con tu ego.

Él se rio en lugar de molestarse.

—¿Te cuento algo sobre mí que va sorprenderte?

Asentí, invitándole a continuar.

—Hace dos años ni yo solo hubiera cabido en esta cama. —Jugueteó con el borde del libro—. Entonces, nadie me miraba dos veces.

—¿Hablas en serio?

Él asintió.

—Pesaba ciento diez kilos.

Me costaba creerlo, y él debió de leerlo en mi rostro.

—Mira… —Sacó el teléfono del bolsillo de su mochila y tecleó, pasando fotos hasta que dio con una antigua. En ella se veía a un adolescente con algo de sobrepeso, el pelo largo hasta la barbilla y acné.

—Joder —solté. Después me arrepentí y me tapé la boca con la mano—. Lo siento, es solo que no pareces tú. Pero no le veo nada de malo, yo si hubiera sido su amiga.

Algo cruzó por su cara, aunque desapareció antes de que pudiera leerlo. Nos miramos en silencio un instante.

—Pero no querrías besarle cómo quieres hacer conmigo desde que has entrado —acusó, fingiendo que le dolía.

—Porque es muy joven. —Señalé al chico de la foto. Después me di cuenta de lo que había quedado implícito—. Eh, no quiero besarte desde que he entrado.

—Sí quieres.

Sacudí la cabeza, dándole por imposible.

—Tu yo del pasado me hubiera caído mejor. Seguro que no era un engreído y un depravado.

—Ni siquiera le hubieras visto —negó él, dejando el móvil encima de la mesa—. Y sí que era un depravado. Solo que no tenía candidatas para darle rienda suelta a mi naturaleza.

Se me escapó una risa involuntaria que sonó a indignación.

—Eres… —No me venía una palabra adecuada para describir a alguien como él.

—¿Sincero? —propuso—. No como tú.

—¿Yo? ¿En qué he mentido?

—Niegas haber pensado en besarme desde que tus reveladores y pervertidos ojos azules se han posado en mí.

Evité su mirada mientas soltaba un largo suspiro, él movió la cabeza para perseguir mis ojos.

—Vale —admití de mala gana. Su necesidad de inflar su ego aún más me aburría—. Soy humana, por mucho que tú me hayas divinizado en tu cabeza.

Fabio rio por la nariz.

—Hay una lección en todo esto, pixie.

—¿No vendas tu alma para volverte guapo o acabarás siendo un capullo insoportable? —tanteé con una expresión de fingida inocencia.

Él volvió a reír.

—Creo que me soportas perfectamente —dijo, con calma—. De hecho, creo que hasta lo disfrutas. Y ahí estaba mi lección. No te avergüences de tus deseos. Si quieres besarme o a cualquier otra persona, no lo niegues.

Asentí resignada.

—Dilo.

—¡Argh!

—Dilo, pixie —repitió él con una paciencia condescendiente.

—Eres un pesado.

—No tanto como antes.

—No, no, estoy segura de que ahora que eres tan guapo, irónicamente te has vuelto mucho más pelmazo.

Fabio se carcajeó de buena gana.

—Vale, entonces di: Fabio eres un pesado, pero me muero por…

No lo soporté más, le besé para callarle. Solo que al hacerlo entendí lo mucho que había estado en lo cierto. Besar a Fabio Schwarz era una auténtica pasada, su sabor, su tacto, su temperatura, la forma en que movía la boca. Era un fusilamiento instantáneo de cualquier pensamiento coherente. El instante del que no quería salir, el lugar que hacía que me olvidara del resto del universo.

Fue él quién se apartó primero.

—Estoy enfermo, pero te da lo mismo. ¿Quién es la depravada?

—Llevas literalmente diez minutos hablando de besarnos —protesté, frustrada.

—No, estaba intentando avanzar con tus lecciones.

No merecía la pena. El cielo de su boca no compensaba tener que aguantarle. Así que hice el amago de levantarme, pero él me lo impidió tirando de mi brazo y volviendo a asediar mi boca. Esta vez su lengua se coló directa entre mis labios e hizo un movimiento que arrancó un vergonzoso gemido de placer.

El timbre sonó, salvándome la vida.

—Tengo matemáticas. —Me bajé de la camilla sin mirarle. Al apoyar los pies en el suelo me flaquearon un segundo las rodillas.

—Y yo historia.

Murmuré un adiós, notando que estaba acalorada y que me faltaba el aire. Cuando llegué a la puerta, su voz me detuvo.

—¿Pixie?

—¿Ajá? —Solo volví la cabeza a medias para que no viera mi estado de agitación.

No importaba, sus siguientes palabras me demostraron que él ya lo sabía.

—Ahora, cuando te sientes en clase —comenzó a decir despacio—, mejor no cruces las piernas.

Tardé un instante en entender lo que estaba diciendo. Traté de bufar aunque salió más como un jadeo.

—Pervertido —murmuré para mí misma mientras iba hacia la puerta. Aunque su risa a mi espalda me dijo que me había oído perfectamente .

14

Durante los dos días siguientes, Fabio y yo nos besamos en todas partes. En los pasillos, apoyados contra las taquillas. En el patio, medio escondidos detrás del gimnasio. En las escaleras, antes de que sonara la campana. Besos lentos que me dejaban con la cabeza flotando durante horas. Lo más inquietante fue la rapidez con la que se volvió normal. Dejé de preguntarme si alguien nos miraba. Dejé de sorprenderme cuando su mano encontraba mi cintura o cuando mis labios ya sabían exactamente dónde encajar.

El jueves por la tarde empezaron las primeras burlas por parte de mis amigos.

—¿Erika? —Jane escudriñó la mirada—. ¿Eres tú? No recordaba tu cara.

—¿De qué hablas?

—De Fabio. —Cruzó los brazos—. Os hemos visto… morreándoos. A todas horas. Empezaba a pensar que su nuca es tu rostro.

Me sonrojé.

—Me está enseñando a besar, ¿cómo se supone que voy a aprender sin practicar?

—Eres una estudiante "muy" aplicada. —Cerró su taquilla de golpe—. ¿Qué más te está enseñando?

—¿Estáis hablando de Fabioloso? —interrumpió Zack saliendo de la nada, y traía a Rebecca pegada a los talones— ¿Habéis follado ya?

—No, no, no, solo me está enseñando a besar.

—¿Por qué? —Rebecca arqueó una ceja—. ¿Por qué solo quieres aprender eso?

Fruncí el ceño.

—Ah… ¿crees que debería practicar otras cosas? —dudé. Me había estado preocupando con besar bien a Dan, pero ¿y si Rebecca tenía razón? ¿y si le decepcionaba en todo lo demás?— ¿Cómo qué?

Rebecca soltó una carcajada.

—Solo intento encontrar la lógica dentro de tu locura.

Ignorándola, tomé a Zack por los hombros.

—¿Crees que debería practicar algo en particular? ¿Qué es importante para vosotros?

—Pues… —Zack gesticuló como si fuera a darme una lista muy larga y obscena.

—¿Qué te pide el cuerpo cuando Fabio te succiona el alma? —intervino Rebecca.

—¿Tú también les has visto? —Jane le dio un codazo a Rebecca para llamar su atención—. Esta mañana he pasado por ellos, los he saludado, he abierto mi taquilla, sacado mis libros, dado un portazo, soltado un comentario mordaz y ni se han enterado.

Rebecca soltó una risa baja y eché a andar sin querer escuchar más. Por desgracia me siguieron.

—Ah, la magia de la química —murmuró a mi espalda.

Me detuve para echarle una mirada de hastío.

¿Química? Fabio y yo no teníamos química. Teníamos un trato donde yo disfrutaba de que él tuviera más pericia que un actor porno jubilado. Y él soportaba mi inexperiencia a cambio de que hiciera de chófer, me encargara de su colada y ayer, hasta había cubierto su turno de limpieza en su apartamento compartido.

—¿Cuándo vas a parar? —espeté, cansada de su juego. Era mi amiga, ¿por qué tenía que ponerme las cosas más difíciles?

—Mi último comentario sobre vuestro amor, será mi discurso en vuestra boda.

—Ja. —Puse mi sonrisa más irónica.

—¿Hay alguna razón por la que estéis congregados delante de mi taquilla? —Fabio apareció de la nada, cargando con su bolsa de gimnasio y la otra mano metida en el bolsillo de sus vaqueros.

—Tus besos —respondió Jane.

—¿Cómo dices? —Cambió el peso del cuerpo a su otra pierna, armándose de paciencia.

—Erika se ha parado aquí, porque tu embrujo es como un hechizo que la llama… y nosotros solo la estamos siguiendo.

Definitivamente necesitaba amigos nuevos.

—No tenéis que seguirme. —Los despaché con un gesto de mano despectivo—. De hecho, podéis ir justo en sentido contrario. *Faites un bon voyage*.

—Vámonos, quieren estar solos —rió Zack, girando hacia el otro lado del pasillo. Antes de irse Rebecca hizo un movimiento de cejas sugerente y Jane le echó una mirada de anhelo y frustración a Fabio.

Una oleada de cosquillas histéricas me recorrió la piel pensando en que eso que quería ella, lo estaba disfrutando yo.

Una vez se alejaron lo suficiente, me giré hacia Fabio que me había dado la espalda y estaba colocando las cosas dentro de su taquilla.

Mis ojos se deslizaron por su espalda y la forma en que ni la sudadera conseguía ocultar su anchura y los músculos desarrollados de sus hombros. Aunque nos hubiéramos pasado dos días besándonos en cada oportunidad, en ninguna de esas ocasiones nos habíamos tocado. Solo su brazo rodeando mi cintura o los míos alrededor de su cuello por mantener una postura cómoda durante las lecciones. Porque eso eran sus besos: lecciones. Me lo repetía cada vez que terminaban y me quedaba flotando, aun sin que hubiera roce entre nuestros cuerpos ni caricias. ¿Cómo sería besarle si añadíamos el tacto?

La sugerencia de Rebecca volvió para asediarme y me imaginé acariciando la entrepierna de Fabio por encima de los vaqueros, allí mismo, solo para ver cómo me sentía…

—¿Y a ti qué te pasa? —Su voz me hizo levantar la vista de un sitio en el que no debería haber estado. Había terminado de guardar sus cosas y se había dado la vuelta sin que yo me percatara.

Sacudí la cabeza, notando que me ardía la cara.

Él me observó un instante de una forma evaluativa y empecé a ponerme nerviosa.

—La verdad es que a mi taquilla le vendría bien una limpieza —dijo, entonces haciendo que Glory Box de Portishead, que había estado sonando en mi cabeza, se detuviera de golpe con un efecto disco scratch.

Suspire.

—Si quieres… —Mi único consuelo era que él no sabía que estaba fantaseando, solo yo sabía lo patética que era, por lo mucho que estaba disfrutando de nuestro rollo ficticio.

Desanimada, me aparté y me apoyé contra las taquillas a mi espalda, observando la gente que iba y venía por el pasillo. La parte positiva era que Dan había empezado a buscarme con la mirada en clase, y hasta me había enviado un mensaje la tarde anterior con la excusa de hablar sobre nuestro trabajo de finanzas. En el cual nos habían emparejado porque había empezado a sentarse más cerca que antes.

—¿Qué más sabes decir en francés?

Levanté la vista al escuchar las palabras de Fabio. Estaba plantado frente a mí, cerca. Su maldita fragancia originó un efecto bomba atómica por todo mi cuerpo.

—¿Qué?

Antes de que colocara una mano contra la taquilla por encima de mi cabeza y se inclinara sobre mí, alcancé a ver un brillo travieso en sus ojos.

—¿Sabes decir alguna guarrería? —susurró contra mi oreja. Su aliento cosquilleó mi piel y una corriente eléctrica descendió por mi cuello.

—*Voulez vous coucher avec moi ce soir?* —recite la letra de la icónica canción porque sabía que era algún tipo de guarrería.

—*Oui, je te veux avec moi, mais je ne veux ni dormir ni attendre que la nuit tombe* —su respuesta, susurrada en francés me hizo estremecer.

—No lo entiendo —admití, frunciendo el ceño.

Él se echó un poco hacia atrás para mirarme con una sonrisita socarrona.

—Lo sé.

Durante un instante me perdí en sus ojos, golpeada por la belleza de su rostro como si no le hubiera visto antes. Tal vez porque estaba demasiado cerca.

—Diez, veintitrés —soltó de la nada.

—¿Qué?

—La combinación para abrir mi taquilla, para cuando tengas un rato.

—De acuerdo —respondí, resignada.

—Aunque tal vez, yo debería estar presente para que no tires nada que todavía me valga —continuó pensativo.

—Puedo meter lo que crea que es basura en una bolsa y luego la revisas.

Fabio pareció considerar la idea y después asintió.

—Me voy a clase —dije, ajustándome la mochila antes de girarme.

Él agarró mi brazo en el último momento, deteniéndome. Después asió mi cuello por detrás sin mucha delicadeza y me obligó a avanzar por el pasillo cuatro pasos hasta una ventana. Se sentó en el poyete y tiró de mí hacia él, hasta que uno de mis muslos quedó atrapado entre sus piernas.

—Aún no es la hora —murmuró con una expresión irritada. ¿Con qué? No lo sabía. Y tampoco tuve tiempo de indagar porque sin añadir nada más me besó. Despacio y jodidamente bien, como todas las otras veces. Otra lección más. Solo que esta vez su muslo estaba en contacto con mi entrepierna. Esta vez su mano en mi espalda baja quemaba un poco más.

Besarle ya no era suficiente. Quería tocarle, quería pegarme a su cuerpo, quería frotarme contra él.

Me aparté.

Las otras veces había estado besando a Fabioloso, el *fuckboy*. Esta vez había estado besando a Fabio, el chico. La persona.

Mierda.

A él le llevó un pestañeo ajustarse a la realidad.

—¿Qué? —inquirió, aun pareciendo irritado.

Carraspeé. Ni en sueños podía explicarle todas las cosas que se me estaban pasando por la cabeza esa mañana.

—Tengo preguntas —dije, y me aparté lo suficiente para que su muslo dejara de incendiar mi bajo vientre. Lo suficiente para que él tuviera que apartar la mano de mi cintura. Detalle que él notó, a juzgar por como su mirada descendió, a donde me había estado tocando.

Cuando pasaron unos segundos sin que yo añadiera nada, Fabio alzó las cejas, expectante.

—¿Qué haces para saber así?

—¿Saber el qué?

—Saber de sabor —aclaré, riéndome por lo tonto del malentendido.

El frunció el ceño, pero el desconcierto no le duró mucho.

—No hago nada, todos tenemos un sabor.

—¿Yo también? —me sorprendí.

—Claro.

—¿Cómo es el mío? —Me daba miedo su respuesta, pero tenía que saberlo.

Fabio se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que explique un sabor?

—No sé, has besado a mucha gente…

—Te encanta sacarlo a relucir, ¿eh? —gruñó él.

—Vale, pues… del uno al diez. Siendo uno la peor persona que has besado y diez la mejor. ¿Cómo puntuarías mi sabor? No me mientas, por favor.

—Un quince. —No vaciló.

Le miré boquiabierta.

—¿Te estás riendo de mí?

—No. —Su respuesta fue tajante—. ¿Tienes más preguntas?

¿Le gustaba mi sabor? ¿A Fabio le gustaba tanto mi sabor como para puntuarme cinco puestos por encima de su mejor beso? La cabeza me dio vueltas con el descubrimiento. ¿Y si no estaba sufriendo tanto nuestro acuerdo como yo había creído?

—Sí… ¿crees que falta mucho para que sepa besar bien?

La sirena sonó, avisándonos del comienzo de la primera clase, y Fabio se me quedó mirando un instante, aún planteándose mi pregunta.

—Nada, besas bien desde el principio.

Lo increíble de su respuesta, unido al ruido de la gente apresurándose en llegar a sus clases me hizo dudar de mis oídos.

—¿Qué?

—No tienes nada que aprender, pixie —repitió él con paciencia, y ahí sí que empecé a dudar de su sinceridad.

—¿Cómo va a ser eso posible si no tengo nada de experiencia?

Fabio se encogió de hombros.

—No lo sé, Erika, ¿tienes un don natural? Dímelo tú —respondió, tan confuso como yo.

Me quedé mirándolo anonadada.

—¿Estás diciendo todo eso en serio?

Fabio pareció querer poner los ojos en blanco, pero contenerse a duras penas.

Si besar bien no era algo que tuviera que aprender, entonces llevábamos días morreándonos sin ninguna razón real. Y a él no se le había ocurrido mencionarlo.

El pasillo estaba casi vacío, las últimas personas entrando en sus respectivas clases. Nos quedábamos sin tiempo.

—Espera. —Me deslizó un papel doblado en la mano—. Para que no te aburras.

Cuando me senté en clase, desplegué el papel. Era una especie de código: símbolos, letras desordenadas, flechas. Muy de espías.

Me pasé toda la clase intentando descifrarlo. Nada fácil.

Cuando por fin lo entendí, solté una carcajada que hizo que la profesora me mirara mal.

El mensaje decía: «Enhorabuena agente Pixie: misión completada. Recompensa pendiente».

Sonreí como una idiota. Discretamente saqué mi teléfono para enviarle un mensaje a Fabio, pero al encender la pantalla me encontré con una notificación de Dan.

Dan: ¿Tienes planes para el viernes?

Erika: Depende. ¿Por qué?

Dan: Tengo que llevar a mi hermano a una fiesta de cumpleaños. Tiene seis años, lo que quiere decir que el resto de invitados son padres cuarentones. No tengo mucho en común con ellos y me voy a pasar la tarde en un rincón, solo.

Miré la pantalla unos segundos. Escribí y borré tres respuestas diferentes antes de decidirme:

Erika: Suena fatal. A tortura, la verdad.

Dan: Lo es. ¿Quieres venir y sufrir conmigo? Probablemente salgamos de allí con tres virus que no sabías que existían.

El corazón me dio un vuelco.

Erika: Guau, es imposible rechazar una invitación así.

Su respuesta no se hizo esperar.

Dan: Ja,ja. Lo sé. Te recogemos a las 16. Envíame tu dirección.

¿Qué? ¿Alguien iba a pasar a recogerme? ¿Por una vez iba a ser yo la que solo tiene que preocuparse de estar lista a la hora? Qué lujo. Podría acostumbrarme a eso. Podría acostumbrarme a sus mensajes en mitad de clase y a los planes juntos.

Esto era justo lo que quería. Estaba sucediendo y ni siquiera estaba tan nerviosa como había anticipado. Todo gracias a Fabioloso. Él me había aclimatado a la intimidad con un chico. Él me había hecho sentir que no era tan infollable como me habían hecho creer hacía una semana. Y si era sincera, tenía que admitir que gracias a Fabio, Dan brillaba un poco menos y ya no me sentía tan cegada por él.

15

Tardé más de lo normal en decidir qué ponerme. Ningún modelito me parecía adecuado para una cita que no sabía si era una cita. Me cambié de camiseta dos veces, me quité los vaqueros, volví a ponérmelos, me miré de perfil en el espejo como si pudiera cambiar algunos de mis defectos, solo por reconocer que existían.

Rebecca me llamó justo cuando estaba considerando quemarlo todo y quedarme en casa.

—¿Ya estás lista?

—No lo sé. —Me dejé caer en la cama—. ¿Qué me pongo para un cumpleaños infantil?

—Algo que no te importe manchar. Los niños son pequeños terroristas.

—Muy útil, gracias.

—De nada. —Se rió—. ¿Estás nerviosa?

—No.

—Mentirosa.

—Claro que estoy nerviosa —admití—. Pero creo que el hecho de que no sea una cita pensada para nosotros, me tranquiliza un poco.

—Menos presión —comprendió ella—. Seguro que Steinbeck lo ha escogido por eso.

—Sí, he notado que él también tiene sus momentos de inseguridad, no como… —enmudecí de golpe antes de soltar el

nombre que probablemente estrellaría esa conversación sin airbags.

—¿No como quién? —Rebecca no iba a dejar que me escapara tan fácilmente.

—El caso es que, saber que Dan también tiene inseguridades, me ayuda —respondí, ignorando su pregunta.

—Todos las tenemos, Erika. Es solo que tu estás particularmente pendiente de las tuyas.

Cerré los ojos.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Tendrás que hacerlo en algún momento.

—Lo sé. Pero no hoy.

—Vale. —Suspiró—. Pues diviértete y hazte una foto con el payaso.

—¿Payaso? —repetí horrorizada. No me gustaban nada desde que vi IT con Rob, siendo demasiado pequeña y sensible—. ¿Crees que habrá uno?

Rebecca se carcajeó.

—Es broma, eso ya no se lleva. Pásatelo bien.

Después de colgar, me quedé mirando el techo. Al final opté por algo sencillo: vaqueros, una camiseta de Aerosmith, que me hacía aparentar tener más pecho, y zapatillas. Iba cómoda y me sentía guapa a la vez.

Me senté en la cama con el móvil en la mano y, casi sin pensarlo, abrí el chat de Fabio.

Erika: Tengo una NO cita con Dan. Me ha invitado a un cumpleaños infantil. ¿Consejos?

La respuesta no tardó.

Fabio: Sí. No participes en la piñata, son salvajes. No comas nada que lleve un rato en la mesa.

Sonreí.

Erika: Anotado. ¿Por casualidad no tendrás algún consejo sobre Dan?

Fabio: Lo tengo, el batería de su grupo debe ser sacrificado cuanto antes. Al cantante y al guitarrista, bastaría con meterlos en la cárcel.

Puse los ojos en blanco, divertida.

Erika: He limpiado y ordenado tu taquilla. Sándwhich mohoso incluido, así que paga. Dame algo que haga que Dan se vaya a la cama pensando en mí.

Fabio: Hazle una mamada en el rincón más recóndito del parque de bolas.

Erika: Estás despedido.

Fabio: Vais a un sitio con toboganes, Erika… No es una cita.

En lugar de dolerme por su comentario, solté una risa suave.

Erika: Vale, no ayudes. Por cierto… descifré el mensaje.

Tres puntitos aparecieron, desaparecieron y volvieron a aparecer.

Fabio: Ah, ¿sí?

Erika: Mencionaste una recompensa… La quiero.

Mi estómago burbujeó conforme escribí esas palabras, aunque mi intención no era insinuar que se trataba de nada depravado. Al parecer, mi cuerpo tenía otras ideas.

Esta vez, Fabio tardó un poco más en contestar.

Fabio: Ven a por ella.

Las burbujas de mi estómago se convirtieron en una piscina de hidromasajes a máxima potencia. Me quedé mirando la pantalla,

consciente de cómo mi propio cuerpo reaccionaba a una frase que, objetivamente, no decía nada... o lo decía todo. Con Fabio nunca estaba segura.

Estaba escribiendo cuando el móvil vibró con una llamada.

Dan.

—Mierda. —Me levanté de un salto, cogí la chaqueta y bajé las escaleras casi corriendo.

Mi padre estaba en el salón.

—¿Vas a salir?

—Sí. Con Dan.

—¿El chico brasileño?

—No, papá. Ese es Fabio. Dan es otro amigo, vamos a un cumple de su hermano pequeño.

Mi padre arqueó una ceja.

—Entiendo.

Salí antes de que pudiera preguntarme otra vez si era lesbiana y por eso los chicos guapos solo eran mis amigos.

El coche de Dan estaba aparcado delante de mi casa. Él estaba al volante, y en el asiento de atrás, su hermano pequeño me saludó agitando la mano con una sonrisa desdentada

—¿Tú eres Erika?

—La misma. —Me incliné un poco para saludarlo—. ¿Listo para tu fiesta?

—¡Es el cumple de Henry! —El niño prácticamente rebotaba en su asiento—. Y hay una piscina de bolas. Y pizza. Y...

—Charlie. —Dan le interrumpió, sonriendo—. Respira.

Me subí al coche. Dan me miró y algo en sus ojos hizo que se me acelerara el pulso.

—Gracias por venir —dijo—. He traído tapones de oído por si la cosa se pone muy mal.

—No hará falta, somos roqueros, nuestros tímpanos están hechos a cosas peores.

—Se ve que no has estado nunca en un cumpleaños infantil.

Me reí de nuevo, notando que parte de la tensión escapaba de mi cuerpo.

—¿Eres su novia?

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—Charlie...

El niño se rió desde atrás.

—¿Lo eres? —Se inclinó hacia delante, genuinamente curioso.

Miré a Dan, que se había puesto colorado hasta las orejas.

—Eh... —empezó él.

—Soy su amiga —dije finalmente—. Una muy buena amiga.

—Ah. —Charlie pareció decepcionado—. Vale. ¿Puedo ver Power Rangers en tu móvil, Erika?

—Ni hablar —espetó Dan.

—Esa serie es un poco vieja para ti, ¿no crees? —le respondí, con un tono más suave que su hermano.

—Me gusta, hay espadas y monstruos.

—Charlie, es la hora A —intervino, Dan echándole un vistazo por el espejo retrovisor.

El niño soltó un bufido en respuesta.

—¿Qué es la hora A? —Me pudo la curiosidad.

—A de aburrimiento. —Charlie se cruzó de brazos, dejándose caer sobre el asiento.

Una sonrisa divertida se dibujó en el rostro de su hermano mayor.

—¿Recuerdas de pequeña contar las líneas de un radiador o fijarte en como el sol y la sombra proyectaban formas en una pared?

Asentí, creyendo entender a lo que se refería, pero sin saber a dónde iba con eso.

—Los niños de hoy en día ya no tienen tiempo para esas cosas. Necesitan estar constantemente entretenidos. Se ha perdido el noble arte de aburrirse. Así que intento que Charlie tenga un momento todos los días para aburrirse.

Medité sobre sus palabras un instante. ¿Cuándo había sido la última vez que había esperado simplemente a ser atendida en el médico sin sacar el móvil? ¿O había observado mi entorno mientras esperaba a que llegara un amigo?

—No solo los niños, creo que nos pasa a todos —admití.

Dan asintió.

—A ellos les afecta más.

—Me uno a la hora A —declaré con decisión—. Me parece una gran idea.

Dan me sonrió y yo se la devolví, encantada con tener la oportunidad de descubrir las capas de su personalidad.

El trayecto fue una mezcla de Charlie contando historias extrañas y Dan intentando no chocar mientras nos reíamos. Me descubrí disfrutándo más de lo esperado. Había algo dulce en ver a Dan con su hermano.

El cumpleaños fue exactamente lo que había imaginado: un local lleno de gritos, risas, lloros y padres con cara de cansancio. El aire olía a pizza y a sudor infantil, lo que me cerró el apetito.

A pesar de lo que había dicho en el coche, Charlie me presentó a sus amigos como la novia de su hermano. Me gustaba mucho como sonaba, pero no tenía ni idea de si a Dan también.

—No soy su novia —corregí cada vez, por si acaso.

Dan me observaba, apoyado en la pared, con una sonrisa tranquila y quería pensar que tierna.

En un momento dado, tuvimos que descalzarnos y entrar en la piscina de bolas para buscar el reloj de dinosaurios de Charlie. Aprovechamos para tirarnos por el tobogán, obviando las miradas de los padres, y riéndonos más que los propios niños.

Estuvimos cuatro horas que se pasaron sin que me diera cuenta. Dan me contó que quería estudiar producción musical en Melbourne. Yo le dije que no sabía aún lo que quería, y él dijo que eso también era una respuesta. Fue la primera vez que alguien lo interpretaba así.

De vuelta en el coche, Charlie se quedó dormido casi al instante, con la cabeza ladeada y la boca entreabierta, abrazando su coche de juguete.

Dan bajó la música. Con un niño dormido y la tarde que habíamos tenido, el silencio resultó cómodo.

—Gracias por acompañarme —dijo en voz baja después de un rato—. En serio. Sé que esto no era exactamente lo que tenías en mente para hoy.

—Mi niña interior se lo ha pasado bien.

Fue adorable la forma en la que pareció aliviado.

—Tu hermano y sus amigos son divertidos. Bueno, menos el que estaba pegando a todo el mundo.

Dan se rio.

—Ese es Dylan. Es un delincuente en ciernes.

—Apunta maneras.

Llegamos a mi casa demasiado pronto. Ninguno de los dos se movió enseguida. Dan echó un vistazo al asiento de atrás para comprobar que su hermano seguía durmiendo. Y cuando sus ojos se posaron sobre mí, volví a ponerme nerviosa.

—Erika...

—¿Sí?

—Yo... —Se pasó una mano por el pelo—. Siento que tu nombre saliera en aquella lista...

—Dan.

—Déjame terminar. —Respiró hondo—. Son unos capullos, pero yo también lo he sido… por un momento dejé que me afectara.

Bajé la vista. Sabía que se había distanciado de mi porque le daba vergüenza que lo vieran conmigo, pero tener su confirmación dolía.

—Pero ya no…

—No tienes que decir…

—Sí tengo. Fui un idiota y lo siento, pero ya no voy a dejar que me afecte —declaró con los ojos fijos sobre mí. Se inclinó un poco, lo justo para que pensara que iba a besarme.

Y entonces, desde atrás, Charlie murmuró medio dormido:

—¿Ya hemos llegado?

Dan se apartó de golpe, carraspeando.

—No, estamos dejando a Erika.

Solté una risita nerviosa.

—Eh... bueno. Gracias por invitarme, me lo he pasado muy bien.

Dan sonrió.

—Nos vemos en clase, Erika.

Asentí, notando las mejillas sonrojadas.

Salí del coche con las piernas un poco temblorosas y entré en casa ligera, feliz, con una sensación tibia en el pecho. Había sido un

éxito. Nuestra NO cita, había ido genial, mucho mejor de lo que había soñado.

Mis padres estaban en el salón.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿El chico brasileño? —preguntó mi madre.

Fruncí el ceño. Mi padre había estado hablando de Fabio con mi madre. Interesante.

—No, he salido con Dan.

Ya en mi cuarto, dejé la chaqueta sobre la silla y cogí el móvil. El chat de Fabio seguía abierto, su último mensaje aún sin responder.

Realmente, ahora que las cosas iban bien con Dan no tenía sentido tontear con Fabio, así que me decanté por no contestar nada. Dejé el móvil, y lo volví a coger pensando en contarle como había ido la cita, pero tampoco es que él me hubiera preguntado. Lo mejor sería no escribirle en absoluto.

En algún momento iba a tener que admitir que Fabio se había convertido en mi amigo. Porque, después de haber pasado un día perfecto con Dan, lo primero que había querido hacer al llegar a casa era contárselo a él.

16

La primera hora del lunes se me hizo más larga de lo normal y apenas podía mantener los ojos abiertos. Rebecca debía de estar igual de aburrida, porque a los diez minutos, un papel doblado aterrizó sobre mi mesa.

¿Qué tal con dan?

Escribí despacio, consciente de cada palabra.

Genial la verdad. Su hermano es muy majo y nos lo pasamos muy bien. Estuvo a punto de besarme, pero su hermano nos interrumpió.

Ella me respondió con rapidez.

Ahora entiendo por qué pareces tan contenta.

El papel que me volvió ya no tenía hueco para escribir, así que rasgué uno nuevo despacio para que no se escuchara en el silencio de la clase, roto solo por la monótona voz de nuestra profesora de historia.

Sí, creo que voy por buen camino y supongo que ya no necesito seguir con lo de Fabio.

Empujé el papel hacia su mesa con la punta del bolígrafo. Rebecca tardó un poco más en contestar. Cuando lo hizo, su letra estaba más apretada.

¿Tú crees?

Levanté la vista, intrigada y ella arrancó otro papel.

Cuando un chico reacciona porque te ve con otro, es que le gustan los retos. No te muestres demasiado... disponible. Eso podría enfriarle.

No había pensado en eso. No tenía clara las reglas porque nadie me las había explicado. Mi falta de experiencia se mezcló con la advertencia de Rebecca y, de repente, la seguridad del fin de semana se tambaleó.

Tal vez no era tan mala idea seguir con las lecciones. Por si acaso.

Garabateé una respuesta rápida:

Tienes razón. Voy a hablarlo con Fabio, a ver qué opina él.

Vi a Rebecca asentir desde su sitio.

El resto de la clase pasó en una nebulosa. La profesora hablaba de alguna batalla con el entusiasmo de un robot. Mientras yo me dedicaba a mirar por la ventana y a darle vueltas a lo mío con Dan.

En el descanso entre clases, fui al baño. Más por moverme que por necesidad.

Al salir, me crucé con Fabio. Acababa de entrar al edificio con la mochila al hombro y los auriculares colgando del cuello. No le había ido a recoger esa mañana porque él no tenía clase a primera hora.

—¿Has sobrevivido al viaje en autobús? —bromeé a modo de saludo.

El pasillo estaba casi vacío. Solo un par de chicos al fondo que no nos prestaban atención.

—Por poco no, he notado un ligero sarpullido cuando Finn O´Malley se ha sentado a mi lado. No huele tan bien como tú y tus amigas. —Se estremeció de forma exagerada—. Es increíble lo rápido que se acostumbra uno a los lujos.

Una risita escapó de mis labios. Después hubo un segundo de silencio. Uno de esos que solía acabar con su mano en mi cintura y

mis labios encontrando los suyos.

Di medio paso hacia él y acerqué mi rostro, pero Fabio giro la cara evadiendo mi boca y se apartó.

—Hoy no. —Lo dijo suave, pero sin dejar espacio a dudas. Y siguió caminando hacia su clase.

Me quedé clavada en el sitio, con la sensación de haber calculado mal una distancia que antes conocía de memoria. El rechazo me golpeó como un puñetazo en el estómago.

De vuelta en clase, no atendí a nada. Los minutos se arrastraban mientras mi cabeza daba vueltas.

¿Estaba enfadado porque no le había respondido a su último mensaje? ¿Porque había salido con Dan?

Saqué el móvil en un despiste del profesor de economía, escondiéndolo bajo la mesa.

¿A qué ha venido eso? ¿Estás enfadado?

Su respuesta tardó diez minutos que se me hicieron eternos.

No. Tengo los huevos azules.

Parpadeé, completamente descolocada. Releí el mensaje tres veces por si acaso.

¿Qué quieres decir?

Sabes perfectamente qué quiero decir.

Me ardieron las mejillas. Miré alrededor.

¿Por mi culpa?

Tardó un poco más en responder.

No es por tu culpa, pero es por ti.

Vale, ahora mi corazón iba a todo trapo.

¿Y qué hay de tus… amiguitas?

Lo escribí antes de poder detenerme, con un toque de sarcasmo que seguro que iba a notar.

No me he liado con nadie desde aquella noche que me espiaste en Inferno. Cuando me llevaste a casa en taxi.

Dejé el teléfono sobre la mesa un momento. La pantalla siguió encendida mientras yo miraba al frente sin ver nada.

¿Por qué?

Ninguna razón en particular.

El aire se me atascó en los pulmones al darme cuenta de lo mucho que me alegraba descubrir eso. Estaba jodida de la cabeza.

Volví a escribir, con los dedos temblando ligeramente.

¿Y no te... cuidas tú solo?

La respuesta fue directa y brutal. Muy al estilo de Fabio.

Habla claro, Erika. Si te refieres a masturbarme, ya no está ayudando. No soy un adolescente. No estoy acostumbrado a apañarme yo solo.

El corazón me empezó a latir tan fuerte que estaba segura de que la gente a mi alrededor podía oírlo.

Leí el mensaje tres veces, notando todo tipo de cosas en mi cuerpo. Loca, me estaba volviendo loca. Esa era la única explicación para lo que escribí a continuación:

Si es por mí... entonces yo lo arreglo.

Los tres puntos aparecieron al instante.

Ah, ¿sí? ¿Cómo piensas hacerlo?

Miré alrededor y al profesor. Escribía en la pizarra algo sobre los mercados de competencia perfecta.

Levanté la mano.

—¿Puedo ir al baño?

El profesor asintió tras echarme un vistazo rápido. Rebecca me observaba desde atrás, extrañada.

Salí, con las piernas un poco temblorosas y el móvil en la mano.

Te espero en las escaleras de incendios del sótano. Nadie pasa por ahí.

No me respondió nada, aunque podía ver que lo había leído.

Di vueltas en círculo por el rellano entre los distintos tramos de escaleras. El lugar estaba frío y olía a pintura. Tras un momento, me apoyé contra la pared, nerviosa, jugueteando con las mangas de la sudadera.

Mi cerebro iba a mil. Acababa de ofrecerme a hacer algo que nunca había hecho, a alguien que llevaba años haciéndolo con expertas.

El pánico empezó a trepar por mi garganta.

Cuando apareció, lo hizo sin prisa y con una expresión de neutra indiferencia.

—Empezaba a pensar que no ibas a venir. —Mi voz sonó más pequeña de lo que esperaba.

—Solo he tardado cinco minutos. —Se encogió de hombros.

El silencio que se instaló entre nosotros se podría cortar con una motosierra. Respiré hondo, intentando encontrar el valor que había tenido cinco minutos antes al escribirle eso.

—Entonces… ¿te duele o algo?

—Me molesta —respondió él, reticente. Echó una mirada hacia las escaleras, tal vez planeando un escape—. Nos hemos pasado tres días enrollándonos a saco como si tuviéramos catorce años.

Abrí la boca, pero no sabía qué decir. ¿Que lo que había hecho con él no lo había experimentado nunca? ¿Qué cuando estaba con él o recordaba esos instantes a solas, también me sentía como una olla exprés a punto de explotar?

—No sé exactamente cómo ayudar —admití—. Nunca he...

Su expresión se suavizó.

—Ya lo sé, pixie. No te estoy echando la culpa de nada. Solo que me has preguntado por qué no he querido besarte y esa es la simple razón.

Para mí, no había nada simple en todo aquello.

—Dame un respiro y ya está.

—Pero quiero ayudar —me apresuré a añadir—. Quiero... aliviar tus molestias.

Me miró durante un largo momento, y luego negó con la cabeza.

—Olvídalo. No tienes que hacer nada. Solo... dame un par de días.

Pero yo no quería dejarlo. No quería que pensara que no me importaba su malestar.

—La verdad es que… —comencé—. Tal vez me venga bien la experiencia. Aprender un poco.

—¿Aprender qué exactamente? —Su voz bajó un tono—. ¿Tienes idea de lo que estás ofreciendo?

—Sí.

—No creo que la tengas.

—Fabio...

—Pixie. —Dio un paso hacia mí—. Esto no es como besarse. Esto es... diferente.

—Ya lo sé. Por muy virgen que sea no estoy hecha de piedra. —El corazón me latía tan rápido que pensé que iba a salirse de mi pecho. ¿Acababa de confesarle…?

Una sonrisa lenta, peligrosa, se dibujó en sus labios.

—¿Me vas a enseñar o no?

—¿Enseñarte?

—Es lo que hemos estado haciendo, ¿no? —Intenté sonar más segura de lo que me sentía—. Tú me enseñas y yo aprendo.

—Esto es distinto.

—¿Por qué?

—Porque una vez que crucemos esta línea, no hay vuelta atrás.

—No quiero dar marcha atrás. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Y en cuanto las dije, supe que eran

verdad.

Fabio me observó durante un momento que pareció eterno.

—¿Estás segura? —preguntó finalmente—. Porque si hacemos esto, quiero que sea porque tú quieres. No porque te sientas obligada o porque pienses que me lo debes. No te he contado lo que me pasa para forzarte a nada.

—No me estás forzando —dije, y esta vez mi voz sonó firme —. Quiero hacerlo... porque confío en ti. Y sí, estoy nerviosa, pero también estoy cansada de tener miedo de todo por puro desconocimiento. Quiero aprender... —Me detuve, buscando las palabras correctas—. Y quiero que seas tú el que me enseñe.

Algo en sus ojos se encendió. Echó la cabeza hacia atrás sin apartar la mirada de mí ni un segundo.

—Ven aquí. —Fue una orden suave, y me descubrí obedeciéndola sin pensarlo.

Di dos pasos hacia él. Y otro más hasta que estuve lo suficientemente cerca como para que su mano encontrara mi cintura. La otra se deslizó por mi cuello, sus dedos enredándose en mi pelo.

—Última oportunidad para cambiar de idea —murmuró contra mis labios.

—No voy a hacerlo.

—Mejor. —Me besó, y fue diferente a todos los otros besos. No fue dulce ni cuidadoso. No era lento ni parecía ser una lección de baile de lenguas. Fue intenso, brusco y salvaje, un beso que reclamaba mi alma al igual que mi cuerpo. Sus labios se movieron contra los míos con una urgencia que me hizo tambalearme hacia atrás, hasta que mi espalda chocó contra la pared fría de la escalera. El contraste entre el cemento helado y el calor de su cuerpo me arrancó un pequeño jadeo que él se tragó sin piedad.

—Nunca me habías besado así —jadeé—. Sueles hacerlo tan despacio. Supongo que para enseñarme.

Fabio negó con la cabeza.

—No estaba enseñándote nada.

—¿Entonces por qué lo hacías tan lento?

—Porque era la única forma de mantenerme a raya. Porque si te besaba más rápido íbamos a acabar de otra forma. Una para la que no estabas preparada.

Sus palabras volcaron fuego en mi interior y ese calor abrasante me hizo sentir que estaba muy preparada.

Respiraba con fuerza.

—Dame la mano —dijo en voz baja.

Extendí la derecha sin dudar. Él la tomó con suavidad, girándola palma arriba. Luego la llevó hasta su abdomen, justo por encima de la cinturilla de los vaqueros. Sentí los músculos abdominales contraídos bajo la camiseta.

Deslicé la palma hacia abajo con lentitud. El bulto ya era evidente, duro, caliente incluso a través de la tela. Tragué saliva, notando que mi pulso retumbaba en los oídos.

Fabio soltó un sonido bajo, casi un gruñido contenido, cuando mis dedos lo rozaron por encima del cierre. Mis dedos temblaron mientras localizaba el botón. Lo desabroché con torpeza y la cremallera bajó con un sonido que me pareció ensordecedor en aquel silencio.

Fabio llevaba un bóxer de algodón negro que se tensaba obscenamente. El contorno era tan claro que sentí un calor líquido bajar por mi vientre.

Metí la mano con cuidado. La piel ardiente y suave, cubría algo tan duro que casi me asustó. Lo rodeé con los dedos, intentando abarcarlo todo. Era más grueso de lo que imaginaba. La cabeza ya estaba húmeda y resbaladiza.

Fabio apoyó una mano en la pared junto a mi cabeza y cerró los ojos un segundo.

—Joder…—gruñó con una expresión contenida que me hizo sentir poderosa.

No sabía qué hacer exactamente, así que empecé despacio. Arriba y abajo. Con suavidad al principio y luego un poco más firme cuando vi que su respiración se aceleraba.

—Puedes apretar un poco más fuerte, no voy a romperme —respondió él con la voz estrangulada—. Y… con el pulgar por arriba, donde está más sensible.

Hice caso. Deslicé el pulgar por la cabeza, extendiendo la humedad que brotaba de él. Fabio soltó el aire entre los dientes.

—Así… joder…

Me sentía extraña. Poderosa y fuera de mi elemento al mismo tiempo. Cada pequeño movimiento de mi mano parecía arrancarle un sonido nuevo: un jadeo, un gruñido bajo, mi apodo dicho entre dientes. Y eso me fascinaba.

Ahora nos había girado, para apoyarse contra la pared y sostenerse, los músculos del antebrazo tensos, la mandíbula apretada, los ojos entrecerrados fijos en mi mano.

—¿Voy bien? —pregunté, casi sin voz.

Me miró como si la pregunta le hubiera sorprendido y soltó una risa entrecortada.

—Estás a punto de descubrirlo.

Aceleré un poco el ritmo. Noté cómo se hinchaba aún más en mi mano, cómo la vena que recorría la parte inferior latía con fuerza bajo mis dedos. Cada vez que pasaba el pulgar por la parte más sensible, su cadera se movía hacia delante en un espasmo involuntario.

—No pares ahora —pidió.

Obedecí. El sonido húmedo de mi mano subiendo y bajando llenaba el espacio entre nosotros. Era obsceno, íntimo y adictivo.

De repente Fabio me agarró la muñeca. No para detenerme, sino para guiarme. Para marcar un ritmo más rápido, más apretado. Su otra mano se enredó en mi pelo, tirando suavemente para que lo mirara a los ojos.

—Voy a correrme —advirtió con la voz rota—. Si no quieres mancharte…

No me retiré. Seguí moviendo la mano al ritmo que había marcado, fascinada por la forma en que su abdomen se contraía, por cómo su respiración se volvía irregular, por el modo en que sus pupilas se dilataban hasta casi borrar el color de sus iris.

—Pixie… —El apodo salió como una súplica. Y entonces se tensó entero. Un gemido bajo le salió del pecho y su mano se cerró con fuerza alrededor de mi muñeca mientras se corría en espasmos

calientes y espesos sobre mis dedos. Sentí cada latido, cada contracción. Fue… mucho más fascinante de lo que esperaba.

Se quedó quieto varios segundos, respirando con dificultad, la frente apoyada contra la mía. Luego, despacio, abrió los ojos y su mirada me transportó al infierno.

Con cuidado, sacó mi mano de sus pantalones. Estaba pegajosa y no sabía dónde ponerla.

Fabio sacó un paquete de pañuelos del bolsillo trasero y me limpió los dedos uno por uno, sin prisa.

—¿Quieres que puntúe esto también? —preguntó en voz baja.

Solté una risa sorprendida.

—No gracias, es la primera vez que lo hago. No es justo que me compares con esas otras chicas.

Fabio me miró a los ojos con una intensidad que me arrancó el aliento.

—No, no lo es —respondió, aun recuperando el aliento—. No es justo para ellas.

17

El supermercado estaba casi vacío a esa hora de la tarde. Empujé el carro con una mano mientras con la otra revisaba la nota de mi madre en el móvil.

Leche sin lactosa, tomates, pan de molde y las barritas de proteína.

Puse los ojos en blanco al leer eso último. Ninguno de los artículos de la lista era tan indispensables como para interrumpir mi entrenamiento, pero claro, Rob no podía quedarse sin su dosis proteica.

Mi móvil vibró y cuando lo saqué, descubrí que era Fabio respondiendo a mi mensaje sobre que se había dejado la cartera en el asiento trasero de mi coche.

Vale, mañana lo cojo. No me robes, sé cuánto dinero llevo.

Sonreí sin poder evitarlo y le mandé un selfie con una sonrisa maligna, sujetando su cartera y una chocolatina Crunchie de Carbury junto a mi rostro.

¡Tío, vale casi 5 dólares! Menos mal que invitas tú.

Acabo de llamar a la poli.

En ese momento escuché una sirena en la calle y di un pequeño respingo, después me reí yo sola en el pasillo de los dulces,

como una loca.

LOL, ¡justo he escuchado un coche de policía! Me he asustado.

Jajaja.

Estaba a punto de responder cuando alguien carraspeó a mi lado.

—¿Sabes que eso lleva toffe? —La voz era conocida—. No te lo recomiendo.

Guardé el móvil rápidamente y levanté la cabeza. Dan estaba frente a mí, con una sudadera gris y una cesta en la mano. Me quitó la chocolatina y la ojeó con desconfianza.

El corazón me dio el pequeño vuelco familiar que siempre me daba cuando le veía, aunque esa vez fue más suave.

—Es mi favorita —respondí, intentando sonar natural—. Pero se han vuelto locos con el precio.

La recuperé de su mano y la dejé de vuelta en la estantería.

—¿Vienes del gimnasio? —preguntó, señalando mis zapatillas y mi chándal.

—De correr. —Di un paso atrás, paranoica con la posibilidad de oler a sudor.—. Estoy intentando mejorar mi ácido láctico.

—Guau, eso suena serio —apreció con una sonrisita—. Voy al gimnasio, pero ni en broma llego a tu nivel de dedicación.

Mi risa salió acompañada de un rubor en mis mejillas.

—Bueno, solo lo estoy intentando. Como has podido comprobar, habiéndome encontrado con una chocolatina en la mano, no tengo mucha fuerza de voluntad.

—Mejor. —Dan cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna, y aprovechó para acercarse un poco más—. Así no me haces sentir tan culpable.

Le sonreí, rogando porque mi nuevo desodorante (cero por ciento alcohol y aluminios) estuviera haciendo su trabajo igual de bien que su tóxico predecesor.

—¿Tienes mucho que comprar? —Ojeó mis manos vacías.

—No, solo cuatro cosas.

—Te espero. Puedo llevarte a casa.

—Gracias. —Debí poner una de esas sonrisas tan tontas. Seguía encantándome que me llevara a sitios. Me conformaba con poco…

Seguimos caminando entre los pasillos. Dan me contó que Charlie había perdido otro diente y la odisea que había sido arrancárselo.

Hablamos del examen de química de la semana que viene para el que yo aún no había empezado a estudiar. Saber que él sí, me puso nerviosa. Me prometí ponerme las pilas en cuanto me diera una ducha.

Mi móvil vibró en mi bolsillo. Probablemente Fabio respondiendo a mi último mensaje. Me picaron los dedos con ganas de sacarlo, pero me contuve.

Cuando salimos, el sol empezaba a bajar y las sombras se alargaban sobre las aceras.

—Charlie dice que quiere que vengas a ver sus Legos un día —dijo Dan una vez estuvimos dentro de su coche.

—Ah, pues cuando quiera.

—Cualquier tarde libre que tengas de la semana que viene. —Se pasó una mano por el pelo, un gesto nervioso que había empezado a reconocer.

Asentí, y él pasó a contarme que su vecino siempre aparcaba mal.

Al final, no había cogido la chocolatina con el dinero de Fabio. Tenía que haberlo hecho para fastidiarle.

—¿Erika?

—¿Qué? —Di un pequeño salto en el asiento al escuchar que me llamaba. Me había estado diciendo algo sobre que había rayado el coche de su padre contra una columna por culpa del vecino… el que aparcaba mal, suponía. Mi mente había divagado por un instante.

—¿Tu padre se ha enfadado? —me apresuré en preguntar para que no creyera que le estaba ignorando.

Dan se relajó al ver que había seguido el hilo de la conversación.

Cuando llegamos a mi casa, aparcó frente a la puerta. Me ayudó con la bolsa, aunque no hacía falta. Una vez alcanzamos el porche, Dan dejó la compra en el suelo y se giró hacia mí.

Durante un segundo pensé que no iba a hacer nada, que simplemente se despediría con una sonrisa y ya está. Pero se inclinó un poco y me dio un beso corto y sencillo. Sus labios eran suaves y su mano en mi mejilla era cálida. Fue un beso bonito. Que es como se supone que tienen que ser los besos con un novio formal.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —le sonreí de vuelta.

Lo vi alejarse con calma y entrar en el coche. Tras despedirse con un toque de claxon se alejó calle abajo. Cuando dobló la esquina, solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Saqué el móvil sin saber muy bien por qué. Probablemente vicio.

—Erika —una voz a mi espalda me hizo soltar una exclamación. Me giré y vi una figura sentada en el porche, medio escondida detrás de un arbusto.

—¿Jane? —susurré—. ¿Qué haces ahí?

Estaba sentada con una bolsa de patatas en la mano y cara de culpa.

—Esperarte —respondió—. Lo siento, quería avisaros de que estaba aquí, pero no me ha dado tiempo, te ha besado antes y no he querido interrumpir entonces.

Me acerqué a ella sin darle más importancia

—¿Me has llamado? —Jane no vivía cerca precisamente, era extraño que se pasara sin avisar.

—Te he mandado un mensaje —dijo—. ¿Estáis saliendo?

Suspiré y me senté a su lado en el escalón.

—No, no lo sé.

—¿Y eso?

Me quedé mirando la puerta de casa, pensando en el beso. En cómo había sido tan casto.

—Dan está yendo muy despacio conmigo.

—Eso es porque le importas. —Jane sonrió y me dio un codazo. Después algo cambió en su expresión—. Dentro de nada

seréis novios.

Fruncí el ceño porque tenía la sensación de que me estaba perdiendo algo de la conversación.

—Entonces, con Fabio… —ahí estaba. Lo que me había estado perdiendo—. Tú realmente no tienes nada con él, ¿no?

Suspiré porque no me gustaba por dónde iba encaminada la conversación.

—Jane, Fabio es un mujeriego y un cabeza loca…

—Pero creo que le gusto.

Casi me crujieron los dientes de tanto apretarlos.

—Tú y todas.

Un brillo de dolor cruzó la mirada de mi amiga.

—Fabio es un ser humano, puede enamorarse como cualquier otra persona —insistió ella, aunque con menos fuerza. Chasqueó la lengua y miró para otro lado—. Había imaginado esta conversación de otra manera.

—¿Cómo?

Volvió a posar sus ojos sobre mi rostro.

—Creí que cuando te dijera que me gustaba Fabio me dirías que tu también crees que le gusto. —Después de un largo suspiro sus hombros se hundieron y un nudo se alojó en mi estómago.

Abrí la boca para decirle que, durante el último entrenamiento, Fabio había estado prendado de su forma de jugar, pero ningún sonido salió de mi boca.

Me recoloqué en el escalón sin conseguir encontrar una postura cómoda. El agujero negro que tenía dentro continuaba ahí. Debía ser preocupación porque mi amiga acabara con el corazón roto por mi culpa, por meter a Fabioloso en nuestras vidas.

—Fabio no sería un buen novio… —comencé, observando su rostro—. Acabaría mal.

Jane puso una mueca, no muy convencida.

—Me da igual, si no lo intento no lo sabré —saltó entonces, y la bola de mi estómago se revolvió en un revoltijo de nervios—. A ti él no te gusta ¿no? Tú quieres salir con Dan…

Su atenta mirada me hizo enrojecer. Asentí despacio, de forma casi imperceptible.

—Entonces, tengo vía libre para intentarlo con Fabio. —No fue una pregunta, más bien una conclusión.

¿Y qué le iba a decir? Ya le había advertido del peligro, no podía prohibírselo, hubiera sonado raro. Hubiera sonado a que me importaba por otras razones.

Jane se puso de pie, mucho más animada.

—Ten cuidado —murmuré.

Ella me sonrió, despreocupada y me dio un beso en la mejilla.

—Gracias por presentármelo, Erika. —Prácticamente estaba dando saltitos como si ya tuvieran fecha para la boda—. Es un chico muy especial. Esos ojos… esa cara… y es listo.

Tragué saliva. El sándwich de aguacate y salmón que había merendado antes de salir a correr me había sentado mal. Tenía que ser eso.

—¿Vemos una película? —propuso una sobreexcitada, Jane.

—Me duele un poco el estómago, creo que voy a darme una ducha y a meterme en la cama.

—Vale —respondió ella, encogiéndose de un hombro—. Tómate una infusión con anís, a mí siempre me ayuda.

Asentí. Me puse de pie y cogí las bolsas.

—Hasta mañana.

Jane me guiñó un ojo y giró sobre sus talones, chocando con mi hermano que llegaba justo en ese momento.

—Ah, Jana —se quejó él, tocándose el brazo. Había dicho su nombre mal apropósito porque sabía que eso la irritaba—. Mira por dónde vas.

Jane cambio su cara de felicidad por una mueca de desdén, y sacudió su dedo de en medio en el aire hacia la cara de Rob, antes de alejarse sin añadir nada más.

Los dos nos quedamos mirándola un rato.

—¿Cómo de guapa crees que es? —murmuré, notando un sabor desagradable en la boca.

—¿Qué? —Rob giró la cara hacia mí, y me miró horrorizado.

Se le enrojecieron las mejillas. Un fenómeno que creía que nunca le sucedía a un cretino engreído como él.

—Y yo qué sé… —gruñó, mientras subía las escaleras de dos en dos.

Le seguí con la mirada. ¿Qué mosca le había picado? Me distrajo ver que iba vestido con vaqueros en lugar de con el uniforme.

—¿No has ido a entrenar?

—No, estábamos jugando a la Play y me lié…

Solté un ja indignado.

—¿Y no podías haber ido a comprar tus dichosas barritas de proteína tú mismo? —Lo seguí adentro—. He parado mi entrenamiento para ir a comprar.

—Gracias —respondió él, sin darle más importancia. Subió las escaleras a grandes zancadas y me dejó sola con mi indignación.

Cerré los ojos y traté de recomponerme. Fui a la cocina y guardé las cosas, pero justo antes de meter las barritas de Rob en el armario me dio un arrebato y las escondí detrás de las patatas.

A través de la ventana de la cocina, vi que el sol terminó de ponerse. El cielo había adquirido esos tonos naranjas y rosas que siempre me parecían demasiado bonitos para ser reales.

Subí a mi cuarto, echando un vistazo a mi móvil por el camino. El mensaje que había escuchado en el supermercado era de Jane y no de Fabio.

Suspiré y empecé a escribir:

Jane ha venido a verme. Dice que le gustas y quiere que seas su novio…

Lo borré sin enviarlo y lancé el móvil contra la cama. Me quedé mirando el aparato hasta que la pantalla se apagó.

Traer a Fabio a mi grupo de amigos había sido un error. Y alguien iba a salir herido.

18

El césped estaba húmedo bajo mi espalda, pero el sol entibiaba mi piel de esa forma tan agradable que no llega a quemar. Fabio y yo estábamos tumbados uno al lado del otro, a la hora de la comida, compartiendo unos auriculares doblados que solo funcionaban bien si no nos movíamos demasiado.

Sonaba Everlong de Foo Fighters, y por un momento pensé que era la canción perfecta para ese instante de paz.

Fabio tenía el libro de espías abierto sobre el pecho, sujetándolo con una mano mientras con la otra pasaba las páginas sin prisa.

—Este tío es un idiota. Si vas a esconder un mensaje en una postal, no usas una tinta que solo reacciona al calor… y luego la dejas al sol. ¿Se supone que es un espía inteligente?

Solté una risa, sin abrir los ojos.

—¿Y si era su intención desde el principio? —intenté confundirle adrede.

—O tal vez el autor no sabía cómo salir del lío. Los escritores hacen eso todo el tiempo. Se meten en un callejón sin salida y luego inventan una casualidad milagrosa.

—¿No te está gustando?

—Sí, joder, por eso me fastidia que insulte mi inteligencia con ese detalle.

Giré la cabeza hacia él. Tenía los ojos entrecerrados en un gesto concentrado. Yo, en cambio, no estaba haciendo nada. Absolutamente nada. Miraba las nubes pasar, identificando formas que se deshacían antes de que pudiera decidir qué eran.

Fabio levantó la vista del libro y me echó una mirada curiosa.

—Es mi hora A.

—¿Tu qué?

—A de aburrimiento. Es una idea de Dan. Aburrirse un rato todos los días. Sin móvil, sin libros, nada…

Su resoplido hizo volar un mechón de mi pelo.

—Steinbeck no se ha inventado nada.

—¿De qué hablas? —Arranqué unas briznas de hierba entre los dedos.

—Eso es un detox de dopamina. Hay gente que se va a retiros, deja el móvil, medita, mira paredes blancas durante horas. Dicen que así el cerebro se resetea y vuelve a disfrutar de las cosas pequeñas.

—Ah —murmuré. Sonaba más bonito cuando pensaba que era idea suya.

Fabio cerró el libro con un golpe suave.

—Oh, ¿pensabas que Steinbeck era un genio adelantado a su tiempo? —Me lanzó una sonrisa ladeada.

—Eres un capullo.

—Un poco, pero me quieres así.

No respondí. El sol se reflejaba en sus pestañas y la música seguía sonando baja entre los dos.

Fabio rompió el silencio.

—Por cierto, tengo una misión para ti. —Se sacó un papel doblado del bolsillo de la sudadera.

—¿Otro acertijo imposible?

Lo abrí y descubrí que tenía más códigos y flechas que el último. Lo sacudí en el aire, evaluándole con la mirada.

—¿De qué sirve resolverlos si luego no recibo la recompensa? —bromeé. Nuestros ojos se encontraron y se quedaron pegados durante un instante que hizo que se me cortara la respiración.

Fabio rompió el hechizo, incorporándose para alcanzar su mochila.

—La tengo hace días, pero como no la reclamabas… —Sacó un pequeño paquete envuelto en papel de estraza de su mochila.

Abrí el paquete. Dentro había unas galletas de aspecto casero, ligeramente doradas.

—Son sin gluten —me aseguró.

—¿Seguro?

Su expresión ofendida me hizo sonreír.

—¿De dónde han salido? —Le di un mordisco pequeño con cautela. Y luego otro, más grande—. Ummmm.

—Lo sé.

—No, en serio. Están muy buenas. No saben a maíz, ni a arroz, ni a trigo sarraceno. ¿De qué están hechas?

Se cruzó de brazos, satisfecho.

—Harina de almendra y coco.

—¿Las has preparado tú? —pregunté con la boca todavía llena.

—Sí, pero no es mi receta. Le escribí a Roman Salcedo. ¿Lo conoces?

Negué con la cabeza, mientras mordisqueaba la tercera.

—Es un chef celiaco. Le pedí indicaciones para preparar las galletas perfectas. Pensaba que me iba a ignorar, pero me respondió. Ventajas de tener más de cien mil seguidores en TikTok.

Le miré. Había contactado con un chef de TikTok para preguntarle cómo hacer galletas para mí. Y lo decía como si fuera lo más normal del mundo. Me metí otra galleta en la boca para no tener que responder nada.

—¿Tienes más de cien mil seguidores en Tiktok? —solté un instante después, trozos de masa cayeron de mi boca.

Fabio asintió, sin darle mucha importancia.

—¿De qué es tu perfil?

—De física cuántica.

—Ja, muy gracioso. ¿De qué es? ¿Sales sin camiseta o algo?

Fabio me arrancó el táper de galletas de la mano y tuve que forcejear para recuperarlo.

—¿Cómo te encuentro? —La pantalla de mi móvil se llenó de la grasa de las galletas, pero no me importó.

—Las partículas de Fabioloso.

—¿Te estás riendo de mí?

—Búscalo.

Lo hice, y cuando vi que realmente existía un perfil llamado Las partículas de Fabioloso me entró un ataque de risa.

—No lo entiendo —logré decir cuando se me pasó un poco—. Te puse ese apodo hace una semana…

—Mi canal es más viejo, pero le cambié el nombre hace poco.

—¿Por qué?

—Lo de mi apodo fue muy ingenioso, pixie.

Solté una risita sintiéndome estúpidamente orgullosa.

—La verdad es que todo el mundo lo está usando —me vanaglorié, antes de empezar a ojear su perfil.

En ese momento, una sombra nos cubrió.

—¿Interrumpimos algo?

Jane y Zack se cernieron sobre nosotros. Él llevaba una bolsa de patatas y cara de no entender muy bien cómo había acabado ahí. Jane se dejó caer cerca de Fabio sin pedir permiso.

—¿Qué escucháis?

—Underwater Love de Smoke City —Fabio se quitó un auricular para ofrecérselo.

Jane se inclinó más de la cuenta para ponérselo, su bonito cabello rizado le rozó el hombro.

Arranqué puñados de hierba, apartando la vista.

—Esta tarde, Zack y yo vamos al cine. ¿Te apuntas? —Jane fue al grano.

Antes de que pudiera responder, hablé yo.

—Qué bien, hace tiempo que no salimos así.

Jane parpadeó, y después me hizo una mueca, aprovechando que Fabio no la estaba mirando para disuadirme. Me hice la tonta.

—¿A qué hora?

—Ah… pues estaba pensando en ir directos.

Fabio solo asintió, con una expresión imposible de descifrar. ¿Sabía que Jane estaba ligando con él? Claro que lo sabía, era un

experto en esas cosas.

Jane continuó hablando de la película que íbamos a ver, algo sobre efectos especiales y un director que yo no conocía. Zack mordisqueaba sus patatas sin mucho interés. Yo asentía de vez en cuando, pero tenía la sensación de estar viendo la escena desde el otro lado de un cristal, como si no fuera conmigo.

Cuando sonó el timbre, Fabio recogió su libro y se levantó del césped sacudiéndose la hierba de los vaqueros.

—Nos vemos luego, entonces.

—Espera, tenemos la misma clase. Voy contigo —Jane se puso de pie de un salto mientras él la esperaba pacientemente.

Yo me quedé ahí sentada un segundo más, viendo cómo se alejaban hacia el edificio, hablando de a saber qué.

—¿No vas a clase? —dudó Zack al ver que no me movía.

Me incorporé de mala gana. Arranqué un último puñado de hierba antes de soltarla.

—Sí, vamos.

19

Después de clase, Rebecca y yo caminábamos hacia el coche para ir al centro comercial. El sol empezaba a bajar y el aire se había vuelto más fresco. Me subí la cremallera de la sudadera hasta arriba.

—¿Por qué corres? —Rebecca tiró de mi brazo para que redujera el paso.

—Tenemos que llegar al cine.

—¿Qué prisa hay? Faltan dos horas para la película.

Pensé en Jane y Fabio, que llevaban media hora de ventaja en el coche de la madre de los Cairns.

Antes de que pudiera responder, vimos a Dan al otro lado del aparcamiento. Venía hacia nosotros con las manos en los bolsillos, arrastrando un poco los pies.

—Hola chicas.

—Steinbeck —lo saludó Rebecca.

Los ojos de él se posaron sobre mí.

—¿Quieres venir esta tarde a ver los Legos de Charlie?

Se me tensó todo el cuerpo.

—Me gustaría pero hoy no puedo.

—Ah. —Dan parpadeó, visiblemente decepcionado—. Justo hoy no están mis padres.

—Otro día, ¿vale?

Dan asintió y algo se le apagó en los ojos.

—Claro, cuando quieras. —Se fue con las manos todavía en los bolsillos.

Rebecca me observó en silencio. Yo también me observé a mí misma, sin saber muy bien qué había pasado.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque vamos al cine.

—¿Y qué? No tenemos por qué ir, pero Dan acaba de invitarte a su casa y te ha dicho que sus padres no están ¿sabes lo que significa eso?

Fruncí el ceño.

—Pero está su hermano pequeño, así que no creo que tenga nada de eso en mente.

Rebecca puso los ojos en blanco como si no pudiera creer lo tonta que era.

—Su hermano puede quedarse jugando o viendo la tele mientras vosotros os perdéis en su cuarto un rato —narró de forma sugerente.

—Ah… —no había interpretado su invitación de esa forma, pero Rebecca tenía razón en algo: ¿Por qué si no iba a mencionar la ausencia de sus padres?

—Vamos, llámale.

—Ah… ¿sabes qué? Es demasiado tarde, mejor lo dejo para otro día.

Ella me dedicó una mueca.

—No lo es, llámale, se va a poner muy contento.

Me mojé los labios sin saber cómo rechazar la idea y que nos pusiéramos en marcha de una vez. Tiré de su brazo.

—Mejor vámonos ya, no quiero que piense que soy una veleta.

—No lo entiendo —Rebecca se movió demasiado lento para mi gusto—. Llevas semanas detrás de él y ahora rechazas la oportunidad perfecta por ir al cine con nosotros. ¿Cuál es tu problema? ¿Tienes miedo de enrollarte con él? ¿Son inseguridades otra vez?

Tragué saliva, echando un vistazo a donde había aparcado mi coche. Si tan solo pudiéramos continuar teniendo esta conversación

mientras conducía, no perderíamos tanto tiempo.

—No quería perderme la película —mentí, echando a andar de nuevo.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué? —Desbloqueé el coche, aliviada con que ella hubiera acelerado el paso para alcanzarme.

Entramos y cerramos las puertas.

—La película que tanto quieres ver —continuó Rebecca en el interior, implacable.

Mierda. Jane lo había dicho varias veces, pero era incapaz de recordar el nombre.

—Ah…

Las cejas de mi amiga fueron a parar debajo de su flequillo.

—Tengo fomo ¿vale?

—¿Tienes el qué?

—Fomo: *Fear of missing out*. No quiero ser la única que no va y que mañana estéis todo el día hablando de cosas que no entiendo.

—¿Por perderte una tarde en el cine? —repitió ella incrédula. Después pareció pensar en algo—. Interesante.

—¿Qué?

—Nada. Tu fomo.

El parking del centro comercial estaba casi desierto. Aparqué lo más cerca posible de la entrada.

—Llama a Jane, pregúntale dónde están.

Rebecca enarcó una ceja y ocultó una sonrisita, pero hizo lo que le pedía.

—No lo coge. —Se bajó el teléfono de la oreja mientras caminábamos por el pasillo central.

Solté un bufido y saqué mi teléfono para llamar a Fabio.

—Tampoco lo coge —apreté los dientes, probando con Zack.

Por suerte, él sí que respondió.

—¿Qué pasa Erika?

—¿Dónde estáis? Hemos llegado al centro comercial.

—Ah, no, yo voy en el coche con mi madre de camino a casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

Zack se rió.

—No sé si has notado que Jane quería quedarse a solas con Fabioloso, de hecho, deberías darles alguna excusa para no aparecer.

Ni en broma. La idea de que estuvieran solos en un rincón perdido o en el probador de alguna tienda, me llenó de ansiedad.

—Vale, hablamos más tarde —colgué, sin esperar su respuesta.

Paseé la mirada de un lado a otro. Mierda, el centro comercial era enorme.

Volví a marcar el número de Fabio, pero seguía sin responder.

—¿Qué? ¿Dónde están? —Rebecca estaba parada delante de mí con los brazos cruzados y cara de estar aburrida.

—No lo sé, Zack no está con ellos y Fabio no lo coge.

—Prueba a Jane otra vez.

Solté otro bufido.

—Jane no lo va a coger.

—¿Por qué?

—Porque quiere estar a solas con Fabio.

—Ah… —respondió extrañada—. Bueno, ya sé que le gusta, pero no creo que esté intentando nada.

—Sí que lo está.

Sus ojos entornados escanearon mi rostro y me agarró del brazo.

—¿Es por eso que estás tan ansiosa por encontrarlos?

—¿Qué? No, no estoy ansiosa, pero no sé, se supone que veníamos juntos.

Rebecca suspiró con cara de no creerme, pero de no tener más energía para mi drama emocional.

—¿Qué hacemos? —preguntó con una paciencia de santa—. Si quieren estar solos…

En ese momento, mi móvil vibró y lo saqué corriendo. Esbocé una sonrisa de alivio al ver quién era.

—Es Fabio —aclaré antes de atender—. ¿Sí?

—¿Me has llamado?

—Sí, acabamos de llegar. ¿Dónde estáis? —Traté de no sonar muy ansiosa.

—En la primera planta, frente a Foot Locker.

—Vale. —Miré de un lado a otro buscando una escalera mecánica o un ascensor—. Vamos para allá. No os mováis.

Rebecca dejó que la arrastrara hacia las escaleras mecánicas, pero se negó a subirlas activamente. Me obligué a estarme quieta en uno de los escalones y esperar pacientemente a que ascendieran a su ritmo (demasiado lento si se me permitía opinar). Mis dedos repiquetearon la cinta del pasamanos, mientras ignoraba la sonrisita de «eres patética» que me estaba dedicando mi supuesta amiga.

Delante de Foot Locker no había nadie. Tampoco parecían estar por el pasillo central, por lo menos la parte que alcanzaba mi vista.

—Vamos, tal vez estén dentro —Tiré de la mano de Rebecca, pero esta vez no se movió.

—Ve tú, yo te espero en ese banco —señaló uno de los asientos que ocupaban la zona central del pasillo y caminó hacia él.

—Buena idea, tu vigilas aquí fuera. —Di una vuelta por la tienda y al no divisarlos, volví a llamar a Fabio, pero de nuevo no me lo cogió.

Cuando salí de Foot Locker, los vi sentados junto a Rebecca, y solté un suspiro largo, acercándome despacio.

Fabio estaba mirando su móvil justo cuando llegué.

—Acabo de ver tu llamada.

—Ya…

—Perdona, se me olvidó ponerlo en sonido al salir de clase. —Me dedicó una sonrisita de disculpa.

—No pasa nada —me crucé de brazos y miré para otro lado fingiendo desinterés, como si no llevara cuarenta minutos tratando de cazarlos. Rebecca tenía razón: era patética.

Jane se levantó del banco, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Bueno, ¿qué hacemos? Todavía falta más de una hora para la peli.

—Vamos a comer algo —propuso Rebecca, lanzándome una mirada de reojo.

Caminamos los cuatro en fila. Jane y Fabio delante, nosotras detrás.

Rebecca se inclinó hacia mí.

—¿Por qué no le explicas a Jane que él te gusta?

—No sé de qué hablas.

Ella rio por la nariz.

En la zona de comida rápida, Rebecca pidió patatas y yo un batido que no quería. Jane le propuso a Fabio compartir un menú de hamburguesa. Nos sentamos en una mesa desde donde se podía ver el *skatepark* de fuera y a la gente haciendo piruetas. Algunos buenos, otros pasaban más tiempo en el suelo que otra cosa.

—¿Te gusta el skate? —se interesó Jane, después de que Fabio soltara una exclamación de admiración por una de las piruetas.

—Nunca aprendí —respondió él. Sus ojos se desviaron hacia los míos con un brillo de diversión—. Hace un año no tenía forma física para hacer algo así.

Le sonreí de vuelta. Era la única de las presentes que sabía de su cambio de peso.

—Nunca es tarde. —Jane puso la mano en su hombro para ofrecerle consuelo, cuando era evidente que se encontraba perfectamente—. Podríamos practicar juntos.

—No te has subido a un monopatín en tu vida —espeté yo, de brazos cruzados.

—Bueno, pues aprender juntos —se corrigió ella, echándome una mirada significativa para que dejara de fastidiar. Ojalá pudiera parar—. ¿Qué dices? ¿Quedamos mañana en el *skatepark* de Arlinton Road? Está cerca de Sydney Grammar. Zack tiene un monopatín viejo que podemos tomar prestado y seguro que Erika nos deja otro.

Los dos me miraron. Ella con esperanza en mi cooperación y él con curiosidad.

—¿Sabes patinar?

Asentí.

—Solía ir con Zack y con Gary.

—¿Entonces nos prestas uno? —insistió Jane.

—Ummm —murmuré evasiva.

Rebecca me dio una patada por debajo de la mesa que fingí no sentir.

El cine estaba medio vacío. Olía a palomitas rancias y a ambientador de fresa falsa. Jane se sentó al lado de Fabio. Yo, al otro lado de él. Podía verlos de perfil, recortados contra la luz de la pantalla publicitaria.

Jane se inclinó hacia él para comentar los tráilers y Fabio respondió en voz baja, demasiado cerca. Ella soltó una carcajada de algo que no llegué a oír y le dio un golpecito en el brazo.

Cuando empezó la película, Fabio apoyó el brazo en el respaldo del asiento de Jane, casi rozándole el pelo.

Me incliné hacia su lado.

—¿Ese personaje no te recuerda a alguien? —Se lo susurré tan cerca que noté cómo Fabio se tensaba antes de girar la cabeza hacia mí.

—¿Al profesor de filosofía?

—¡Sí!

Nos reímos y Jane se asomó, ceñuda.

—¿De qué os reís?

Fabio se inclinó hacia su lado para explicárselo. Después me echó un vistazo.

—¿A qué viene esa mirada de francotiradora? —Lo susurró tan bajo que casi no lo oí.

Negué con la cabeza y me dejé caer en mi asiento, cansada de estar en guardia, y de toda esa situación en general.

Cuando salimos del cine, el aire frío de la noche me golpeó en la cara y me aclaró un poco los pensamientos. No podía seguir interviniendo de esa manera. Lo mejor sería hablarlo con Fabio y aclararle que no me sentía cómoda con el hecho de que saliera con mi amiga mientras se desarrollaba nuestro trato.

Por eso las llevé a ellas a casa antes de dejar a Fabio. Jane se bajó primero, despidiéndose con una sonrisa exagerada. Rebecca se inclinó hacia delante desde el asiento trasero antes de salir.

—Arréglalo.

—No sé de qué hablas.

—Lo que tu digas. —Dio un portazo.

Fabio se quedó callado mientras yo arrancaba de nuevo. El silencio se extendió entre nosotros pesado. Conduje sin prestarle demasiada atención al GPS y me salté la salida.

—¿Vamos a algún sitio en concreto o solo te apetece gastar gasolina?

—Me he perdido. —Aparqué en un callejón lateral, cerca de un parque que estaba vacío a esas horas. Apagué el motor, pero no me bajé, y él tampoco.

—Tengo que decirte algo.

—Es evidente… —Se giró hacia mí, esperando.

—No quiero que te líes con Jane. —Las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía. Fabio parpadeó, sorprendido.

—Ya me lo habías dicho.

—Pero ella ahora está intentando conquistarte.

—Lo he notado.

—¿Y?

—Me dijiste que tus amigas estaban fuera de mi alcance —repitió él con tono de no entender por qué le preguntaba.

—¿Es solo por eso?

—¿Qué?

Tome una profunda bocanada de aire.

—¿Lo harías si yo no te hubiera puesto esa condición? —quise saber.

—No lo sé, Erika. No he pensado en ello tanto como tú.

Asentí, nada complacida con su respuesta. Quería que me dijera que no estaba interesado en absoluto, pero era difícil de esperar. Jane era guapa, lista y la mejor jugadora del equipo.

—Es mi amiga, y tú y yo tenemos un trato, y... no sé, se me hace raro. Me siento incómoda al pensar que pase algo entre vosotros. —Me agarré al volante.

—¿Incómoda?

—Sí.

—¿Por qué?

Abrí la boca y la volví a cerrar. ¿Qué coño se suponía que debía responder a eso?

—Porque sí. Porque es mi amiga y no quiero veros juntos todo el rato, mientras estemos haciendo esto.

Fabio se quedó mirándome con esa expresión destripa almas.

—No me voy a liar con Jane.

—Ella quiere que lo hagas.

—Eso no significa que vaya a hacerlo.

—¿Seguro? No quiero que eso complique las cosas.

—¿Qué cosas?

Me froté la cara con las manos, frustrada.

—Las cosas de nuestro trato. —Sacudí la mano el en aire entre él y yo—. No puedes enseñarme y ayudarme a practicar ciertas cosas si eres el novio de mi mejor amiga. Es una mierda de situación.

Fabio dejó escapar una risa corta, sin humor.

—¿Me estás pidiendo exclusividad mientras te aprovechas de mí?

—No, no, no… Bueno… Umm ¿qué pasaría si lo hiciera?

—Pero tú sí vas a enrollarte con Steinbeck —soltó él, más como si estuviera comprobando que entendía mi discurso.

—Bueno, es el objetivo de todo esto, al fin y al cabo.

Fabio soltó un bufido de indignación y se pasó una mano por el pelo, desviando la mirada hacia la ventanilla. No respondió enseguida. Se quedó mirando el salpicadero como si hubiera algo ahí que necesitara tiempo para entender. Luego exhaló despacio, una risa mínima escapándosele por la nariz, más cansada que divertida.

—Vale.

Su respuesta me sorprendió tanto, que tuve que inclinarme hacia él.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que vale.

—¿En serio? —Mi desconcierto le hizo sonreír—. ¿De verdad no vas a liarte con nadie mientras hacemos esto?

Fabio puso cara de impaciencia.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? Que es exactamente lo que tú me has pedido.

—Sí, pero… Vale. Trato hecho —celebré más animada. Le ofrecí mi mano, pero él la ignoró.

—¿Qué quieres que le diga a tu amiga cuando se me lance al cuello? —indagó—. ¿Que tú y yo tenemos un trato de exclusividad que solo incluye a Dan Steinbeck, tranquila, a mí él no me interesa, o que no me gusta ella?

—Dile la verdad —decidí poniendo el coche en marcha. Fabio me echó un vistazo de soslayo.

—¿Qué es? —dudó.

—Que no eres material de novio, que es lo que quiere ella de ti. Dile que no concibes estar con una sola chica.

—Ah, ¿esa es la verdad? —repitió él, inclinando la cabeza hacia un lado antes de apretar los dientes—. Irónico… eso es justo lo que estoy haciendo.

20

La arena estaba todavía caliente cuando llegamos a la playa. El cielo empezaba a oscurecerse en tonos violetas y naranjas, y la hoguera ya crepitaba cerca de las rocas, lanzando chispas al aire que parecían luciérnagas.

Había botellas repartidas por el suelo, mochilas abiertas y risas que se superponían. Coldplay salía de un altavoz pequeño que alguien había traído y que luchaba inútilmente contra el sonido del mar.

Me senté en la toalla que Jane había traído, abrazándome las rodillas. No estaba de humor para fiestas. Desde lo del cine, hacía dos días, tenía una sensación constante de inquietud, como cuando sabes que has dejado algo encendido en casa y no consigues recordar qué. Tampoco quise perderme el plan porque… bueno, no le había mentido a Rebecca sobre que sufría de fomo. Me comería la ansiedad imaginándolos a todos ahí, charlando y pasándolo bien. En especial a Dan y Carmina.

Intenté exhalar el mal rollo. Intenté prestar atención a cómo la arena se me metía entre los dedos de los pies y el olor a sal se mezclaba con el humo dulzón de la hoguera.

Dan estaba al otro lado del círculo, hablando con dos chicos de su clase. Me saludó con la mano cuando nuestras miradas se

cruzaron, pero no vino. Lo que creo que hubiera hecho antes de que le dijera que no podía ir a su casa.

Me quedé mirando cómo gesticulaba al hablar, animado y completamente ajeno a mí. Ese detalle me pesó, una prueba de que había perdido una gran oportunidad. Me froté los brazos aunque no tenía frío.

Jane estaba cerca de la hoguera, con una cerveza en la mano, riéndose de algo que Zack acababa de decir. Me daba envidia lo bien que se llevaban cuando Rob y yo no hacíamos más que pelearnos.

Jane estaba muy guapa. Más de lo que requería la ocasión. Llevaba el top azul que siempre decía que le daba suerte y se había recogido el pelo en una coleta alta que se balanceaba cada vez que movía la cabeza. De vez en cuando, le echaba miraditas desilusionadas a Fabio y su risa se cortaba.

Me sentía como una mierda. ¿Quién sabía? Tal vez, si no hubiera intervenido, mi amiga y Fabio se hubieran enamorado y sido felices.

Fabio estaba apoyado en una roca, hablando con Rebecca y otra chica que no conocía. Tenía una expresión tranquila, distante incluso. Las manos en los bolsillos de su chaqueta bomber y la cabeza ladeada mientras escuchaba. No había habido besos, ni un roce desde lo ocurrido en la escalera de incendios. Lo nuestro se había quedado suspendido en el aire, como una canción pausada a mitad.

—¿Quién se ha muerto? —Rebecca se dejó caer a mi lado con dos cervezas. Me tendió una.

—Lo mío con Dan —murmuré—. Tenías razón, no debería haber rechazado su invitación.

—Que va —desechó ella con un aspaviento—. Ahora te tiene más ganas incluso. A todos nos gustan los retos, nuestro cerebro está configurado para eso.

Le di un sorbo a la cerveza. Estaba tibia y sabía a metal.

—¿Esa chica con la que estabas hablando antes...?

—Hetero —cortó Rebecca—. Completamente hetero. Pero le pareció divertido seguirme el rollo hasta que intenté besarla y se

enfadó.

—Es una idiota, entonces.

—Que le den. —Se encogió de hombros y bebió un trago largo—. Ser gay complica lo de ligar incluso más. Probablemente no haya ni una sola lesbiana en esta fiesta. Al menos tú tienes opciones. Dos tíos detrás de ti y aquí estás, sufriendo sin razón.

—Nadie está detrás de mí. Soy invisible, ¿recuerdas?

—Ya. Dan te mira cada treinta segundos y Fabio está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no acercarse.

Giré la cara hacia la hoguera. Dan seguía charlando, pero sus ojos se desviaron hacia mí un segundo antes de volver a su conversación. Rebecca tenía razón. Tal vez pudiera arreglarlo.

—Le pedí a Fabio que rechazara a Jane —confesé, tras un instante de beber en silencio.

Rebecca no pareció sorprendida y tampoco, que me estuviera juzgando. Eso me permitió respirar un poco más hondo por primera vez en días.

—Realmente le he pedido que no se enrolle con nadie —confesé en voz baja.

—Guau —soltó, antes de darle otro trago—. ¿Te mandó a la mierda?

—No, me dijo que sí. —El cuello de mi amiga giró hacia mi de golpe—. Pero creo que eso me hace sentir peor.

Rebecca tenía la boca abierta y el ceño fruncido.

—¿Por qué ha dicho que sí? —se extrañó, su curiosa atención pasando a Fabio que continuaba contra la roca.

Me encogí de hombros. Fabio estaba sonriéndola a la chica que gesticulaba frente a él.

—Quizá porque no piensa cumplirlo.

—Umm. —Rebecca le dio otro trago a su cerveza, pensativa.

En ese momento apareció Rob, con los hombros encogidos porque llevaba una sudadera demasiado fina para la noche. Saludó a todo el mundo como si la playa fuera suya, chocando los cinco con unos, abrazando a otros. Para la gente, él era el sol y yo… me gustaría decir que la luna, pero no. Yo era una noche nublada en la que no se veían ni las estrellas. Así de sosa.

Al aproximarse a nosotras, sacó el móvil y lo cogió.

—Sí, mamá ya estoy aquí. —Si Rob y yo estábamos juntos, mis padres siempre le llamaban a él. Y ese pequeño detalle se sentía cada jodida vez como un puñal en mi corazón, una prueba de que no éramos iguales—. Sí, Erika también está aquí. Valeeee.

Me hundí más en la toalla.

Jane se acercó a nosotras un poco después, con la cerveza todavía en la mano. Por el brillo en sus ojos ya iba por la segunda o la tercera.

—Vaya careto tenéis las dos —se burló.

—Me han puesto de mal humor —explicó Rebecca, tirando su botellín vacío a una caja con otros.

—¿La chica del suéter azul? —Jane se dejó caer a nuestro lado—. La conozco, te podía haber dicho que es hetero y haberte ahorrado el bochorno.

—No tengo nada de lo que abochornarme, realmente me estaba siguiendo el rollo. Es una calienta chochos.

Jane soltó una carcajada y Rob se giró hacia nosotras, sonriendo.

—¿Habláis de mí?

Le acribillé con la mirada, sospechando. No solía congratularnos con su presencia en público.

—¿Qué van a pensar tus amigos si te ven hablando con nosotras? —le recordé en tono dramático, antes de hacer un gesto con la mano para que se largara.

—Que ahora dedico parte de mi tiempo a la caridad.

Puse los ojos en blanco y Jane soltó un bufido. El ojo de Sauron voló hacia ella.

—¿Algún problema Cairns? —preguntó con su actitud de matón.

—Déjala en paz —le advertí, recordando aquella vez cuando teníamos seis años que Jane se torció la mano porque Rob la empujó demasiado fuerte con los patines.

—No te preocupes, Erika —Se puso de pie y se estiró para plantarle cara a Rob con una sonrisa de tenerlo todo controlado—. No le tengo miedo a Rob Manostijeras. Toda esa fanfarronería le

funcionará con los que no te conocen y no te han visto vomitar pizza por la nariz

Algo cruzó por la cara de mi hermano, aunque intentó ocultarlo detrás de una sonrisa helada.

—Esa familiaridad entre nosotros —su tono bajó, conforme daba otro paso hacia mi amiga para cernirse sobre ella de forma amenazante—. Funciona en las dos direcciones. Yo también he visto mucho de ti.

Sus ojos se deslizaron por el cuerpo de ella y noté un escalofrío, creyendo percibir que el ataque de mi hermano había tomado otro cariz. Eso sí era nuevo.

—Rob, lárgate —le ordené, sin molestarme en ocultar el deje de desesperación en mi voz.

Jane regresó a nuestro lado con los dientes apretados.

—¿De qué iba eso? —la interrogó Rebecca cuando se sentó junto a ella.

—Rob siendo Rob —gruñó ella, evadiendo nuestra mirada—. O siendo peor desde que me vio desnuda por accidente cuando estábamos en Brisbane.

—¿Qué?

Ella sacudió la cabeza.

—Fue un accidente sin importancia, pero el cromañón de tu hermano, ahora cree que tiene derecho a hacerme sentir avergonzada por… no sé, ¿tener tetas? ¿ser mujer? Ya sabes cómo es…

—Le gustas… —comentó Rebecca, siguiéndole con la mirada

—No seas ridícula —negó Jane, estremeciéndose de forma exagerada—. Lo único que le gusta a Rob son los espejos de cuerpo entero.

Nos reímos, y me di cuenta de que había estado apretando mi cerveza demasiado fuerte.

Zack apagó el equipo de música y se sentó en la arena a nuestro lado con la guitarra. Ignorando los abucheos, empezó a tocar Wonderwall. Nos pusimos a cantar con él, alguna de nosotras desafinando de forma terrible.

La hoguera crepitó más fuerte, enviando una columna de chispas al cielo. El calor me llegaba en oleadas, alternándose con el frío del viento marino. Cerré los ojos un momento, intentando desconectar del nudo que se me había formado en el pecho.

Al abrirlos de nuevo, se posaron en Fabio. Su silueta recortada frente al horizonte por los últimos rayos de un sol moribundo.

Entonces vi a una chica alta, su cabello oscuro le llegaba hasta la mitad de la espalda. Iba con un vestido corto a pesar del viento. No alcanzaba a ver su rostro, pero por la forma confiada en la que se movía, supe que era muy guapa. Se acercó a Fabio sin ningún miedo y cero dudas.

Me incorporé sin darme cuenta.

Ella le tocó el brazo al hablarle. Se inclinó más cerca de lo necesario. Fabio escuchó lo que fuera que ella le estaba diciendo. Sonrió.

Yo dejé de respirar.

Pero entonces, él negó con la cabeza y dijo algo que no oí desde donde estaba. La chica insistió y le puso una mano en el pecho. Fabio la apartó con cuidado y dio un paso atrás que dejó espacio entre ellos. La chica sacudió la cabeza y se fue hacia otro grupo.

Sentí un alivio inmediato que me aflojó los hombros y me permitió volver a respirar. Y justo después, una punzada de vergüenza tan fuerte que tuve que apartar la vista.

No debería haberle pedido exclusividad. No debería haber puesto reglas que solo me favorecían a mí.

Me levanté de golpe, impulsada por el nudo de arrepentimiento que ahora flotaba en cerveza y chocaba con el único taco que había cenado.

—Necesito aire.

—Estamos en la playa —se burló Jane.

—Vale, entonces necesito darle un descanso a mis tímpanos.

Zack ya había pasado a Tender de Blur, los acordes acompañaron los pasos lentos por la arena que me llevaron hacia las rocas.

Fabio levantó la vista entonces y vio que me aproximaba. No sonrió, tampoco se fue. No hizo ningún gesto ni su rostro mostró nada más que indiferencia. Pero la forma en que me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario, me dijo que él también estaba sintiendo algo. ¿Rencor? ¿Enfado?

—Lo siento —barboté mientras me sentaba a su lado.

—¿De qué hablas?

—Esa tía ha estado a punto de saltar sobre ti.

—Sí, era un poco intensa. Se creía una diosa irrechazable.

—¿Lo era? —susurré, observando el lugar donde rompían las olas.

—Diosa, tal vez. Irrechazable, no. Nadie lo es.

Medité su respuesta durante un instante.

—¿Entonces… estabas disculpándote en nombre de todas las mujeres que acosan o cómo?

Me pasó su cerveza y le di un sorbo largo. Esta estaba más fría.

—No, estaba disculpándome por pedirte… pedirte que digas que no. Estuvo mal y lo retiro. Eres libre de hacer lo que quieras… incluso —tuve que tragar saliva antes de continuar—. Incluso con Jane.

Su mirada estaba fija en el perfil de mi rostro, pero estaba demasiado avergonzada como para enfrentarle.

—¿Por qué has cambiado de idea?

Me encogí de hombros.

—¿Culpa?

—Ah…

Un vistazo de soslayo me mostró que Fabio estaba conteniendo una sonrisa.

—¿Qué?

—Tengo la sensación de que es la primera vez que hacías algo egoísta… No estás acostumbrada a anteponerte a los demás.

Mi boca se abrió de par en par. Estaba segura de que me odiaba o me creía una malcriada por pedirle eso, pero ahí estaba él, haciéndome un cumplido.

—No es el fin del mundo si haces algo egocéntrico, pixie. —Fabio me dedicó una sonrisa ladeada—. No te vendría mal practicar un poco lo de pensar en ti misma.

Sus palabras me hicieron parpadear. Había esperado cualquier otra respuesta a mi disculpa, menos esa.

—No contigo —negué con la cabeza—. Si voy a practicar ser egoísta, no quiero hacerlo contigo o con Jane. No os lo merecéis.

Eché la vista por encima de mi hombro. Mi hermano bailaba y reía, con el hombro echado por encima de un amigo.

El mar hacía ese ruido constante de fondo.

—Fui un bebé indeseado —dije, sin saber muy bien por qué lo decía en ese momento.

—¿Qué? —El tono de Fabio era cortante. Tal vez no le gustaba que le usara también de psicólogo.

—Después de Rob, mi madre se hizo una ligadura de trompas —resumí para no aburrirle—. Pero aquí estoy.

—¿Cómo sabes eso?

Me encogí de hombros extrañada por su pregunta.

—Me lo contaron mis padres.

Algo que no reconocí brilló en los ojos de Fabio, o tal vez lo había imaginado por la repentina oscuridad, ahora que el sol se había ocultado del todo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Con qué edad te lo contaron? —esclareció él.

—No estoy segura… es algo que siempre he sabido. No recuerdo el momento exacto.

Fabio apartó la vista hacia el mar, su atención perdida en el oleaje y fue mi turno de analizar su perfil.

—¿Por qué no me dijiste que no cuando te pedí algo tan injusto? —quise saber.

Fabio se encogió de hombros.

—No sé… —el silencio se prolongó lo suficiente como para que creyera que ya no iba a decir nada más. Miré la espuma arremolinarse en la orilla—. Tal vez sí que hay chicas que son irrechazables.

21

Invitar a Dan a desayunar fue una idea impulsiva que tuve a las dos de la madrugada, cuando el insomnio y la culpa hicieron equipo para liarme.

Lo pensé mejor por la mañana, mientras sacaba el pan de molde y comprobaba que todavía quedaba cacao en la despensa. El mensaje ya estaba enviado y era demasiado tarde para echarme atrás.

A estas alturas, añadir a Charlie a nuestras quedadas era nuestro salvavidas. Una forma de quitarnos la presión de una cita romántica. También lo hice porque era una cobarde, pensé mientras limpiaba las migas de la tostadora.

Dan respondió a una hora más decente.

Vale ?? A Charlie le encanta desayunar fuera.

Me quedé mirando la pantalla, sin saber qué responder. Al final solo mandé un pulgar arriba y me odié un poco por ello.

Llegaron a las diez. Charlie entró primero, como si la casa fuera suya, arrastrando una mochila con ruedas que hacía un ruido estrepitoso contra las baldosas del recibidor.

—¡Erika! —Me abrazó, estrellándose contra mi estómago sin calcular bien el impacto.

—Yo quiero tortitas.

—Charlie… —lo amonestó su hermano mayor, mientras yo le despeinaba el pelo, que olía a champú de fresa.

Dan se quedó en la puerta, observándonos. Llevaba una camiseta gris sencilla y vaqueros oscuros. El pelo todavía un poco húmedo, peinado hacia un lado. Sonrió, pero no dio un paso hasta que le invité a pasar. Charlie ya estaba sentado a la mesa.

—Gracias por invitarnos.

—Gracias por venir.

La formalidad entre nosotros era un poco incómoda. Nos movimos por la cocina de forma tan educada que resultaba torpe. Yo preparé tostadas mientras él buscaba los vasos sin preguntar dónde estaban. Me imaginé el día en el que hubiera estado en mi casa las suficientes veces como para saber dónde encontrar todo.

Sirvió zumo de naranja para los tres. Charlie habló sin parar de un videojuego nuevo mientras untaba Nutella en su rebanada de pan.

—Y entonces el dragón te persigue, pero si te escondes detrás de la roca grande, no te ve. Porque es tonto.

—Pensaba que era al revés. —Le pasé una servilleta antes de que el cacao llegara a su camiseta—. Que se supone que son criaturas astutas.

Me relajé y empecé a disfrutar. Si ese era el tráiler de algo que podría repetirse cada domingo, estaría encantada de vivir la película entera. Dan me sonrió, mientras cortaba la fruta en trozos pequeños para su hermano. Yo rellené su taza de café sin que me lo pidiera y comimos alrededor de la mesa en un ambiente agradable.

—¿Puedo poner dibujos? —Charlie se limpió la boca con el dorso de la mano, dejando un rastro marrón en su sudadera.

—Sí —dijimos Dan y yo al mismo tiempo. Nos miramos y sonreímos, sabiendo que ambos queríamos un momento de intimidad. Luego apartamos la vista como si nos hubiéramos pillado haciendo algo prohibido.

Charlie se fue al sofá con su plato en una mano y el mando en la otra. El murmullo de voces animadas envolvió la cocina rompiendo la poca tensión que quedaba en el aire.

Me senté en la encimera, agarrándome al borde con los dedos.

—Siento no haber podido ir a tu casa el otro día.

—No te preocupes. —Dan no sonaba molesto, pero tampoco cálido. Sonaba… dudoso.

—Quería arreglarlo con un desayuno… —me reí de mí misma —. Tal vez debería haber sido una cena.

Dan negó con la cabeza despacio, frotándose la nuca.

—No hace falta que lo arregles.

¿Entonces porque había estado tan distante? En la playa ni siquiera habíamos hablado.

Dan se apoyó también en la encimera, frente a mí, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. No había enfado en su cara, si no algo peor, una especie de decepción educada. Del tipo que se retira en silencio.

Me mordí el labio, planteándome subir las escaleras y encerrarnos en mi cuarto. Intentar encajar nuestras piezas para que no quedaran más dudas, pero los dos éramos inseguros, demasiado cautelosos. Necesitábamos estar seguros del otro antes de lanzarnos.

—Me gusta mucho pasar tiempo contigo —confesé, con la voz más pequeña de lo que pretendía.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—A mí también. —Se acercó un paso, apoyando una mano en la encimera cerca de la mía, sin tocarme—. Por eso he venido.

Asentí, sabiendo exactamente a qué se refería. Y noté que esa certeza era más cómoda que excitante.

—¿Y ahora qué? —traté de sonar inocente y provocativa a la vez. No tenía ni idea de si había salido bien. Hasta que Dan sonrió, y por primera vez en toda la mañana, fue una sonrisa genuina, sin sombras de duda.

—Ahora me gustaría besarte… ¿puedo?

Noté un pinchazo en mi estómago y una vocecita que decía: «hubiera preferido que lo hicieras sin preguntar».

Asentí con vehemencia. Tal vez para sacudirme las dudas.

Un brillo de deseo relampagueó en sus ojos, que descendieron a mis labios. Besar era algo que ahora sabía hacer. Gracias a mi práctica con Fabio, no tuve miedo.

Nuestros labios se encontraron, suaves y dudosos. Noté su sabor. Tan diferente. Podría acostumbrarme a él, saborearlo hasta que borrara cualquier otro.

En la puerta apareció Charlie, con el bigote de cacao intacto y los ojos brillantes.

—¿Vamos al parque?

Dan se giró hacia él, con un ligero rubor en las mejillas y algo que me pareció frustración.

—Claro, campeón. Pero solo a la zona de tu edad, no quiero sustos esta vez.

—Valeeee…

—¿Nos acompañas? —me incluyó.

Asentí y fui a por una sudadera mientras ellos me esperaban en la entrada.

Caminamos hasta el parque más cercano. Charlie iba delante, dando saltitos y hablando de todo lo que veía.

Dan me tomó de la mano. La suya estaba un poco más caliente que la mía. Lo que resultaba muy agradable.

En el parque, Charlie nos obligó a hacer de piratas. Dan fingió que le capturaba y Charlie se retorcía de risa. Me di cuenta de que llevaba veinte minutos sin pensar en nada que no estuviera pasando delante de mis ojos.

—Ojalá hubiéramos tenido algo así de pequeños —dije para llenar un momento de silencio.

—Y este suelo tan blandito, mis rodillas lo hubieran agradecido —respondió él y nos reímos.

La lluvia repentina nos obligó a salir corriendo y regresar a mi casa entre risas.

Antes de subirse al coche, Charlie me abrazó otra vez, casi tirándome.

—¡Adiós, Erika! ¡La próxima vez haces tortitas!

—Te lo prometo por la luna.

Después de dudar un segundo, Dan se inclinó y me dio un beso breve en la mejilla.

—No hagas planes para mañana —dijo, y me gustó que por una vez fuera un poco menos respetuoso y un poco más decidido. Me dio esperanzas de que lo que había echado en falta aún podría aparecer.

—De acuerdo.

Los vi entrar en el coche y alejarse por la calle. Cuando doblaron la esquina y desaparecieron, entré y cerré la puerta. La casa se quedó demasiado silenciosa.

Volví a la cocina donde los platos seguían en la mesa. El vaso de Charlie tenía una marca de labios de chocolate en el borde. Recogí despacio, lavando cada plato concienzudamente, para que nadie en casa se quejara de que había traído invitados. El agua caliente me quemaba las manos, pero no la cerré.

Me sequé con un trapo y miré el reloj. Eran las once y cuarto, el día acababa de empezar, pero ya me sentía exhausta.

Agarré mi móvil. Tenía un mensaje de Jane.

¿Cómo ha ido?

Me quedé mirando la pantalla, el cursor parpadeando en la casilla de respuesta.

Bien, lo hemos arreglado.

Escribí finalmente. Tres puntitos aparecieron. Luego:

¿Significa eso que no vas a admitir lo de Fabio?

Mi corazón se aceleró.

¿Admitir el qué?

Su respuesta no se hizo esperar.

Que ha empezado a gustarte.

Somos amigos. No le quiero para nada más.

No podía culpar a Jane por confundir lo mío con Fabio, cuando yo misma había estado actuando como una novia celosa.

Sigue repitiéndolo hasta que te lo creas.

Fue su chocante respuesta.

Bloqueé el móvil sin responder. Todavía no estaba lista para explicar algunas cosas en voz alta. Ni siquiera a mí misma.

22

Me cambié en el vestuario del instituto sin prisa, porque sabía que Rob todavía tardaría al menos veinte minutos en terminar su entrenamiento. Mi coche seguía en el taller para un cambio de pastillas de freno, así que no me quedaba otra que esperar a mi hermano.

Me até las zapatillas, recogí el pelo en una coleta alta y puse música en mi móvil.

Salí al exterior. El aire de la tarde estaba recién lavado por una tormenta rápida que había caído durante la última clase. El sol brillaba en el asfalto mojado y olía a tierra mezclada con hierba cortada.

Me puse un auricular, buscando alguna canción que me ayudara a estrujarme al máximo durante la carrera.

Dan estaba en la escalinata, con una mochila colgada de un hombro y una sonrisa cálida.

Me quité el auricular, sorprendida. Y, por qué no admitirlo, contenta.

—Hola —le sonreí.

—¿Por qué corres en el campus?

—Mi coche está en el taller y tengo que esperar a mi hermano.

Dan echó un vistazo a su coche aparcado a pocos metros de nosotros y pareció agobiado.

—Puedo acercarte a casa, pero tengo que pasar antes por el dentista. Tengo una cita en media hora.

Se acercó un par de escalones.

—No te preocupes, ya me he vestido y acordado una hora con mi hermano.

Dan asintió y miró mis zapatillas nuevas.

—Son bonitas… no pises ningún charco.

—Vale, papá —le dediqué una sonrisita bromista, sabiendo que ya iba con la hora pillada—. Que te sea leve el dentista.

—Gracias, Erika. Ahora estoy incluso más ansioso —se quejó, aunque su expresión era risueña.

—Pide la anestesia nada más entrar —le aconsejé muy seria.

—Solo me van a hacer una limpieza.

—Deberías pedirla, aun así. Por si acaso.

Él puso una mueca y nos reímos.

Mi móvil vibró en la mano, con un mensaje de Fabio.

Ven al campo de fútbol.

Levanté la vista y miré alrededor pero no había nadie más que algunos estudiantes dispersándose hacia el parking.

—¿Todo bien? —Su curiosidad era evidente.

—Sí… —Me guardé el móvil en el bolsillo de la sudadera—. Mi madre para recordarme que llame a mi abuela.

No me sentí muy orgullosa de haberle mentido.

Asintió, sin hacer preguntas.

—Nos vemos mañana.

—Sí.

Nos despedimos con un gesto sencillo. Él levantó la mano y yo asentí. Esta vez no hubo beso, teniendo en cuenta que estábamos en mitad de la escuela.

Cambié de dirección y fui hacia el campo de fútbol, acelerando el paso hasta que el corazón me latió desbocado.

El campo estaba vacío. Las porterías solitarias recortadas contra el cielo anaranjado del atardecer. El césped estaba mojado y

verde después de tanta lluvia. En el suelo, cerca de la línea de banda, había un cartón apoyado contra una mochila.

ESPERA AQUÍ.

—¿En serio? —dije en voz alta, aunque no había nadie cerca para escucharme.

Volví a mirar la mochila y la reconocí como la de Fabio. Había un papel saliendo del bolsillo externo con mi nombre escrito. Lo saqué y lo desdoblé con curiosidad. Era otro juego de adivinanza. ¿Por qué no me lo había dado entre clases en lugar de liar todo esto solo para entregarme un papel?

Entonces vi a Fabio. Subió por las gradas y se detuvo en la fila más alta. Nuestras miradas se cruzaron, y él se inclinó para levantar una cartulina blanca.

GRACIAS POR VENIR.

Me encogí de hombros y alcé la voz.

—¡Me has pedido que venga! —Mi voz resonó en el campo vacío.

Fabio sonrió apenas, como si hubiera previsto exactamente esa respuesta. Bajó el primer cartel y levantó otro.

NO

Antes de que pudiera decir nada, me mostró un tercero.

GRACIAS POR VENIR AL MUNDO, PIXIE.

El aire se me quedó atascado en el pecho. El ruido del viento moviendo el borde del cartel se apagó y ya solo escuchaba el latido sordo de mi corazón en los oídos.

—Fabio… ¿Qué… —empecé a decir, pero la voz se me rompió a mitad.

Desde un lateral del campo apareció Rebecca, caminando con decisión, con sus botas militares haciendo crujir la gravilla del borde. Levantó su propio cartel, escrito con rotulador morado.

GRACIAS POR HABER NACIDO.

Me llevé una mano a la boca.

Jane apareció desde el otro lado, caminando despacio, con una sonrisa suave.

GRACIAS POR SER NUESTRA AMIGA.

La letra era redonda, decorada con pequeñas flores en las esquinas, muy diferente a la de Fabio.

Zack se unió después, rascándose la nuca con una mano mientras sostenía el cartel con la otra, incómodo incluso haciendo algo bonito.

GRACIAS POR LLEVARNOS SIEMPRE A TODAS PARTES.

Y por último, Troy y Bobbie aparecieron juntos desde detrás de las gradas, sosteniendo un cartel enorme entre los dos. Estaba torcido, escrito con rotulador grueso negro, con alguna letra al revés.

ERIKA SUMMERS, NOS ALEGRA QUE HAYAS NACIDO.

No pude evitarlo, rompí a llorar. Las lágrimas me cayeron sin pedir permiso, silenciosas, desordenadas, calientes. Me tapé la boca con ambas manos, riéndome y llorando a la vez, sin saber muy bien qué hacer con todo eso que se me acumulaba en el pecho.

Estaba demasiado avergonzada y emocionada como para hablar con ellos en ese momento. De alguna forma lo sabían, porque uno a uno, bajaron las gradas y me dijeron adiós en la distancia.

Di un paso atrás, abrumada, intentando procesar que habían hecho esto. Y entonces choqué con alguien.

—¿Qué coño ha sido eso? —La voz de Rob sonó sorprendida a mi espalda.

Me giré. Estaba ahí, con su bolsa de deporte colgada del hombro, el pelo todavía húmedo de la ducha. Me miraba con el ceño fruncido. Sus ojos fueron de mí al cartel que tenía a mis pies.

—¿Qué es eso, Erika? —repitió más fuerte y con una seriedad que no acostumbraba a ver en él.

Me sequé la cara con el dorso de la mano, manchándome la palma de rímel corrido.

—Nada. Algo entre mis amigos y yo.

Rob volvió a mirar hacia las gradas, que ahora estaban vacías.

—Vámonos —dije y eché a andar hacia el aparcamiento.

Rob dudó. Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero la volvió a cerrar mientras me seguía en un silencio confuso.

—Vale.

En el coche tampoco dijo nada. Algo extraño para él.

Aproveché para tratar de resolver el acertijo de Fabio.

—¿Es por tu cumpleaños? —preguntó tras diez minutos. Giró en una esquina demasiado rápido para mi gusto.

—Supongo.

—No es hasta la semana que viene —murmuró él—. Que forma tan extraña de decir "feliz cumpleaños".

No respondí nada.

—Tus amigos son raros.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Cuando llegamos a casa, Rob apagó el motor y se bajó, pero yo me quedé donde estaba.

—¿Vienes o qué? —preguntó ya girado hacia la casa.

—Voy a terminar esto primero.

En lugar de marcharse, Rob se dio la vuelta y se inclinó sobre mi ventana para curiosear la nota.

—¿Qué es?

Levanté la vista, extrañada. Rob no solía interesarse por mis cosas.

—No es nada, es un juego. Vete a casa, ahora entro.

—Si tú lo dices —dijo, finalmente y me dejó en paz.

Me llevó cuarenta minutos descifrar el maldito código de Fabio. Cada vez los ponía más difíciles. Pero cuando por fin, pude leer la frase entera, algo estalló en mi pecho.

Erika Summers es la clase de flor que brota entre dos piedras.

23

Pegué la nota de Fabio en la pared, justo encima del escritorio, entre una foto antigua donde Jane y yo sujetábamos cucuruchos de helado a medio derretir y el horario de clases de ese curso.

Erika Summers es la clase de flor que brota entre dos piedras.

La leí otra vez, aunque ya me la sabía de memoria. Nunca se me había ocurrido que nacer a pesar de una ligadura de trompas podría ser una señal de fortaleza.

Me até el pelo frente al espejo, me apliqué corrector en las ojeras y cogí la sudadera del respaldo de la silla antes de salir del cuarto.

La cocina estaba más iluminada que el resto de la casa, porque mi madre había subido las persianas. Por el olor, se le habían vuelto a quemar las tostadas.

—Buenos días. —Me estiré para coger mi taza favorita de las estanterías más altas.

Mi madre estaba de espaldas, sacando platos del lavavajillas con movimientos mecánicos.

—Buenos días —respondió sin girarse. —Hay pan en la bolsa. No vaciaste el lavavajillas anoche, Erika.

—Lo siento, se me olvidó.

—Ya. —El silencio que siguió fue roto por el tintineo de los platos contra la encimera.

Mi padre hojeaba el periódico con las gafas puestas, ya vestido para irse, con la corbata perfectamente anudada. Rob estaba sentado a la mesa, con el móvil apoyado contra el vaso de zumo, riéndose de algo que le habían enviado.

En mi casa solo las mujeres teniamos que hacer labores domésticas. Mis padres seguían atrapados en los ochenta.

—¿De qué te ríes? —curioseó mi madre. Su tono cambió por completo al dirigirse a su hijo predilecto.

—Nada, una tontería. Kyle es idiota. —Rob bloqueó el móvil, todavía sonriendo.

—Eso ya lo sabíamos.

Mi madre dejó la mantequilla sobre la mesa con un golpe seco. Estaba estresada porque aparte de servir a dos zánganos, tenía que prepararse para ir a trabajar.

—Voy mal de hora… —la escuché murmurar. Mi padre ni siquiera levantó la vista del periódico.

Me senté y sorbí mi café, notando en mi labio superior la grieta en la taza. La razón de que nadie más la usara.

—¿Erika, puedes recoger tú la mesa y meter todo en el lavavajillas? Hoy llego tarde. —Mi madre se ajustó el reloj, comprobándolo—. Tengo una reunión a primera hora.

—Yo también. —Mi padre dobló una esquina del periódico—. Rob, acuérdate de cerrar bien.

Así que sabían que él entraba más tarde que yo a clase… Lo que no significaba que le fueran a pedir a él que hiciera los platos, no se le fuera a partir un dedo.

—Sí, sí. —Rob bebió el resto de su zumo de un trago y se levantó, dejando el vaso en el fregadero sin enjuagarlo.

—Oye, mamá, ¿te acuerdas de lo del sábado? El partido.

—Claro —respondió ella enseguida, casi interrumpiéndolo. No hubo mención a que coincidiera con mi cumpleaños. El evento más importante del día era el partido de Rob—. Lo tengo apuntado. ¿A qué hora empieza?

—A las once.

Me llevé la taza a los labios y bebí un sorbo demasiado largo que me quemó la lengua.

—El sábado también es mi cumple, por si no lo recordáis —intenté sonar casual.

—Claro que sí, Erika. —Mi madre ya estaba buscando las llaves del coche en el bol de la entrada.

Mi padre se puso de pie, y dobló el periódico con precisión.

—Después del partido, vamos a comer a Owens. O si hace bueno, organizamos una fiesta en el jadín —sonrió orgulloso de su propia idea.

Yo también sonreí por inercia y porque era lo que se esperaba.

Besó a mi madre en la mejilla y le revolvió el pelo a Rob al pasar.

—Que tengáis un buen día.

—Igualmente.

Salieron a la vez y Rob subió a su cuarto, saltando escalones de dos en dos.

Me terminé el café que ya estaba tibio, recogí la mesa y lo metí todo en el lavavajillas. En el poyete de la ventana de la cocina, descansaban las macetas de mi madre. Pensé en las flores, lo delicadas que eran si ella no les daba el cuidado exacto que necesitaba cada especie. En cómo algunas crecen en sitios imposibles. Y en cómo no importa si están ahí o no hasta que alguien se para a mirarlas.

Durante la clase de finanzas personales mi cabeza estaba en cualquier parte menos en la pizarra.

El profesor hablaba sobre tasas de interés y amortización, dibujando gráficos que me recordaban a montañas rusas. Tomé apuntes en modo automático, sin tener ni idea de lo que estaba escribiendo.

Dan estaba sentado a mi lado, subrayando con cuidado y usando dos colores diferentes para diferenciar conceptos. La semana pasada nos habíamos emparejado para el ejercicio de llevar las

cuentas de una casa. Un trabajo sobre presupuestos caseros que duraría todo el semestre.

Cuando el profesor terminó la explicación, nos dejó parte de la clase para trabajar en las cantidades de nuestros sueldos que destinaríamos a cada grupo de gastos.

—Oye. —Dan estaba inclinado hacia mí—. Creo que podemos subir el presupuesto para restaurantes un cinco por ciento.

Asentí, sin repasar sus cuentas.

—¿No quieres saber cómo lo he logrado?

—Sí.

—Nos he apuntado a un gimnasio más barato y también he cambiado la compañía telefónica, tenemos una nueva oferta durante un año. —Acercó el cuaderno, girándolo para que pudiera verlo.

—Vale, pero… ¿no deberíamos invertirlo?

Nos inclinamos los dos sobre el papel. Su brazo rozó el mío, en un contacto casual y tibio.

—Bueno, las citas para mantener nuestro amor intacto también son importantes —susurró con una sonrisa coqueta—. ¿Qué tal si invertimos un dos porciento y el resto para salidas?

—Hecho.

Dan cambió las cifras usando típex en lugar de borrones como hacía yo. Su meticulosidad era adorable.

—No ha sido complicado ponernos de acuerdo.

Le sonreí de vuelta. Por un momento olvidé que era un ejercicio de clase.

Se hizo un silencio cómodo. Dan cerró el cuaderno, tamborileando los dedos en la portada.

—Y ya que tenemos presupuesto… —Vaciló un momento—. ¿Te apetece merendar? Podríamos ir al sitio nuevo de la esquina. Dicen que los gofres son para morirse.

Asentí, sabiendo que esa vez no iba a estar Charlie para hacer de carabina. Esta vez era oficialmente una cita.

—Sí —respondí sin pensármelo, había aprendido la lección y no pensaba rechazarle—. Me apetece.

Dan asintió, satisfecho.

—Genial. Te espero en la salida a las cinco.

—Vale.

La clase continuó y el profesor volvió a la pizarra para explicarnos el próximo ejercicio, donde aprenderíamos lo básico para hacer la declaración de la renta. Yo abrí el cuaderno, escribí la fecha en la esquina e intenté concentrarme en las fórmulas que copiaba de forma mecánica.

Después de la última clase, historia, me encontré con Dan en la entrada y caminamos juntos hacia el sitio nuevo. Resultó ser una cafetería pequeña con mesas de madera desgastada y luces cálidas que colgaban del techo en cables desnudos. El olor a bizcocho y canela hizo que me rugiera el estómago, pero, por suerte, el hilo musical y la gente charlando en sus mesas enmascaró el ruido.

Dan pidió dos chocolates calientes y un gofre para compartir.

—Prueba esto —empujó el plato hacia mí—. Es increíble.

Le di un bocado y la masa aliñada con Nutella se deshizo en mi boca con la textura y el sabor perfectos.

—Ummm.

—¿Ves? Te lo dije. —Se recostó en la silla, relajado, con las manos alrededor de su taza.

Hablamos del trabajo y de que el profesor siempre se equivocaba al escribir en la pizarra, y luego encima se enfadaba cuando alguien lo corregía.

—Ayer vi unos libros de actividades para niños en el supermercado y quería cogerle uno a Charlie, pero no sabía si le gustaría el del cuerpo humano o el de dinosaurios.

—Esta semana son los dinosaurios —respondió Dan con un brillo cariñoso en los ojos que me provocó una mezcla extraña de ternura y envidia. No recordaba nunca haber tenido esa relación con Rob.

—Esta tarde me paso y se lo cojo.

—No tienes que comprarle nada. Además, cambia de intereses más que de pijama, la semana pasada eran los astronautas.

—Es un niño, es normal.

—Es un huracán.

Me reí, y Dan me observó por encima de su taza.

Bebí un sorbo de chocolate, para ocultar mi sonrojo. Estaba demasiado dulce, pero me gustó de todas formas.

—¿Puedo preguntarte algo? —Dan dejó su taza en la mesa.

—Claro.

—¿Fabio Schwarz y tú seguís… tonteando?

Se me tensó el estómago. No era una pregunta casual. Dan había estado observando.

No supe qué contestarle. Nada había ocurrido entre nosotros desde las escaleras del sótano, pero tampoco quería asegurar que no volvería a pasar nada. Quería que Fabio me diera lecciones de todas las otras cosas que aún no había intentado. Y había algo más si me permitía ser sincera. La idea de no volver a ser besada por él… no estaba preparada para despedirme de algo que me gustaba tanto.

Mi falta de respuesta debió de ser clara.

Dan asintió, como si eso confirmara algo que ya sabía.

—Fabio y yo somos amigos —me apresuré en decir, y no mentía. Desde el numerito de los carteles le consideraba uno de mis mejores amigos.

—¿Un amigo con derechos?

Abrí la boca, pero Dan sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa tensa.

—No te estoy recriminando nada, es normal tener esa clase de amistades cuando estás soltera. Supongo que si tuvieras novio sería distinto. —Aunque su expresión era suave, sus ojos me contemplaron con intensidad, esperando una respuesta sin querer admitir que había hecho una pregunta.

—Claro… si tuviera novio, sería distinto —comenté, notando que no había suficiente aire en mis pulmones.

Sus hombros se relajaron un poco.

Nos quedamos en silencio un momento. El ruido de la cafetería nos rodeaba: tazas tintineando, conversaciones bajas, música suave de fondo.

Terminamos el chocolate y hablamos de otras cosas. Cuando salimos a la calle, la tarde se había vuelto repentinamente fría, así que caminamos deprisa de vuelta al campus.

Dan me acompañó al lugar donde tenía mi coche aparcado y cuando me apoyé contra la puerta para despedirme, se inclinó hacia mí antes de que pudiera decir nada más.

Esta vez no fue el beso prudente de despedida cuando me dejó en casa después de encontrarnos en el supermercado. Esta vez me sostuvo por la cintura, y no dejó espacio entre nuestros cuerpos.

Cerré los ojos, lista y deseosa, después de tantos días de sequía, de recibir mi primer beso de verdad de parte del chico que quería que fuera mi novio.

Dan sabía a chocolate, probablemente al igual que yo. Su forma de besar tenía una cadencia previsible, y eso era… reconfortante. No había sorpresas, podía hacer eso con él sin meter la pata.

Cuando nos separamos, Dan apoyó la frente un segundo en la mía, sin soltarme todavía. Nuestras respiraciones pausadas.

—Luego te escribo —prometió con una sonrisa pequeña en las comisuras de los labios.

Asentí, incapaz de poner en orden todo lo que estaba sintiendo.

Le vi alejarse hacia su coche. Abrió la puerta, se giró una última vez y me saludó con la mano antes de montarse y arrancar. Las luces traseras se alejaron por la calle, giraron en la esquina y desaparecieron.

Solo entonces me permití soltar el aire que llevaba reteniendo. Me pasé una mano por la cara, intentando ordenar el caos que tenía en la cabeza. ¿Debería sentir…

—¿Qué tal? —La voz me pilló desprevenida.

Me giré bruscamente. Fabio estaba a unos metros, apoyado en la valla metálica del parking, con las manos metidas en los bolsillos de su bomber.

¿Había visto el beso?

—Muy bien. Hemos ido a merendar a un sitio nuevo que ponen unos gofres buenísimos, tengo que llevarte, te van a encantar… y tienen dulce de leche también. Eso os encanta a los brasileños ¿no? —conforme vomitaba todo eso, fui extrañamente consciente de que no había hablado con él desde lo de los carteles.

—Gofres, ¿eh? —murmuró él, impasible—. ¿Están mejor que el beso que te acaban de dar? Porque no lo has mencionado.

—Ah… es que pensaba que no te iba a interesar. Los gofres te gustan, Dan no —me encogí de hombros, soltando una risita nerviosa.

—Soy tu profesor. Claro que me interesa tu progreso. —Fabio se separó de la valla y caminó hacia mí.

Asentí, leyendo las letras blancas de su sudadera que se veían a través de la chaqueta abierta

Mi corazón dio un vuelco cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

—Gracias por lo del otro día. —Me enderecé, cruzándome de brazos.

Fabio asintió despacio, con esa expresión suya que nunca dejaba claro si algo le daba igual o si simplemente no quería mostrarlo.

Se hizo un silencio tenso. A lo lejos, alguien cerró un coche con un pitido agudo.

Fabio dio un paso más hacia mí,

—Es una pena. —Ladeó la cabeza ligeramente.

—¿Qué? —Me distraje con su fragancia y las cosas que mi cuerpo había aprendido a asociar con ella. Todo mi ser se tensó, implorando más cercanía. Implorando por volver al lugar que llevaba días echando de menos.

—Que Dan no sepa leerte.

—¿De qué hablas?

Fabio dio otro paso, y tuve que reclinarme contra la puerta de mi coche. Él levantó la mano y deslizó los dedos desde mi sien hasta la nuca, una caricia que me erizó la piel. Enredó la longitud de mi cabello en su mano, como si fuera una cuerda, y dio un pequeño tirón que me obligó a mirarlo.

—De que no tiene ni idea de cómo quieres ser besada.

Fabio no preguntó. Tampoco vaciló. Su boca cubrió la mía sabiendo exactamente dónde encajaba cada rincón.

Su otra mano subió, lenta e inexorable por mi estómago, trazando un camino entre mis pechos que me provocó unas

cosquillas intensas. Los dedos se cerraron alrededor de mi garganta, suaves, pero haciendo toda una declaración de intenciones. La yema del pulgar descansó justo donde mi pulso latía desbocado, tal vez midiendo cuánto me aceleraba.

Me temblaron las rodillas.

Fabio separó los labios unos centímetros, y noté su aliento caliente contra mi boca abierta.

—Así —susurró, la voz tan baja que vibró contra mi piel—. Así es como quieres ser besada.

Intenté responder, pero solo salió un sonido ahogado que me avergonzó.

Fabio esbozó una sonrisa peligrosa contra mis labios y volvió a besarme. Un beso profundo y devastador. Su lengua buscó la mía con una paciencia que contrastaba con la firmeza de sus manos en mi garganta y en mi pelo. Cada roce de sus labios era una orden disfrazada de caricia.

Mi cuerpo reaccionó por cuenta propia. Mis manos agarraron las solapas de su chaqueta en un intento de mantenerme en pie. Una de ellas buscó el calor de su pecho, clavando un poco las uñas en su pectoral. Él respondió con un gruñido bajo que me recorrió entera.

Su lengua se hundió más profundo, explorando y reclamando, mientras su pulgar acariciaba la base de mi garganta, siguiendo el ritmo de mi respiración entrecortada.

Ni siquiera podía pensar en respirar bien. Acabé mareada, con los pulmones ardiendo y la cabeza dando vueltas.

Un claxon sonó detrás de nosotros, rompiendo el beso de golpe.

Fabio no se sobresaltó y ni siquiera miró hacia el coche para comprobar de quién se trataba.

—Nos vemos, Pixie —gruñó, caminando hacia atrás unos pasos antes de girarse completamente. El aire frío del parking me golpeó la piel donde habían estado sus dedos y sentí la ausencia como un vacío físico.

El coche de su primo estaba detenido al borde de la acera, con las luces de emergencia parpadeando. Alex estaba al volante,

mirando su móvil, ajeno a todo.

Fabio abrió la puerta del copiloto y subió sin echar otro vistazo atrás. Como si esa clase de besos destroza almas fuera algo habitual en su día a día.

El coche arrancó y se perdió calle abajo.

—Mierda —solté en voz alta, al vacío del aparcamiento.

Abrí la puerta y me dejé caer en el asiento del conductor. Mi frente se apoyó contra el volante, mientras trataba de recomponerme lo suficiente para conducir, sin causar ningún accidente.

Cuando mi respiración se recuperó, arranqué el motor y apreté el volante, mientras fantaseaba con todas las formas en las que podría asesinar al chico más follable de Sydney Grammar.

24

El gimnasio estaba abarrotado a esa hora de la tarde, porque la mayoría de la gente entrenaba por la mañana antes de la primera clase o al terminar. Rebecca y yo tuvimos que ocupar dos cintas no contiguas. Me había puesto los cascos y escuchaba Be quiet and drive (far away) de Deftones, lo que combinaba perfectamente con el cabreo monumental que tenía desde la tarde anterior.

Ajusté la velocidad y empecé a correr. Al principio, mi cabeza seguía llena de imágenes superpuestas, labios con diferentes temperaturas, lenguas con distinto sabor. Pero a los diez minutos, cuando el ritmo se volvió constante y mis pulmones empezaron a arder, la presión en mi interior se aflojó un poco.

Correr era mi forma de desaparecer sin irme del todo.

El mundo se redujo al golpe repetitivo de mis pies contra la cinta, al sonido de mi respiración, al escozor en mis músculos y el reflejo borroso de mi cara en el espejo frente a la cinta. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que se balanceaba con cada zancada, la piel enrojecida, y los ojos concentrados en un punto inexistente.

Durante unos segundos no fui hija, ni hermana, ni amiga, ni la chica de nadie, solo un cuerpo huyendo de sí mismo.

Cuando bajé la velocidad, con las piernas temblando y el pecho agitado, Rebecca me estaba observando desde los bancos de

abdominales. Me apresuré en poner mi toalla en la colchoneta que quedaba libre a su lado, antes de que alguna de las decenas de cuerpos sudorosos que pululaban por allí, se me adelantara.

Me quité los auriculares, y me dejé caer a su lado.

—¿Qué tal la merienda con Steinbeck?

—Bien. —Me tumbé sobre mi espalda y alcé las piernas.

Rebecca arqueó una ceja, esperando.

—¿Y eso te cabrea? —preguntó burlona.

—No, lo que me cabrea es Fabio. —Las palabras salieron sin que pudiera meditarlas antes.

—¿Fabio estuvo en la cita?

—Sí... Bueno, no —empecé y me detuve. Tragué saliva—Ayer se pasó.

Rebecca parpadeó, observándome con evidente curiosidad.

—Dan y yo nos despedimos en el aparcamiento, me besó por fin y fue genial… —expliqué, notando que me ponía roja—. Después apareció Fabio y me dijo que Dan no sabía cómo quería ser besada. Y entonces hizo un numerito de cavernícola en celo, tirándome del pelo y asfixiándome con la otra mano.

—¿Disculpa? ¿Te ha hecho daño? —Rebecca estaba furiosa.

—No, no me hizo daño en absoluto —murmuré y hundí la cara en las manos, derrotada—. Fue… quiero decir… a cualquier persona le hubiera gustado… y no es justo, porque Dan no va a hacer algo así, a no ser que se lo pida, pero si se lo pido ya no va a ser lo mismo, y… el beso de Dan había sido bueno. Pero después de lo que hizo Fabio, cómo voy a… Joder, voy a matarle.

Rebecca me estaba mirando boquiabierta y con el ceño ligeramente fruncido, tratando de descifrar mi caótica explicación.

—Ah, ya veo —parpadeó, pensativa—. Ya veo.

—¿Ya ves? ¿Qué es lo que ves?

—Eh, no lo pagues conmigo. —Plantó las palmas de sus manos en el aire frente a mí, en un gesto defensivo.

—Perdona. —Mi tono se suavizó y ella me dedicó una mirada piadosa.

—Estás hecha un lío.

—¡No! Lo tengo muy claro, muy claro. No es eso…

El silvido bajo de mi amiga me dejó apocada.

—Ya…

—Deja de decir eso. —Ninguno de sus yas me estaba ayudando en nada.

—Estás jodida. —Se recostó contra la pared, cruzándose de brazos.

—Gracias.

—Creo que…

Levante un dedo y lo planté frente a su cara.

—No lo digas… Ya sé que eres *team* Fabio. Pero ni siquiera hay bandos, ¿vale? Está todo en tu cabeza. Lo único que siento por Fabio es un cabreo de campeonato. Solo Rob me sacaba de mis casillas de esa forma. Así que Fabio Schwarz es oficialmente mi hermano no deseado número dos.

—Un hermano que te sujeta del cuello y te pone tontorrona.

—Cállate. —Sacudí mi mano delante de su cara.

Después saqué el móvil del bolsillo de la sudadera con un gesto brusco, antes de que pudiera pensarlo mejor.

Eres un capullo por lo de ayer. No vuelvas a intentar arruinarme un momento con Dan de esa forma.

Lo envié antes de que la adrenalina saliera del edificio y me disuadiera.

—¿Qué le has dicho?

La empujé, bloqueando el móvil y dejándolo boca abajo en el banco.

—¿Te sientes mejor?

Asentí, pero no estaba segura.

Rebecca se rio, de mí, la muy cabrona se estaba riendo de mí.

—Sí, definitivamente estás jodida.

Nos duchamos rápido. El agua caliente me relajó los músculos, pero no consiguió apagar el incendio que llevaba dentro. Me vestí sin mirarme demasiado al espejo.

Dejé a Rebecca en su casa. Ella se bajó del coche y se inclinó por la ventanilla antes de irse.

—Oye.

—¿Qué?

—Escríbeme si hay novedades con algunos de los dos.

Solté un bufido.

—Búscate una vida —le grité a su espalda, mientras se alejaba.

El camino a casa fue con la radio apagada, dejando que el silencio se tragara todo. Cuando entré por la puerta del garaje, Rob estaba sacando una cerveza de la nevera.

—¿Has cogido mi cargador otra vez? —increpé, viendo que no estaba en la encimera de la cocina donde lo había dejado enchufado esa mañana.

—No. —Rob cerró la nevera de un golpe.

—Como lo encuentre en tu cuarto…

—¡Qué miedo! —se burló él, fingiendo que temblaba.

—Imbécil.

—¿Qué coño te pasa?

—Nada. Que estoy harta de que actúes como si todo en esta casa te perteneciera —le solté, antes de poder frenarme—. Te crees que eres el protagonista de todo.

Rob se quedó mirándome, con la cerveza todavía en la mano, completamente desconcertado.

—¿De qué hablas, Erika?

—Olvídalo.

Di media vuelta y subí las escaleras de dos en dos.

—¡Erika! —Me llamó, pero ya estaba arriba.

Entré en mi cuarto y cerré de un portazo. La habitación estaba a oscuras, apenas iluminada por la claridad azulada que entraba por la ventana. Me quedé quieta junto a la puerta, al ver una silueta.

El corazón se me subió a la garganta porque no parecía Gary. Estaba a punto de girar sobre mis talones cuando mi visión se acostumbró lo suficiente a la penumbra como para reconocerle.

—¿Qué haces aquí? —Mi tono era cortante. Demasiados enfados acumulados.

Fabio no se movió. Estaba apoyado contra el marco, con los brazos cruzados, como si fuera lo más normal del mundo estar en mi habitación a oscuras.

—Tu ventana estaba abierta —dijo en voz baja y controlada.

—Eso no es lo que te he preguntado. —Le di la espalda, incómoda con la forma en que mi cuerpo reaccionaba a su mera presencia.

Dejé la mochila en la silla. Intenté actuar con normalidad, aunque nada en esta situación era normal.

Le oí moverse, pasos lentos y deliberados que me pusieron aún más nerviosa.

—He venido por tu mensaje —dijo, desde algún lugar detrás de mí.

Me quité la sudadera despacio, dejándola caer sobre la silla, todavía sin mirarlo. Llevaba solo una camiseta de tirantes debajo y el aire frío de la ventana abierta me erizó la piel.

—¿Has venido a disculparte?

—No.

Fabio se detuvo detrás de mí, tan cerca que podía oír su respiración. Tan cerca que si daba un paso atrás, chocaría con él. El calor de su cuerpo obró un cambio en el aire de mi habitación.

Apoyó una mano a cada lado de mi cuerpo, dejándome atrapada entre el yeso frío y el calor que emanaba de él, sin tocarme. Se inclinó hasta que su boca quedó junto a mi oído. Su aliento rozó mi piel y se me pusieron los pelos de punta.

—He venido porque al leerlo me he dado cuenta de algo —susurró—. Eso es justo lo que quiero.

Su nariz rozó mi oreja, despacio, provocándome cosquillas que se extendieron por todas partes. Mi mejilla estaba fría contra la pared mientras todo lo que estaba en contacto con él, ardía.

—Quiero arruinarte, pixie.

25

—¿Qué? —jadeé, en contra de mi voluntad.

Su mano derecha abandonó la pared y se deslizó por mi cadera, despertando mi piel a su paso.

—Quiero que pienses en mí cada vez que alguien te toque —murmuró, inclinándose hasta que sus labios rozaron la piel justo debajo de mi oreja.

Un escalofrío me recorrió entera y cerré los ojos sin querer.

Fabio me besó el cuello, primero con los labios cerrados. Su suavidad provocó cosquillas que viajaron por todos mis nervios, y despertaron cada rincón de mi cuerpo. Luego abrió la boca y succionó suavemente, dejando que la lengua trazara una línea húmeda que me hizo arquear la espalda contra su pecho.

—Quiero que, cuando otro te bese, sientas mis dientes aquí —susurró sobre la piel que acababa de mojar—, mi lengua aquí.

Subió un poco más, lamiendo el lóbulo de mi oreja. Con la mano libre me bajó el tirante derecho de la camiseta. La tela cedió despacio, resbalando por mi hombro. El aire frío de la habitación me golpeó la piel desnuda y se me endurecieron los pezones al instante.

No me dio tiempo a reaccionar.

La palma de su mano subió por mi estómago con una lentitud deliberada. Sentí los músculos contraerse bajo sus dedos y cuando llegó al borde del sujetador deportivo, no pidió permiso.

Simplemente metió la mano por el escote, los dedos se colaron bajo la tela elástica y encontraron mi pecho desnudo.

El pulgar rozó el pezón y una corriente casi eléctrica viajó desde mi pecho a mi entrepierna. Luego lo atrapó entre el índice y el pulgar y tiró suavemente.

Se me escapó un gemido que ni siquiera sabía de dónde venía. Me tapé la boca con la mano, avergonzada.

Fabio chasqueó la lengua y me apartó la mano con cierta fuerza

—Quiero escucharte.

Volvió a jugar con mi pezón entre los dedos, lo pellizcó lo justo para que doliera un segundo y luego lo calmó con caricias circulares. Cada movimiento me hacía apretar los muslos. Sentía un calor líquido acumularse entre las piernas.

—Quiero que me recuerdes para siempre —continuó, la voz baja y ronca contra mi cuello—. Quiero dejar mis manos como un tatuaje invisible sobre tu piel.

Bajó la boca hasta mi hombro desnudo y mordió con suavidad. El roce de sus dientes despertando cada terminación nerviosa de mi piel. Luego lamió el mismo sitio, casi en una disculpa.

Mi respiración era un desastre de jadeos cortos e irregulares. Las piernas me temblaban tanto que tuve que apoyar las manos en la pared para no caerme.

—Pues hazlo… —susurré. No sabía quién había dado la orden a mi boca de enunciar esas palabras.

Él levantó la cabeza, acercando su oído a mi mejilla.

—¿Qué?

Tragué saliva. El corazón me latía en la garganta, en las sienes y entre las piernas.

—Arruíname. —Mi voz salió más firme de lo que esperaba.

Por un segundo se quedó quieto, tal vez dudando si me había oído bien. Después me pareció que esbozaba una sonrisa.

—Pixie… —murmuró, casi con reverencia—. Vas a arrepentirte de haberme dicho eso.

Me levantó en brazos como si no pesara nada. Dos pasos y me tuvo sentada en el borde de mi escritorio, las piernas abiertas

para que él pudiera colocarse entre ellas. La madera fría contra mis muslos contrastaba con el calor de su cuerpo pegado al mío.

Me besó otra vez, de forma profunda y hambrienta. Su lengua invadió mi boca mientras sus manos subían por mis costados. Apartó la camiseta y el sujetador hasta dejarlos arrugados en mi cintura.

Bajó la boca hasta el pecho que había estado torturando antes. Lo atrapó entre sus labios y succionó con fuerza. Su lengua giró en círculos rápidos y luego lo mordió con cuidado, a medio camino entre el placer y el dolor, con la intensidad perfecta. El placer descendió en un relámpago hasta mi entrepierna.

Arqueé la espalda. Mis manos se enredaron en su pelo, tirando sin darme cuenta. Él gruñó contra mi piel, el sonido vibrando en mi pecho.

La mano libre bajó por mi estómago otra vez. Se metió por dentro de la cintura del pantalón de chándal. Los dedos rozaron el borde de mis bragas y trazaron la línea de la tela, de un lado a otro, presionando lo justo para que sintiera su presencia contra mi monte de Venus.

—Estás empapada. —Su voz sonaba ronca—. Joder, pixie… estás chorreando solo con esto.

Me ardía la cara. Quise cerrar las piernas por instinto, pero él estaba entre ellas y no me dejó.

—No te escondas —dijo, levantando la cabeza para mirarme a los ojos—. Quiero ver cómo reacciona tu cuerpo a mí.

Volvió a besarme mientras sus dedos se colaban por debajo de las bragas. No directamente al clítoris. Primero rozó los labios exteriores, despacio, extendiendo la humedad que ya había allí. Luego separó los pliegues con dos dedos y encontró el punto hinchado.

Lo rozó una sola vez, con suavidad. Casi sin presión.

Me tensé entera. Un gemido ahogado se me escapó contra su boca.

—Así… —dijo—. Rómpete en mis brazos.

Empezó a mover los dedos en círculos lentos, observando mi reacción con sus exóticos ojos mientras ajustaba la presión para llevarme a la locura.

Mis caderas empezaron a moverse solas, buscando sus dedos, y ni siquiera me importó.

—Mírame.

Abrí los ojos. Los suyos estaban fijos en mí, cargados de una excitación que me caló hasta el alma.

—Vas a correrte pensando en mí —ordenó en voz baja. El tono dominante empujándome un poco más al borde—. Solo en mí. Tu primer orgasmo en compañía lleva mi nombre, pixie.

Aumentó la presión un poco. El pulgar en el clítoris, dos dedos deslizándose en mi interior, curvándose en el punto exacto.

El placer se acumulaba rápido. Sentí las piernas temblar, y mi bajo vientre se contrajo, en pulsaciones que se volvían más intensas cada vez.

—Voy a… —jadeé.

—Lo sé —respondió, sin dejar de mirarme—. Di mi nombre cuando llegues.

Y entonces apretó justo donde lo necesitaba.

El orgasmo me atravesó como un rayo. Me arqueé contra él, las uñas clavadas en sus hombros. Él se tragó mi voz con un beso. Las contracciones fueron tan fuertes que sentí lágrimas en los ojos.

Cuando empezó a bajar, él disminuyó el ritmo, moviendo los dedos despacio, prolongando las oleadas de placer, hasta que me tembló todo y me dejé caer contra su pecho, jadeando.

Fabio dejó que le abrazara y mantuvo mi peso el tiempo necesario para que recobrara mis fuerzas.

—Yo también puedo ser egoísta, pixie —dijo contra mi pelo—. Tu mensaje de enfado me gustó demasiado. Has despertado el lado oscuro que intento mantener a raya.

No respondí.

Solo me quedé ahí, temblando entre sus brazos, sabiendo que acabábamos de cruzar una línea de la que no había vuelta atrás.

Y lo peor, me estaba costando lamentarlo.

26

Lo estaba logrando. Todo mi sacrificio y entrenamiento, por fin estaba dando sus frutos. Llevaba diez minutos corriendo alrededor del campo de fútbol al ritmo de Jane. Tal vez, casi no pudiera hablar y mi respiración saliera en jadeos, pero allí estaba: hombro con hombro con la mejor jugadora del equipo.

—¿Estás bien? —Jane me dedicó una sonrisa sabionda. Nunca iba en ese grupo de corredores y todos lo sabíamos. Estaban pendientes del momento en el que me quedara atrás.

Asentí, echando aire para evitar que me empezara a dar flato.

—Lo estás haciendo muy bien —me animó ella. Que hablara con tanta soltura cuando yo a penas podía levantar la cabeza hacia ella, no hacía otra cosa que desmoralizarme.

—¿Cuán…to fal…ta? —logré decir.

Jane se miró el reloj.

—Cinco minutos.

—Mierda. —No iba a conseguirlo. Mis piernas empezaron a frenar, y Jane tuvo que girar el cuello para seguir mirándome. Estaba quedándome a la cola del grupo rápido, a punto de salir cuando alguien chocó contra mi espalda y me propulsó hacia delante.

—Nada de rendirse en el último momento —murmuró Fabio, medio cargando conmigo.

—Si me ayudas no… no cuenta.

—Cuenta para la moral acabar la última vuelta en el grupo rápido.

Asentí y ajusté el ritmo para que no tuviera que tirar tanto de mí.

—Esa es mi chica. —Nuestras zancadas se sincronizaron y encontré la motivación para ignorar el ardor en mis pulmones.

Cuando por fin terminamos, me incliné hacia delante y apoyé las manos en las rodillas, concentrándome solo en meter todo el oxígeno posible en mi cuerpo.

—Bien hecho, Erika —me felicitó el entrenador, con un apretón en el hombro.

—Bienvenida al grupo rápido. —Jules, el chico más alto del equipo masculino, me sonreía.

—Gracias —le dije a sus rodillas. No podía creer que mis piernecitas hubieran igualado la velocidad de esas dos pérgolas que tenía él—. Aunque no sé si podré mantenerlo.

Jules rio y me dio una palmada en la espalda.

—Siempre te queda Fabioloso, si necesitas un empujoncito —bromeó, alejándose hacia los vestuarios.

—Todos sabemos lo bien que empuja Fabio —La broma maliciosa llegó de parte de Coen.

—Te gusto… ¿eh? —Fabio le guiñó un ojo, y Coen le devolvió una mueca de desagrado, aunque probablemente lo que más le fastidiaba al matón era no haberle ofendido con su comentario.

Puede que mucha gente en Sydney Grammar supiera lo bien que empujaba Fabio, pero yo no era una de ellos.

Tres días. Habían pasado tres días desde lo de mi habitación, y en esos tres días Fabio y yo habíamos vuelto a lo de siempre, retrocedido… más o menos.

Le llevaba a casa después de entrenar y nos quedábamos hablando en su coche casi una hora. Con la música que nos gustaba baja y las luces del barrio encendiéndose poco a poco a nuestro alrededor. Los cristales empañándose cuando la temperatura bajaba.

Besos que empezaban siendo inocentes y acababan en manos que pasaban por donde no debían. Culminaban en risas nerviosas cuando alguien pasaba caminando demasiado cerca del coche, y teníamos que separarnos de golpe.

Pero nada trascendía porque siempre había una farola demasiado cerca, una ventana encendida en alguna casa, alguien paseando al perro.

Y Fabio no me había invitado a subir a su casa. Ni una sola vez en esos tres días de tortura.

Yo tampoco ayudaba. Me daba una vergüenza horrible sugerir ir a algún sitio más privado. Por algo era más fácil cuando los chicos conducían y decidían, cuando tomaban la iniciativa y nosotras solo teníamos que decir que sí. Pedirlo explícitamente me habría hecho sentir expuesta. Como que iba a ser demasiado evidente que estaba salida.

Y salida estaba un rato… desde lo de mi cuarto. Fabio había abierto la caja de pandora y ahora mi cuerpo quería cobrarme todos los retrasos de una vez.

Fabio me lanzó una botella de agua sin avisar y la atrapé por instinto. Bebí a grandes tragos, sintiendo cómo el agua fría me bajaba por la garganta.

Vi a Dan al otro lado del campo, hablando con dos chicos de su clase. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me saludó con la mano. Le devolví el gesto. No le había visto fuera de clase esos días; Charlie le había pegado algún virus raro y Dan había faltado dos días, y hoy se iba directo a casa para cuidarlo.

Desde la merienda, solo habíamos hablado por mensajes. Yo le preguntaba cómo estaba y él decía que bien, antes de darme una descripción detallada de sus síntomas, o más bien de los síntomas de un moribundo.

Me sentí culpable. Luego Fabio me pasó una toalla y la culpa se diluyó en algo más pecaminoso, al ver como se quitaba la camiseta sudada.

Después del entrenamiento dejé a Rebecca en su casa. Nos habló sin parar de una chica de su clase de arte, Mara, se llamaba, mientras yo asentía.

—¿Me estás escuchando? —Rebecca me lanzó una mirada acusadora.

—Sí.

—Mentira. ¿Qué acabo de decir?

—¿Que a Mara le gusta Klimt? —probé sin estar muy segura.

—Erika…

—Lo siento.

Aparqué frente a su casa.

—Me he distraído.

—Ya me he dado cuenta —Le echó una mirada a Fabio, al asiento de atrás que hablaba con alguien por teléfono en portugués.

—¿Ahora os vais a su casa?

—Ah… voy a dejarle allí, sí. —Quería preguntarle cómo hacer para que alguien te invitara a subir a su cuarto, pero no podía.

Rebecca sonrió de lado.

—Usad protección.

—Muy graciosa.

—Lo digo en serio… Usádla.

—No voy a usar nada… Por que no lo necesito, quiero decir.

—Ya, ya… —Se bajó del coche, cerró la puerta y se inclinó por la ventanilla.

—Divertiros y no hagáis nada que yo no haría con Mara.

—Eso es complicado, Mara no tiene pene —intervino Fabio, pasando al siento de delante por el hueco de en medio, en lugar de usar las puertas como la gente normal.

—Oh, cariño, no nos hace falta. —Se fue antes de que pudieramos responder.

En el barrio de Fabio aparqué donde siempre, en una plaza que ya consideraba mia, bajo el árbol que dejaba sombras extrañas sobre el capó.

Apagué el motor y me quedé unos segundos mirando el salpicadero, con las manos todavía en el volante, pensando cómo mierdas hacer que me pidiera subir sin tener que decirlo yo.

Fabio toqueteó la radio, cambiando de canción y diciendo algo sobre que The Darkness se merecía mucha más gloria de la que tenían. El cantante empezó a decir cosas que no me ayudaban demasiado, sobre toqueteos y sensaciones amorosas. ¿Es que había puesto esa canción a propósito?

Fabio estaba tocando una guitarra invisible al ritmo de la música, mientras yo me mordía el labio y observaba esos dedos, deseando que estuvieran tocando otra cosa.

Solté un bufido y miré por mi ventana.

—¿Qué? —bajó un poco el volumen— ¿No te gustan?

—Ajá, aunque prefiero I Hate Myself —murmuré.

Fabio se rio.

—Tú en tu línea… —Sonriendo, se inclinó hacia mí para besarme, como venía ocurriendo siempre.

Solo que esta vez yo giré la cara. Lo justo para que sus labios rozaran mi mejilla en lugar de mi boca.

Se quedó quieto.

—¿Qué pasa? —preguntó, divertido más que molesto. Había una chispa de curiosidad en sus ojos.

Me encogí de hombros, fingiendo una calma que no sentía. El corazón me latía demasiado rápido.

—Creo que necesito un descanso de besos. —Algo así me dijo él no hacía mucho.

Hubo un segundo de silencio. Luego Fabio soltó una carcajada baja e incrédula.

—Ah. —Se recostó en el asiento, diseccionándome con sus ojos de Sherlock Holmes—¿Un descanso de besos?

Asentí, notando que me ardían las mejillas. Me concentré en mirar por el parabrisas, hacia la calle.

—Sí.

—¿Steinbeck y tú os habéis vuelto oficiales ya? —Podía sentir su mirada sobre mí, estudiándome.

—¿Qué? —Volví a apartar la cara—. Está enfermo, casi no le he visto estos días.

—¿Entonces? —Él me observó unos segundos más, encajando las piezas. Luego sonrió de lado, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo— ¿Tan difícil es pedirlo?

—¿De qué hablas? —murmuré, cada vez más roja.

—Lo sabes perfectamente, pixie. —Abrió la puerta del coche, dejando entrar una ráfaga de aire frío—. Sube.

Me quedé mirándolo, haciéndome la tonta, mientras el corazón me daba un vuelco.

—¿Subir a dónde?

—A mi casa, Erika. A mi cuarto. A mi cama. A mi cara. —Se apoyó en el marco de la puerta, mirándome de una forma que podría pudrirle el alma hasta a una monja.

—Eres un idiota… —Negué con la cabeza. Traté de ocultar la sonrisa nerviosa que se me estaba formando.

—¿Por darte lo que estabas pidiendo?

—No estaba pidiendo nada —salté demasiado rápido—. Tal vez solo estoy cansada de tus besos.

—Ya —respondió sin inmutarse. Sacó mi llave del contacto y salió del coche, echando a andar hacia su casa.

—Eh, eh, ¿qué estás haciendo? ¡Devuélveme las llaves!

Él no se detuvo, ni siquiera miró a atrás. Tuve que salir del coche y correr para alcanzarle. Lo hice cuando ya estaba entrando en su portal.

—¡Fabio! —Le agarré del brazo—. Devuélvemelas.

Forcejeamos mientras a él le entraba la risa floja, pero ni así conseguí recuperarlas. El ding del ascensor me hizo mirar hacia atrás, ni siquiera le había visto apretar el botón.

Fabio aprovechó mi distracción y me empujó dentro. Las puertas se cerraron a su espalda con una finalidad inapelable. Él pulsó su planta y comenzamos el ascenso. Un segundo después estaba sobre mí, empujándome contra el espejo con sus caderas.

—¿Quieres que detenga el ascensor o puedes esperar hasta que lleguemos a mi cuarto? —Sus ojos brillaban con malicia o excitación, no estaba segura, pero mi cuerpo ya estaba reaccionando.

—Capullo.

—¿Aquí, entonces? —Llevó el dedo hacia los mandos.

—No, estate quieto. —Le agarré la muñeca para impedírselo.

—Vamos a mi cuarto, pues.

—¿A hacer el qué? —lo desafié, como si no llevara tres días queriendo justamente eso.

—Lo que hemos hablado, sentarte en mi cara —dijo con la impasividad de alguien hablando del tiempo.

—Joder, no digas eso, suena fatal.

Su mano subió por mi cuello, el dedo índice y el pulgar empujaron mi mandíbula para levantar mi rostro hacia el suyo.

—No, suena genial. Quiero ahogarme en tu coño, Erika.

—Por dios…

—¿Estás mojada ya? —Las puertas del ascensor se abrieron y Fabio tiró de mi muñeca—. Vamos a comprobarlo.

Lo seguí con el corazón acelerado, pensando en que copiarle sus propias estrategias era peligrosamente efectivo.

—¿Tus compañeras están? —pregunté, mientras él introducía la llave en la cerradura. Mi pregunta era tan obvia.

—Quizá —respondió sin girarse—. Tranquila, nadie nos va a joder los planes.

—Ah.

Cerró la puerta detrás de nosotros.

—Ya sabes dónde está mi cuarto. —Lo seguí por el pasillo corto. Cruzamos el salón que por suerte estaba vacío y pasamos por delante de un baño pequeño, y finalmente llegamos a su puerta.

Fabio la abrió. Su cuarto estaba tan ordenado como la última vez.

Me giré hacia él. Estábamos a medio metro de distancia. De repente, el cuarto parecía diminuto.

—Entonces.

Fabio cerró la puerta detrás de él con un clic suave y echó la llave.

—¿Sigues necesitando ese descanso de besos?

Tragué saliva.

—Creo que puedo hacer una excepción.

—Qué generosa. —Caminó hacia mí hasta que no quedó espacio entre nosotros.

Me besó, despacio de primeras y luego más profundo. Sus manos en mi cintura, las mías en su nuca, tirando de él.

No había faros, ni ventanas encendidas. Tampoco había nadie paseando al perro. Estábamos solos con todo el tiempo del mundo.

Fabio me besó como si quisiera borrar los tres días de espera de una sola vez. Su lengua se enredó con la mía, en un ritmo perfecto, recordándome exactamente por qué había estado contando los minutos desde la última vez. Sus manos bajaron por mi espalda hasta la cintura de mis pantalones de deporte, metiéndose por debajo de la tela para agarrarme el culo con fuerza y apretarme contra él. Sentí su erección dura contra mi vientre y un calor líquido se extendió entre mis piernas al instante.

Me empujó hacia atrás sin romper el beso, hasta que la parte de atrás de mis rodillas chocó con el borde de la cama. Caí sentada y él se arrodilló entre mis piernas sin dejar de besarme.

—Quítatelos —murmuró contra mi boca—. Las bragas también.

Me ayudó a quitarme la ropa, mi camiseta enredándose en mi pelo por un momento. Me quedé en sujetador deportivo y bragas. Él me miró como si estuviera viendo algo sagrado y profano al mismo tiempo.

Las manos que tenía alrededor de mis caderas, descendieron con lentitud hasta mis rodillas, y entonces las separó con algo de brusquedad. Las yemas de sus dedos clavándose en mis muslos.

Una de ellas ascendió hasta que el pulgar rozó mi centro.

—Joder, pixie… —Levantó la vista hacia mí, los ojos oscuros—. Tienes las bragas empapadas.

La cara de Fabio cayó hacia delante y comenzó a besarme la rodilla. Sus manos subieron por mis costados, bajando el sujetador hasta dejar mis pechos al aire. Los pezones ya estaban duros, sensibles por el roce de la tela. Los atrapó con los pulgares y tiró suavemente. Solté un gemido que hizo que sus ojos subieran a mi rostro y relampaguearan.

—Ahora las bragas —dijo, y no esperó.

Me ayudó a bajarlas y sacarlas por mis pies. Quedé practicamente desnuda con las piernas abiertas porque él seguía entre ellas. El aire fresco me golpeó la piel húmeda y me estremecí.

Fabio se quedó mirándome ahí abajo un segundo largo. Sus ojos oscuros, fijos en mi sexo expuesto.

—Fabio. —Tragué saliva—. Me da vergüenza…

—No la tengas. —Subió las manos por mis muslos—. Me gusta como sabe tu boca, pixie, y me muero por probar todo lo demás.

Me empujó despacio hasta que quedé tumbada en la cama, con las piernas colgando por el borde. Él se colocó de rodillas en el suelo, entre mis muslos. Sus manos me abrieron más, los pulgares separando mis pliegues con cuidado, exponiéndome por completo. Un instante después, su boca estaba sobre mí. No hubo preliminares suaves. Fue directo. Su lengua lamió desde la entrada hasta el clítoris en una pasada lenta y firme. El contacto me hizo arquear la espalda y agarrar las sábanas con fuerza.

—Fabio… —jadeé.

Volvió a lamer, esta vez más despacio, trazando círculos alrededor del clítoris sin tocarlo directamente. Cada roce me hacía temblar. Luego lo atrapó con los labios y succionó suavemente. Un gemido me salió del pecho sin filtros.

Sus manos subieron por mis muslos, manteniéndolos abiertos mientras su lengua jugaba. Primero círculos lentos, después movimientos rápidos de lado a lado. Luego succiones cortas y fuertes que me hacían apretar los talones contra su espalda.

Estaba perdida. El placer era tan intenso que casi me dolía. Cada lamida era una descarga eléctrica que subía por mi columna y explotaba en mi cabeza.

Fabio introdujo un dedo despacio, curvándolo hacia arriba, buscando ese punto dentro que había encontrado la otra vez. Cuando lo rozó, vi estrellas.

—Ahí, sí… —gemí—. Me gusta cuando haces eso.

Él no necesitaba indicaciones, pero quise decírselo. Aumentó el ritmo de la lengua mientras el dedo entraba y salía, presionando justo donde más me gustaba. Luego añadió un segundo dedo, estirándome un poco más, moviéndose en sincronía perfecta con su boca.

Mi respiración se volvió jadeos cortos, irregulares. Las caderas se me movían solas, buscando su cara.

—Fabio… voy a… —No pude terminar la frase.

Él no paró. Al contrario, succionó el clítoris con más fuerza, los dedos curvándose más rápido, rozando ese punto una y otra vez.

El orgasmo me golpeó como un tsunami. Empecé a temblar entera, los músculos contrayéndose alrededor de sus dedos, el clítoris palpitando contra su lengua. Grité su nombre sin darme cuenta, la espalda arqueada, las manos enredadas en su pelo, tirando con fuerza mientras las contracciones me atravesaban una tras otra.

No paró hasta que me calmé y relajé del todo.

Cuando por fin levantó la cabeza, tenía los labios brillantes, la barbilla mojada. Me miró con una sonrisa satisfecha y peligrosa.

—Esa es mi chica. —Subió por mi cuerpo y me besó sin decir nada.

Descubrí mi propio sabor en su lengua.

Fabio tiró de su colcha para taparnos y me abrazó fuerte, dejando que mi respiración se calmara contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Asentí, todavía sin palabras.

—Porque esto —dijo, rozando mi oreja con los labios— solo ha sido el principio.

Aunque mi cuerpo estaba agotado, aunque acababa de tener el orgasmo más intenso de mi vida, una parte de mí, la parte que Fabio había despertado, ya estaba deseando saber qué venía después.

27

Recolocarme la ropa con Fabio a mi espalda, me pareció más incómodo que tener su cabeza entre mis piernas. Probablemente porque la neblina mental que me provocaba su tacto, había desaparecido.

Le escuché respirar y casi podía notar su atención sobre mí, mientras me vestía con torpeza. Él estaba sentado sobre su cama con la espalda apoyada en la pared. No tenía que vestirse porque no se había quitado nada, lo que me dejaba solo a mí en una posición vulnerable.

Por si el silencio no fuera lo suficientemente asfixiante, mi estómago decidió soltar un gruñido de oso en ese instante.

—¿Te he dejado hambrienta, pixie?

—Cállate.

—Tienes razón, la pregunta sobra. Tu estómago ha sido bastante elocuente.

Me giré para mirarlo, por fin vestida. Tenía ese brillo en los ojos que significaba que no iba a dejarme olvidar esto nunca.

—No he comido desde el entrenamiento.

—Yo tampoco.

Se sentó en la cama, pasándose una mano por el pelo alborotado.

—Podemos pedir algo o… Lena y Sasha están haciendo pasta baja en carbohidratos y alta en proteína. Ya sabes… mierda para

deportistas.

Se me calentaron las mejillas de pensar en salir ahí fuera y que leyeran en mi rostro algo de lo que acabábamos de hacer.

—¿Crees que han escuchado algo?

—Pixie, te han escuchado hasta en Hogwarts.

Le eché una mirada horrorizada y él soltó una risa baja. La realidad del mundo exterior empezaba a filtrarse de nuevo en la burbuja que habíamos creado.

—Tranquila, están acostumbradas. —Se levantó y empezó a recolocarme el pelo. Me tuve que contener para no apartarle de un manotazo. Ese "están acostumbradas" me había mosqueado.

—Pero no de mí, se supone que yo soy diferente. Se supone que yo no vengo a tu casa a por lo mismo que las otras…

—¿Por qué no? ¿Quién no quiere orgasmos alucinantes?

Cerré los ojos y solté un suspiro. Horror, me había convertido en una de sus chicas.

Fabio chasqueó la lengua observando mi rostro.

—Las otras me la chupan a mí —dijo, leyendo mi mente—. Tu solo has recibido, ¿de qué te quejas? ¿Por qué esa expresión de humillación? Soy yo al que le duelen las… rodillas.

Tuve la impresión de que iba a decir otra cosa que no eran rodillas.

—No me acerqué a ti para esto… —murmuré, hablando más para mí misma.

Fabio arqueó una ceja.

—Vale, estás muy preocupada con distinguirte de las demás chicas que han estado en mi cama… —consideró—. ¿Qué tal si te digo que nunca había salido de este cuarto acompañado, sin haberme corrido?

—Guau, me siento mucho mejor —espeté, mi tono cargado de sarcasmo.

Fabio sonrió y dio un paso hacia mí, su boca aproximándose a mi oreja.

—Vale… ¿Qué tal si te digo que nunca había estado a punto de correrme por comerme a nadie? ¿Qué he tenido que pensar en mi perro que murió cuando tenía ocho años para no quedar como un

imbécil? —Tras soltar eso, me sorteó, caminó hacia la puerta y salió al pasillo, sin comprobar si le seguía.

El olor en la cocina hizo que mi estómago volviera a manifestarse: ajo, tomate y albahaca fresca.

Lena estaba junto a los fogones, removiendo una olla enorme de salsa. Su pelo estaba recogido en un moño despeinado y llevaba un delantal verde que decía *Kiss the cook* en letras rojas.

Sasha estaba sentada en la encimera, con las piernas colgando, comiendo aceitunas directamente del bote. Morena, con el pelo corto y una sonrisa pícara que apareció en cuanto nos vio entrar.

Me había escuchado alto y claro.

—Hola. —Me iba a dar un síncope de la vergüenza.

Lena se giró, con el cucharón todavía en la mano.

—Oh, hola, Erika.

Intenté no parecer tan incómoda como me sentía.

Lena me señaló con el cucharón.

—¿Te quedas a cenar?

—Si no es un inconveniente… huele genial.

—Hay de sobra para los cinco, o… ¿y tu hermana, Fabio?

—Viene después de cenar —informó él, ojeando la olla de la salsa.

Lena le dio un manotazo cuando él hizo el amago de meter el dedo.

—Gracias por la invitación. —Me senté en la banqueta al lado de Sasha, al ver que la mesa ya estaba puesta— ¿Puedo ayudar con algo?

—No, la verdad es que te lo debemos —intervino Sasha, evaluándome con el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Tu eres la que ha desterrado a las demás, ¿no?

Fabio abrió la nevera con cierta brusquedad, sacando una cerveza.

—No entiendo…

—Antes de ti, nuestro apartamento parecía el metro. Nunca sabíamos con quién nos íbamos a encontrar, pero ahora ya no viene

nadie por aquí a parte de ti. Así que gracias. No se qué hechizo has utilizado para desterrar a las demás, pero gracias. —Después de soltar esa bomba, Sasha se metió otra aceituna en la boca.

Le lancé una mirada a Fabio. Estaba mirando la olla.

—Echa más sal —le sugirió a Lena.

—Ni siquiera lo has probado —protestó ella.

—No hace falta, siempre lo haces todo soso.

Ella probó la salsa, y añadió un poco más de sal a regañadientes.

Nos sentamos a cenar y Fabio seguía evitando mis ojos.

Sasha había preparado una ensalada que era más queso feta que lechuga. Y después Lena sirvió su pasta *alla puttanesca*.

—Comida de puta —explicó ella alegremente.

Eché un vistazo a mi plato con una expresión contrariada.

—¿Por qué lo llamaran así? —Sasha se llevó el tenedor a la boca riendo.

—Era el plato que preparaban en los burdeles —nos contó Lena.

—Falso —interrumpió Fabio, echándose un cucharón más—. En realidad, viene de un chef que preparó un plato con las sobras que tenía y lo llamaron «una *puttanata* cualquiera».

Lena pareció decepcionada pero no se lo discutió, como si Fabio fuera la verdad absoluta.

—Me gustaba más tu versión —traté de consolar a Lena.

La conversación fluyó con facilidad. Hablaron de los vecinos ruidosos del piso de arriba y me mostraron el agujero que Sasha había hecho con el palo de una escoba al golpear el techo en un arranque de ira. Lena mencionó una película que quería ver, pero Fabio sugirió que echáramos una partida de Catán.

Me sentí bastante más cómoda de lo que esperaba.

Lena se levantó y fue hacia una estantería llena de juegos de mesa.

—No he jugado en semanas —comentó Sasha, mientras pelaba una manzana.

—Porque siempre haces trampa —la acusó Fabio.

—Por favor… tienes envidia de mi estrategia.

Fabio se inclinó sobre mí, y noté su fragancia aún más fuerte de lo que ya estaba impregnada sobre mi piel.

—A esa vigílala.

—¿Por qué me hablas como si fuera tu aliada? —espeté, apartándome de él—. Voy a ir a por ti.

Me dedicó una expresión de traición fingida que me hizo soltar una risita.

Montamos el tablero en la mesa después de recoger los platos. La cerveza seguía fluyendo y alguien puso música de fondo, algo indie que no reconocí pero que me gustó.

—Voy a bloquear todas tus rutas comerciales. —Sasha era de las que planeaban su estrategia en voz alta.

—Puedes intentarlo. —Fabio fue el primero en colocar un asentamiento, lo que hizo que automáticamente nos aliáramos en su contra.

—Lena, ¿me das madera a cambio de arcilla? —Ojeé la colección de cartas que casi no le cabían en la mesa.

—No, gracias.

—Pero…

—Déjalo, pixie. Lena acumula recursos como si se estuviera preparando para el apocalipsis.

Sasha soltó una risotada.

—Es básicamente un dragón.

—Dragona —corrigió ella.

—Por eso le gustas a mi primo, él es un asno. —Se hizo un silencio cortante durante el cual Lena hizo caso omiso del comentario, aunque sus hombros estaban visiblemente tensos. Sasha acribilló a Fabio con la mirada. Había algo ahí que claramente me estaba perdiendo. Por el momento, opté por pensar que era lo del asno de Shrek.

Después de un momento en silencio, Fabio me sorprendió pasándome una carta por debajo de la mesa. Era madera.

Le eché un vistazo, pero él se hizo el tonto. Y cuando intenté devolvérsela, Lena captó mi movimiento.

—Eh, eso es trampa.

—Ohhh, está intentando ayudar a su chico —canturreó Sasha.

—¿Qué? No. —Me puse como un tomate—. Se la estoy devolviendo, él ha intentado pasármela a mí.

Fabio se cubrió la cara, mientras sus compañeras de piso se quedaban petrificadas y con la boca abierta. Casi parecía que había dicho que llevaba una bomba encima.

—¿Acabas de darle una carta? —El tono de asombro de Sasha me hizo fruncir el ceño.

—Se me ha caído —murmuró él, encogiéndose de hombros.

Sus compañeras de piso intercambiaron una mirada y sonrieron fascinadas. No entendí por qué aquello era tan sorprendente.

Al final, ganó Lena por una acumulación de cartas de desarrollo que nadie vio venir. Yo quedé última, pero me lo había pasado tan bien que no me importó.

—Buena partida, Lena. —Sasha empezó a recoger las fichas. —Has ganado incluso a pesar de las trampas del amor.

—¿Las trampas del amor? —pregunté, mirando de uno a otro.

Ellas se rieron y Fabio puso cara de querer estar en cualquier otro sitio menos allí. Mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de mi madre en la pantalla.

—Mierda, ¿qué hora es?

—Las nueve y diez.

—Joder —me lamenté antes de descolgar. Debería haber avisado, pero no me había dado cuenta de la hora—. Mamá, perdona, me he entretenido. Sí, ya voy para casa.

Me puse de pie y palpé las llaves del coche en el bolsillo de mi sudadera.

—¿Nos vemos el próximo miércoles? —me preguntó Sasha.

—¿El miércoles? ¿Para qué?

Lena sonrió.

—Es el día de los juegos de mesa. Estás permanentemente invitada. —Le echó una mirada a Fabio después de decirlo.

Lena guardó el juego mientras Sasha lavaba los vasos en el fregadero, tarareando la canción que todavía sonaba de fondo. Yo ofrecí ayuda, pero me dijeron que me largara de allí antes de que mi madre llamara a la policía.

Fabio me acompañó a la puerta. Una vez fuera, giré sobre mis talones acosada por las dudas sobre varias cosas que habían dicho las chicas.

—Tengo preguntas —le dije, colgándome la mochila del hombro.

—Y yo sueño —respondió él, cerrándome la puerta en la cara.

—Capullo —gruñí en el rellano antes de marcharme. Pero yo era su chófer. No iba a escapar de mis preguntas tan fácilmente.

28

En lugar de concentrarme en los pilares de la teoría marxista de mis apuntes, mi atención estaba puesta en el polvo que flotaba en el aire. Visible solo en los rayos de luz que se colaban por los ventanales altos de la biblioteca y dibujaba rectángulos dorados sobre las mesas de madera gastada.

Dan y yo estábamos sentados de frente, con los libros abiertos y los apuntes extendidos entre medias. Había una montaña de post-its de colores marcando páginas en su libro de Economía.

Yo llevaba diez minutos leyendo la misma frase, pero nada, las palabras se deslizaban por mi cerebro sin dejar huella.

Dan levantó la vista de repente y señaló su estómago, abriendo mucho los ojos.

—¿Tienes hambre? —susurré, conteniendo una sonrisa.

Él se llevó el dedo índice a los labios en un gesto de silencio exagerado, solo para hacerme reír. Una chica a dos mesas de nosotros nos lanzó una mirada asesina.

No recogimos nada, ya que planeábamos volver. Yo cerré el libro sin marcar la página, él apiló sus apuntes de forma meticulosa. Me chocaba lo diferente que éramos en eso.

Fuera, el silencio era más relajado y no temí respirar fuerte. La máquina expendedora estaba al final del pasillo. Como era de esperar, no tenía ninguna opción saludable, por eso siempre me traía

los snacks de casa. Dan metió unas monedas que sacó del bolsillo de sus vaqueros y la máquina escupió una chocolatina Twix.

—¿Quieres?

Me la ofreció, partiéndola por la mitad con un chasquido limpio.

Negué con la cabeza.

—No tengo hambre.

Dan ladeó la cabeza mientras masticaba, y una chispa traviesa brilló en sus ojos.

—Tal vez la quieres probar de mis labios.

No me dio tiempo a responder. Me acercó a una de las columnas de piedra del pasillo, la espalda contra la pared fría, y me besó. La chocolatina probablemente derritiéndose entre sus dedos. O eso imaginé.

Sus labios sabían a chocolate y a ese caramelo que no me entusiasmaba. Cuando se separó, me sonrió ajeno a mis pensamientos.

—¿Mejor así?

Forcé una sonrisa pequeña y asentí, mientras él daba otro mordisco.

Definitivamente, no me gustaban los besos con comida de por medio.

Un móvil empezó a vibrar en alguna parte de nosotros. Dan lo identificó como el suyo y se lo sacó del bolsillo. Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Es mi tío —murmuró, con una nota de duda en la voz—. Dame un segundo.

Se apartó unos metros por el pasillo, dándome la espalda, y hablando en voz baja. Le oí preguntar «¿Charlie está bien?» con tono preocupado.

Yo saqué mi móvil más rápido que Billy the Kid, desenfundando su revólver en un duelo a vida o muerte. El nombre de Fabio llevaba rato brillando en la pantalla, a la espera. Un mensaje de hacía veinte minutos que no había querido leer delante de Dan.

Desbloqueé la pantalla.

¿Sola?

Seguía sin responderme. Ni sobre la carta de madera ni sobre lo de la falta de chicas en su piso.

Miré hacia Dan, que continuaba de espaldas, hablando con su tío, y tecleé rápido.

Con Dan.

Me sentí rara, parecía que estaba haciendo algo ilegal.

Pasaron unos minutos sin respuesta. Dan seguía hablando, pero ahora su voz sonaba más relajada. Escuché algo sobre que Charlie solo había perdido su mochila en el colegio.

Justo cuando estaba a punto de bloquear la pantalla, vibró con la respuesta de Fabio.

Cuidado, la muerte por aburrimiento ataca a personas de cualquier edad.

Guardé el móvil cuando vi a Dan volver por el pasillo, metiéndose el suyo en el bolsillo. Se detuvo un segundo antes de llegar a mí, observando mis gestos.

—¿Todo bien?

—Sí. —La contundencia de mi respuesta resultó aún más sospechosa.

Sus ojos bajaron a mi mano, donde todavía tenía el móvil a medio guardar en el bolsillo de mi sudadera. No insistió, pero podía notar su pregunta flotando en el aire.

—¿Charlie está bien?

—Sí, mi tío le ha llevado a la práctica de fútbol y no encontraban la mochila, pero ya está todo solucionado.

—Me alegro.

Volvimos a la mesa, y me pasé el resto de la tarde luchando por concentrarme y fallando miserablemente. Esa vez no fue el polvo en el aire, si no la sensación de que el móvil en mi bolsillo se había vuelto reactivo.

El limpiador que usaban en casa de Fabio no olía particularmente bien. Miré la botella preguntándome qué fragancia era esa, pero lo único que ponía era oxigeno activo.

—¿Estás seguro de que tengo que limpiar con esto?

Fabio estaba tirado en el sofá, con el móvil en la cara y una pierna colgando por el reposabrazos.

—Eres un vago —me quejé, empujando el cubo con el pie para acercarlo más. El agua chapoteó—. Podrías ayudarme.

—Ese no era el trato —respondió sin levantar la vista de la pantalla. Estaba jugando a algo, podía oír los pitidos.

—Ya, pues eso te convierte oficialmente en un prostituto.

Sonrió sin mirarme, los ojos todavía fijos en el móvil.

—Mientras que pueda saltarme mi turno de limpieza…

—Encima te vendes barato, patético.

—¿Insinúas que debería subirte el precio?

Me puse los cascos que me había dejado aquí la semana pasada y que Fabio había guardado en un cajón de la cocina, y seguí fregando, ignorándolo deliberadamente.

Puse mi playlist de limpieza y moví los labios, cantando en silencio. Había algo meditativo en el movimiento repetitivo de la fregona y en ver cómo el suelo pasaba de opaco a brillante. Lo único que me faltaba era la fragancia agradable de un friegasuelos decente, pero al parecer Sasha se ponía muy intensa sobre lo cancerígenos que eran los perfumes.

No me di cuenta de que Fabio se había levantado hasta que noté que alguien me quitaba un casco con cuidado.

Se lo llevó a su oreja, escuchando. Su expresión pasó de curiosidad a diversión absoluta.

—¿En serio? —dijo, conteniendo la risa— ¿Estás escuchando a Katy Perry?

Sentí cómo me subía el calor a las mejillas.

—¿Cómo lo sabías? —Llevaba cascos, nunca hubiera escuchado Dark Horse en alto. Era el crimen perfecto.

—Te he leído los labios…

—Eres un raro.

—Tú eres la que está escuchando a Katy Perry.

—Me gusta esa canción, ¿vale? Y Roar también —respondí a la defensiva, quitándome el otro casco—. Demándame.

Fabio entornó los ojos cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Sabes… tal vez lo haga.

Un bufido salió de mi boca.

—Seguro que hay alguna canción de mierda que te gusta y la escuchas a escondidas.

Fabio se dejó caer contra el respaldo del sofá, cruzándose de brazos con esa sonrisa insufrible.

—Tal vez, pero no soy tan idiota de confesarlo en alto como acabas de hacer tú.

Levanté la fregona y le apunté con la parte mojada. Una gota le cayó en el brazo y se la limpió con cara de asco.

—Confiesa.

Fabio saltó del sofá por encima del respaldo, pero le seguí con la fregona en alto en plan guerrera aborigen con una lanza. Cometió el error de meterse en la zona de cocina y le acorralé en una esquina. Los flecos mojados y con un desteñido sospechoso de la fregona se acercaron a su cara peligrosamente.

—Suéltalo —insistí—. Tiene que ser algo muy vergonzoso para que te resistas tanto.

—¡Vale! —claudicó, al fin.

—Habla.

—No puedo. No la conoces, tengo que enseñártela.

Fue hacia la televisión y buscó algo en Youtube.

—¿Mariana Mambo? —leí—. ¿Quién es Chayanne?

Sonaron los primeros acordes y fruncí el ceño, segura de que me estaba mintiendo.

Fabio me tomó la mano y comenzó a bailar conmigo mientras cantaba en español al unísono. Era verdad que le gustaba, se la sabía de pe a pa y la letra iba rápido.

Me reí, dejando que me sacudiera de un lugar a otro, porque no era un baile de verdad.

—Trastornado... Que tú me tienes encantado. Fascinado. Que tú me tienes dislocado —cantó, mientras me hacía girar en mitad del

salón, la fregona atrapada entre nosotros. Yo me reía tanto que apenas podía mantener el equilibrio.

Resbalamos un poco sobre el suelo todavía húmedo. Fabio me agarró de la cintura para ayudarme, pero acabamos cayendo sobre el sofá.

Nuestras miradas se enredaron, los dos notando el cambio en el aire al mismo tiempo y que nuestras caderas estaban en contacto. Se nos borró la sonrisa y reconocí la tensión que precedía al beso. Mi estómago reaccionó con cosquillas violentas.

Pero Fabio soltó mi cintura y se levantó, dejándome sola en el sofá y más decepcionada con la vida que los fans de Kurt Cobain.

—Me voy a dar una ducha. Cierra de un tirón al salir —dijo, yendo hacia el baño.

—Guau, qué forma de echarme. —Me quedé mirándolo, confundida—. ¿Estás enfadado por algo?

—¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé…

—Todo bien. —Sacudió la cabeza sin mirarme—. Hasta mañana, pixie.

No era tarde. Eran solo las siete y media, pero no discutí.

Cogí la mochila preguntándome si tenía una cita y por eso había evitado besarme. O si había algo más, que prefería no pensar. Me decanté por lo primero.

Bajé las escaleras con la sensación de que algo se me había quedado atascado en los pulmones.

Cuando llegué al coche, saqué el móvil, pero no tenía ningún mensaje de Fabio, pidiéndome que volviera o dándome alguna explicación. Lo que sí tenía era uno de Dan, contándome que acababa de salir del supermercado y que ahora siempre que iba me buscaba en cada pasillo.

Bloqueé la pantalla sin responderle. Arranqué el motor y conduje a casa con la radio apagada, pensando en cómo dos escenas aparentemente normales, estudiar con Dan, limpiar con Fabio, podían dejarme sintiendo que estaba haciendo algo malo.

29

El campo de fútbol del instituto estaba más lleno de lo normal. Alguien había corrido la voz de que era un partido importante y, por supuesto, el séquito de Rob estaba allí. No se perderían un partido suyo ni por el entierro de un familiar.

El ruido era ensordecedor incluso antes de que empezara: gritos, risas, el sonido seco del balón mientras calentaban.

Era sábado: Mi cumpleaños.

Rebecca y Jane ya me habían guardado sitio en la fila más alta de la grada central. Cuando llegué, Rebecca me pasó un vaso de refresco que ponía «la chica del cumpleaños» a boli, y Jane me abrazó con energía, casi tirándome.

—Feliz cumpleaños —canturreó.

Traté de sonreír e ignorar el hecho de que mis padres estaban sentados tres filas más abajo, más emocionados que en una final del mundial.

Mi madre llevaba la chaqueta beige que Rob le había regalado en su cumple, siempre cuidando que todos los detalles hablaran de amor maternal, y una bufanda del equipo. Mi padre, una gorra con el escudo. Los dos estaban inclinados hacia delante muy atentos y sonrientes.

Ella agitó la mano al verme y mi padre siguió la dirección de su mirada hasta localizarme. Me guiñó el ojo. No se molestaron en subir, aun cuando se habían marchado antes de que me levantara y aún no me habían felicitado.

—Están tan emocionados… —Le susurré a Jane, señalándolos con la barbilla.

—Porque tu hermano está corriendo detrás de una pelota, estoy segura de que durante muchos años no creyeron que fuera capaz ni de eso —respondió ella, dándole un sorbo a su refresco.

—¿Qué quieres decir?

Ella me echó una mirada de soslayo.

—No te ofendas, pero tu hermano apuntaba maneras desde que éramos pequeños. Por eso tus padres hacen una montaña de

cualquier cosa que consigue.

Fruncí el ceño.

—¿Qué…? No creo que eso sea así.

Jane se encogió de hombros.

—Así es como lo veo yo. Desde fuera, claro.

Zack apareció entonces, dejándose caer en el asiento al lado de su hermana con una bolsa de patatas.

—Feliz cumple, Summers.

—Gracias. —Menos mal que tenía a mis amigos.

Rob salió al campo entre aplausos, con la sonrisa engreída de siempre. Saludó a la grada, levantando una mano y mis padres se pusieron de pie para aplaudir.

Busqué a Fabio casi sin querer y lo encontré al otro extremo del campo, estirando los brazos por encima de la cabeza, con la camiseta ya algo sudada del calentamiento. Quería que mirara hacia mí, que me dedicara algún gesto que me hiciera sentir especial, aunque fuera solo por mi cumpleaños, pero no lo hizo.

El que sí miró hacia nosotras fue Rob. Su atención duró lo suficiente para que sospechara de que yo no era la receptora.

—¿A qué viene eso? —Le di un codazo a Jane.

Ella tardó un segundo en responder.

—Rob me ha estado escribiendo… —admitió, jugando con las mangas de su sudadera—. Por lo de los carteles del otro día. Quería saber qué significaba.

—¿Y? —me puse nerviosa—. ¿Qué le has dicho?

—Umm, le dije que era algo tuyo con Fabio… pero, no es tan tonto como quiere aparentar. Me preguntó si es por lo de la ligadura de trompas y el embarazo no deseado.

Lo que más me chocaba de todo eso era que Rob se interesara lo suficiente como para investigar. Entre eso y lo que acababa de decir Jane de mis padres, de pronto, tenía la sensación de que las cosas tal vez no fueran exactamente como yo creía.

—¿Solo habláis de mí? —pregunté, observándola.

Jane se encogió de hombros, de forma evasiva.

—¿De qué más íbamos a hablar?

—¿De qué pensó cuando te vio desnuda? —intervino Rebecca con una ceja alzada.

Jane puso una mueca de dolor.

—No, definitivamente no hablamos de eso…

El pitido que marcaba el inicio del partido dio por zanjada la conversación. Rob empezó fuerte, como siempre, moviendo el balón con una elegancia que me provocaba un pinchanzo de envidia. En el minuto doce robó un balón, regateó a dos defensas y pasó a Fabio, que remató al poste.

Mis padres se pusieron de pie, aplaudiendo.

—¡Bien, Rob! ¡Buen pase! —gritó mi madre, aunque el que había rematado era Fabio. Mi padre sí que estaba saludando al chico con una sonrisita orgullosa, como si fuera su hijo.

Y entonces Fabio hizo algo que me dejó paralizada. Se levantó la camiseta y en su pecho, escrito con rotulador negro en letras grandes y claras, se leía:

Feliz cumpleaños, Pixie.

Se me paró el corazón.

Mi padre silbó con los dedos y cuando me buscaron con la mirada, los curiosos también me localizaron. Sentí que me ardía la cara con todo el calor del universo concentrado en mis mejillas.

—Joder, qué bonito. —Jane se giró hacia mí—. Ojalá un dios griego hiciera eso en mi cumpleaños.

—Espero que la ironía no se les escape a los que te añadieron a la lista de infollables —susurró Rebecca—. Tu apodo escrito en el glorioso pecho de Fabioloso…

Fabio me buscó entre la multitud y me guiñó un ojo. Por suerte, a esa distancia y con el jaleo del partido no sospecharía de lo rápido que me latía el corazón.

El árbitro le amonestó con un gesto para que se bajara la camiseta, pero Fabio no dejó de sonreír. Rob le dio una palmada en la espalda, riéndose.

Fabio también jugaba bien. Era imposible no fijarse en él, su forma de moverse, regatear, chutar… se parecía mucho a la forma en

la que se conducía en la vida.

En un momento dado, a mitad del primer tiempo, un balón salió despedido hacia la banda. Fabio fue el primero en llegar, corriendo a toda velocidad. Pero del otro lado de la valla estaba Dan, de pie, hablando con unos compañeros de clase. El balón rodó hasta detenerse cerca de sus pies.

Fabio esperó, con las manos en las caderas, respirando fuerte. Dan lo vio. Miró el balón y miró a Fabio. Y en lugar de devolvérselo directamente, lo pasó con el pie hacia otro jugador más atrás, evitando completamente a Fabio.

Contuve el aliento. Fabio ladeó la cabeza y arqueó una ceja hacia Dan. Sus labios se movieron, no oí qué dijo, pero por la expresión no fue un agradecimiento.

Dan se giró de vuelta hacia sus amigos como si nada.

—Por un momento he pensado que iba a molerse a golpes —murmuró Rebecca.

—Yo también —respondió Jane. Ya no parecía decepcionada por lo de Fabio, más bien, resignada.

Zack se inclinó hacia delante, interesado.

—¿Te los estás haciendo a los dos, Erika?

—Ah… no. —Nadie se creyó mi débil respuesta.

En el minuto veintiocho, Fabio marcó después de que Rob le pasara un balón largo desde el centro del campo. Fabio controló con el pecho, regateó al defensa central y disparó al ángulo superior izquierdo. Un balazo imposible de parar.

La grada estalló en vítores y aplausos. Yo me levanté sin pensar, gritando como una idiota. El vaso de refresco en mi mano se derramó un poco en las cabezas de los que estaban sentados en la fila de abajo.

Ganaron 3-1, con otro gol de Rob que todos celebramos como si fuera la Copa del Mundo, y la gente empezó a bajar al campo.

Mis padres fueron directos a Rob, abrazándolo y felicitándolo. Mi madre le sacó fotos con mi padre, que relucía a distancia.

Nosotros también bajamos. Después de felicitar a Rob y de que mis padres por fin dijeran «feliz cumpleaños dormilona», me

metí las manos en los bolsillos y me hice a un lado, dudando de si aproximarme a felicitar a Fabio. Estaba rodeado de sus compañeros y el entrenador.

Dan se me acercó por el otro lado.

—Feliz cumpleaños —dijo, con una sonrisa que no llegaba a los ojos. ¿Estaba enfadado por la forma en la que Fabio me había felicitado?

—Gracias.

Hubo un silencio incómodo.

—Creo… —Hizo un gesto vago hacia el campo, donde Fabio estaba hablando con el periódico de la escuela—. Creo que tengo que preguntártelo otra vez.

Sabía exactamente a qué se refería.

—¿Estás saliendo con Fabio?

—No —respondí con sinceridad. —Somos buenos amigos.

Asintió, pero no parecía convencido. Sus manos se cerraron en puños sobre sus rodillas.

—Ha sido un detalle bonito —continuó, con tono neutro—. Muy... teatral.

—Él es así. —Me encogí de hombros, notando un nudo en el pecho.

Dan apretó la mandíbula y miró al frente, hacia el campo.

—No le he visto hacer eso con nadie más.

—Dan...

—No te estoy acusando de nada. —Se apresuró a decir, girándose hacia mí.

—No somos pareja, aún —dijo esa última parte más bajita—. Solo quiero asegurarme de que no estoy perdiendo el tiempo.

Fabio levantó la vista en ese momento. Nos observó. No pude leer su expresión desde esa distancia, pero algo en la rigidez de sus hombros me hizo bajar la voz.

—No estás perdiendo el tiempo. Estoy aquí contigo, ¿no?

Dan sostuvo mi mirada unos segundos. Luego suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Sí. —Sonrió de nuevo, esta vez un poco más real, aunque todavía había recelo en sus ojos—. Perdona, solo quería aclararlo.

Asentí, mostrándome comprensiva. No era mentira: estaba aquí con él. Era todo lo que era capaz de ofrecerle en ese momento.

Fabio se acercó entonces, con zancadas largas y seguras, a pesar de estar cubierto de sudor y manchado de tierra. Se detuvo a un metro de nosotros.

—Ey —dijo, mirándome directamente—. Feliz cumpleaños otra vez.

—Gracias. —Me moví sobre mis pies, consciente de lo tenso que estaba el ambiente y de que Dan se había puesto rígido a mi lado.

Fabio miró a Dan y algo pasó entre ellos, dicho solo con la mirada.

—Buen pase largo antes.

Dan le sostuvo la mirada sin parpadear. El silencio que siguió fue tan incómodo que casi deseé que cierta ligadura de trompas hubiera funcionado mejor.

Rebecca regresó justo entonces, con una expresión piadosa en la cara. Debía de haber notado lo mal que lo estaba pasando.

—¿Celebramos o qué? —preguntó, rompiendo la tensión—. Tu madre está planeando algo abajo con la madre de Jane.

Giré la cara, aliviada con tener algo más en lo que fijarme. Mi madre estaba hablando animadamente con la señora Cairns. Rob estaba a su lado, asintiendo.

Luego miré a los dos chicos. A Dan, parado a mi lado y a Fabio, de pie un escalón más abajo.

—Sí —salté, obligándome a sonreír. ¿Acababa de invitar a los dos a la misma fiesta?—. Vamos a celebrar.

30

Con lo del partido, mis padres no habían tenido tiempo de cocinar, así que encargaron comida. La mesa del salón estaba cubierta de cajas de pizza abiertas, las empanadas argentinas que le encantaban a mi hermano y rollitos de rellenos misteriosos que no se identificaban ni al morderlos.

Según las palabras textuales de mi madre, mi tarta de cumpleaños no vería la luz mientras faltara gente importante. La gente importante siendo Rob, que se había ido a tomar algo con sus amigos para celebrar la victoria.

Mi madre me había pedido perdón seis veces en nombre de mi hermano. Mal sabía ella que su ausencia no me disgustaba tanto. De hecho, hasta lo prefería. Podía imaginar que esa fiesta era para mí, si no me fijaba en detalles como que habían pedido las pizzas a su gusto y que la pancarta de «Campeones» que acababa de pintar mi padre semi ocultaba la de «Felicidades».

La casa se llenó rápido. Mis amigos y los padres de Jane que trajeron vino en una bolsa con lazo, incluso la madre de Gary que pasó para felicitarme y decidió quedarse cuando olió la pizza.

La música subió de volumen y las conversaciones se superpusieron en capas de ruido.

Dan se ofreció a ayudar a mi madre con las bebidas. Ella aceptó encantada, dándole instrucciones sobre dónde estaban los vasos y cuánto hielo poner en cada uno.

No pude evitar notar la diferencia con Fabio, que se quedó junto al marco de la puerta del salón, con una cerveza a medias en la mano. Por la forma en la que observaba los detalles, sabía que lo estaba analizando todo, sacando conclusiones. Dan era el chico al que presentabas a tu familia, Fabio era el chico que te guardabas solo para ti. Un pecado precioso del que acordarte toda tu vida.

Tendría que acercarme a charlar con ellos, pero sabiendo que el otro lo estaría presenciando todo, me sentía incapaz de hacerlo. Por un lado, Dan no querría verme con Fabio. Una cosa era intuir que nos liábamos y otra muy distinta vernos juntos en la misma sala. Por otro, sabía que Fabio era la única persona en toda la casa que realmente me veía, que notaba cuando sonreía de verdad y cuando solo fingía. Pasaba de que psicoanalizara mis interacciones con Dan. Así que hice lo único que podía hacer: esconderme de los dos.

Quince minutos más tarde, Rebecca y yo estábamos apoyadas en la encimera de la cocina, fingiendo que mi ayuda era necesaria, cuando en realidad solo estábamos huyendo de la situación del salón.

La situación siendo Fabio y Dan en mi casa. A la vez. Respirando el mismo aire mientras se odiaban en silencio.

—¿De qué son estos?

Rebecca señaló uno de los rollitos con desconfianza.

—Ni idea, pregunta a mi padre. Él los ha pedido.

Zack apareció entonces, robando tres de golpe y metiéndoselos en la boca sin pararse a pensar en los ingredientes. La suerte de tener un estómago que disfrutaba de cualquier sabor sin hacer preguntas.

—¿Qué está ocurriendo en el salón? —Le tomé del brazo antes de que pudiera escapar.

Zack masticó lentamente, tragó y luego sonrió con malicia.

—Fabio ha roto un vaso para cortarle la yugular a Steinbeck y este le ha estampado la mesita de café en la cabeza. Las apuestas

están reñidas, pero Fabioloso va ganando.

—Muy gracioso… —Mi risita histérica mostraba que no estaba tan segura de que fuera completamente una broma.

—Dan está hablando con tu tío sobre no sé qué de literatura americana. —Zack se limpió las manos en los vaqueros—. Y Fabio está discutiendo sobre fútbol con tu padre.

Solté un bufido cargado de estrés.

—¿Vas a esconderte aquí todo el tiempo?

—Sí.

—No —respondió Rebecca a la vez que yo. Se colocó frente a nosotros muy estirada, cruzándose de brazos—. Tengo algo que decir. Es mi primer y último aviso, Erika: Si no escoges ahora, vas a perder a los dos. No diré más.

Se hizo un silencio denso.

—¿Escoger? —Mi forma de parpadear podría haber hecho que se les volara el pelo como en un anuncio de champú— ¿Escoger el qué? No hay nada que escoger.

—Creo que eso quiere decir que se queda con Dan. —Zack le dio un codazo a Rebecca, sin dejar de analizarme.

Mi corazón se retorció, sintiendo que acababa de insultar a Fabio. Lo que no era mi intención en absoluto.

—No. —protesté, más alto de lo que pretendía.

Rebecca esbozó una sonrisa sorprendida, casi esperanzada.

—¡Vas a escoger a Fabio!

Hice un gesto con las dos manos para que frenaran el carro.

—No, no, lo que quiero decir es que Fabio ni siquiera es una opción. Es decir, él ni siquiera quiere ser una opción.

La expresión de sus rostros me dijo que no estaban de acuerdo. Que pensaban que estaba siendo idiota o ciega o las dos cosas.

—Es mi amigo —continué, sintiendo cómo me aceleraba el pulso—. Tiene detalles bonitos, pero no habéis visto cómo me trata la mayor parte del tiempo. Me echa de su casa. Me cierra la puerta en la cara. No me lleva a su cuarto para… enrollarnos, a no ser que prácticamente me humille rogándoselo. Y siempre me lo cobra.

Respiré hondo.

—Punto número uno: Fabio no está interesado en mí como mujer. Punto número dos: Fabio no quiere una novia. Y aunque la quisiera, no me querría a mí.

Los dos intercambiaron una mirada dudosa, considerando lo que estaba diciendo.

—Yo creo que está intentando protegerse a sí mismo. —Rebecca habló despacio, midiendo cada palabra—. En vista de que tú sigues interesada en Dan y solo le estás usando para... lo que sea que estéis haciendo.

Por suerte no había censura en su tono, solo observación subjetiva.

—Tiene sentido —concedió Zack, rascándose la barbilla— ¿Por qué arriesgarse cuando tú estás con un pie en cada barca? Si yo fuera él, también me protegería.

Negué con la cabeza vehementemente, sintiendo cómo me ardían las mejillas y me latía el corazón con furia.

—Creedme, Fabio no quiere comprometerse. Es... es así. Le va la libertad, la independencia. No quiere ataduras.

—¿Esa es la única razón por la que no es un candidato? —Las cejas de Rebecca se perdieron bajo su flequillo rizado.

Por un momento no supe qué responder. La pregunta en sí no tenía sentido para mí.

¿Consideraría yo a Fabio para ser mi novio si él fuera diferente? Claro, tenía muchas cosas que me encantaban. Muuuchas, si era sincera. Pero si tenía que cambiarlo para que encajara en lo que yo necesitaba, entonces no era realmente una opción, ¿no? No podías amar a alguien y querer que fuera diferente al mismo tiempo.

Rob entró en la cocina en ese momento, salvándome de tener que responder.

Como siempre, su presencia eclipsó todo lo demás. Mis padres prácticamente saltaron al verlo.

—¡Ese gol! —exclamó mi madre, tocándole el brazo—. Todavía tengo la piel de gallina.

—Fue el pase, mamá —corrigió Rob, señalando hacia el salón con el pulgar. —Fabio la dejó perfecta. Yo solo tuve que empujarla.

Me sorprendió que fuera capaz de darle el crédito a otra persona. No creía haberle visto hacerlo antes. Jane esbozó una sonrisa peculiar y agachó la cabeza como si estuviera pensando lo mismo que yo, pero supiera algo más.

—¿Qué? —la interrogué en voz baja—. ¿Y esa sonrisa?

Algo estaba ocurriendo bajo mis narices, me lo decía mi intuición. Jane parpadeó, tomada por sorpresa y luego reajustó su expresión.

—Es solo que… tuve una pequeña charla con tu hermano esta mañana —murmuró y después se encogió de hombros—. Me ha sorprendido ver que ha funcionado.

No podía creerlo, hasta mi mejor amiga y aliada contra él, estaba empezando a caer en sus redes.

—No se puede arreglar a un narcisista —le advertí con dureza.

—Oh, vamos, tu hermano no es un narcisista —Inclinó la cabeza hacia un lado, tratando de razonar conmigo—. Estás sensible porque es tu cumpleaños. Nunca te ha gustado ese día…

—¡Por qué él siempre me lo roba! —Me di cuenta de que lo había chillado cuando todos los que estaban en la cocina guardaron silencio. Mis padres me miraron confusos y Rob apretó los dientes, antes de echarle una mirada fugaz a Jane y agachar la cabeza.

El silencio se extendió durante un segundo completo. Luego Rob levantó la cabeza y me miró, sin una pizca de burla, para variar.

Por si la situación fuera poco incómoda, en ese momento Dan entró en la cocina, un poco encogido de vergüenza. Dejó su vaso casi lleno sobre la encimera con cuidado.

—Lo siento, Erika, pero tengo que irme —dijo con una sonrisa educada.

—¿Ahora?

—Sí. A mi tío le ha surgido algo y tengo que recoger a Charlie. Ya sabes cómo es.

Asentí aliviada, tanto por la interrupción como por ahorrarme la incomodidad de tenerlos a ambos allí. Lo acompañé hasta la puerta entre despedidas dispersas. Cuando llegamos al recibidor, Dan se detuvo y se giró hacia mí.

Se inclinó para besarme, pero lo hizo con cuidado, sus labios rozaron los míos apenas un segundo.

—Feliz cumpleaños —repitió, evitando mi mirada.

—Gracias. Y gracias por venir.

—Claro.

Hubo un silencio incómodo y me planteé preguntarle si le pasaba algo.

—Nos vemos el lunes —dijo finalmente.

—Nos vemos.

Cerré la puerta y me quedé apoyada contra ella con la mano todavía en el pomo. Esperé a sentir algo concreto: culpa, ansiedad… pero lo único que sentí fue alivio.

31

Me dirigí al salón, la música había subido varios decibelios y alguien había apagado la luz grande, dejando solo las lámparas encendidas.

Fabio estaba en medio de un corrillo, explicando algo con las manos con gestos exagerados mientras los demás reían. Cuando me vio allí parada, alzó una ceja y captó el mensaje de que quería hablar con él. Después de zanjar la conversación se acercó despacio.

—¿Qué?

—¿Ha ocurrido algo con Dan? —respondí con una pregunta.

—¿Algo como qué?

Me encogí de hombros.

—Se ha ido y… estaba raro. ¿Ha pasado algo entre vosotros mientras yo estaba en la cocina?

—Ah… sí, nos hemos besado bajo la escalera. —Fabio señaló el rincón con la mano que sostenía la cerveza—. Lo siento, no he podido evitarlo. Estaba tan guapo con esa sudadera de Harvard.

Me crucé de brazos.

—Lo digo en serio, Fabio. Estaba raro…

—Ni nos hemos dirigido la palabra. De hecho, hemos trazado una línea imaginaria en el salón que ninguno de los dos se ha atrevido a cruzar. Probablemente se ha ido para poder mear, porque el baño estaba en mi zona.

Me reí sin querer hacerlo y luego intenté volver a poner cara de enfadada.

—Si me entero de que le has dicho algo…

Fabio se estremeció de forma exagerada.

—¿Qué vas a hacerme?

—Todavía no lo he pensado, pero algo se me ocurrirá. —Entorné los ojos para parecer más amenazadora.

—Por favor, lo que sea menos dejar que tu prima Tanya me pille de nuevo. —Su mano agarró mi brazo al ver que venía hacia nosotros y me empujó por el pasillo hacia el jardín—. No puedo escuchar ni un segundo más hablar de One Erection.

—Direction —le corregí, entre risas. El brillo burlón de sus ojos me dijo que sabía lo que decía.

Avanzamos por el pasillo oscuro hasta que noté que Fabio disminuía la velocidad, aun agarrándome del brazo.

—¿Qué haces?

—No veo…

—¿En serio? —me sorprendí—. Yo sí, está oscuro, pero algo se ve.

—¿Eres una vampiresa? —dejó que le guiara hasta que vislumbramos la claridad de la cocina al final del pasillo—. El otro día lo veías todo en mi cuarto.

—Mi madre siempre baja las persianas, dice que la familia de Gary es muy fisgona. Tal vez se me ha agudizado la vista.

—Ya, eso es lo que diría un vampiro para despistar.

Me reí conforme empujaba la puerta corredera que comunicaba la cocina con el jardín. Una vez fuera, empujé a Fabio contra la pared con una carcajada maligna y hundí el rostro en su cuello.

—Di adiós. —Posé mis dientes sobre la piel suave y caliente, notando su pulso contra mis labios.

—Conviérteme —susurró, colocando sus manos en mi cintura —. Quiero ser como tú y vivir para siempre.

—Que va, has sido una víctima fácil. —Mis labios se movieron contra su cuello, y noté que se estremecía—. No eres digno de vivir eternamente. Voy a chuparte hasta dejarte seco.

El pechó de Fabio comenzó a vibrar y me di cuenta de que se estaba riendo.

—No me refería…

—Tarde.

—Vete a la mierda. —Hice el amago de separarme, pero él me rodeó con sus brazos y me estrechó contra su pecho. Forcejeamos y me di la vuelta para escapar más fácil. No funcionó, Fabio me tenía bien atrapada.

De pronto, ya no me estrechaba contra él sino que su cuerpo presionaba contra mi espalda para guiarme hacia adelante, hacia… ¡la piscina!

—¡Ni se te ocurra! —Una oleada de risas nerviosas me invadió. Mis pies empacaron contra el borde en un intento de frenarnos—. Está fría y sucia.

Un par de hojas secas flotaban en la superficie, junto algo negro y sospechoso.

Fabio no me hizo caso. Usó el peso de su cuerpo para propulsarnos a ambos hacia el agua.

No se qué se escuchó más, si el impacto o mi grito.

—Voy a matarte —le amenacé mientras nadaba hacia él para intentar empujarle bajo el agua. Luchamos y nos reímos hasta que Jane y Rob aparecieron junto a la piscina.

—¿Qué estáis haciendo? —Rob se cruzó de brazos y nos observó con una ceja arqueada—. Es hora de soplar las velas. Cuando mamá vea que estás empapada.

—¿Es que no las sopla él? —susurró Fabio en mi oreja, haciéndome reír.

—No, pero siempre le reservo mi deseo de cumpleaños —bromeé, fingiendo total seriedad.

—¿Qué has dicho? —intervino Rob—. ¿Se puede saber qué te pasa últimamente?

«Que estoy harta», quería decir. Eso era lo que me pasaba. Que estaba cansada de ser el personaje secundario en la obra de Rob.

—Contesta —increpó mi hermano.

—Déjala en paz, Rob, es su cumpleaños —intervino Jane, dándole golpecitos en el bíceps que sorprendentemente funcionaron.

Mi hermano dejó caer los brazos y sus hombros se relajaron.

—Date prisa, te estamos esperando —dijo en un tono mucho más suave antes entrar de nuevo en casa.

Fabio y yo salimos de la piscina y subimos a mi cuarto para ponernos algo seco. Dejamos un rastro de agua por las escaleras que tendría que limpiar más tarde.

Cuando la puerta crujió tras nosotros, nos miramos en silencio, chorreando sobre la alfombra. Teníamos el pelo pegado a la cara, la ropa adherida al cuerpo, y apestábamos a cloro.

—Cómo me la lías así en mitad de mi fiesta de cumpleaños —dije, quitándome los zapatos empapados.

—Justo porque es tu cumpleaños… —Fabio se pasó una mano por el pelo, exprimiendo el agua—. Ese momento va a ser el único que recuerdes en veinte años.

Solté un bufido sin querer admitir que tal vez tuviera razón. Abrí el armario y saqué una toalla, lanzándosela a la cara. Él la atrapó antes de que le golpeara.

—Qué violenta…

—Dice el que ha intentado ahogarme en una piscina sucia.

—Seguro que crees que la parte de la suciedad es peor que la del ahogamiento —se burló Fabio, arrancándome una risita involuntaria.

Fui un momento al cuarto de Rob para cogerle ropa seca prestada, me daba igual si le sentaba mal. Una vez uno de sus ligues me había robado mi anillo favorito, y alguna vez me había encontrado a alguna usando mi toalla. Repugnante.

De vuelta en mi cuarto, le lancé a Fabio la ropa. Me quité la camiseta empapada por encima de la cabeza, sin pensar demasiado en ello. Estaba en sujetador, pero Fabio me había visto así antes. No debería ser raro.

Pero cuando me giré para buscar algo seco en el cajón, sentí el peso de su mirada en mi espalda y me pareció que se había quedado quieto.

—¿Vas a cambiarte o qué? —Abrí el cajón de las camisetas sin mirarle.

—Deberíamos ir mojados, eso le quitaría todo el protagonismo a tu hermano —respondió, aún sin moverse.

—Mis padres se enfadarían, no es la clase de atención que quiero.

—¿Por qué no? Así es cómo parece que tu hermano la ha conseguido…

Me sorprendió tanto escuchar la teoría de Jane en labios de otra persona que me giré para observarle. Mala idea. Fabio mojado era un pecado para la vista. La camiseta adherida al cuerpo como una segunda piel, el pelo pegado a la frente, gotas de agua trazando caminos envidiables por su piel bronceada…

—Da igual… nadie va a mirarme a mí con la pinta que tienes tú ahora mismo. —Mi intención había sido que sonará juguetón, pero en lugar de eso soné sin aliento, maravillada incluso.

—Yo sí. —Su voz sonó diferente también—. Por si no te habías dado cuenta, se te transparentan los pezones.

Me giré de golpe, con la camiseta seca aun en las manos. Necesitaba otro sujetador, uno que no estuviera empapado o acabaría igual de… expuesta. ¿Iba a cambiarme la ropa interior delante de él? Esa era la duda. Aun dándole la espalda, aún cuando habíamos hecho… cosas, no conseguía normalizar esa situación. Mucho menos cuando él había mencionado mis pezones y había dado a entender que no podía apartar la vista de mi cuerpo.

Decidí ser madura y no esconderme. Más que nada porque Fabio se burlaría hasta el fin de los tiempos si me iba al baño a cambiarme. Le conocía bien y sabía que no iba a ofrecerse a salir para darme intimidad. Fabio no era un caballero, eso era algo que más bien haría Dan.

Me negué a pensar que esa era justo la razón por la que mi corazón nunca latía desenfrenado con Dan, ni mi piel parecía despertar a su tacto de la misma forma. Mi cuerpo no quería un caballero, y le importaba una mierda la opinión de mi mente.

Sin poder alargarlo más, me llevé la mano al enganche de mi sujetador.

—¿Necesitas ayuda? —La voz de Fabio, de pronto tan cerca de mí me hizo dar un pequeño salto. Su mano rozó mi espalda por el instante corto que tardó en abrirlo como el pro en desnudar mujeres

que era. Mi piel se encendió, cada terminación nerviosa pulsando por volver a sentirle.

A continuación, Fabio llevó las manos a los tirantes de mi sujetador, y los deslizó despacio por mis hombros, provocando cosquillas enloquecedoras por mi piel. La prenda no cayó debido a que la tela empapada estaba adherida a mis pechos. Fabio recorrió las líneas donde mi espalda se unía a mis brazos. Sus dedos trazaron un camino por mis costados, por debajo de las axilas que me hizo cerrar los ojos de placer. Su destino estaba claro. Sin dudas, sin vacilar, como si tuviera todo el derecho del mundo a tocarme porque mi cuerpo le pertenecía. Se coló por debajo de la tela mojada a ambos lados.

Solté un gemido cuando sus dedos alcanzaron mis pezones.

—Fabio… —murmuré, en un intento de advertencia que sonó más como una súplica.

—¿Qué? —susurró él contra mi oreja—. Me estaban llamando.

Para ilustrar a qué se refería retorció mis pezones de una forma que me hizo arquearme contra él y hacer demasiado ruido.

Me tapé la boca, avergonzada. Fabio chasqueó la lengua, me tomó de la muñeca y bajó mi brazo, guiando mi mano directa a su entrepierna.

—Quiero escucharte jadear, pixie… últimamente es mi canción favorita.

Sus palabras me incendiaron y me di cuenta de que quería escucharle también. Quería escuchar todas las barbaridades que se le ocurriera soltarme. Quería escucharlo gemir por mi causa.

Ahuequé mi mano sobre el incompresiblemente caliente bulto en sus calzoncillos mojados y le acaricié, concentrándome en el relieve de su miembro. En la zona que hizo que me apretara la cadera con más fuerza. El gruñido que escapó de su garganta también me sonó a música.

Sus dedos se clavaron en mi carne de una forma deliciosa, mientras besaba mi hombro justo antes de mordisquear mi piel.

—Nos están esperando… —le recordé sin aliento.

—Deja que lo hagan. —La mano que había tatuado en mi cadera se movió hacia mi entrepierna y se coló directamente por un

lado de mis bragas, haciéndome aspirar aire por la sorpresa. Mi respiración se volvió salvaje en cuanto empezó a mover los dedos en círculos. Lo bueno de acabar de salir de la piscina es que disimulaba lo mojada que estaba—. Tienes que practicar la actitud de diva.

Ni siquiera recordaba de qué estábamos hablando. Mi cuerpo había apagado los fusibles de mi cerebro y todo lo que me quedaba era sentir. Sentir cada latigazo de placer que viajaba desde mi centro por todo mi cuerpo cada vez que presionaba mi clítoris.

Perdí la noción del tiempo y el lugar. Fabio me hizo girar para enfrentarle en algún momento, tal vez había pasado un minuto o quince, no estaba segura.

El agua le caía por el abdomen y tenía gotas brillando en la clavícula que recogí con mis labios.

—Es agua de la piscina —murmuró él contra mi oreja. Estaba tan divertido como excitado—. Está sucia.

—Me da igual —Me sorprendió lo ronca que salió mi voz.

Él rio bajo, más que sonido fue una vibración en su pecho.

Después me rodeó la cintura con su brazo porque la combinación entre sus besos en mi cuello y el calor de sus manos en mis pechos me hicieron perder el equilibrio

—Quiero ser tu primero… —gruñó antes de cubrir mi pezón con su boca—. Dime que sí, pixie.

Asentí, incapaz de encontrarme la voz, pero Fabio me pellizcó la nalga.

—Dilo…

—Quiero perder la… —me detuve al recordar lo que dijo sobre las vírgenes aquella vez no hacía mucho en mi coche—. No te gusta hacerlo con chicas sin experiencia.

Fabio levantó la cabeza y me echó una mirada ceñuda.

—Nunca he dicho eso.

—Sí, lo dijiste en mi coche una vez.

Su sonrisa ladeada me dejó desconcertada. Una de sus manos subió por mi pecho hasta mi garganta y la otra volvió a perderse entre mis piernas. Esta vez, movió los dedos más rápido y con más presión.

Solté un jadeo que debió escucharse hasta en el pasillo.

—Pixie… —Fabio caminó, sin dejar de mover la mano hasta que caí sobre la cama. Me miró desde arriba, sus ojos de demonio casi cerrados—. La posibilidad de ser el primero en follarte lleva semanas volviéndome loco.

Se colocó sobre mí, pero apoyó el peso de su cuerpo en sus hombros. Sus músculos flexionados por el esfuerzo de aguantar su propio peso, aunque él no parecía notarlo.

—Dices esas cosas para calentarme —gemí, maravillada por la sensación de tener sus pectorales contra mis pechos.

—Sí —admitió, mientras su mano derecha subía por mis piernas—. Y también porque es la puta verdad. Abre las piernas para mí, Erika.

Funcionaba, joder. Sus frases descaradas funcionaban de maravilla conmigo. Hasta la última fibra de mi ser reaccionaba a ellas. Y él lo sabía.

Fabio introdujo un dedo dentro de mí y soltó una palabrota.

Yo ahogué un grito por lo intenso de la intromisión.

—Eres una delicia, pixie —dijo sin aliento, mientras introducía un segundo dedo y buscaba el punto que me hizo arquearme contra él.

Una parte de mi sabía que era un juego y que no lo decía en serio, pero en ese momento decidí olvidarlo y disfrutar de lo que estaba pasando. De lo especial que me hacían sentir sus palabras.

Una vez encontró el lugar y el ritmo perfecto, giró la mano ligeramente y lo combinó con toquecitos sobre mi clítoris. Me deshice, me volví un caos de gritos y movimientos obscenos contra su mano. Le arañé la espalda, le tiré del pelo, le mordí la boca… una auténtica salvaje que no tenía ni idea que vivía dentro de mí.

—No has llegado a decirlo… —dijo contra mi oreja—. Dilo, pixie. Dilo como quieras, pero necesito oírlo.

—Quiero que seas el primero… —respondí, casi de inmediato. Nunca había estado más segura de nada en mi vida.

La respuesta de él fue morderme el cuello, llevándolo casi al punto del dolor, justo donde lo necesitaba en ese momento.

Se apartó un momento y lloriqueé por la decepción, pero entonces vi que estaba abriendo un preservativo.

La pausa debería haberme hecho recapacitar y tener dudas, miedo tal vez. No dejaba de ser mi primera vez, pero realmente estaba convencidísima de lo que estaba a punto de hacer.

Con el condón ya puesto, Fabio volvió a cubrirme con su cuerpo, despacio. Era como si todo el tiempo del mundo se hubiera detenido solo para nosotros en esa habitación con olor a cloro y a nosotros.

Apoyó los antebrazos a ambos lados de mi cabeza, encerrándome sin aplastarme. Sentí el calor de su piel contra la mía y el peso controlado de sus caderas entre mis muslos abiertos.

Me dio un beso profundo, su lengua buscando la mía con un hambre que me dejó con la cabeza dando vueltas.

Por lo menos hasta que bajó una mano entre nosotros y volvió a rozar mi clítoris con el pulgar, primero suave, solo para recordarme lo preparada que estaba. Luego guió la cabeza de su miembro hasta mi entrada. En lugar de empujar del tirón, dio toquecitos por la zona y abrí las piernas más de forma automática.

El corazón me latía tan fuerte que pensé que iba a romperme las costillas.

—Fabio… —le eché la bronca y él se carcajeó.

—No seas impaciente —Me miró a los ojos un segundo más y luego empujó lento.

Sentí cómo mi cuerpo le daba la bienvenida, centímetro a centímetro. Hubo un instante de ardor, un estiramiento que me hizo contener el aliento y clavar las uñas en sus hombros. Él se quedó quieto, completamente dentro, sin moverse.

—¿Estás bien? —murmuró, besándome la frente, las sienes, la comisura de los labios— ¿Quieres que siga?

Asentí, aunque él esperó hasta que mis caderas se relajaron y empezaron a moverse en busca de más. Solo entonces entró un pocó más.

—Joder —exclamé cuándo él se retiró y entró con más fuerza con un movimiento de cadera—. Eso… ha estado bien.

—Tú sí que estás jodidamente bien, pixie… —gimió él, agarrando mis muñecas contra la cama. Volvió a hacer el

movimiento que me había gustado y solté otro gemido—. ¿Te gusta eso?

Cada embestida era medida, controlada, pero cada vez más profunda. Comencé a moverme con él y le escuché gemir, cada vez que llegaba hasta el fondo, como si no pudiera creer lo bien que encajábamos.

—Joder… Erika… —su voz se quebró un poco—. Estás tan apretada… tan caliente…

Le rodeé la cintura con las piernas, atrayéndolo más cerca. Quería sentirlo todo. Quería que no quedara ni un milímetro de espacio entre nosotros.

Aumentó el ritmo poco a poco y empezó a mover las caderas en círculo, friccionando mi clítoris con cada roce. Esa fue mi perdición, empecé a palpitar por dentro.

Fabio apoyó su frente contra la mía, respirando el mismo aire.

—Mírame —pidió en un susurro—. Mírame cuando te corras.

Abrí los ojos. Los suyos estaban oscuros y brillantes. Había algo más que pasión en ellos, que no había esperado. Una ternura que me inundó el pecho de algo cálido y bonito.

—Fabio… —gemí cuando sentí que el placer empezaba a acumularse otra vez, más intenso que antes.

—Yo también —asintió, besándome suave, como si supiera que iba a decir después y concordara.

Una de sus manos bajó hasta mi cadera, guiándome para que encontrara el ángulo perfecto. Cada vez que entraba rozaba ese punto dentro de mí que me hacía ver estrellas. Y su pubis presionaba contra mi clítoris con cada embestida.

El orgasmo llegó despacio, una marea que sube sin prisa pero sin parar. Empecé a temblar debajo de él, los músculos contrayéndose alrededor de su pene, apretándolo con fuerza. Solté un gemido largo que él se tragó con un beso profundo.

—Eso es… —susurró contra mi boca—. Córrete para mí, pixie… déjame sentirlo…

Y lo hice. Me deshice entera. Las contracciones fueron tan fuertes que sentí lágrimas calientes resbalar por mis sienes. Fabio

siguió moviéndose, prolongando mi placer, hasta que no pude más y arqueé la espalda con un grito ahogado.

Solo entonces se permitió perder el control.

Enterró la cara en mi cuello y se corrió dentro de mí con espasmos profundos, temblando entero. Sentí cada latido, el chorro caliente contenido por el preservativo. Se quedó quieto varios segundos, respirando con dificultad contra mi piel.

Cuando levantó la cabeza, tenía los ojos brillantes. No dijo nada al principio. Solo me miró, pareciendo memorizar cada detalle de mi cara.

Luego sonrió.

—Feliz cumpleaños.

—¿Quiere decir eso que no vas a cobrarme? —pregunté, todavía jadeante.

—Solo la voluntad. —Me besó la punta de la nariz.

Me reí bajito.

—Eres un capullo. No pienso pagar nada. Tú también lo has disfrutado.

Se inclinó y me dio un beso lento y dulce.

—Puedes pagarme con más sexo.

—Eso no tiene sentido —me burlé, dándome cuenta en ese instante de que él todavía estaba dentro de mí.

—Tiene todo el sentido del mundo, pixie —lo dijo tan serio, que por un momento me pareció que estaba diciendo algo más.

Deseché la idea casi al instante. Mi cerebro estaba nadando en hormonas que no lo hacían demasiado fiable.

—Ahora sí que vamos a llegar tarde a la tarta…

—Joder, mi familia nos está esperando —me levanté de golpe y Fabio se apartó solo a medias, no muy conforme.

Alguien llamó a la puerta en ese momento.

—¡Erika! —La voz de Rebecca atravesó la puerta—. La tarta se está derritiendo y tus padres te están buscando.

Fabio se apartó tan rápido que casi cayó de la cama. Yo me incorporé de golpe, con el corazón en la garganta.

—¡Ya voy! —grité, buscando frenéticamente algo que ponerme—. Distráelos por favor.

—Ah… ya sé lo que está pasando ahí dentro —escuché decir a mi amiga seguido de una carcajada—. Fabioloso te ha dado su regalo.

—Veteee.

Otra risa antes de que sus pasos se alejaran por el pasillo.

Fabio y yo intercambiamos una mirada y nos echamos a reír.

—Date prisa —dije, poniéndome una camiseta seca.

—Si nos hubiera pillado tu madre hubiera sido apoteósico.

—Cállate.

La ropa de Rob le quedaba ridículamente grande. Mi hermano era más ancho y más alto.

Bajamos las escaleras con sus manos en mi cintura, pero nos separamos justo antes de llegar al salón. Tenía la paranoica idea de que todo el mundo nos iba a mirar y adivinar lo que acababa de ocurrir.

Así que evité miradas y me centré en la tarta que estaba en medio de la mesa. Tres pisos de tarta de tres chocolates sin gluten. Las velas plateadas ya encendidas, derritiéndose lentamente.

Todo el mundo se giró cuando entramos.

—¡Por fin! —Mi madre nos miró de arriba a abajo, notando claramente que nos habíamos cambiado— ¿Os habéis caído a la piscina o qué?

—Algo así —murmuré.

Rebecca me lanzó la mirada de alguien que tiene al diablo susurrándole maldades al oído. Jane me sorprendió, sonriendo de lado, con cara de saber exactamente lo que había pasado arriba y de que no le importaba.

—Venga, acércate. —Mi madre me empujó hacia la tarta.

Todo el mundo se reunió alrededor. Alguien apagó las luces y las velas proyectaron sombras danzantes en las paredes.

Y entonces empezaron a cantar un cumpleaños feliz desafinado seguido de aplausos arrítmicos.

Miré las velas y me fijé en como las llamas se reflejaban en los ojos de la gente que me rodeaba.

—¡Pide un deseo! —grito Gary.

Cerré los ojos y noté el calor de las velas frente a mi cara y el olor a cera derretida.

Sabía lo que debía desear: salud para todos, buenas notas, que Dan fuera mi novio, que mis padres me quisieran como quería Rob… Podía desear muchas cosas.

Pero cuando abrí los ojos y vi a Fabio mirándome desde el fondo del salón, tuve miedo de mis propios deseos.

32

Mis amigos me habían regalado entradas para el festival de rock en las afueras de la ciudad. Se organizaba en un descampado que normalmente usaban para el mercadillo de los domingos. Ahora estaba lleno de luces de colores y máquinas de humo.

Era el día siguiente de mi cumpleaños, el primero que recordaba haber sentido como mío. Y por primera vez desde que saliera la lista, me sentía bien. Gracias a las cosas que me había susurrado Fabio, aunque fueran parte de su teatro. Tenía ganas de divertirme. La forma en que me resonaban las costillas por la vibración del bajo de la música en mi pecho, me metió en ambiente nada más llegar.

Jane me pasó una cerveza de la nevera portátil que había traído Zack, y mientras nos peleábamos intercambiábamos colores de las pulseras fluorescentes que nos habían obsequiado en la entrada.

—¿Cómo te sientes bebiendo alcohol de forma legal por primera vez? —preguntó Zack, abriendo su lata con un chasquido.

—Pues estoy más tranquila —bromeé. Aunque probablemente era porque me había quitado el peso de la inocencia de encima.

Troy y Bobbie aparecieron con botellines en las manos e hicimos un brindis colectivo. El sonido de las latas chocando se perdió en el ruido general.

—Rebecca debería estar aquí. —Jane se sentó a mi lado en la valla amarilla de seguridad y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Creo que ya escucha todo el rock que puede soportar en mi coche.

Mi amiga asintió y después entrecerró los ojos.

—Entonces… —Le echó un vistazo a los chicos, que estaban en un corrillo a unos metros a lo suyo, antes de seguir—. ¿Ayer lo hiciste con Fabio?

Me atraganté con mi bebida y ella me dio palmadas en la espalda.

—¿Tan obvio es?

—Bueno, creo que tus padres no sospecharon nada. Siempre estás con chicos que solo son amigos, pero yo os he visto aspiraros la cara las suficientes veces como para saber que acabaría ocurriendo.

—¿Te molesta? —La observé con atención.

Jane sacudió la cabeza con una expresión resignada.

—Ya me he conformado… realmente es culpa mía. Se notaba desde el principio que había algo especial entre vosotros, pero como te gustaba Dan y… bueno, yo estaba extasiada por Fabio, me hice la tonta.

Abri la boca para negarlo y decirle que no había nada especial entre Fabio y yo, pero, por primera vez, no me salieron las palabras. Realmente sí había algo especial entre nosotros que me hacía estar incómoda con la idea de verlo con una amiga… «O cualquier otra chica» susurró una voz en mi cabeza.

Me acabé la cerveza para acallarla. La primera bajó demasiado fácil. Estaba fría y amarga, justo como me gustaba.

La segunda también, y fue la tercera la que empezó a borrar bordes, a difuminar las líneas entre lo que era real y lo que era solo la música pulsando en mi cerebro.

Todavía llevaba la sensación de Fabio en la piel, impregnada en su perfume, aunque ya me había duchado. El caso es que sentía que algo fundamental había cambiado en mí, aunque el mundo no se hubiera dado cuenta todavía.

El grupo en el escenario principal empezó a tocar una versión sucia y distorsionada de un clásico de rock que reconocí vagamente. Grité la letra aunque solo me sabía el estribillo, saltando con los brazos en alto como todos los demás.

Me sentía ligera, feliz. Hasta libre.

En algún momento, me abrí paso entre la gente, esquivando codos, y vasos de plástico, para buscar aire fresco.

Zack estaba debatiendo apasionadamente con un chico, que yo no conocía, sobre guitarristas. Siempre gesticulaba mucho con las manos cuando estaba borracho. El mundo se movía en cámara lenta y a doble velocidad al mismo tiempo.

Y entonces vi a Fabio. Estaba un poco más allá del escenario secundario, cerca de los puestos de bebida, con su primo y Lena. Alex llevaba una camiseta negra pegada al torso, luciendo un cuerpazo de risa. Lena le sonreía con una expresión embelesada que dejaba pocas dudas respecto a sus sentimientos por él. No la culpaba. Según Fabio, su primo era muy buen chico e inteligente. Todo ello metido en un cuerpo de pecado.

Lena llevaba una sudadera de una banda de rock australiana y el pelo recogido en un moño despeinado.

Fabio estaba junto a ella, tenía una botella de cerveza en la mano y la cabeza inclinada hacia atrás, riéndose de algo que Alex acababa de decir. Parecía relajado, como siempre. Para él no había pasado nada importante hacía veinticuatro horas.

La incómoda sensación de no ser correspondida desapareció cuando vi la forma en que su rostro cambió al verme. Casi como si me hubiera estado esperando.

Me acerqué tambaleándome un poco. Mi mala coordinación evitó que frenara a tiempo y prácticamente alunicé contra el hueco

entre él y Lena.

—¡Fabioloso! —Le grité por encima de la música, colgándome literalmente de su cuello sin avisar—. ¿Sabéis que yo le puse ese apodo?

Alex soltó una carcajada.

—¿Estás borracha? —Las cejas de Fabio se alzaron. Su expresión de sorpresa me pareció divertida.

—Un poco —admití, quedándome corta—. Puede que más de un poco.

Fabio me sostuvo por la cintura con firmeza para evitar que me cayera de bruces.

—Nunca te había visto borracha —comentó, frunciendo el ceño. Miró de un lado para otro—. ¿Va todo bien?

Esa forma de preocuparse por mí… le hacía cosas por dentro a una chica.

—Te quiero —suspiré, apoyando la mejilla en su pecho. Aspiré fuerte para llenarme los pulmones de su colonia.

—¿Qué?

—Ha dicho que te quiere. —Lena nos dedicó una sonrisa que no supe interpretar. Cómplice, tal vez.

—Eso es lo que me preocupa… —la voz de Fabio vibró en su pecho hasta mi cráneo. Me encantaba estar ahí acurrucada. No iba a soltarle nunca—. Deberías beber agua, pixie.

Él se echó hacia atrás para analizar mi rostro.

—Estoy bien —murmuré, agarrándole más fuerte para que no se escapara.

La canción cambió. Las primeras notas reconocibles de un clásico de rock hicieron que toda la multitud gritara al unísono, levantando las manos.

—¡Esta! —dije, señalando el escenario—. Esta tenemos que ponerla en nuestra boda.

Fabio arqueó una ceja, y por la forma en la que se río debía estar pensando que era ridícula.

—¿Nuestra boda?

—Sí. —Asentí con total seguridad—. Solo vamos a poner rock, obviamente.

Alex y Lena intercambiaron una mirada divertida.

—Vosotros dos estáis invitados.

—Vaya, gracias… —rio Lena—. ¿Tengo que vestir de negro?

—Noooo… —solté una risita—. Solo la música va a ser roquera. Vestiremos elegantes porque quiero ver a Fabio con esmoquin y nervios, esperándome junto al altar.

Le di un golpecito en el pecho con el dedo índice y Alex se carcajeó. No de mis palabras, porque sus ojos estaban fijos en el rostro de Fabio, y lo que le estaba haciendo reír era su expresión.

Me aparté para verla yo también. Me sorprendió descubrir que estaba serio, hasta un poco pálido.

—Deberías beber agua, Fabioloso —le devolví sus propias palabras, para que supiera que yo también me preocupaba por él.

—Estoy bien.

No lo parecía. Sus ojos estaban brillosos y no creía haberle visto esa expresión antes.

—¿Qué pasa?

Fabio se inclinó un poco para escucharme mejor, acercando su cara a la mía.

—¿Y qué pondrás durante la luna de miel? —dijo, más para distraerme de su pregunta que otra cosa.

—Black Betty.

Fabio se quedó quieto.

Seguí, agarrándolo de la camiseta, tirando de él.

—Imagínalo, un hotel en la playa, la brisa marina entrando por las ventanas abiertas y esa canción sonando mientras... —Me callé de golpe. En el fondo de mi mente quedaba algo de razonamiento y pensé que tal vez Lena y Alex nos estuvieran escuchando.

—¿Mientras qué? —Fabio bajó la voz, justamente por eso.

Le miré. Mis ojos conectaron con la parte más profunda de los suyos y ahí fue donde la broma dejó de ser broma.

—Mientras tú me miras así —susurré, sin las capas de protección que normalmente mantenía entre lo que pensaba y lo que decía.

Hubo un silencio pesado entre nosotros. Aunque alrededor la música estuviera a todo volumen, aunque hubiera cientos de personas gritando y saltando, nosotros entramos en una burbuja.

Fabio no se movió, no se río ni hizo ningún comentario sarcástico.

—¡Erika! —Jane me llamó desde algún lugar a nuestra izquierda.

Apareció de la nada, agarrándome del brazo.

—Nos vamos ya. Estás fatal.

—No estoy fatal —protesté, aunque me estaba sujetando a Fabio para no caerme.

—Estoy perfecta. Perfectamente bien.

—Estás borracha y… —le echó un vistazo rápido a Fabio, leyendo la situación— Seguro que diciendo tonterías.

Jane me conocía demasiado bien.

Me pasó un brazo por los hombros con firmeza.

—Vámonos o mañana te vas a arrepentir mucho.

Fabio me dejó ir sin luchar por mí. Le dediqué una mirada decepcionada y dolida, mientras Jane me arrastraba hacia la salida del recinto.

Me tropecé varias veces, pero mi amiga me sostuvo con paciencia.

—Mañana vas a odiar tu vida.

—Ya lo hago.

—Mañana la vas a odiar más.

Me giré una vez más, buscando a Fabio entre la multitud. Segura de que estaba viniendo a por mí, pero no lo encontré.

Cerca de la zona de aparcamientos vi otra cosa que me hizo detenerme en seco.

A unos metros, bajo una farola que proyectaba un charco de luz amarilla, estaban Dan y Carmina. Y no hablando precisamente. Estaban besándose. No un pico accidental, un beso de verdad, de esos profundos e intensos. Con las manos en el pelo de ella y los brazos de ella alrededor de su cuello.

El mundo no se detuvo, ni el volumen de la música bajó. Nadie gritó ni la Tierra dejó de girar.

No sentí ganas de llorar ni de gritarle.

Como mucho de gritarme a mí misma, porque ese beso era mi culpa.

Jane siguió caminando, tirando de mí, sin darse cuenta de lo que acababa de ver.

Dan abrió los ojos un segundo. Nuestras miradas se cruzaron a través de la distancia y la gente que pasaba entre nosotros. Giré la cara para evitar enfrentarme a él. Me giré hacia la salida sin drama. No iba a montar una escena, no tenía derecho, y tampoco sentía la necesidad. Probablemente porque estaba borracha y mis sentimientos estaban adormecidos por el alcohol.

Jane me guió a través de la multitud, entre puestos de bebida y grupos de gente riendo, hasta que llegamos al parking donde nos esperaba su madre.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándome con preocupación—. ¿Vas a vomitar?

Negué con la cabeza.

—Intenta que mi madre no noté que se te ha ido la mano esta noche. —Me recolocó el pelo y me pasó una botella de agua.

Después me senté en el asiento trasero y dejé caer la cabeza hacia atrás.

El alcohol dejó de hacerme sentir invencible y solo me hizo sentir ridícula.

Era una estúpida por haber creído que podía tenerlo todo y pensar que las cosas podían ser simples.

Zack ocupó el asiento de copiloto charlando con su madre, mientras Jane se sentó a mi lado en silencio

—¿Quieres hablar de ello? —susurró

—No.

Condujimos en silencio, con la música baja y las ventanas abiertas. El aire frío me despejó un poco.

Cuando llegamos a mi casa, todas las luces estaban apagadas. Mis padres estaban durmiendo y Rob probablemente no había vuelto aún.

—Te escribo mañana —se despidió Jane con cara de que se imaginaba el caos que tenía dentro.

Entré en casa con cuidado de no hacer ruido. Subí a mi habitación y cerré la puerta. Me dejé caer en la cama, todavía con la ropa puesta, oliendo a alcohol y humo y arrepentimiento.

Mi móvil vibró con la notificación de un mensaje.

Salté de la cama para cogerlo. Por un segundo pensé que sería Fabio para decirme que no volviera a beber en mi vida, o a acercarme a él. Una de dos.

Pero era Dan.

Lo siento. No quería que lo vieras así. Podemos hablar mañana si quieres.

Miré el mensaje durante un momento. Después lo lancé sobre el sillón al que tiraba la ropa que no estaba lo suficientemente limpia para el armario o sucia para la lavadora.

Cerré los ojos, notando que olía al perfume de Fabio. Me dormí sin cambiarme, sin lavarme los dientes y sin quitarme el maquillaje corrido.

La noche estuvo llena de sueños, aunque no sabría decir de qué iban.

Cuando desperté al día siguiente, con la peor resaca de mi vida, lo único que quedaba era el vacío y la certeza de que la había cagado. Y no sabía si podía arreglarlo.

33

Me desperté con la boca seca y un dolor punzante detrás de los ojos que latía al ritmo de mi corazón. La luz que se filtraba por las cortinas me pareció ofensivamente brillante.

Me quedé tumbada un momento, mirando el techo, procesando fragmentos de la noche anterior que aparecían en mi memoria como flashes desconectados. Yo abrazándome fuerte a Fabio mientras hablaba de nuestra hipotética boda. El miedo en sus ojos. Dan besando a Carmina bajo una farola.

Mierda. ¿Cómo se habían torcido tanto las cosas?

Me arrastré hasta el baño. Tenía la piel deshidratada, ojeras, pelo enredado y aspecto de yonqui por el rímel corrido. Pero no, no se notaba nada que había perdido la virginidad, declarado a mi mejor amigo y visto a mi casi-algo besándose con otra en menos de cuarenta y ocho horas.

Me lavé la cara con agua fría y jabón hasta que me dolieron las mejillas. Me cepillé los dientes y me di una ducha que agotó el agua caliente de mi casa.

Nada de eso me hizo sentir mejor.

Cuando bajé a la cocina, solo estaba mi madre, leyendo el periódico con una taza de café.

—Buenos días —dijo sin levantar la vista—¿Qué tal el concierto?

—Bien.

—Rob dice que llegaste muy tarde.

—Era mi cumpleaños.

—Aun así.

No tenía energía para discutir con ella.

Me serví café, me senté y comprobé mi móvil. Tenía un mensaje de Rebecca preguntando si seguía viva, uno de Zack con un meme sobre resacas y dos de Jane indagando sobre mi nivel de arrepentimiento.

Nada de Fabio.

Pero me sorprendió ver que tenía otro mensaje de Dan, a pesar de no haber respondido al de anoche.

¿Podemos hablar? Esa cafetería cerca de tu casa. ¿Te parece bien quedar para desayunar?

Lo había enviado hacía dos horas.

Lo siento, me acabo de levantar.

No pasa nada. ¿Puedes estar allí en media hora?

Suponía que iba a decirme que se había cansado de esperarme o que solo había estado jugando conmigo mientas Carmina se animaba. Así que elegí algo sencillo: vaqueros oscuros, sudadera gris clara, coleta alta. No algo que te pondrías en una cita.

Me maquillé lo justo para no parecer un cadáver andante. Corrector bajo los ojos, rímel y pintalabios.

La cafetería estaba medio vacía por ser festivo. Los ventanales grandes que daban a una calle tranquila y la música jazz suave de fondo, me relajaron un poco.

Dan ya estaba sentado cuando llegué, en una mesa cerca de la ventana. Se levantó al verme entrar, tan educado como siempre.

—Hola.

—Buenos días. —Nos sentamos frente a frente en sillas de madera que crujieron ligeramente. Durante unos segundos ninguno habló, aunque el ruido de fondo de la cafetería amortiguó un poco la incomodidad entre nosotros.

Dan tenía ojeras también. No tan marcadas como las mías, pero estaban ahí.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente.

—Con resaca.

—Yo también. —Esbozó una sonrisa pequeña.

Justo cuando creía que iba a mencionar el elefante rosa en la habitación, vino la camarera a preguntar qué queríamos. Pedimos café y tostadas.

Cuando se fue, Dan apoyó los antebrazos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

—Escucha, Erika, lo de ayer…

Empezó, pero levanté una mano.

—No tienes que darme explicaciones, no estamos saliendo.

Se hizo un silencio incómodo.

—Joder… yo, pensaba que por lo menos te importaría. —Su sonrisa se volvió triste.

—Me molesta, Dan —repliqué, retorciendo una servilleta de papel con las manos—. Claro que me molesta verte con otra.

—Carmina y yo...

—No tienes que explicármelo.

—Sí tengo —insistió—. No estamos saliendo ni nada por el estilo. Es algo que surgió anoche porque…

—Está bien —lo interrumpí suavemente—. Me siento como una hipócrita. No puedo pedirte claridad si yo no la doy.

Dan respiró hondo.

—Escucha Erika, te escuché el otro día en tu cumpleaños… —confesó de pronto—. No es una excusa, ni te estoy echando la culpa, pero te escuché decir que Fabio no era una opción porque el no quiere novia y… joder, me sentí como el segundo plato.

Cerré los ojos un segundo, sintiendo cómo me ardían las mejillas. Ahora entendía el malentendido y lo que tuvo que sentir al escucharme.

—Dan eso no es así. Escuchaste un fragmento aislado de la conversación y sacaste conclusiones equivocadas. Lo que quería decirles a mis amigos es que Fabio no es la clase de chico que busco. Incluso si quisiera cambiar por mí, cosa que no es así, yo no

le aceptaría. —Mis palabras salieron disparadas en un intento de convencerle. Ignoré lo mucho que mi discurso le traicionaba. Le quería, quería que fuera mi amigo para siempre, pero como pareja no iba a funcionar nunca.

—¿Lo dices de verdad? —El rostro de Dan se inundó de esperanza.

Asentí con vehemencia.

—Tú siempre has sido mi única opción. Y si tengo que confesarte esto para que te lo creas, no me importa: empecé con Fabio a raíz de lo de la lista de infollables. Quería que me ayudara a ser más atractiva para ti y a conseguir algo de experiencia.

Sus ojos se abrieron de par en par y me pregunté si había ido demasiado lejos con aquella confesión.

—¿En serio?

—Sí —respondí en tono bajo. Era demasiado tarde para echarme atrás. Si Dan salía pitando y nunca me volvía a dar otra oportunidad, me lo merecería.

—Guau, no me esperaba eso… —murmuró, mientras parpadeaba para ajustarse a la realidad—. De hecho, la lista también me ha afectado a mí.

—¿A ti? —repetí incrédula—. Tu estas en la lista buena.

—Pero soy en número cinco y Fabio… Fabioloso, como le llaman en el instituto, es el número uno. Creí que nunca podría competir con él, que siempre le preferirías. Escuchar eso en tu fiesta de cumpleaños fue como la reafirmación de mis miedos.

No podía creerlo. Todo ese tiempo Dan había estado sintiéndose inseguro sobre la lista, al igual que yo. ¿Quién iba a decirlo? Al parecer incluso la lista buena podía herir la autoestima de los mencionados.

—Lo siento… siento que te sintieras así —me apresuré en decirle. Si había algo que entendía era el sentimiento de no ser suficiente.

Sus ojos buscaron los míos.

—Pero si me dices que Fabio no significa nada para ti…

Pasó un instante hasta que me di cuenta de que él estaba esperando a que se lo confirmara.

Abrí la boca y las palabras que él quería escuchar se me atascaron en la garganta. Así que decidí reagruparlas de otra forma.

—Quiero ser tu novia —solté sin más—. Ese era mi plan desde el principio.

Dan me dedicó una sonrisa pletórica.

—¿Sin nadie más de por medio? —comprobó.

Tragué saliva, notando que el nudo en mi pecho se estaba haciendo más grande. Tenía que enviarlo a lo más hondo de mi ser.

Mi teléfono vibró dentro del bolso y el corazón me dio un vuelco automático.

No lo saqué porque me imaginaba quién podía ser.

—Solo tú y yo —dije al fin.

Él estiró una mano para cubrir la mía y su sonrisa se ensanchó.

—Es curioso, tu eres la que ha trazado una estrategia para conquistarme, pero he sido yo el que ha estado persiguiéndote casi todo el tiempo —admitió con una sonrisa amarga.

—Lo siento —repetí, porque no sabía qué más podía decir—. Con todo lo de la lista he tenido la cabeza en mil sitios. Me ha hecho replantearme cosas sobre mí misma, y hasta mi dinámica con mi familia.

Dan asintió, con una expresión comprensiva y me apretó la mano.

Por dentro, me planteé si había sido la lista o Fabio el que me había empujado a mirar las cosas desde otra perspectiva.

—Esos cabrones de la lista, me encantaría que se descubrieran quiénes son.

Asentí, estando completamente de acuerdo con él. El daño a mi persona ya estaba hecho, pero por lo menos así no volverían a perjudicar a nadie más.

El teléfono vibró otra vez y lo ignoré con un esfuerzo físico.

Dan suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—No quiero competir, Erika. No quiero ser el plan B. ¿Lo entiendes? —Se inclinó hacia delante—. Si estamos juntos, quiero que sea de verdad. No a medias.

Mi estómago se apretó al entender que eso significaba que mi relación con Fabio tendría que terminar.

—Yo tampoco quiero seguir así —dije al fin, sorprendiéndome a mí misma con la firmeza de mi voz.

Dan levantó la vista, algo parecido a la esperanza asomando en sus ojos.

—Entonces vamos a intentarlo. Tú y yo saliendo oficialmente.

—Vale —susurré.

Algo en su rostro se iluminó con lo que parecía alivio y alegría genuina.

Se inclinó hacia delante y me dio un beso corto y firme. Sin las dudas y el titubeo que había tenido en otros besos. Ahora me daba cuenta de que Fabio había estado ahí, como un fantasma entre nosotros todo el tiempo.

—Gracias —murmuró contra mi boca—. Por darnos una oportunidad real.

Sonreí, aunque me dolía algo en el pecho que traté de ignorar.

Mi bolso volvió a vibrar justo mientras Dan se levantaba.

—Voy al baño un segundo.

En cuanto desapareció por el pasillo, saqué el móvil como si me quemara las manos.

Tenía cinco mensajes. Todos de Fabio.

Tengo que ir a comprarme ropa.
¿Me llevas?
Aún me debes lo de tu cumple.
¿Estás durmiendo?
Pixie???

Mi corazón empezó a latir más rápido, golpeando contra mis costillas. Mis dedos temblaban ligeramente mientras tecleaba.

No puedo.

La respuesta llegó en segundos.

¿Por qué? Pensaba que tenías el día libre.

Tragué saliva.

No estoy en casa.

Pausa. Los tres puntitos de escribiendo aparecieron.

¿Dónde estás?

Miré hacia el pasillo donde había desaparecido Dan.

He quedado con Dan.

La notificación apareció casi al instante.

¿Por qué?

Me quedé mirando la pantalla, sintiendo cómo se me retorcía el estómago.

¿Cómo que por qué?

Los puntitos de «escribiendo...» aparecieron. Desaparecieron. Volvieron a aparecer. Desaparecieron otra vez.

Y justo entonces Dan salió del baño, secándose las manos con una servilleta de papel.

Guardé el móvil como si me hubieran pillado haciendo algo ilegal.

—¿Todo bien? —preguntó él, sentándose de nuevo.

La sonrisa que forcé me dolió en la cara.

—Sí. Todo bien —le mentí, porque me sentía cualquier cosa menos bien.

Cuando Dan me dejó en casa una hora más tarde, después de compartir tostadas, de hablar de planes para la semana, de besarnos en su coche como si fuéramos una pareja normal, me sentía oficialmente comprometida. Y extraña.

Salí del coche y Dan me sonrió desde el asiento del conductor.

—Te escribo luego.

—Vale —cerré la puerta y exhalé una bocanada de aire que se llevó parte de mi tensión. Me sentiría mejor cuando aclarara todo con Fabio. Le explicaría que Dan y yo estábamos saliendo oficialmente y él haría algún comentario indiferente que me recordaría que lo nuestro no había sido real.

Me quedé parada un momento, viendo como el coche de Dan se alejaba por la calle y desaparecía al doblar la esquina.

—¿Ni un beso de despedida? —La voz de Fabio me hizo girar sobre mis talones hacia mi casa.

Estaba apoyado en la valla de mi jardín con las manos en los bolsillos de sus vaqueros y gafas de sol, aunque el día estuviera nublado.

Parecía llevar allí un rato. Mi estómago dio un vuelco tan violento que me dolió físicamente.

—¿Qué haces aquí?

—Pregunta obvia —respondió él, apretando la mandíbula como si de verdad le molestara mi estupidez.

—No te creas.

Se incorporó despacio conforme me acerqué, quitándose las gafas de sol. Sus ojos me encontraron inmediatamente.

—Te esperaba. —Aunque su voz sonaba casual, había algo tenso en sus hombros.

—¿Para qué? —Caminé hacia él con pasos que me parecieron demasiado lentos.

—Estaba aburrido.

Mentira. Le conocía, y en esos momentos Fabio estaba cualquier cosa menos aburrido.

Cerré la puerta del jardín detrás de mí, sintiendo cómo me temblaban las manos.

—Te dije que estaba liada.

—¿Con qué? Porque con la lengua de Dan no lo parecía desde aquí.

—Hemos hecho eso en otro sitio —¿Por qué le daba explicaciones?

—Ah… y os habéis empachado tanto que no quedaba hueco para uno de despedida.

Suspiré, sin mirarle directamente.

—No nos gusta hacer esas cosas delante de mi casa, con mi familia aquí.

—¿En serio? —La risita irónica de Fabio no se me escapó—. El sábado en tu cuarto no pareciste tener problemas con que estuviera la mitad de tu familia abajo.

Dio un paso hacia mí reduciendo el espacio entre nosotros.

—¿Para qué has quedado con él? —Su mandíbula estaba tensa, podía ver el músculo moviéndose. Nada quedaba del Fabio pasota que había conocido.

—Hemos ido a desayunar y a aclarar las cosas.

—¿Y? —La palabra salió cortante.

Respiré hondo y sentí que el aire que entraba en mis pulmones no era suficiente.

—Vamos a intentarlo. Ser novios oficiales.

Algo cambió en su expresión.

No parecía enfadado, sino más bien impactado, como si le hubiera abofeteado con mis palabras.

—¿Ser novios? —repitió lentamente—¿Y qué pasa con nosotros?

—Se termina, claro —dije, y me odié por lo débil que sonó mi voz—. No puedo seguir jugando a dos bandas.

—¿Y le escoges a él? —Fabio soltó una risa seca, sin humor—. ¿Y todo lo que dijiste anoche?

—Fabio, estaba borracha y...

Él negó con la cabeza.

—Dijiste que me querías y lo dijiste de verdad.

—Y lo hago. Te quiero —declaré con vehemencia—. No puedo imaginarme mi vida sin ti. Te has convertido en mi mejor amigo en solo dos semanas.

Eso sí le dolió. Lo vi en cómo parpadeó y apretó los labios.

—¿Tienes la costumbre de planear bodas con tu mejor amigo?

—Estaba borracha —repetí, desesperada—. ¿Y qué quieres de mí de todas formas? ¿Que nunca salga con nadie para que puedas

seguir jugando conmigo? ¿Iba en serio lo de que querías arruinarme?

Fabio negó con la cabeza.

—No estoy jugando, pixie —aseguró. Nunca le había visto tan serio antes—. Y sí, iba en serio con lo de arruinarte para otros, porque quiero que seas para mí. Que seas solo mía.

—¿Qué? —dije más bajo. Casi ni me escuchaba a mí misma por lo alto que me latía en corazón—. Tú no quieres una novia. Sales, te emborrachas hasta que pierdes la memoria, te lías con chicas de dos en dos…

—Eso era antes… No he vuelto a estar con nadie desde aquella noche en Inferno.

—Porque te lo pedí… —le recordé.

—No, porque no he querido, Erika. Porque nadie sabe como tú, nadie me hace reír como tú, ni sentirme tan bien como me siento contigo.

Mi garganta se cerró, quemada por el ardor de las lágrimas que me negué a derramar.

—Yo también siento eso contigo —admití porque le debía esa verdad.

—Entonces ¿qué cojones estás haciendo? —No gritó. Si me hubiera gritado, podría haberle gritado de vuelta y ponerme a la defensiva, lo que hubiera sido más fácil para mí.

—Estoy haciendo lo correcto.

—¿Lo correcto para quién? —Fabio dio otro paso hacia mí y me tomó por los hombros— ¿Para tus padres? ¿Para tu lista mental de cómo debería ser tu novio perfecto? ¿Para la versión de ti que crees que deberías ser? ¿Para seguir pidiendo perdón por haber nacido?

Me quedé callada porque tenía razón y los dos lo sabíamos. Mi silencio fue respuesta suficiente.

Fabio asintió despacio, con una sonrisa amarga que no llegó a sus ojos.

—No me ves como material de novio —sentenció.

—No te veo... —busqué la palabra correcta y no la encontré —. Estable. Estás a la deriva y no quiero que me arrastres contigo.

Esas fueron las palabras que lo rompieron todo. Las vi caer entre nosotros y explotarnos en la cara.

Sus ojos parpadearon una vez y apartó las manos de mí.

—He pasado por una mala racha, pero…

—Eres un caos, Fabio —continué, sabiendo que estaba cavando un agujero, pero incapaz de parar—. Y yo no soy lo suficientemente fuerte para eso. Necesito a alguien que me mantenga a flote. No que me arrastre al fondo.

El golpe fue tan visible que podría haber sido un puñetazo en el pecho. Se quedó completamente quieto durante un segundo que pareció eterno.

—Ya veo… —Dio un par de pasos hacia atrás—. Soy el recuerdo salvaje. La aventura de la que te arrepientes cuando recuperas la cordura…

—Para mí, quiero decir. Porque yo no soy fuerte.

—Te he entendido —su voz era plana, casi muerta—. Has sido bastante clara.

—Fabio, yo no...

—No. —Levantó una mano, cortándome—. No tienes que dulcificar nada. Ya está todo dicho, Erika,

El silencio entre nosotros se volvió insoportable. Podía oír los pájaros, el viento en los árboles y un coche pasando por la calle de al lado.

—Yo sí te veo fuerte, Erika —dijo finalmente, con voz más baja pero no menos intensa—. Y no lo digo porque mi intención sea poner a prueba esa resistencia o arrastrarte a nada. Lo que creo es que somos dos personas con heridas que encajan tan bien, que juntos importa un poco menos lo que el mundo nos ha hecho. Yo también he visto tus flaquezas, pero, al contrario que tú, no creo que sean una amenaza para mí. Creo que me haces mejor, Erika. Y por un momento creí que yo también estaba haciendo lo mismo por ti.

Sus palabras me atravesaron el pecho.

—Pero no voy a convencerte de nada —añadió, y algo en su tono sonó a despedida—. Si quieres seguridad... vete con Steinbeck.

Descubre como te sientes cuando tomas decisiones basadas en tus miedos y no en tus deseos.

—Fabio... No quiero que tu y yo… No quiero perderte —Las lágrimas comenzaron a brotar.

—No estoy enfadado —dijo, aunque claramente algo en él se había cerrado como una puerta—. Solo he recibido el mensaje alto y claro.

Se giró para irse.

—Fabio. —Mi voz salió rota.

Se detuvo, pero no se giró del todo. Solo me miró por encima del hombro.

—Que disfrutes de tu novio estable, pixie.

Y se fue, caminando por la acera sin mirar atrás. Sin correr.

Me quedé ahí, en la entrada de mi jardín, con la sensación de haber ganado algo y perdido algo mucho más grande al mismo tiempo.

34

Llevábamos una semana saliendo. Siete días de mensajes de buenos días. Siete días de besos en el pasillo del instituto. Siete días de la relación que siempre quise, con la clase de chico que siempre soñé.

Y no era justo que cuando por fin tenía lo que siempre había querido, mi felicidad se viera empañada por todo aquello que había perdido.

Fabio no me había escrito en ninguno de esos siete días. Yo tampoco a él. Se supone que íbamos a seguir siendo amigos, pero no éramos ni conocidos. El primer día que pasé a buscarle a casa ya no estaba, y Sasha me dijo que se había ido en autobús. Eso fue suficiente para que captara el mensaje y no pasara a por él nunca más.

Tampoco le había visto por el campus y eso que mis traicioneros ojos le buscaban sin parar. Era demasiado insegura para soportar que alguien estuviera molesto conmigo sin obsesionarme con ello.

Había comprobado su foto de WhatsApp seis veces el lunes. Me había hecho la remolona en la cafetería para ver si le pillaba. Nada. Sabía que estaba yendo a clase porque Zack y Rebecca le habían visto.

Después de varios días dejé de buscarle, o eso me decía a mí misma.

El viernes, Dan había insistido en que conociera bien a sus amigos. No como el grupo que coincidía en fiestas o en los pasillos, sino una doble cita formal, planificada con días de antelación.

Había elegido un restaurante italiano del centro. Con velas en las mesas, música italiana y manteles blancos. Los camareros iban vestidos de negro y preguntaban que querías tomar con una solemnidad exagerada.

—Me gusta este sitio —me dijo mientras me sujetaba la puerta de entrada. Siempre tenía esos detalles caballerosos que me hacían sentir especial. Incómoda, pero especial.

—¿Ya has estado aquí antes?

—Con mis padres. Es un poco... —Buscó la palabra—. Serio, pero la comida está buenísima.

Asentí, sonriendo.

La otra pareja ya estaba sentada cuando llegamos, estudiando los menús con concentración. Jeremy y Dee. Ella era amiga de Dan desde pequeños y él era una nueva incorporación al grupo que había cuajado muy bien. La que aún estaba en tela de juicio era yo.

—¿Y esa pareja tan guapa? —bromeó Jeremy cuando nos vio acercarnos.

Dan se rió.

—Tampoco exageres. —Me tomó de la mano en cuanto nos sentamos—. Bueno, mi novia sí que lo es.

Lo dijo con una satisfacción casi imperceptible y tuve la impresión de que había estado practicando cómo sonaría en voz alta.

Los camareros llegaron enseguida al ver que ya estábamos todos. Dan apoyó la mano en mi rodilla bajo la mesa mientras me hacía sugerencias: pan de ajo y arancinis para compartir.

Con lo convencido que estaba, no me quedó otra que acceder a todo, sin saber lo que llevaba.

La conversación empezó ligera: clases, profesores, el examen de matemáticas que nadie había aprobado del todo.

Luego derivó hacia los planes de verano. Las prácticas de Jeremy y la Universidad de Dee en el extranjero. Dan intervenía con

seguridad, hablando de su futuro como si estuviera escrito en las estrellas.

—El año que viene quiero empezar a preparar oposiciones —dijo, partiendo el pan—. Cuanto antes, mejor para ir subiendo puestos rápido.

—Lo tienes todo clarísimo —asintió Dee, con genuina admiración.

Yo asentí también, pero en ese momento me di cuenta de que no había margen de improvisación con él. Ni siquiera sabía como plantearle mi idea de ir a vivir al extranjero una temporada. Tenía la sensación de que Dan era la típica persona que nunca saldría de su ciudad, y eso estaba bien, pero me agobiaba pensar en estar atada de esa forma.

Dan me miró, leyendo mi silencio.

—Erika todavía está decidiendo.

Todavía. La palabra me sentó mal. ¿Estar «todavía» decidiendo lo que iba a hacer de mi vida con dieciocho años era un delito?

—No es fácil elegir universidad —añadió con tono tranquilizador, pero con un matiz ligeramente paternal que no supe si él notaba.

—No tengo prisa —dije, intentando sonar segura.

—Bueno. —Dan me dedicó una sonrisa cómplice—. Alguien en esta relación tiene que ser espontáneo.

Sus amigos se rieron y yo sonreí. Por un momento quise estar en otro lugar, pero se me pasó rápido.

Cuando llegaron los primeros platos, la conversación giró hacia la gente del instituto.

Era inevitable acabar cotilleando sobre los demás cuando estaba con ellos.

—Menuda estupidez lo de la lista de este año —comentó Dee, dedicándome una mirada piadosa—. Aunque hay que admitir que el número uno era bastante obvio.

—¿Fabioloso? —Jeremy soltó un bufido—. Entiendo que es guapo, pero las chicas del instituto exageran un poco.

—Ya, especialmente la que le haya puesto ese apodo —intervino Dan—. Hay que estar desesperada…

Por el salto que di, parecía que me había electrocutado.

—A mí me parece ingenioso —respondí seca, y le di un sorbo a mi copa de vino.

Dan se tensó un poco antes de encogerse de hombros y apartarme la mirada.

—La verdad es que a mi me hizo mucha gracia cuando lo escuché —confesó Dee ofreciéndome una sonrisa de camaradería.

Jeremy la acribilló con la mirada y sacudió la cabeza.

—Estáis todas enchochadas con el brasileño.

—Por eso le han puesto en el número uno —dijo Dan, con una sonrisa tensa. Debía de haberle dado vueltas a aquello muchas veces—. Porque es brasileño.

—Claro —concedió Jeremy en un concurso de egos masculinos heridos—. Pero tú tampoco sales mal parado. Número cinco no está nada mal.

—Supongo —murmuró Dan. Luego me miró—. Sobre todo, cuando mi chica me ha preferido a mí por encima del Fabioloso número uno.

Se rio de su propia broma, mientras su pulgar dibujaba un pequeño círculo en mi rodilla.

Yo le sonreí, pero noté algo incómodo dentro de mí.

—¿A sí? —se interesó Jeremy, conforme llegaba el segundo plato— ¿Y cómo fue eso?

Dan respondió antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Erika se acercó a Fabio solo para darme celos.

Se me borró la sonrisa forzada de la cara. ¿Por qué tenía que contarles eso?

—No fue exactamente así —negué sin mucha suavidad.

—Bueno, algo de estrategia hubo. —Me guiñó un ojo, pero parecía tenso—. Tú misma me lo confesaste.

En confidencia. No para que se lo contara a sus amigos para quedar por encima de Fabio y satisfacer su ego herido.

Fue Jeremy quien mencionó a Fabio por segunda vez. Hasta ese momento no me había dado cuenta de la envidia que generaba

Fabio entre los chicos de Sydney Grammar.

—Ese tío vive en modo permanente de despedida de soltero —bromeó después de contar una anécdota sobre una fiesta reciente donde alguien había acabado cantando sobre una mesa.

Así que Fabio había vuelto a las andadas. Por alguna razón me sentía culpable, aunque racionalmente supiera que lo que hacía Fabio con su vida era solo responsabilidad de él.

—Qué desperdicio. —Dee suspiró con pena—. Unos amigos que van a su clase me han dicho que es super listo, pero siendo tan fiestero lo mismo acaba mal.

Dan no dijo nada, pero yo sí.

—No todo el mundo que se desmadra está perdido —Las palabras salieron antes de que pudiera filtrarlas.

Un silencio breve siguió mis palabras. Jeremy arqueó ligeramente una ceja.

—Claro —dijo Dee rápidamente, reajustando—. Pero ya sabes a lo que me refiero. No es un estilo de vida muy sostenible a largo plazo.

Dan apartó la mano de mi pierna.

—Erika y Fabio son buenos amigos —explicó él—. Aunque últimamente no te he visto mucho con él.

Lo dijo como si no me hubiera pedido él mismo que me alejara de Fabio hacía menos de una semana.

Asentí sin añadir nada, porque decir algo más habría requerido demasiada información. Y no estaba segura de poder explicar mi relación con Fabio sin que se notara todo lo demás.

Cuando salimos del restaurante, se había hecho de noche. Me froté los brazos porque la temperatura había bajado considerablemente. Dan me rodeó los hombros con su brazo, siempre atento a mis necesidades. Si algo me había quedado claro después de una semana saliendo con él, es que era un chico de detalles y gestos bonitos.

Nos despedimos brevemente de Jeremy y Dee bajo una farola en la acera. Nos íbamos a ver en un rato en la casa de alguien del instituto. La mención a la fiesta me hizo recordar lo que había dicho Jeremy sobre que Fabio había vuelto a las andadas.

Distraída con eso, no me di cuenta de que Dan me estaba buscando para un beso hasta que me tuvo contra el chasis de su coche.

Fue intenso, con lengua, de esos que deberían dejarte con las piernas temblando.

Yo cerré los ojos y respondí con la misma intensidad. Intenté encontrar algo más que familiaridad y esa sensación vagamente agradable, pero no llegó. Mi estómago no se llenó de mariposas, mi entrepierna no despertó y tampoco noté humedad.

Ya casi me parecía que había soñado esa reacción en otros besos.

Dan abrió la puerta del coche para mí. Me senté y me abroché el cinturón, preguntándome si Fabio estaría en la fiesta. Si tendría que verlo besando a otra. U otras. Casi prefería que fueran varias.

Miré por la ventanilla mientras él conducía y hablaba de sus amigos. Yo asentía, observando cómo el mundo pasaba en negro y naranja, y una idea cruzó por mi mente:

¿Era normal que una relación segura pareciera un poco aburrida? ¿No había intensidad sin caos y riesgo?

No tenía ni idea. Ese era mi problema.

35

La casa ya estaba llena cuando llegamos.

La música alta bombeaba desde dos altavoces colocados en el salón. Estaban poniendo hip-hop, no mi favorito, pero podía haber sido peor.

Paseé la mirada por la estancia. Las luces bajas convertían las caras en sombras danzantes. Había vasos rojos en todas las superficies, mesas, repisas, el suelo, hasta en los escalones que llevaban a la planta de arriba.

Dan me rodeó la cintura nada más cruzar la puerta para evitar que nadie me empujara o diera codazos. Pero yo llevaba demasiadas fiestas por mi cuenta para verlo necesario. De hecho, tenía la impresión de que me había confundido con alguna florecilla delicada cuando yo era más bruta que algunos chicos. Él no sabía que Erika Summers era la clase de flor que brotaba entre dos piedras.

Hice el amago de ir hacia la cocina porque estaba sedienta después de toda la sal que tenía la comida del italiano. Los dedos de Dan se cerraron alrededor de mi cadera.

—Quédate cerca —me dijo al oído, su aliento cálido contra mi cuello—. Hay demasiada gente metida aquí dentro.

Sonaba más preocupado que controlador, pero a estas alturas yo ya estaba de mal humor y me estaba irritando hasta su forma de respirar.

Saludamos a varios conocidos mientras nos adentrábamos. Algunos me miraron con curiosidad nueva, al ver que íbamos tan pegados.

—Así que al final sí era verdad —susurró una chica de mi clase al pasar, lo suficientemente alto para que lo oyéramos—. Ha cambiado a Fabioloso por Steinbeck.

—Dirás que Fabio se cansó de ella y tuvo que bajar puestos en la lista —dijo alguien a su lado.

Me giré para ver si Dan había escuchado eso, pero su expresión seguía neutra.

Dan me presentó a un grupo cerca de la cocina.

—Sí, estamos juntos —su tono de «asunto cerrado» hizo que me costara un poquito más respirar.

Jeremy apareció con dos vasos llenos de algo naranja que olía a vodka.

—Para vosotros —anunció con una sonrisa de simpatía.

Dan aceptó el suyo sin dudar. Yo también, aunque el olor me hizo arrugar la nariz.

A pesar de que no me entusiasma el sabor, el alcohol me bajó más fácil de lo normal. Tal vez porque estaba distraída, buscando a alguien con la mirada.

No fue hasta que un grupo grande se movió al salón con sus vasos ya rellenados que le vi.

Me dio un vuelco el corazón.

Estaba apoyado contra la encimera con una botella de vodka en la mano, bebiendo directamente a tragos largos.

Sasha estaba con él, hablándole de algo con gestos amplios, pero Fabio apenas respondía. Solo asintió de forma mecánica. No llevaba esa energía magnética de siempre que hacía que la gente gravitara hacia él sin darse cuenta.

Parecía... apagado. O quizá era cosa mía.

—No le mires tanto. —La voz de Dan me sacó del trance.

Me había pillado.

—No le estaba mirando —mentí fatal.

Dan siguió mi mirada hasta la escena.

—Está perdido —comentó con una neutralidad forzada—. Me han dicho que el martes se fue antes de acabar las clases. Que lo vieron borracho en el parking a media tarde.

Se me revolvió el estómago.

—No te creas todo lo que escuchas.

Dan se encogió de hombros.

—Él verá. —Me tomó la barbilla con los dedos y me giró el rostro hacia él—. Dame un beso, anda.

Fabio levantó la cabeza en ese preciso momento.

Conforme Dan me besaba, mis ojos buscaron a Fabio por encima de su hombro. Levantó la botella hacia mí en un brindis silencioso.

Apreté los dientes. No era mi culpa que estuviera destrozándose el hígado. No lo era… me lo repetí hasta creérmelo.

Con lo listo que era, debería ser más fuerte.

Fabio apartó la mirada primero. Se giró de vuelta hacia Sasha y le dijo algo que la hizo fruncir el ceño con preocupación.

Cuando volvimos al salón me dio la impresión de que habían subido el volumen de la música. Alguien gritó algo sobre un juego de beber y otro grupo se organizó para jugar al beer pong en la mesa del comedor.

Dan me guio por el salón, con una mano firme y cálida en la parte baja de mi espalda.

Jugamos a algo que no entendí del todo. Bebí cada vez que perdía, que fue varias veces porque no estaba prestando atención a las reglas.

Dan estaba especialmente cariñoso. Besos en la sien cada pocos minutos y una mano firme en alguna parte de mi cuerpo de forma constante. Casi parecía que si perdíamos contacto iba a desintegrarme.

En algún momento, el grupo cerca de nosotros volvió a mencionar la lista.

—Deberíamos sacar a Erika de la lista, ahora que se ha calzado a dos follables —bromeó uno, claramente borracho.

—Que le jodan a esa lista —respondió Dan, pasando el brazo por mis hombros y atrayéndome hacia él—. Los que la hicieron no tienen ni idea de nada.

Hubo risas, algún aplauso de broma y alguien silbó.

Yo sentí una presión persistente en el pecho. No había suficiente oxígeno en esa casa

Desde el otro lado de la habitación, vi a Fabio observando la escena con indiferencia. Se sirvió otro trago directamente de la botella y Sasha intentó quitársela de las manos, sin conseguirlo.

En algún momento, entre canciones de trap que sonaban igual de horribles y conversaciones que no seguía, Fabio cruzó el salón para ir hacia el baño o a algún otro lugar.

Me tensé igual, aunque no viniera hacia mí.

Jeremy le dio una palmada en la espalda al pasar.

—¡Número uno! ¿Vas a dar un discurso? ¿Algún truco para los mortales?

Fabio sonrió, pero no con los ojos.

—Lo voy a recopilar todo mejor en un libro y así me forro —bromeó, haciendo reír a la gente.

Dan soltó una risa breve desde donde estábamos sentados.

—Se lo tiene un pelín creído —dijo Jeremy, demasiado alto.

Fabio se detuvo y se giró lentamente.

Le clavó la mirada.

—¿Eso crees? —El aire se volvió espeso y me dio la impresión de que la música había bajado, aunque seguía al mismo volumen—. Dame quince minutos con tu chica y te lo demuestro.

Me levanté de golpe y me interpuse entre ambos, aunque ninguno de los dos me prestó atención. Quedé atrapada en el espacio donde sus miradas luchaban.

—No la líes —dije en voz baja, empujando sus hombros para alejarle. Jeremy jugaba al rugby y podía arrancarle la cabeza con bastante facilidad.

Fabio bajó la mirada hacia mí.

—Tranquila, pixie —me sorprendió la suavidad del tono que usó conmigo—. Esta cara bonita no puede romperse.

El apodo sonó demasiado íntimo y cariñoso en esa habitación llena de gente. El recordatorio de que habíamos sido algo que nadie más entendía del todo.

Dan apareció a mi lado, y cuadró los hombros para parecer más amenazante.

—Ese apodo sobra —gruñó, marcando territorio—. ¿No ves que ahora es mi novia?

Fabio ladeó la cabeza con esa expresión suya que significaba que estaba a punto de decir algo devastador.

—Lo que veo es que no aparta los ojos de mí.

Dan intentó rodearme para ir a por él, pero me pegué a su costado con todo mi peso. Se separó de mí bruscamente y le plantó una mano en el pecho, haciéndole retroceder un paso.

La habitación se había quedado en silencio. Alguien había tenido el detalle de bajar el volumen de la música, para que todos pudieran enterarse de lo que estaba pasando.

—Basta —grité, tratando de tirar del brazo de Dan.

Fabio avanzó para devolvérselo, pero en cuanto hubo un hueco me interpuse entre ellos.

Sasha también agarró a Fabio del brazo con firmeza.

—Nos vamos —chilló, empujándole en la dirección contraria.

Él se resistió medio segundo. Luego miró mi cara y lo que fuera que vio en mi expresión, hizo que se dejara arrastrar.

Lo vi desaparecer por el pasillo, Sasha prácticamente empujándolo hacia la puerta trasera.

Dan soltó el aire que había estado conteniendo.

—No sé cómo te pudiste liar con ese idiota —dijo, girándose hacia mí.

—¿Por qué le has empujado? —Nunca le había hablado tan enfadada.

—Lo iba buscando.

—Está borracho, no tienes que seguirle el rollo. —Me crucé de brazos, dando un paso atrás.

La gente nos observaba y Dan se tensó al notarlo. La música ya había vuelto a subir, pero se podía deducir mucho de nuestras posturas y algunos estarían incluso leyéndonos los labios. Quiza por eso se acercó a mí para susurrarme al oído.

—Tal vez quería pegarle porque tenía razón, no paras de mirarle, Erika.

La frase se quedó flotando entre nosotros.

—Solo estoy preocupada por un amigo —me defendí.

—Ah, creía que desmadrarse un poco no era preocupante —repitió mis palabras del restaurante con tono de burla.

Sacudí la cabeza, decepcionada. Nunca hubiera pensado que Dan actuaría así por su ego. Pero no tenía que haberme sorprendido tanto del tipo que dejó de ligar conmigo cuando salió la lista. No fue hasta que Fabio volvió a convertirme en algo públicamente deseable que retomó su interés.

Sus dedos se entrelazaron con los míos.

—No es tu responsabilidad, Erika —su voz se volvió más suave.

—Ya… pero me duele ver a un amigo así.

Dan asintió comprensivo y noté que estaba haciendo un gran esfuerzo por mostrarse razonable. Así que me forcé a relajarme también.

Más tarde, cuando la fiesta empezaba a vaciarse y los más borrachos se habían ido o dormido en los sofás, Dan me llevó a casa.

Hicimos el viaje en silencio, solo con la radio de fondo.

Cuando llegamos a mi casa, me besó antes de bajarme. El tipo de beso que intenta arreglarlo todo sin palabras. Pero para mi esa noche ya estaba estropeada y sin reparación posible.

—Siento haber empujado a tu amigo, ¿vale? —soltó a regañadientes, al ver que yo seguía ausente—. Me pone nervioso que sea tan chulo y que se crea que solo te tengo porque él ha pasado de ti.

—Lo sabe —admití y Dan frunció el ceño—. Justo después del desayuno donde lo aclaramos todo, Fabio vino a verme y me dijo que quería que lo intentáramos también.

La sorpresa modificó sus facciones, seguida de satisfacción de saber que oficialmente le había elegido a él por encima de Fabio.

—Vaya… ahora entiendo su comportamiento de esta noche —dijo, pensativo—. Tiene el corazón roto.

No pude responderle, porque en ese momento, al escuchar esas palabras, el mío también se rompió.

Dan apartó un mechón de cabello de mi frente, mientras observaba mi rostro ajeno al dolor que me estaba atravesando.

—Eres preciosa, Erika —dicho eso, volvió a besarme con más profundidad esta vez. Cuando su mano aterrizó en mi muslo y comenzó a subir, tuve que echarme hacia atrás.

—Lo siento, el alcohol me ha sentado mal. —No fue una mentira del todo porque notaba el estómago revuelto—. Hablamos mañana, ¿vale?

Dan asintió y me dio un beso rápido de labios cerrados.

—Bebe mucha agua antes de acostarte —me recomendó.

Asentí y salí del coche sintiendo el peso de algo más que el exceso de alcohol.

36

Cuando me desperté al día siguiente, de primeras no supe por qué tenía un nudo en el pecho. Luego lo recordé todo de golpe. La casa llena, la música demasiado alta, Fabio bebiendo directamente de la botella, Dan empujándole. Y sobre todo, la forma en que me había mirado antes de irse con Sasha. Se había dado por vencido. Y eso me decía todo lo que necesitaba saber.

Antes de lavarme la cara siquiera, comprobé mi móvil, con la esperanza de que la confrontación de anoche hubiera despertado algo en Fabio. Ahora… ¿porqué quería eso cuando yo misma le había rechazado? No tenía ni idea.

Pero los mensajes que tenía eran de Dan, enviados a las ocho y doce de la mañana.

> ¿Cómo estás?
> ¿Te duele la cabeza?
> Siento lo de anoche otra vez. ❤️‍🩹

El corazón rojo me pareció fuera de lugar.

> Bien, un poco de resaca.

No añadí ningún emoji, ni dije nada sobre quedar. Mi reacción a su mano en mi pierna la noche anterior me dijo que necesitaba espacio. O tal vez, arreglar las cosas con Fabio y asegurarme de que estaba bien, arreglaría también lo mío con Dan. Me agarré a esa idea como a un clavo ardiendo.

Me pasé la mañana comprobando el móvil. El sonido estaba puesto, pero lo revisaba igualmente.

Me incorporé en la cama y sentí un mareo leve que me obligó a quedarme quieta unos segundos. Fui al baño despacio, agarrándome a la pared. Mi reflejo en el espejo era un desastre, y no estaba segura de que mi mala cara fuera solo por la resaca.

El móvil vibró en la habitación dos veces. Volví a la cama corriendo y me lancé a por él. Esa vez era Sasha.

¿Estás despierta?

Mi pulso se aceleró mientras tecleaba.

Sí.

La respuesta llegó enseguida.

Se pasó un poco anoche.
No suele ponerse así. Nunca le había visto pelearse.
Tuvo una mala noticia hace poco. Solo quería que lo supieras.

Me senté en el borde de la cama, sintiendo cómo se me encogía el estómago.

¿Está bien?

Los tres puntos de que estaba escribiendo, aparecieron. Me mordí el labio a la espera.

Sigue dormido.
Mejor no le escribas hoy.

Eso último me dolió. Sonaba a que creía que yo era mala para él.

No iba a hacerlo.

Mentira. Había abierto nuestro chat tres veces desde que me había despertado. Pero había borrado todos los mensajes antes de enviarlos.

Porque ¿qué derecho tenía yo a preguntar? Había elegido. Había cerrado esa puerta. No podía abrirla solo cuando me convenía, porque me sintiera culpable.

Dan quiso verme esa tarde. Me mandó un mensaje a las dos preguntando si estaba libre para dar un paseo. Y acepté porque eso hacían las novias normales y porque un paseo sonaba seguro, sin coches de por medio donde las manos pudieran ir al pan.

Nos encontramos en el parque de siempre, cerca del lago donde habíamos paseado otras veces. Él trajo dos cafés para llevar y me dio un beso suave al verme.

—¿Estás mejor? —preguntó, estudiando mi cara. Su preocupación genuina me hizo sentir peor persona por estar hecha un lío.

—Sí. Se me ha pasado un poco la resaca.

—Lo siento, no debería haber dejado que bebieras tanto.

No dije nada. Porque técnicamente nadie me había obligado a beber. Pero también porque no me gustaba su paternalismo.

Nos sentamos en nuestro banco habitual, cerca del agua. Los patos se acercaron pensando que teníamos comida, y me rebusqué los bolsillos. Nada. Iba a decepcionar hasta a las aves.

El silencio fue cómodo durante unos minutos mientras bebíamos café y contemplábamos el agua. Luego empezó a ser raro, un silencio que tiene cosas no dichas flotando en él.

—He estado pensando —dijo él finalmente, girándose hacia mí—. No quiero que haya tensiones entre nosotros por lo que pasó anoche.

—No es por tu culpa.

—Bueno... —exhaló por la nariz, mirando al frente—. Tampoco es solo por culpa de Fabio. Yo… a veces tengo celos de él.

Me sorprendió que lo reconociera y me dijo cosas buenas de él. Cosas que ya sabía, pero que últimamente me costaba recordar.

—Erika —añadió serio—. Si sientes algo por él, prefiero saberlo ahora. Antes de que lo nuestro evolucione.

La pregunta cayó con delicadeza, pero para mí tuvo el impacto de dos bombas.

Quise negarlo, pero se me cerró la garganta. Y me quedé callada demasiado tiempo. Un silencio que hablaba por sí solo.

La mandíbula de Dan se tensó al entenderlo y apartó la vista hacia el lago, visiblemente enfadado.

—No quiero salir con él —dije por fin. Y era verdad. Sabía que no funcionaríamos como pareja.

—¿Y entonces? —insistió Dan, girándose completamente hacia mí ahora— ¿Qué es? ¿Atracción? ¿Nostalgia? ¿Qué?

Miré hacia el cisne que agitaba las alas en el agua.

—No lo sé. —Era la respuesta más honesta que tenía.

Dan se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—No puedo competir con un «no lo sé», Erika.

—Ya lo sé. No estoy pidiendo que compitas.

—No, me estás dejando directamente —murmuró, mirando al suelo. Se levantó del banco bruscamente y dio dos pasos hacia el lago antes de volverse.

—Me gustas mucho —añadió más bajo, con una intensidad que no le había oído antes—. De verdad. Pero no quiero ser el novio tonto mientras tú miras al chico malo con nostalgia.

Me puse de pie también, sintiendo cómo se me aceleraba el pulso.

—Lo siento, de verdad. No te estoy usando. Solo estoy confundida.

—Lo sé —dijo rápido, casi interrumpiéndome—. Eso es lo peor. Que no lo haces aposta. Que realmente lo estás intentando.

Se acercó a mí y me cogió la mano.

—Pero eso no es justo para mí. Quiero estar con alguien que no tenga que intentarlo.

Asentí, notando que se me salían las lágrimas. Tenía razón, Dan no se merecía estar con alguien que se pasaba la mayor parte del tiempo pensando en otro.

Se acercó más y me besó en la frente, y otra vez no sentí nada ante su contacto.

Cuando se fue, caminando hacia el parking con las manos en los bolsillos, sin mirar atrás, me quedé un rato sola en el banco.

Sentía que acababa de renunciar a un sueño, pero también notaba alivio.

Saqué el móvil y abrí el chat de Fabio sin pensarlo. Un acto reflejo y destructivo a la altura de rascarse una picadura que sabes que no deberías tocar.

La última conversación seguía ahí, congelada en una normalidad que ya no existía.

Escribí:

¿Estás bien?

Lo miré durante treinta segundos, mi dedo flotando sobre el botón de enviar. Podía hacerlo, podía pulsar y abrir esa puerta. Pero ¿para qué?

Fabio se cansaría de mi incluso antes de empezar, o yo de él, de su caos.

Borré el mensaje, letra por letra y bloqueé el móvil.

—No es el chico para ti, Erika —me dije en voz alta.

Y no pensaba traicionarme a mí misma de esa manera.

37

El correo del instituto llegó el martes por la mañana, enterrado entre spam y notificaciones pendientes.

Asunto: Gala de Becas Universitarias - Asistencia Obligatoria.

La nueva directora de Sydney Grammar quería lucirse un poco y había organizado esa cena, no, perdón: esa gala, para brillar un poquito delante del claustro y los padres.

Yo iba porque había conseguido la beca académica completa para la universidad estatal. Cuatro años pagados de matrícula, libros y alojamiento. Todo cubierto si conseguía mantener el promedio. Era la única forma en que podía permitírmelo sin pedirles nada a mis padres.

Rob iba porque había conseguido la beca deportiva de fútbol. Cuatro años en la universidad de sus sueños, todo pagado, más un estipendio mensual para gastos.

El salón del hotel Grand Mirage estaba iluminado con lámparas de araña que hacían que todo pareciera sacado de un capítulo de los Bridgerton. Mesas redondas con manteles color marfil y copas alineadas que reflejaban las luces. Había un escenario al fondo con el logo del instituto proyectado en una tela blanca gigante.

Los becarios nos sentábamos en las mesas de adelante y los padres en las de detrás.

Me puse un vestido negro sencillo que había comprado en rebajas. Cuello alto. Mangas largas y un maquillaje más dramático del que solía usar. Rebecca me había dicho que parecía una modelo del Vogue, lo cual era generoso.

Ví a Fabio antes de que él me viera a mí. Estaba cerca de la entrada, y por la forma en que se ajustaba la corbata era evidente que se la acababa de poner en el coche. El traje oscuro, con camisa negra le quedaba bien pero no era su mejor color. Me gustaba más de blanco… me gustaba. Punto final. Lo mejor era admitirlo.

El peinado sí que le quedaba de infarto. Casi podía oír el crujir de los cuellos y los corazones acelerándose a su paso. Pero lo más impresionante de aquel chico no era su aspecto, lo más impresionante de todo era la beca de investigación científica que había conseguido. La más prestigiosa del currículum escolar. Todo eso logrado mientras se emborrachaba y se tiraba a media ciudad. ¿Qué podría lograr Fabio Schwarz si se centrara?

Nuestros ojos se encontraron a través del salón y me pregunté si los demás también habían sentido esa corriente eléctrica entre nosotros.

La organizadora nos sentó por tipo de beca, no por orden alfabético. Dos mesas para becas deportivas, donde estaba Rob chocando palmas y brillando. Cuatro para las académicas generales, Jane, Rebecca, Zack y yo en una de ellas. Pero solo hizo falta una mesa para las becas de investigación y mérito especial. Fabio con otros tres estudiantes.

Desde mi asiento podía ver a mis padres en la mesa de atrás. Mi padre estaba charlando con otros padres de atletas, probablemente sobre el partido del sábado.

Mi madre se levantó para sacarle una foto a Rob con sus amigos. No quería notar el detalle de que no me habían sacado ni una a mí, pero no pude evitarlo.

Ver álbumes familiares de viajes o eventos a veces era una tortura, porque parecían un reportaje de Rob, mientras que yo salía de refilón. La prueba gráfica de lo que suponía mi existencia para

ellos. Pero no podía seguir sufriendo por mi familia toda mi vida. Tenía que meterme en la cabeza que la única persona con la obligación de apreciar mi existencia y cuidarla era yo. Y en eso sí que no podía fallar. Todo lo demás podía irse a la mierda, pero yo tenía que intentar estar ahí para mí misma todos los días.

La directora subió al escenario con un vestido que podía haber estado en la ceremonia de los Oscar.

—Buenas noches a todos. Bienvenidos a la Primera Gala Anual de Becas Universitarias.

Cuando los aplausos corteses se acabaron, la directora dio un discurso sobre la excelencia y el esfuerzo. Nos animó a representar al instituto con orgullo.

Desconecté un poco al ver que iba a extenderse. Rebecca y yo murmurábamos por lo bajo sobre los vestidos que nos gustaban más, hasta que noté un cambió en el tono.

—Sin embargo... —El murmullo del salón se ahogó—. Antes de celebrar, debo abordar un asunto serio. Como sabéis, cada año hay un incidente con una lista. Una lista ofensiva, degradante, que se distribuyó de forma anónima entre el alumnado.

Oh, oh.

—No pienso permitir que esta… hiriente tradición se repita bajo mi mandato. Hemos estado investigando el origen de esta lista durante semanas. Y quiero dejar claro que cuando identifiquemos a los responsables, habrá consecuencias severas.

El silencio era absoluto ahora.

—Esto incluye, y quiero ser muy clara, la revocación inmediata de cualquier beca otorgada por esta institución.

Un sentimiento de esperanza invadió mi pecho. Ojalá esa amenaza bastara para que esos cabrones no volvieran a hacerlo.

—No toleraremos este tipo de comportamiento. La lista no solo violó nuestro código de conducta, sino que dañó la reputación del instituto y causó dolor innecesario a vuestros compañeros.

Miré a Rob instintivamente. Como número tres de la lista estaba segura de que no le gustaría escuchar eso.

Mi hermano tenía la mandíbula apretada y los nudillos blancos alrededor de la servilleta.

«Que se fastidie» pensé.

—Si alguien tiene información sobre quién creó o distribuyó esta lista, les insto a que se acerquen. De forma confidencial si lo prefieren. Pero necesitamos llegar al fondo de esto. —La directora hizo una pausa dramática—. Dicho esto, continuemos celebrando a nuestros excelentes estudiantes...

Un poco más tarde, cuando la gente se había levantado para socializar entre el primer y segundo plato, Fabio apareció a mi lado.

—Ven conmigo —dijo en voz baja—. Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —pregunté incrédula. Llevaba casi dos semanas evitándome y quería hablar justo ahora durante la cena.

—Es sobre la lista.

Me congelé.

—¿Qué?

—Aquí no —dijo y echó a andar sin comprobar si yo le seguía.

Fue hacia el lateral del salón, cerca de las ventanas, donde había menos gente.

—¿Viste la reacción de tu hermano a lo que dijo la directora?

Mi corazón empezó a latir más rápido.

—Ah, sí, no le ha gustado. ¿Por?

—Erika... —Se pasó una mano por el pelo, deshaciendo el peinado cuidadoso—. Creo que tu hermano está involucrado.

—¿Qué estás diciendo?

Fabio miró alrededor, asegurándose de que nadie nos escuchaba.

—Llevo tiempo sospechándolo que él y sus amiguitos están detrás de eso. Durante las prácticas siempre están puntuando a la gente por sus cuerpos o su estilo y cosas así. El día de tu cumple, fue a apuntar mi nombre en el vaso de papel que me había servido y le pedí que añadiera el apellido, por si había algún otro Fabio. Él se rio diciendo que solo estaba yo en toda Australia, pero lo escribió. Lo escribió mal, igual que en la lista.

—¿Tu apellido estaba mal escrito en la lista? —me sorprendí, porque no lo había notado.

—Sí.

—Eso no prueba nada —balbuceé, notando que se me había helado la sangre—. Tu apellido es extranjero y poco trabalenguas. Seguro que lo escriben mal a menudo.

—Sí, pero no de esa forma en particular, con una t antes de la z, ese error es muy concreto, ¿no crees? Así lo escribió Rob en mi vaso en tu fiesta de cumpleaños.

Me quedé sin respiración.

—¿Y si lo vió así en la lista y por eso cree que es la forma correcta de escribirlo? —inisistí desesperada.

—Lo lee todos los días en mi camiseta cuando entrenamos.

—Joder… Rob no… Rob no me haría eso —musité, pero la verdad es que no estaba segura.

—¿No has visto su cara cuando Foster ha dicho que los responsables se quedarán sin beca? Estaba sudando.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—Ese cabrón —grité, atrayendo algunas miradas hacia nosotros.

Fabio me tomó del brazo y me recostó contra la pared, al ver que me había inclinado hacia delante. Me costaba respirar y me temblaban las manos.

—¿Cómo puede hacerle eso a su propia hermana?

—Lo siento —murmuró Fabio y levanté la vista hacia su rostro.

—No tienes la culpa de que sea un cretino cruel.

—Sinceramente, creo que él tampoco la tiene. Tus padres le han malcriado.

—Ya, dime algo que no sepa —gruñí.

—Tampoco te enfades con ellos —continuó Fabio—. Había un libro en la estantería de tu salón, algo sobre niños médicamente frágiles y estaba subrayado.

—¿Qué?

—¿Alguno de los dos estuvo enfermo de pequeño?

Negué con la cabeza, confusa.

—Pudo ser Rob antes de que nacieras o de antes de que tuvieras recuerdos. Estaba bastante usado.

Las palabras de Fabio hicieron que la habitación me diera vueltas.

Busqué a Rob con la mirada. Estaba hablando con dos de sus compañeros de equipo y los tres parecían tensos. Uno de ellos señaló discretamente hacia la directora y Rob negó con la cabeza, diciéndole algo en voz baja.

—¿Me crees ahora? —Fabio les estaba observando también—. Están cagados porque si los pillan, pierden las becas.

El vestido me apretaba, no podía respirar.

—¿Por qué? ¿Por qué me haría algo así?

—Porque es un capullo con complejo de superioridad. —La brutalidad de la respuesta me golpeó—. Tal vez no quería ponerte en la lista, pero los demás le presionaron.

Eso no me ayudaba. Lo había hecho, me había hecho daño a mí y a otras personas.

Miré a mis padres. Seguían charlando, ajenos a todo.

Las lágrimas me quemaban pero me negaba a dejarlas caer.

—¿Y qué hago ahora? ¿Delatarlo?

—Esa decisión es tuya. —Fabio apartó su mano de mi brazo —. Pero tienes el poder ahora. Podrías hacer que pierda la beca.

Negué con la cabeza baja.

—Es mi hermano, no puedo hacer eso.

—Lo entiendo, pero alguien tiene que darle una lección.

Mis ojos volaron hacia su rostro.

—No irás a denunciarles, ¿verdad? —me preocupé.

—No, es tu decisión —concedió Fabio y se alejó de vuelta hacia su mesa.

Casi todo el mundo ya se había sentado y los camareros estaban llegando con los segundos platos.

Regresé a mi asiento en piloto automático y no toqué la comida.

La directora volvió a colocarse detrás del micrófono.

—Y ahora, nos gustaría invitar a los becarios al escenario para una fotografía oficial.

Rob se colocó de los primeros, junto a la directora con una sonrisa deslumbrante, como si no hubiera roto un plato en su vida.

El flash de la cámara me cegó un segundo. Y en ese instante, lo decidí.

Tenía que darle la lección que mis padres nunca le habían enseñado.

38

Me había pasado bebiendo otra vez. Me di cuenta conforme avancé por el pasillo hacia los baños y el suelo pareció moverse bajo mis pies. Ahora que la música del salón llegaba amortiguada, noté que me zumbaban los oídos.

Reduje el paso, y apoyé una mano en la pared para equilibrarme. Mi visión se había ralentizado, y las imágenes me llegaban como en fotos. Aún así, vi la sombra desde un pasillo y mis ojos captaron a la pareja que estaba junto a la pared.

No hubo margen para malinterpretar nada. Rob tenía a Jane acorralada. Una mano en su cintura, la otra en su pelo. La estaba besando como si se le fuera la vida en ello.

Me quedé quieta.

Jane fue la primera en reaccionar. Se apartó de golpe y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—No vuelvas a hacer eso —jadeó, enfadada. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—¿Qué? ¿Esperar tanto para besarte? —murmuró Rob, volviendo a bajar la cabeza hacia el rostro de ella.

—¡Rob! —grité.

Él giró la cabeza. Durante un segundo pareció más molesto por la interrupción que otra cosa.

—¿Qué haces aquí?

Di un paso hacia ellos.

—Jane. —Le hablé directamente, sin mirar a mi hermano—. Rob está detrás de la lista de infollables.

Jane frunció el ceño.

—¿Qué?

Rob palideció.

—¿Pero qué dices…

—Ni lo niegues. —Planté una mano delante de su cara y seguí hablando como si no lo hubiera oído—. No quieres salir con alguien así.

La expresión de mi amiga cambió por completo.

—¿Es verdad? —le interrogó.

—No es para tanto. —Rob metió las manos en los bolsillos—. Es una broma. Todo el mundo está exagerando.

—¿Una broma? —Jane le empujó el hombro para apartarse de él—. ¿Sabes el daño que le hace a la gente?

Rob no respondió.

—Eres asqueroso. —Se le tensó la mandíbula y apartó la mirada un instante—. Por un momento de locura pensé que había esperanza para ti, pero veo que estaba engañándome a mí misma. No te acerques más a mí.

Se fue con pasos enfadados y los tacones resonando contra el suelo.

Rob la siguió con los ojos hasta que dejó de verla. Exhaló despacio por la nariz.

—Mierda —murmuró, pasándose la mano por el pelo.

Me negué a sentir lástima por él.

—Jane te gusta de verdad.

Me miró.

—Da igual, después de lo que le has dicho, no va a volver a hablarme.

Solté una risa seca.

—¿Es culpa mía que seas un gusano indigno de ella?

—Erika, lo siento. De verdad. Era solo un juego.

—Un juego donde solo tu te diviertes… tus favoritos —dije en tono plano.

Bajó la vista al suelo.

—Yo ni siquiera quería añadirte, pero los demás insistieron.

No quería que esa confesión me aliviara, pero en cierto modo lo hacía. Saber que mi hermano tuvo un momento de duda, que pensó en mis sentimientos por un instante. Aun así, no era suficiente. Sentí algo frío y viejo instalarse en mi estómago. Era el reconocimiento de algo que llevaba años ahí. No le importo lo suficiente.

—¿Sabes? Durante mucho tiempo he creído que había algo de malo en mi para que mi propia familia no me quisiera… —dije en voz baja.

—No digas tonterías.

—No pasa nada. Estoy aprendiendo a aceptarlo. A quererme a mí misma a pesar de vosotros. Mis amigos me están ayudando.

—Erika. —Levantó una mano—. No exageres, ¿vale? Eres mi hermana, claro que te quiero.

Solté un bufido de incredulidad.

—No se lo cuentes a nadie más. Ya está todo bastante jodido. Si esto llega a dirección…

—Te preocupa la beca.

—Me preocupa todo.

—No. —Negué con la cabeza—. Te preocupan las consecuencias para ti.

—Joder, Erika. No soy tan malo.

Le sostuve la mirada un segundo.

—Ni siquiera te das cuenta de que el problema no es la lista. —Hice una pausa—. Es que tienes una personalidad de mierda.

La frase fue como un puñetazo.

Abrió la boca y su rostro se transformó en una mueca de incredulidad y arrepentimiento, pero era demasiado tarde para eso.

Me di la vuelta y lo dejé allí: solo, con la música de fondo y un problema que, por primera vez, no iba a poder arreglar con su encanto.

A la mañana siguiente, entré en la cocina arrastrando los pies, aún con el pijama puesto y la certeza de no haber pegado ojo.

Mi padre estaba sentado a la mesa con el móvil en la mano.

—Buenos días, Rob.

Increíble.

Abrí el grifo, llené el vaso y lo vacié de un trago, notando como me hervía la sangre. Mi madre entró justo cuando lo apoyé en la encimera con mucha fuerza. Tanta que hasta mi padre levantó la cara de la pantalla.

—Erika, vas a romper el vaso —me regañó mi madre.

Me di la vuelta, me crucé de brazos y me enfrenté a los dos.

—Estoy harta —dije, y ellos parpadearon perplejos.

—¿Qué?

Rob apareció en el marco de la puerta con el pelo revuelto y cara de haber dormido fatal. Peor que yo, quizás.

—Bien, me alegra que estés aquí porque tengo algo que decir —mi tono de voz alzada y enfadada hizo que me prestaran toda su atención por una puta vez.

Rob se puso pálido, y sacudió la cabeza de forma imperceptible, en una plegaria silenciosa.

—No, no pienso guardarte el secreto. Porque si no te paro los pies ahora, vas a ir a peor.

—¡Erika! —se extrañó mi madre, intercambiando la mirada entre ambos— ¿Qué está pasando?

—Lo que pasa es que Rob es un malcriado y es vuestra culpa. —Tal vez esa no era la mejor manera de empezar—. No digo que lo hayáis hecho a propósito, tal vez teníais miedo de cuando estuvo enfermo.

—¿Cómo sabes eso? —Mi madre se llevó la mano al pecho.

—Me lo dijo Fabio —solté sin darme cuenta.

—¿Fabio? —Mi madre estaba cada vez más confusa.

—¿El brasileño? ¿Él sabe que Rob estuvo enfermo? —intervino mi padre igual de perplejo—. Si ninguno de los dos lo sabíais… ¿Quién se lo contó?

—Vio un libro… él… sabe cosas, se fija en detalles —expliqué aunque nos estábamos yendo de la cuestión.

—Fue él quién te dijo lo de la lista, ¿verdad? —Rob me miraba con los ojos entornados—. El jodido Sherlock que sabía lo de la

perra de Gary… seguro que fue él quien te lo dijo.

Di un paso amenazador hacia Rob.

—A Fabio le dejas en paz —le grité fuera de mí—. Ni se te ocurra hacerle nada. Al contrario que vosotros, él sí me ve.

—Pero, hija ¿qué estás diciendo de que no te vemos? —mi padre se echó para adelante en la silla, colocando ambas manos en las rodillas. No recordaba haber tenido tanta atención de su parte antes.

—Lo que estoy diciendo es esto… —Sali apresuradamente de la cocina y fui al salón a por el álbum de fotos de cuando estuvimos en Corea la primavera pasada. Volví a la cocina y lo puse sobre la mesa, pasando las hojas para que vieran las miles de fotos con Rob de protagonista—. ¿Lo véis? Este estúpido álbum de vacaciones es un resumen de cómo son las cosas en esta familia. Rob como protagonista y yo como la secundaria que no le importa a nadie. Entiendo que no queríais que naciera, pero esto es descarado.

Rob se apoyó en el marco de la puerta con una expresión ultrajada.

—Estás de broma ahora mismo, ¿no? —Se cruzó de brazos—. Siempre has sido la favorita. La inteligente, la perfecta, la que nunca mete la pata.

—¿La favorita? —Solté una carcajada sin humor—. La ignorada, querrás decir.

Mis padres no dijeron nada.

—Siempre todo eres tú. Los profesores de Rob, los problemas de Rob, los méritos de Rob… Yo estaba bien, así que no hacía falta ni mirarme.

Mi padre abrió la boca.

—Cuando suspendí matemáticas en segundo, ni os enterasteis hasta la reunión trimestral —dije antes de que pudiera hablar—. Pero si Rob tenía un examen, había cena especial con el postre que le gustaba. ¿Os acordáis de eso?

Silencio.

—Eso no es justo —dijo mi padre.

—¿No? —Abrí los brazos—. ¿De verdad no lo es? Yo no pedí nacer, no tenéis que esforzaros tanto por recordarme que no me

queríais en esta familia.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Erika… —murmuró anonadada—. ¿Por qué crees que no te queremos en la familia?

Durante un momento solo se escuchó el ruido del frigorífico y nada más.

—Mira las fotos, mamá. Soy como un cero a la izquierda. Nunca me llamas a mí si estamos juntos, siempre a él. ¿Cuántas señales crees que necesito a parte de la historia de la ligadura de trompas fallida?

Mi madre tenía el rostro rojo y los ojos húmedos.

—Cariño… Lo siento muchísimo. Yo no sabía que te sentías así —comenzó, caminando hacia mí—. Nosotros te queremos muchísimo, Erika. Por favor, no creas que es de otra forma. Fuiste un regalo para nosotros, inesperado, pero eso solo te hizo más especial.

—Claro, cuando llegaste descubrieron que podían hacer las cosas bien, que yo era el boceto mal hecho y tu por fin la hija que querían —soltó Rob de golpe, con una mezcla de rabia y algo que sonaba a amargura.

—Chicos… —Mi madre se llevó las manos a la frente—. Dios, no hemos hecho las cosas bien. Lo siento mucho. Ninguno de los dos tiene razón. Os queremos a ambos tal y como sois. Tal vez no hemos sabido mostrarlo bien…

Rob estuvo enfermo un año y medio —dijo mi padre en voz baja—. Era pequeño. No sabíamos si… —tragó saliva— si iba a salir adelante.

—Vivíamos con miedo —continuó mi madre—. Cada fiebre era una alarma, cada revisión, una amenaza. Y además era tan inquieto, tan… todo era una lucha constante. Contigo —me miró— todo era fácil. Eras tranquila, responsable. Dábamos por hecho que estarías bien. Y por eso nos volcamos en él. Ahora veo que nos equivocamos.

Noté algo raro en el pecho, tal vez porque llevaba mucho tiempo aguantando eso dentro de mí y ahora que lo había sacado mi corazón parecía flojo.

Miré a mi familia. Mi padre con la taza entre las manos, sin atreverse a mover un músculo y mi madre con expresión de dolor.

Llevaban años siendo buenos padres de un hijo difícil. Y yo había sido tan fácil que me había vuelto invisible.

Me giré hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó mi padre.

No respondí. Cogí las llaves de la encimera y cerré de un portazo.

39

La puerta del piso de Fabio se abrió y la luminosidad de dentro me hizo encoger los ojos. Me había quedado un buen rato en el portal, con la respiración agitada y el corazón latiendo en mis oídos.

Una chica rubia, de rasgos suaves y una belleza de muñeca, me miró con curiosidad abierta. Debía ser la última conquista de Fabio.

—¿Erika? —La sonrisa de hoyuelos que me dedicó iluminaba más que el sol que se filtraba a su espalda.

—Sí —respondí confusa, estaba segura de no haberla visto antes.

—Soy Andreia. La hermana de Fabio. —Se apartó para dejarme pasar—. Estaba a punto de tirar el café. ¿Quieres uno?

Dudé un segundo, pero acabé por entrar.

Me observó mientras me acercaba una taza. No era una mirada de curiosidad morbosa. De hecho, tenía la expresión más franca e inocente que había visto en mi vida. Parecía un ángel.

—¿Fabio está en su cuarto? —pregunté, jugueteando con la taza. Eché un vistazo hacia la puerta de su dormitorio.

—No, ha salido con unos amigos.

Asentí, dando otro sorbo al café.

—Entonces, no te molesto más. —Hice el amago de ponerme de pie, pero ella frunció el ceño.

—Ni hablar, te he invitado a un café, aunque sea viejo —protestó—. Tienes que quedarte y hacerme compañía hasta que vuelva mi hermano.

¿En serio quería que me quedara allí molestando? ¿No tenía cosas que hacer?

—¿Venías para algo en particular? —curioseó—. ¿No le preguntaste dónde estaba antes?

—Ha sido un impulso —expliqué y ella alzó las cejas—. He tenido una mañana de mierda.

—¿Por culpa de Fabio?

—No. —Sacudí la cabeza—. Tu hermano… suele hacerme sentir mejor… supongo que por eso he venido.

Se apoyó en la encimera con los brazos cruzados.

—Tal vez es porque él tampoco está teniendo su mejor año —dijo sin dramatismo, solo como un hecho.

—¿Por qué? —indagué, preguntándome si ella me echaba la culpa a mí.

—En Brasil tuvo un problema serio con un profesor. Le suspendió un proyecto importante. Perdió la beca para la universidad tecnológica que quería. Después, el profesor se atribuyó su investigación como propia. Desde entonces, Fabio cambió.

Recordé comentarios sueltos que había oído por el instituto. La fama de chico problemático y la historia de la expulsión de la que había varias versiones.

—¿Fue por eso que…?

—Le partió la nariz. —Andreia hizo una mueca—. No es violento. Pero cuando siente que algo es injusto, explota. No supo gestionarlo de otra manera. Lo peor de todo es que, la semana pasada, nos enteramos de que ese profesor ha vendido su idea a Volskwagen por un pastizal. No se lo ha tomado muy bien, y creo que coincidió con vuestra… ruptura.

Bajé la vista a la taza, sintiéndome fatal.

—No sabía nada de eso.

—Porque no habla de sus sentimientos. —Se encogió de hombros—. Se comporta como si nada le importara. Pero le importa

demasiado. Es un chico sensible, aunque lo oculte bajo la indiferencia y las bromas.

Pensé en eso, en lo fácil que es confundir indiferencia con distancia. En lo mucho que yo había ocultdo también.

La llave giró en la cerradura y me puse tensa.

Fabio apareció en el marco de la puerta y se quedó quieto. Su mirada se intercaló entre ambas.

—¿Qué está pasando aquí?

Andreia recogió su taza con una sonrisa pequeña.

—Nada. Solo charlábamos. —Pasó por su lado rozándole el brazo—. No de ti, no seas creído. Os dejo, he quedado con Toni.

Nos quedamos solos. Afuera, se escuchaba el canto de los pajaritos y que alguien arrancaba un coche.

—Tu casa es muy luminosa por las mañanas.

—Sí.

Había demasiadas cosas sin decir entre nosotros para que hablar de tonterías sonara natural.

El silencio volvió a instalarse, más incómodo que antes. Fabio dejó las llaves sobre el mueble de la entrada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin mirarme. Por supuesto sabía que algo iba mal.

—Es increíble eso que haces de mirar a la gente y saber todos sus secretos —comenté en lugar de responder.

Fabio no respondió, simplemente se apoyó la encimera de la cocina y me miró.

Tragué saliva.

—Anoche pillé a Rob besándose con Jane. En la gala.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Le conté a Jane lo de la lista delante de él. —Levanté el mentón orgullosa de mis actos—. Ella se enfadó y le dijo que no quería saber nada más de él. Creo que le rompió el corazón a Rob. Gracioso, ¿verdad? No sabía ni que tenía uno.

Fabio arqueó una ceja.

—No pareces muy divertida.

—Soy idiota… —Hice un gesto vago con la mano—. A pesar de todo, me da pena Rob y no voy a denunciarle a dirección.

—Bien.

No había censura ni satisfacción en su tono. Tuve la impresión de que respetaba mi decisión fuera la que fuese. Esa era una noción bastante nueva para mí.

Me senté en el borde del sofá sin pedir permiso. Fabio no dijo nada, pero tampoco se sentó conmigo. Se apoyó en la pared con los brazos cruzados y me dejó seguir a mi ritmo.

—Luego hablé con él.

—¿Y?

—Me pidió perdón. —Solté una risa sin humor—. Y acto seguido me pidió que no se lo contara a nadie.

—Era de esperar.

—Le dije que solo le importaban las consecuencias para él. Que ni siquiera se daba cuenta de que el problema no era la lista. —Hice una pausa—. Que era su personalidad.

Fabio me miró con algo que no supe identificar del todo.

—Pero ahora me siento culpable por haberle dicho eso.

Su expresión se suavizó un poco.

—Tal vez, eso era justo lo que tu hermano necesitaba oír, para replantearse algunas actitudes que ha tenido en el pasado.

Esa idea me alivió un poco.

—¿Vas a contárselo a tus padres?

Respiré hondo y asentí.

—Esta mañana exploté en casa.

Me dejó tiempo para que siguiera.

—He entrado en la cocina y mi padre me ha hablado como si yo fuera él. Sé que es una tontería, pero ha sido el detalle que me ha hecho explotar.

Él hizo un pequeño gesto con la cabeza, para indicar que seguía escuchando.

—Les solté lo que sentía. Y entonces Rob, que estaba ahí callado con cara de víctima, dijo que yo siempre había sido la favorita. ¿Te lo puedes creer?

Fabio esbozó una sonrisa, entonces.

—Sí, si puedo. No tienes una imagen real de ti misma en la cabeza y tampoco te das cuenta de como te vemos los demás. Así que me creo que hayas podido ser la favorita de tus padres sin notarlo.

—Eso es ridículo. —Bajé la mirada a mis manos, a los nudillos que había tenido blancos todo el rato sin darme cuenta—. Les dije que era yo la ignorada. Que siempre todo giraba en torno a él.

Algo curioso ocurrió en ese momento. Me di cuenta que esas palabras ya no pesaban tanto dentro de mí, ahora que se las había soltado a mi familia. Ya ni siquiera me parecían tan reales.

—¿Qué dijeron?

—Tenías razón. —Me froté la frente—. Rob estuvo enfermo más de un año cuando era pequeño. No sabían si iba a salir adelante. Dice que vivían con miedo constante, que era inquieto y rebelde y que con él todo era una lucha. Pero conmigo todo era fácil.

Fabio dejó de apoyarse en la pared. Se acercó un poco, sin invadir mi espacio, y se sentó en el reposabrazos del sillón que había frente a mí. Cerca pero no encima.

—Eso no significa que no necesitaras atención.

—Ya lo sé. —Levanté la vista—. Cuando creces siendo «la que está bien», acabas creyendo que no tienes derecho a no estarlo.

Fabio no respondió inmediatamente. Tampoco rellenó el silencio con algo vacío. Solo me dejó terminar y se quedó con lo que había dicho, dándole peso.

—Mi madre dice que sienten haber hecho las cosas de esa forma. Que me quieren y que no soy una hija indeseada.

—Siempre he sabido eso… La que no lo sabía eras tú —me sorprendió él diciendo—. ¿Estás lista para creértelo ahora?

Algo dentro de mí se aflojó un poco. Lo suficiente para notar lo tensa que había estado.

Le contemplé unos segundos, estudiándole. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la vista fija en mi rostro.

—Fabio… yo…—No sabía cómo formular mi pregunta, sin revelar que su hermana me lo había contado—. ¿Te ha pasado algo? Ultimamente… has vuelto a lo de antes.

Su cuerpo se tensó de forma casi imperceptible, pero yo le conocía lo suficiente para notarlo.

—Eso no es lo que quieres preguntarme, Erika.

Mi boca se abrió, pero no salió ningún sonido.

—Di lo que quieres decir de verdad —continuó él— Como hiciste antes en tu casa.

—No sé de qué hablas.

Fabio esbozó una sonrisa condescendiente.

—Sí lo sabes. ¿Quieres saber si he vuelto a las andadas por ti?

—No… no es eso —alcé la voz. Lo que quería era que me contara lo de Brasil, no hacerme la importante—. No creo que yo tenga nada que ver. Ya hacías eso antes de conocerme —me apresuré en añadir, tratando de ser razonable.

—Tal vez es lo que hago cuando estoy sin ti —respondió él, mandando una descarga eléctrica directamente a mi corazón—. Ahogarme.

Me quedé muda. No porque no supiera cómo responderle, sino porque una chica necesita tiempo para reponerse cuando Fabio Schwarz le dice algo así.

—Se supone que somos amigos, te he confiado mis peores miedos, pero tú no haces lo mismo conmigo.

Fabio frunció el ceño.

—Acabo de literalmente lanzarte mi corazón a tus pies, pero en vez de cogerlo lo has vuelto a pisotear.

—No has dicho eso de ahogarte sin mí en serio. Y si lo hubieras dicho no es tan romántico como crees. No puedes ahogarte porque falte alguien en tu vida, no es sano. Tienes que flotar por ti mismo.

Soltó una risa seca mientras sacudía la cabeza.

—Odio que tengas razón, ¿sabes por qué? —Me miró con fijeza por primera vez en un buen rato—. Porque siempre soy el más listo, el que tiene la ultima palabra y el que queda por encima en cualquier discusión. Pero no contigo. Tú, Erika Summers, me devuelves frases que me abofetean en la cara y me dicen que no lo sé todo. Pero ni siquiera sabes lo lista que eres, lo divertido y fácil

que es estar contigo, ni lo buena que estás. Estás completamente ciega a lo alucinante que eres, y por eso ni siquiera te lo crees cuando desnudo mi podrida alma delante de ti y te digo que te quiero.

Me quedé completamente inmóvil, notando como mi estómago daba un vuelco.

El golpe de aparecer en la lista de infollables, la rabia de esa mañana, la conversación con mis padres, la sensación de haber sido invisible toda mi vida… chocó contra algo completamente distinto.

Fabio me veía, me veía de verdad.

—No puedes quererme —dije casi sin darme cuenta de que lo estaba diciendo.

Él parpadeó y después se echó para atrás reajustándose a la realidad. O pareciendo recordar algo.

—Ya, ya sé que tienes novio —hizo un movimiento de mano, como limpiando el aire de sus últimas palabras y se levantó del sofá —. Ignórame.

Le vi alejarse hacia la cocina y llenar un vaso de agua.

Quería decirle que ya no tenía novio, pero el miedo me paralizaba. Había demasiadas emociones dentro de mí, con lo de mi hermano y la discusión con mis padres. Necesitaba espacio para respirar.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunté mirando de un lado a otro. El sol que entraba por la ventana era radiante— ¿Vamos al parque de aquí al lado?

De primeras no me respondió, ni siquiera se giró para mirarme. Puso el vaso sobre la encimera y después apoyó ambas manos, aun dándome la espalda.

Mi estómago se retorció viendo como la tela marcaba los músculos de sus bíceps en esa posición. Estaba hambrienta de él. Pero no podía lanzarme ahora. Tenía que aclararme la cabeza primero.

Por un momento, pensé que no iba a responderme nada. Que tendría que marcharme de su casa con el rabo entre las piernas, pero entonces asintió.

Bajamos a la zona arbolada que había cerca de su barrio con un balón de fútbol. Hicimos toques, regates y nos tiramos sobre el césped cuando nos cansamos. Contemplamos las pocas nubes que había en el cielo.

Los pájaros cantaban, un perro ladraba por allí cerca y alguien puso I Still Haven't Found What I'm Looking For de U2. Ese instante mágico y perfecto se suspendió en el tiempo ocupando toda una eternidad, que ni mil citas con chicos ideales hubieran podido igualar.

40

El lunes fue un día raro. No sabría decir exactamente por qué. Era un sentimiento, un cambio en el ambiente. Estábamos más callados en clase, había menos ruido por los pasillos. Parecía que todos queríamos hacernos invisibles, no solo los que estaban detrás de la lista y veían peligrar su futuro.

Rob no me dirigió la palabra durante el desayuno y yo fingí que no me importaba. El día anterior, al volver a casa, después de estar con Fabio le había contado a mis padres lo de la lista y todo lo que me había faltado por explicar. A Rob no le había sentado bien, pero mis padres tenían que saber qué clase de comportamiento tenía fuera de casa.

Aunque la mayor parte de mis nervios se debían a que iba a contarle a Fabio que ya no estaba con Dan. Y que estaba completamente colada por él. Me emocionaba y aterraba tanto como la idea de lanzarme en paracaídas desde un avión.

En clase no me esforcé por hablar con nadie. Me senté en mi sitio, saqué el cuaderno, copié los apuntes con una letra más ordenada de lo habitual porque todo lo demás estaba fuera de control.

Al salir de historia, caminé hacia los baños con la cabeza baja. Cuando giré por una esquina una mano me agarró del codo con firmeza y me obligó a parar en seco.

—No grites —susurró una voz familiar.

Solté el aire despacio.

—Fabio. ¿Qué haces?

—¿Te gusta el cliché del secuestrador?

Tiró de mí con brusquedad, llevándome por el pasillo contrario al de los baños.

—No, y tengo clase.

—Vas a aprender más conmigo.

Abrí la boca para replicar, pero lo cierto era que seguramente fuera así.

Me condujo por el pasillo lateral del edificio de tecnología, por una escalera de servicio que olía a moho. Llegamos a la zona trasera donde estaba el taller de mecánica. A esa hora estaba casi vacío. Solo se oía el zumbido lejano de alguna máquina en la sala contigua.

El intenso olor a metal y aceite invadió mi nariz conforme Fabio cerró la puerta detrás de nosotros.

Sonaba Dragula de Rob Zombie desde un altavoz con forma de cilindro. Fabio debía estar solo, no cualquiera le dejaría poner ese tipo de música.

—¿Quieres que te ayude a librarte de algún cadáver? —dije, cruzándome de brazos.

Sonrió de lado.

—¿Lo harías?

—Depende de a quién hayas matado —bromeé—. Si es Donald Trump, Kim Jong Un o Vladimir Putin cuenta conmigo. Ya era hora de que alguien lo hiciera.

—El mundo iba a ser una utopía muy aburrida, si hiciéramos eso —respondió él.

Me llevó hasta una mesa grande en el centro del taller. Encima había un motor completamente desmontado: tubos, tornillos, juntas, una carcasa abierta que mostraba un entramado de piezas indescifrable. Realmente podría considerarlo un cadáver, un coche con las tripas al aire.

—¿Es tu proyecto? —pregunté, notando que su expresión cambiaba al mirarlo.

—Estoy intentando optimizar la combustión interna sin perder potencia —dijo, inclinándose sobre la mesa con los nudillos

apoyados en el borde—. Si consigues que la mezcla aire-combustible sea más eficiente, puedes reducir el consumo sin tocar el rendimiento. El truco está en el sistema de admisión.

Parpadeé.

—Eso era justo lo que te iba a sugerir que hicieras —respondí con una seriedad burlona.

Fabio soltó una risa baja. Cogió una pieza pequeña, metálica, con una forma que no sabría nombrar, y me la puso en la mano. Pesaba más de lo que parecía.

—Mira. Si el flujo entra así… —movió los dedos para trazar la trayectoria en el aire, rozando casi sin tocar— y aquí modificas el ángulo de entrada, reduces la fricción y el calor residual. La diferencia parece pequeña, pero a nivel de rendimiento sostenido es enorme.

Le observé mientras hablaba. Las piezas me interesaban poco, pero ver la forma en la que se iluminaba su rostro y la pasión en su voz hablando de ellas… eso era fascinante.

—¿Esto está relacionado con el proyecto de Brasil? —pregunté en voz baja.

Su mano se detuvo y la presión en sus dedos cambió.

—Sí y no —se limitó a responder, volviéndose hacia la mesa otra vez.

Esperé un momento antes de insistir.

—¿Qué pasó exactamente? —dije, al ver que no salía de él.

Fabio dejó la herramienta sobre la superficie con un golpe seco. Se apoyó en el borde de la mesa, la vista fija en el motor.

—Presenté un sistema de optimización para motores de uso urbano. Mejoraba el consumo casi un diez por ciento sin modificar la potencia máxima. —Una pausa—. Me había tirado nueve meses trabajando en eso.

—Eso es mucho.

—Sí… —Levantó la vista hacia el techo un segundo—. Mi profesor… dijo que tenía fallos estructurales. Que era inviable. Me puso una nota tan baja que perdí la beca para la universidad tecnológica.

—¿Había fallos de verdad?

—Había detalles mejorables. —Me miró—. Como cualquier primer prototipo. Pero estaba muy lejos de ser inviable. Lo sé porque…

—¿Porque...? —le insté a seguir.

—Porque un mes más tarde sacó una tesis con mi idea. —Su mandíbula se tensó.

Sentí un pinchazo en el estómago ante la injusticia.

—¿Te suspendió y te robó la idea? —Mi tono se llenó de indignación. Podía imaginarme la ira justificada de Fabio.

—Así es. —Me sostuvo la mirada—. Le partí la nariz y me expulsaron.

El taller se sumió en un silencio absoluto. Hasta la máquina de la sala contigua había dejado de zumbar.

—¿No tenías pruebas?

—No, el muy cabrón nos exigía que le entregáramos los trabajos en papel. Sin e-mails que se pudieran rastrear. Seguro que no era la primera vez que cogía ideas de alumnos, aunque ninguna como la mía. Esa idea podía haberme arreglado la vida, abierto puertas, conseguido mucho dinero…

Respiré hondo.

—¿Y no hay forma de probarlo? ¿Nadie más sabía que estabas trabajando en eso?

Fabio soltó una risa seca, como si le hubiera metido el dedo en una herida antigua.

—Renata, mi novia en aquel momento… —comenzó, con evidente dificultad—. Le pedí que testificara por mí, porque ella me acompañaba mientras trabajaba en el proyecto, ella sabía detalles y que era mío. Por un momento estuve seguro de que iba a devolvérsela a ese cabrón. Pero durante la junta escolar donde examinaron nuestro caso, ella me sorprendió testificando en mi contra.

—¿Qué? —Fruncí el ceño— ¿Por qué lo hizo?

Su respuesta tardó. Tal vez porque se la estaba diciendo a sí mismo al mismo tiempo que a mí.

—La única explicación que se me ocurre es que él le ofreció dinero…

—Pero, ¿cómo pudo traicionarte por dinero?

—Las cosas en Brasil son diferentes —murmuró él con una honestidad que me atravesó—. La pobreza le hace cosas a la gente, pixie… a toda la sociedad, no solo a los que pasan hambre. El dinero tiene más valor allí. La gente está dispuesta a hacer cosas horribles por no verse nunca en esas situaciones que han crecido viendo. Hay más ansia por tener, por aparentar, por abrir un foso entre tu y la indigencia que ves a tu alrededor.

Mi corazón se encogió al ver que en parte la excusaba. ¿De verdad era tan compasivo o era que…

—¿Todavía la quieres? —pregunté con suavidad. Solo podía imaginar todo el dolor que le había causado su traición.

Fabio negó con la cabeza.

—Es irónico. Ella era la que no se fiaba de mí.

—¿Por qué? —pregunté, aunque me imaginaba la razón. Era un mujeriego, yo lo sabía bien.

—Porque empezamos antes de que yo adelgazara y ella también tenía sobrepeso. Cuando mi aspecto cambió creyó que iba a dejarla, pero no lo hice. Aun así, ella me acusaba de que iba a engañarla cada vez que veía cómo me miraban las chicas.

—¿Lo hiciste? —dije, temiéndome lo peor. Tal vez Renata lo descubrió y por eso se vengó, traicionándole con su proyecto.

Fabio negó con la cabeza.

—Nunca —aseguró y no había una pizca de mentira en su rostro—. Ni le di razones para sospechar. Se basaba solo en mi nuevo físico.

—Lo siento, Fabio —murmuré—. Me gustaría poder ayudarte.

Algo cruzó su cara demasiado rápido para que lograra identificarlo.

—Lo has hecho.

No supe cuándo nos habíamos acercado, pero su cuerpo estaba a menos de un palmo del mío. El olor a metal se mezclaba con el suyo y el sol que entraba por la ventana lateral dejaba una franja de luz entre nosotros, una raya que debíamos cruzar.

—Si fuera cierto, no hubieras estado… peor últimamente.

Sus ojos bajaron un segundo a mis labios.

—Llevaba tiempo sintiendo que todo estaba muerto o podrido a mi alrededor… hasta que viniste a mí con tu problema y… me devolviste el entusiasmo. Me reanimaste, Erika. —Su tono era contenido y hablaba despacio—. Por eso me cuesta aceptar que no eres para mí.

Mi respiración se volvió irregular sin que yo le diera permiso.

—Fabio…

Su mano se apoyó en la mesa a mi lado, sin tocarme, pero tan cerca que la notaba igualmente.

—No voy a intentar nada —dijo en voz baja—. No voy a besarte por mucho que quiera. Me devolviste la alegría. Lo menos que puedo hacer es dejarte ser feliz.

—Fabio…

La puerta del taller se abrió de golpe y nos giramos para ver quién había entrado. Rob estaba parado y tenía la cara desencajada. Respiraba como si llevara un rato corriendo.

—Lo que me faltaba por ver —masculló, entrando—. Se lo has contado a la directora.

Un remolino de nervios se me agitó en el estómago.

—¿Qué?

—Alguien le ha dado nuestros nombres. —Su mirada se desplazó hacia Fabio y se quedó ahí, clavada—. Has sido tú ¿verdad?

Fabio no dijo nada de primeras, y un escalofrío me recorrió el pecho.

—Lo sabía. —Rob interpretó su silencio confuso como una confirmación.

—No —respondió Fabio categórico. Pero mi hermano ya estaba demasiado alterado para escucharle.

—Rob —Me metí entre los dos, para evitar una pelea—. No sabes si ha sido él.

—¿Quién si no el nuevo, que se cree Sherlock y quiere tirarse a mi hermana? —planteó Rob, con lo que a él le parecían pruebas evidentes.

—Te equivocas, tío —repitió Fabio con firmeza, pero sin levantar el tono de voz.

—Por lo menos ten los huevos de admitirlo —gritó con los hombros cuadraros y los puños apretados. Reconocía esa postura, era la que ponía justo antes de una pelea.

Lo único que estaba evitando que mi hermano le diera un puñetazo a Fabio era que estaba yo de por medio.

Fabio me miró y yo abrí la boca para preguntarle si lo había hecho. Me detuve un segundo. Acababa de escuchar lo que la desconfianza le había costado la última vez.

No iba a hacerle eso.

—No —dije, girándome hacia Rob—. No ha sido él.

—¿Entonces has sido tú? —insistió Rob.

No aparté la mirada.

—No hemos sido nosotros.

Fabio no dijo nada. Pero cuando volví la vista hacia él, su expresión había cambiado. Como si no esperara que alguien le eligiera sin condiciones.

Rob soltó una risa que no tenía humor.

—Mírale, ni te lo niega.

—¿Te refieres aparte de decir que no dos veces? —gruñó Fabio, comenzando a perder la paciencia.

Tenía que llevarme a Rob de allí antes de que llegaran a las manos y los expulsaran a los dos.

—Basta. —Los aparté un poco más—. Necesitamos aclarar quién ha sido antes de que llegue a mayores.

Fabio soltó otra risa seca que sonó bastante amarga y negó con la cabeza.

—No entiendo por qué es tan difícil confiar en mí… —No había reproche en su voz

Miré a Rob.

—Vamos, déjale en paz —Planté mis manos en sus hombros y le empujé.

Rob dudó un segundo, y luego se giró hacia la puerta.

Antes de salir me volví hacia Fabio una última vez.

Estaba de pie junto a la mesa con el motor desmontado, las manos metidas en los bolsillos, mirándome. Y parecía herido.

Peor: me dio la impresión de que le había recordado a su ex. La que no se fiaba de él porque ella misma no era digna de confianza.

41

Empujé a Rob fuera del taller, cerré la puerta y me quedé con la mano todavía en el marco, recuperando la respiración.

—¿Te has vuelto loca? —espetó Rob en cuanto se giró.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Meterte en medio para defenderle. —Abrió los brazos—. ¿En serio? Me acaba de joder la vida.

—He evitado que te metas en más líos. Además, ni siquiera sabes si ha sido él.

—Oh, por favor. —Se pasó una mano por el pelo con irritación. Estaba demasiado acostumbrado a que todo saliera a su gusto y beneficio y no sabía como manejar esa situación—. ¿Tú te escuchas?

—Sí. ¿Y tú me escuchas?

Me miró con incredulidad. Luego su expresión se volvió más calculada.

—¿Vas a traicionar a tu hermano por tirarte al guaperas de turno?

—No te estoy traicionando.

—¿No? Porque eso es justo lo que parece. —Hizo una pausa —. Si no te gustara no le defenderías de esa forma después de lo que me ha hecho.

No estaba segura de si Rob tenía razón, porque lo cierto es que no podía pensar con claridad cuando se trataba de Fabio.

—Le pedí que no lo contara y él dijo que era mi decisión, no tiene ningún sentido que lo haya hecho él —respondí al final.

Rob dio un deliberado paso hacia mí, casi amenazante.

—¿Sabes qué creo? —dijo, más bajo—. Que te da igual si ha sido él o no.

Eso sí me hizo reaccionar.

—Eso es injusto.

—No. Te da igual porque si es inocente, perfecto, puedes estar con él sin sentirte culpable. Y si resulta que sí fue él, —se encogió de hombros— se convierte en tu caballero de brillante armadura. El que ha destruido al villano por ti.

—Estás dramatizando, Rob.

—¿Tú crees? —Alzó una ceja—. ¿Qué pensarías si yo saliera con la chica que te ha dejado sin beca?

Abrí la boca, pero no salió nada. No me gustaba hacia donde iba esa conversación. Ahora que me había decidido a estar con Fabio, a intentarlo, no quería que Rob lo transformara en una traición a mi propia sangre. No pensaba dejar que me arruinara esto también.

Rob lo vio, porque después de una vida juntos sabía leer mis silencios culpables a la perfección.

—Ahí lo tienes —murmuró—. No vas a romper con él.

—Solo pido pruebas antes de condenar a alguien.

—No quieres pruebas. —Me sostuvo la mirada—. Quieres una excusa para confiar en él.

No me gustaba que me hiciera sentir como una tonta por confiar en Fabio.

—No me fío ciegamente —dije, más para mí que para Rob.

—Eso espero. —Su tono era frío—. Porque si te ha traicionado en esto, lo hará en otras cosas.

Hubiera preferido que me diera una bofetada a que me dijera justo lo que llevaba tiempo temiendo.

Fabio venía de una historia de traición y de rabia y de decisiones tomadas en un segundo que habían costado años.

—No le conoces —susurré.

—Tú tampoco —contestó Rob, sin pestañear.

El timbre sonó a lo lejos, amortiguado por las paredes del pasillo.

Ninguno de los dos se movió.

—Solo te digo una cosa —añadió mi hermano, con tono cansado—. No puedes construir nada serio con alguien de quien ya dudas.

Se giró y se fue sin esperar respuesta. Se alejó con los hombros levantado y la mochila colgada de un lado.

Detrás de la puerta del taller, algo metálico cayó al suelo con un golpe seco y me quedé inmóvil, preguntándome si Fabio habría oído algo de lo que habíamos dicho.

Recogí la mochila del suelo donde la había dejado caer sin darme cuenta. El pasillo estaba vacío, ahora que el timbre ya había dejado de sonar. Llegaba tarde a clase y ya ni siquiera me importaba.

No fue fácil fingir normalidad, cuando entré en clase con el pulso aún acelerado.

Jane tenía el portátil abierto frente a ella y los ojos fijos en la pantalla, y Rebecca se estaba comiendo un croissant que me daba mucha envidia, porque seguro que no sabía a maíz ni estaba reseco como los únicos que podía comer yo.

Me dejé caer en la silla.

—¿Qué te pasa? —Rebecca me miró de arriba abajo. ¿Cómo lo hacía para intuir todas mis crisis existenciales con un solo vistazo?

—Rob —murmuré.

Jane levantó la vista despacio.

—¿Rob?

—Estaba con Fabio en el taller… —Mi mochila cayó al suelo de un topetazo—. Y Rob apreció en modo orangután Alfa.

Rebecca apartó el croissant para tomarse la conversación en serio. Viniendo de ella era un gesto conmovedor.

—Cuenta.

Respiré hondo.

—Alguien le ha dado a la directora los nombres de los autores de las listas.

—¿En serio? —A Rebecca le hizo chiribitas los ojos. Casi parecía que le había dicho que una versión joven de Sigourney Weaver, su *crush* desde que era pequeña, le había pedido matrimonio—. ¡Por fin una buena noticia! Dame nombres.

Su mano se cerró en un puño mientras la estrellaba contra la palma de la otra con una expresión sedienta de sangre.

—Robert Summers.

—¿Qué? —Su grito hizo que varios compañeros se giraran a mirarnos.

Siseé para que bajara la voz.

—¿El capullo de tu hermano está detrás de la lista? —su susurro gritado estaba cargado de furia.

Asentí.

—Voy a matar a ese cabrón desgraciado. —Rebecca habló demasiado alto.

—Baja la voz. Nadie lo sabe aún.

—¿Qué tiene que ver eso con Fabio? —intervino Jane, un poco pálida.

—Rob está convencido de que fue Fabio el que habló con dirección. Y me ha dicho, básicamente, que le estoy traicionando por defenderle. Que estoy ciega con Fabio.

Rebecca frunció el ceño.

—¿Y tú qué crees?

La pregunta se quedó suspendida sobre la mesa como algo con peso propio.

—Le pedí a Fabio que no dijera nada y creo que no lo ha hecho —expliqué—. Pero hay momentos en que pienso que estoy siendo ingenua con él.

Rebecca me miró con seriedad.

—¿Te ha mentido alguna vez?

—No que yo sepa.

—¿Te ha dado razones concretas para no confiar en él?

Pensé en lo que me habían dicho sus compañeras de piso sobre que no traía chicas a casa últimamente, en la conversación

sobre Brasil y todo lo que me había contado su hermana de él.

—No.

—Entonces, ¿por qué dudas?

—Porque solo lo sabíamos nosotros —respondí al final—. Bueno, y Jane.

Rebecca consideró esa información.

—No es verdad—dijo, tras un momento—. Lo saben todos los que están detrás de la lista. Tal vez lo sabía alguien más.

—Puede ser…

Me volví hacia Jane que tenía los ojos fijos en el portátil, pero los dedos inmóviles sobre el teclado. Aun se sentía culpable por haberse enrollado con mi hermano, sabiendo lo que me hacía sentir. Pero yo no quería que eso estropeara nuestra amistad.

—No hemos podido hablar de… tú y Rob —le susurré.

Levantó la vista, una fracción de segundo después.

—Estoy bien.

No me lo creí ni por un segundo.

—¿Entonces porque llevas cinco minutos mirando la misma pantalla sin moverte?

Rebecca arqueó una ceja.

—¿De qué va todo esto? ¿Por qué me he perdido tantas cosas?

—No va de nada —se apresuró en responder Jane.

—Si tienes sentimientos por él… —comencé.

—No va a haber nada entre él y yo.

—Eso no es un no.

—No has hecho ninguna pregunta —espeto ella.

—Jane… —comencé, pero lo dejé ir. Sabía perfectamente lo que era no estar preparada para enfrentarte a tus sentimientos por alguien.

Rebecca nos miraba a las dos sin intervenir, era la clase de persona que sabía cuándo no meterse.

En ese momento el altavoz crepitó, antes de que se escuchara la voz distorsionada de la directora.

—El alumno Fabio Schwarz, por favor, acuda al despacho de dirección. Fabio Schwarz, al despacho de dirección.

Me dio un vuelco el estómago mientras Rebecca soltaba un mierda casi inaudible. El aula entera se quedó en un murmullo contenido, como si todos supieran exactamente de qué iba aquello

¿Y si de verdad había sido él? Joder… ¿Y si me había mentido?

La posibilidad estaba ahí, más real que nunca. Yo habría tenido razón desde el principio, con que el *fuckboy* nunca era de fiar.

Lo peor de todo era que, aunque Fabio resultara ser un mentiroso, era demasiado tarde para dejar de quererle.

Cuando media hora más tarde salimos, el pasillo estaba demasiado lleno para ser un simple cambio de clase.

Se escuchaba el murmullo expectante, que solo aparece cuando algo está a punto de ocurrir y todo el mundo quiere estar cerca para no perdérselo.

Supe por qué en cuando vi que Fabio acababa de salir del despacho de dirección. Estaba de pie en el centro del corrillo. No parecía alterado ni nervioso, pero ese era su mejor talento.

Di un paso hacia él, pero alguien se me adelantó. Rob apareció por la derecha con Mark y Rury pegados a los talones. Habían estado esperando una excusa y ahora la tenían.

Mark fue el primero en llegar y poner las dos manos en los hombros de Fabio para empotrarle contra la pared.

—¿Para qué te han llamado? —escupió Rob, plantándose delante de él.

—¡Eh! —Corrí hacia ellos.

Mis amigas me siguieron, aunque se mantuvieron a cierta distancia.

Fabio no intentó zafarse del empujón de forma inmediata. Esperó un segundo, luego apartó con calma las manos de Mark de sus hombros.

—Era por un asunto de mi programa de intercambio —dijo con voz baja y completamente controlada—. Gracias por tu interés.

Rob soltó una risa breve.

—Claro… justo hoy te citan para eso.

—Os estáis poniendo en evidencia —añadió Fabio, dejando que su mirada recorriera el corrillo despacio.

Y tenía razón. Había al menos veinte personas observando con los móviles discretamente levantados a media altura, para grabar sin que se notara mucho.

—Reconoce que has sido tú, de una puta vez —insistió Rob.

Fabio ladeó ligeramente la cabeza.

—Lo que deberíais hacer es pedir disculpas por haber sido unos capullos. —Hizo una pausa—. Pero asumir responsabilidades es más difícil que buscar a alguien a quien echarle la culpa de vuestros problemas.

Aunque Fabio no lo dijo con crueldad, sus palabras incendiaron a los demás chicos del equipo.

Mark se abalanzó sobre él, cogiéndole del cuello de la sudadera y volviendo a empotrarle contra la pared.

Mi instinto tomó el control y reaccioné sin pensar, interponiéndome entre ellos.

—No ha sido él. —Las palabras salieron más firmes de lo que me sentía por dentro—. Yo lo hice, ¿vale? Dejádle en paz.

Rob me miró con incredulidad.

—Erika…

Tragué saliva y mentí.

—Sí, fui yo la que habló con dirección. Necesitáis aprender la lección. Vuestros actos tienen consecuencias.

Rebecca, a mi derecha, hizo un sonido pequeño e inarticulado y Jane se quedó completamente inmóvil.

Rob dio un paso hacia mí. La rabia había llegado ahora, podía verla en la mandíbula, en la forma en que respiraba.

—¿Nos has vendido? —me acusó, poniéndole la etiqueta que él quería.

—Mira, niñata… —Mark, avanzó hacia a mí con la cara desencajada de rabia.

Rob levantó el brazo delante de él en una actitud protectora.

—Eh, tío.

Mark le apartó el brazo de un empujón y continuó hacia mí. Fabio se interpuso en su camino con una expresión que nunca le

había visto.

—Tócala… —dijo, despacio, sin subir la voz— y le hago un collar con tus dientes.

La frialdad en su tono resultaba tan amenazadora, que hasta Mark dudó. Mi hermano aprovechó esa pausa para agarrarle por el hombro y empujarlo suavemente en la dirección contraria.

—Vámonos —gruñó después de respirar hondo por la nariz.

Rury los siguió sin que nadie tuviera que pedírselo. Rob me sostuvo la mirada un segundo más, con todo lo que no iba a decir en un pasillo lleno de gente.

—Hablamos en casa.

Se fueron.

El corrillo empezó a dispersarse con una actitud de decepción generalizada. Habían esperado más espectáculo. Los móviles bajaron y se escucharon narraciones de lo ocurrido para los que se lo habían perdido.

—¿Entonces fuiste tú desde el principio? —Fabio sonaba confuso.

Negué con la cabeza.

—No he sido yo, solo quería que te dejaran en paz.

Mi respuesta pareció disgustarle.

—No deberías haber hecho eso —protestó—. Ahora van a ir a por ti.

—Bien, mientras te dejen en paz.

Fabio dio un paso hacia mí y me agarró de la muñeca.

—Erika, cuéntale la verdad a tu hermano —exigió—. No sabes de lo que son capaces esos imbéciles. Y más ahora que no tienen nada que perder.

Respiré hondo.

—No te preocupes, soy una chica. No creo que vayan a darme una paliza para vengarse, como iban a hacer contigo.

Fabio pestañeó procesando eso.

—¿Por eso lo has hecho?

—Sí.

Una pausa, seguida de media sonrisa.

—¿Estás preocupada por mi cuerpo?

Chasqueé la lengua y me aparté de él, negando con la cabeza.

—¿Puedes ser serio por una vez en tu vida?

Lo hizo. Sus ojos no se movieron de los míos

—Confías en mí —afirmó, fascinado por la idea.

—Eso parece.

Fabio sostuvo mi mirada un segundo más, provocando que se me disparara el pulso.

—Eso es un problema, pixie —dijo, en voz baja, mientras apartaba un mechón de mi frente—. Porque ahora quiero volver a ser egoísta.

Se fue antes de que pudiera responder.

42

La noche había caído sobre The Rocks. Las calles de piedra brillaban con el reflejo de las guirnaldas de luces que colgaban entre los edificios coloniales. Había música en todas partes y puestos de comida con colas largas que desprendían olor a fritura por toda la calle.

La calle estaba flanqueada a ambos lados por el público que se agolpaba en las aceras, y los niños más bajitos estaban sentados en las escaleras de los edificios históricos.

Jane, yo y el resto del equipo de fútbol femenino íbamos por detrás de la banda escolar, avanzando por la calle principal a un paso muy lento. Los estudiantes del último curso de Sydney Grammar siempre participaban del desfile del festival del barrio. Por delante de la banda, iban Rob y Fabio con los chicos del equipo de fútbol, haciendo pases, toques y cabezazos para dar un buen espectáculo.

—Estáis guapísimas —gritó Rebecca, sacándonos la décima foto en los últimos diez minutos. Ella y Zack nos seguían a través del público—. Eso sí que es mover un balón y lo demás son tonterías.

—Eso es, documenta este momento —respondió Jane, haciendo varios toques—. Las mujeres también vinimos, aunque nos pusieran por detrás.

—No te quejes, es el primer año que el equipo femenino participa —dijo Zack, devolviendo un balón extraviado.

—Mientras haya algo por lo que quejarse, seguiremos haciéndolo.

La banda cambió de canción. Los tambores retumbaron contra las fachadas de arenisca. Y entonces alguien, en algún lugar entre el gentío, conectó un altavoz portátil y comenzó a sonar una canción de samba, Magalenha. La banda se unió a la batucada con sus tambores, que vibraban en la sangre.

Busqué a Fabio con la vista, encontrándolo sin esfuerzo, porque era el único que llevaba un uniforme de la selección brasileña. Los demás chicos del equipo le hicieron una especie de corrillo amplio para que el público pudiera verle.

Fabio empezó a hacer toques con distintas partes de su cuerpo, controlando el balón, de pie a pierna, de pierna a pecho, hasta que lo detuvo en el suelo y me buscó entre las cabezas y las trompetas. Me llamó con la mano y me congelé, pero él no se dio por vencido.

—Hay alguien que hace esto mucho mejor que yo —gritó y volvió a llamarme.

Rebecca y Jane decidieron traicionarme en ese momento y me empujaron hacia él.

—Así es como el equipo femenino va a conseguir el foco que se merece —me gritó Rebecca al oído.

—Sin presión —respondí, mi tono cargado de sarcasmo.

Toda mi desgana me abandonó cuando vi las miradas de hostilidad de algunos chicos del equipo.

«Vais a ver» pensé cuando Fabio me pasó el balón con un guiño que hizo poco por rebajar mis nervios. Notaba los cientos de ojos sobre mí, pero la música, las luces, y el simbolismo de un hombre pasándole el balón y el protagonismo a una mujer en deporte, me inspiraron.

Mi cuerpo conocía este baile, es vaivén de presión entre el esférico y yo. Durante ese instante no éramos dos, éramos un solo conjunto de átomos interconectados. Y bailamos, al ritmo de la samba, de los tambores y el berimbau.

Todo el mundo desapareció y solo pude sentir mi cuerpo, cada parte de él y el lugar del universo que ocupaba el balón al

moverse a mi alrededor. También era consciente de Fabio delante de mí bailando, admirándome, reconociéndome.

Le pasé el balón varias veces e hicimos toques conjuntos. Sentí que también nuestras almas conectaban. Estábamos en mi ciudad, rodeados de su música, compartiendo un deporte y hasta los latidos de nuestros corazones. Nunca me había sentido tan cerca de nadie, como si un trozo de mi alma estuviera hecha de él. Era un sentimiento precioso y aterrador al mismo tiempo, saber que había alguien tan importante para mí. Saber que mi corazón estaba abierto y sangrando, no por él, sino hacia él.

Le amaba, entendí en ese momento. Le amaba con todo lo que era, la parte buena y también la rota. Las partes suaves y agrietadas de mi alma, reconocían las suyas. Ya no importaba que él también estuviera agrietado. Hasta nuestras flaquezas pintaban el mundo de un color precioso ahora que nos habíamos encontrado.

Cuando terminamos la gente nos aplaudió y silbó. Fabio hizo una pequeña reverencia sin perder el ritmo y el público respondió con una ovación.

Rob, puso los ojos en blanco cuando nuestras miradas se cruzaron, pero se le escapó una sonrisa.

No hizo falta esperar al año que viene, el equipo femenino se unió al masculino y continuamos el desfile pasándonos el balón unos a otros.

Cuando el recorrido terminó en la plaza principal, la gente empezó a dispersarse en todas las direcciones. Los puestos de comida se llenaron, pero Rebecca insistió en hacer cola porque estaba muerta de hambre.

Yo necesitaba ir al baño, así que me escapé al bar más cercano, uno en la parte de atrás, accesible por un callejón lateral que olía a pis. Estaba oscuro porque su única farola de luz anaranjada estaba al fondo.

Había dado tres pasos cuando escuché voces.

—Mira quién está aquí.

Me giré.

Las figuras de tres chicos. Los reconocí antes de que sus caras emergieran de la sombra. Rury, Mark y otro más del equipo.

Mierda.

—¿Dónde vas tan rápido? —Rury me agarró del brazo cuando pasé a toda prisa por ellos.

—No me toques.

—Solo queremos hablar. —Mark me sonrió sin una pizca de simpatía.

—Hablad desde allí. —Le aparté de mi de un empujón suave.

—No te pongas chula —dijo el otro, Wells o algo así, avanzando un paso.

Traté de irme, pero me agarró de la muñeca y tiró de mí con demasiada fuerza. A la vez, Mark me empujó del hombro. Mi mejilla golpeó la pared con un chasquido seco que me hizo ver luz blanca durante un segundo. El dolor llegó inmediato, agudo, desde el pómulo hasta la sien.

Solté un quejido y me llevé la mano a la cara.

—Nos has jodido el futuro —dijo Wells, inclinándose junto a mi.

—Más bien te lo has jodido tú solito.

—Encima vas con esa actitud… —se indignó Rury. El muy cobarde no había dicho ni mu delante de Rob y los demás testigos, pero ahora parecía muy envalentonado por el hecho de que yo era una y ellos tres.

—Apartaos de ella. —La voz de Rob llenó el callejón.

Me giré, o lo intenté. Tenía la mejilla pulsando, los ojos húmedos de dolor y el corazón golpeándome las costillas.

Rob estaba en la entrada del callejón, con Jane detrás de él, blanca como el papel.

Los tres chicos se giraron despacio.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —gruñó Rob.

—Tranquilo, tío —empezó uno de ellos—. Solo estábamos hablando.

—Que os apartéis de ella.

Dio un paso hacia nosotros. Los chicos también avanzaron a la vez como una manada de lobos bien coordinada.

—¿Qué? —Wells le dio un empujón a Rob—. Como es tu hermana… ¿nos tenemos que olvidar de todo?

Rob le empujó de vuelta con mucha más fuerza, y Rury le propinó un puñetazo.

—¡Parad! —gritó Jane—. No fue Erika.

Todos nos giramos. Estaba en el umbral del callejón con los puños apretados a los costados y una expresión cansada.

—Fui yo. —Tragó saliva—. Yo hablé con dirección. Yo di los nombres. No Fabio, ni Erika. Fui yo.

Nadie habló durante varios segundos.

Uno de los chicos abrió la boca y la cerró de nuevo.

Rob la miraba con una expresión que no supe identificar del todo. No era rabia sino algo bastante más difícil de gestionar.

—¿Por qué? —preguntó al final—. Ni siquiera estabas en la lista.

Jane bajó la vista un momento. Luego la levantó.

—Porque era lo correcto. —Hizo una pausa antes de ponerse a chillar—. Y porque necesitabais esa lección. Porque lo tenéis todo para ser unos tipos increíbles, pero elegís ser unos capullos de mierda.

El callejón se quedó en silencio. Los tres amigos de Rob se miraron entre ellos con la incertidumbre que provoca un cambio de enemigo a última hora. Uno de ellos murmuró algo. Se giraron y se fueron sin decir nada más. Su retirada silenciosa me pareció lo más cercano a una disculpa que sabían hacer.

Rob se quedó mirando a Jane y ella le sostuvo la mirada sin amilanarse, pero evidentemente preocupada.

Había demasiadas cosas entre ellos que no podían solucionarse, conmigo de testigo. Así que no dije nada. Ninguno de los tres lo hizo. El fantasma de las consecuencias de nuestras malas decisiones demasiado presente y ensordecedor en aquel momento como para añadir nada más.

Rebecca me llevó a casa. Supe que el moratón de mi cara debía tener una pinta horrible cuando me pidió las llaves y se sentó tras el volante. Condujo despacio y no se quejó ni una sola vez del tráfico.

Mis padres no estaban. Ellos también habían ido al pasacalle y debían de estar cenando y disfrutando del ambiente. Rob tampoco apareció en el rato que pasamos en la cocina. Busqué en un cajón desastre una bolsa de gel frío y la metí en el congelador.

Subimos a mi habitación y Rebecca cerró la puerta, encendió la lámpara de la mesita porque la luz del techo era demasiado.

—Pon esto de momento —dijo, dándome una camiseta que había llenado con hielo del congelador.

Me la apliqué en el pómulo y me senté en la moqueta con la espalda contra la cama. Rebecca se sentó frente a mí con las piernas cruzadas y abrió el teléfono, tecleó algo y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Te duele mucho?

Me encogí de hombros. Mi cara había chocado contra una pared al igual que mi dignidad, pero el hecho de que mi hermano me hubiera defendido y de que Jane hubiera confesado, solucionando el misterio, me hacía sentir extrañamente ligera.

—Se me pasará.

Rebecca me sonrió.

—¿Te he dicho alguna vez lo jodidamente alucinante que eres y lo mucho que te admiro?

Mis ojos se humedecieron con mucha facilidad. El dolor pulsante y el cóctel de emociones habían llenado mi vaso, y esas ultimas palabras lo habían rebosado.

Estuvimos un rato en silencio escuchando el sonido ocasional de algún coche pasando por mi calle.

—Rob me ha defendido —dije al fin, tras un largo rato de silencio.

Rebecca giro la cabeza hacia un lado.

—No debería sorprenderte.

Suspiré.

—Espero que todo esto le haga espabilar e intentar ser mejor persona.

—Si no lo hace esto, nada lo hará.

Estuvimos otro rato en silencio y entonces la ventana se abrió.

—¿Gary? —Rebecca y yo nos giramos al mismo tiempo.

No era el intruso de mi vecino, quien asomó por la ventana. Fabio estaba en el marco, con una rodilla apoyada en el alféizar y la otra pierna todavía fuera, evaluando el interior de la habitación. Tenía una ramita de un arbusto enganchada en el pelo y tierra en la rodilla.

—¿Qué haces aquí...?

—Te he estado llamando. —Terminó de entrar y cerró la ventana detrás de él.

Miré mi móvil. Tenía cuatro llamadas perdidas.

—Lo siento, lo tengo sin sonido.

Sus ojos fueron directamente a mi mejilla.

Cruzó la habitación en tres pasos. Se agachó frente a mí y retiró la bolsa de gel con cuidado para ver el golpe.

Apretó los dientes.

—¿Quién? —dijo.

—Ya está resuelto.

—Eso no es lo que he preguntado. Dime el puto nombre.

—Fabio.

—Erika.

Nunca le había visto tan enfadado. Me miró a los ojos con una intensidad que hacía difícil mirar hacia otro lado. Ira y miedo mezclados.

—Quiero olvidar este asunto —dije al final—. Jane ha confesado así que no van a volver a molestarme.

El alivio suavizó sus facciones.

Se sentó en la moqueta, frente a nosotras, con las piernas cruzadas y apoyó la espalda contra mi cómoda.

—No creí que fuera a confesar —comentó más tranquilo.

—¿Sabías que había sido ella?

—Solo lo sabíamos nosotros tres. Y parecía demasiado enfadada para alguien que ni siquiera estaba en las listas.

—Creo que siente algo por Rob —dije a modo de explicación.

—Obvio. —Fue la simple respuesta de él.

Rebecca soltó una risilla.

—Se nos olvida que tú lo sabes todo. —Su mirada divertida se intercaló entre nosotros—. Bueno, no todo.

Me tensé al pensar que iba a contarle lo de Dan, pero no lo hizo. Estuvimos un rato hablando. Rebecca contó que Jane sospechó de la expresión de los tres chicos cuando se fueron en la misma dirección que yo, y por eso fue a buscar a Rob. Fabio escuchaba más de lo que hablaba, y a ratos parecía distraído. Mirando hacia la puerta y ojeando mi móvil que estaba tirado en mi cama.

La bolsa de gel se había quedado tibia y la dejé a un lado.

—¿Dónde está Dan? —preguntó Fabio cuando le pillé mirando hacia mi móvil otra vez.

—¿Por qué?

—¿No debería estar aquí contigo? —Levantó la vista y me pareció ver una tormenta en sus ojos—. Debería saber lo que ha pasado.

Rebecca carraspeó suavemente, como incitándome a decirle la verdad de una vez.

Yo no dije nada.

Fabio frunció el ceño, leyendo el extraño silencio del cuarto.

—¿Ha pasado algo con Dan?

—No exactamente.

—¿Qué significa eso?

Una de las cejas de mi amiga se enarcó en una muda advertencia.

—Lo dejamos la semana pasada —confesé al fin.

Fabio no respondió. Se me quedó mirando con una expresión que me hizo removerme un poco.

—¿Rompió contigo? —La voz le salió más queda que antes.

Negué con la cabeza.

—Fui yo.

Otro silencio. Sus ojos no se movieron de los míos y me estaba empezando a costar respirar.

Tragué saliva, me picaba la piel y notaba las mejillas calientes.

Fabio se inclinó hacia delante despacio. Con las manos en la moqueta, empezó a gatear hacia mí, sin apartar los ojos de los míos ni un segundo.

Me quedé completamente quieta, viéndolo acercarse con una lentitud deliberada. Tenía el corazón en la garganta.

Rebecca se levantó.

—Esa —dijo, recogiendo su chaqueta del suelo y sacudiéndola una vez— es mi señal para irme.

Ninguno de los dos la miramos.

La escuché coger su bolso y sus pasos hacia la puerta.

—Lo supe desde el principio —dijo en el umbral, con un tono cargado de satisfacción.

La puerta se cerró detrás de ella.

Fabio llegó hasta mí y se detuvo tan cerca que tuve que inclinar la cabeza para seguir mirándole a los ojos. Su mano encontró mi mandíbula, sosteniéndome la cara como si le perteneciera.

—Le has dejado porque te he arruinado para cualquier otro hombre —dijo, muy bajo.

No lo negué, no serviría de nada. Veía en su mirada que lo tenía muy claro.

—Igual que tú me has arruinado a mí —añadió—. Solo juntos tenemos sentido.

Me besó entonces. Me besó como quería ser besada para el resto de mi vida. Su lengua entrando en mi boca sin pedir permiso, sin necesitarlo, porque ahí era donde pertenecía. Dentro de mí. Algunas partes de su cuerpo estaban mejor en mi interior.

Cuando nos separamos, apoyó la frente en la mía, y nuestras respiraciones irregulares se mezclaron. La expresión de su rostro me mostró todas sus defensas bajadas por primera vez.

—Gracias por haber nacido para mí, Erika Summers —dijo en voz baja.

Se me humedecieron los ojos.

—Gracias por haberme encontrado entre las rocas —respondí.

Me volvió a besar. Y el mundo entero desapareció a nuestro alrededor.

Epílogo

La playa estaba llena, pero habíamos conseguido un trozo de arena cerca de las rocas donde la gente del paseo no podía vernos fácilmente. Rebecca había llegado con una nevera portátil llena de bebidas lesbianas, como las llamaba ella. En realidad, eran botellas de diseño artístico que contenían alcohol de colores poco comunes.

—No entiendo por qué siempre soy yo la que organiza la comida —protestó Sasha mientras abría recipientes y los colocaba sobre el mantel.

—Porque eres la única que sabe hacer comida sana con un sabor decente —dijo Lena desde su toalla, sin abrir los ojos.

—Suena a un talento por el que debería cobrar.

—Tengo cinco dólares en el bolsillo de la sudadera —ofreció Alex—. ¿Cubre eso mi parte?

Lena tenía la cabeza apoyada en el hombro de Alex y él tenía una mano en su cintura. Se les veía en paz, satisfechos con la vida, ahora que habían dejado de huir el uno del otro.

Yo estaba sentada entre las piernas de Fabio, apoyada contra su pecho, con los pies enterrados en la arena caliente y un recipiente de fresas en el regazo. Estaban desapareciendo a un ritmo que no era exclusivamente culpa mía.

—Oye —dije, girándome—. Esa era la última.

—Ahora es mía —respondió él sin una pizca de culpa.

—Serás ladrón.

—Tienes que aprender a compartir. —Se señaló el pecho.

—Siempre dices eso de mi comida, pero si intento probar tu postre te falta clavarme el tenedor en la mano.

Fabio sonrió contra mi pelo.

—Soy muy celoso con mis postres —susurró en mi oreja.

—Sí, será con eso. Porque conmigo no eres nada celoso —me quejé. Al llegar a la playa nos había encontrado hablando con unos chicos y no se había inmutado, mientras que Alex les había asesinado con la mirada.

Una carcajada sarcástica a mi derecha me hizo girar la cabeza hacia Gary.

—¿Que no es celoso? —volvió a reír mi vecino—. Supongo que bromeas.

Fabio le lanzó una camiseta enrollada a la cara y yo intercalé una mirada entre ambos.

—¿Me he perdido algo?

—No —soltó Fabio sospechosamente rápido.

Gary esbozó una sonrisita, sintiéndose poderoso.

—No conoces a tu propio novio —murmuró, toqueteando su teléfono—. Mira esto.

—¿Por qué no te das un baño, Gary? —le sugirió Fabio, aunque por el tono parecía más una amenaza.

La pantalla del móvil de Gary, mostraba una foto de una nota escrita a mano en la letra de Fabio.

—La nota que hay pegada en el marco de tu ventana por fuera —me informó.

—¿Qué? —me incliné para leerla.

No hay nada aquí para ti. Salvo dolor si insistes en entrar por esa ventana.

—¿Tú la pusiste ahí? —le pregunté a Fabio burbujeando de placer. Él estaba mirando la arena con una expresión de fastidio.

—Llevo años entrando por esa ventana —explicó Gary para el grupo—. Al parecer ya no se me permite.

—Sin el parecer —dijo Fabio—. Imagina que está lapidada.

—Tú entras por ahí. Te he visto.

—Está lapidada para ti.

Un aleteo muy agradable se desplegó por mi pecho. Por supuesto, no podía dejar que Fabio pensara que ese comportamiento me agradaba, así que me concentré en borrar la sonrisa de mi cara.

—¿Qué pasa con lo de «estoy demasiado bueno para tener celos de nadie, pixie», que me dijiste el otro día?

—Mentía, obviamente —reconoció él, con el fantasma de una sonrisa en los labios.

—¿Sabes lo que ha dicho cuando os hemos visto hablando con esos chicos? —intervino Alex.

—Creo que es suficiente. —Mi chico ahora estaba enfurruñado.

—Dilo —insistió Lena, y Alex puso esa cara de que quemaría el mundo si ella se lo pedía.

—Me ha dicho: ¿Es normal que quiera asesinar a todos los idiotas que se le acercan?

No pude evitar sonreír como una tonta. Fui hacia Fabio gateando por la arena.

—Oh, no, ya empiezan —suspiró Rebecca.

Le di un beso por el que seguramente todos apartaron la mirada. Fabio se dejó caer hacia atrás conmigo encima y me rodeó con brazos y piernas sin intención aparente de soltarme.

Fue Noah quien nos lanzó agua fría del mar para recordarnos que estábamos en un lugar público. Noah era un amigo de Lena, menudo, con la gorra siempre baja y la actitud de querer ser invisible. Su compañero de piso Keenan, que era lo contrario en todo, llevaba un rato intentando convencerle de meterse al agua.

—Paso —dijo Noah, sin moverse.

—Siempre pasas —respondió Keenan, acercándose. Su voz había cambiado de tono—. Necesitas un empujoncito.

Noah no retrocedió. Le miró desde debajo de la visera con una calma forzada.

—Ni se te ocurra.

Estuvieron demasiado cerca durante un segundo. Luego Keenan se apartó con algo que me pareció un sonrojo y se metió al agua de cabeza.

—Eso va a acabar muy mal —murmuró Lena.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, Rebecca levantó la vista de su teléfono.

—¿Has visto el mensaje de Jane?

Negué con la cabeza.

—Le han dado prácticas en Microlandia. Y está jodida porque Rob va a ser el supervisor de su equipo.

El silencio se alargó durante un rato.

—Eso sería una catástrofe —murmuré.

—¿Creéis que va a vengarse de ella? —inquirió Alex.

—Que va, ahora va de hombre reformado —intervino Fabio.

Y era cierto, Rob estaba intentando cambiar. Pero todo el verano trabajando con la chica que le había dejado sin beca y que encima le gustaba de verdad. Me temía lo peor.

Aunque pensándolo bien, si había alguien capaz de reformar a Rob Summers, esa era Jane.

Disfrutamos de la brisa marina y de la buena compañía durante una hora más, hasta que el móvil de Fabio vibró.

Lo sacó del bolsillo con un gesto distraído. Lo desbloqueó y leyó. Noté el cambio antes de que dijera nada. La quietud primero, y luego una línea pequeña entre las cejas.

Siguió mirando la pantalla, probablemente leyéndolo otra vez.

—¿Fabio? —dije en voz baja.

No respondió.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebecca.

Fabio dejó el móvil sobre la arena despacio.

—Volkswagen ha anulado el contrato con mi profesor —dijo.

Me giré hacia él. Algo cruzó su cara que no supe descifrar.

—Había un problema con el modelo —dijo al final.

—¿Qué tipo de problema?

—El ángulo de admisión en la tercera fase. Calculé mal cuando lo presenté y nunca llegué a corregirlo. —Una sonrisa pequeña apareció en su rostro—. Él no sabe solucionarlo.

—Pero tú sí —dije.

La sonrisa se tornó grande.

—Entonces el proyecto sigue siendo tuyo —añadí—. Nadie puede quitarte lo que está dentro de la cabeza.

Fabio no respondió de inmediato. Miró a su primo y luego me miró a mí.

—Tendría que volver a Brasil —dijo.

—Ya lo sé.

—¿Y te da igual que me vaya al otro lado del planeta?

—No… claro que no me da igual. Pero es tu oportunidad de probar que te robó el proyecto y recuperarlo.

Fabio tragó saliva.

—¿Qué clase de relación sobrevive a esa distancia? —murmuró, negando con la cabeza como si desechara la idea.

No podía permitir que abandonara su proyecto por mí.

—Iré contigo —dije en un impulso.

Sus labios se curvaron.

—¿Vendrías a Brasil conmigo?

Pensé en todas las veces que había elegido salir corriendo y en la vez que no lo hice.

—Sí —solté con determinación—. Si me quieres a tu lado, iré.

Fabio no respondió. Apoyó la frente en la mía.

—Siempre te quiero a mi lado, pixie.

Cerramos los ojos los dos al mismo tiempo, con el ruido del mar de fondo y la arena caliente y el sol de Sídney cayendo sobre los hombros.

—¿Sabes qué es lo que más me fastidia de ti? —murmuró.

Abrí los ojos.

—¿Qué?

—Que por tu culpa ya no puedo odiar a mi profesor, ni a mi ex, ni a la escuela.

—¿Por qué?

—Porque ahora doy gracias por todas y cada una de las traiciones que me han traído hasta ti.

Hemos llegado al final, y si estás leyendo esto significa que has acompañado a Erika y Fabio hasta aquí. No sabes lo que eso significa para mí.

Si la historia te ha removido algo, te ha robado horas de sueño o simplemente te ha hecho sonreír en el momento justo, te pido un favor pequeño con un impacto enorme: deja una reseña y una puntuación. No hace falta que sea larga ni perfecta. Para una autora independiente, cada reseña es combustible para que más lectoras encuentren esta historia.

Gracias por quedarte. Gracias por confiar en mí con tu tiempo.

Nos vemos en la siguiente aventura.

¿A qué pareja te gustaría leer ahora?

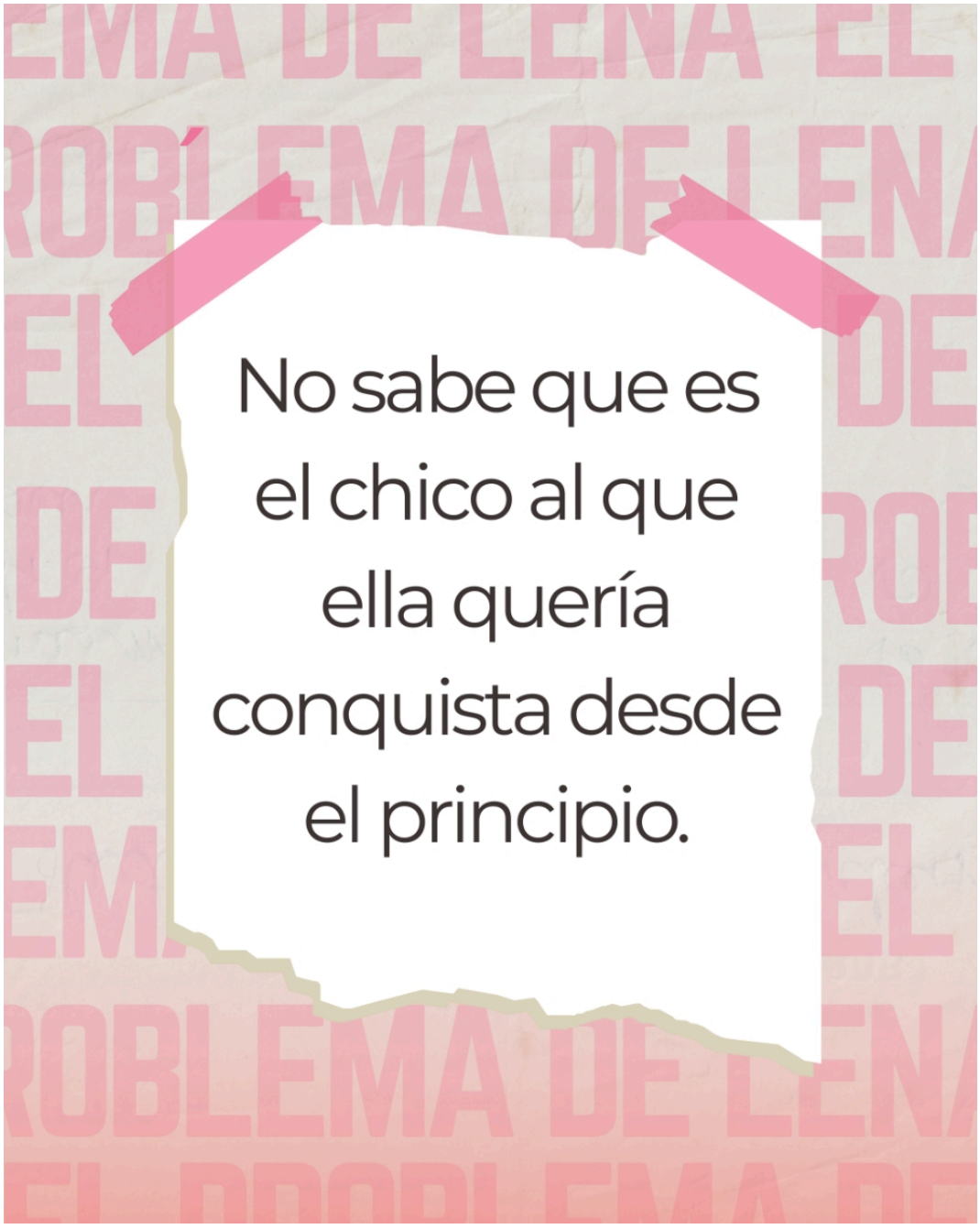
¿Quieres más? El universo de esta historia sigue vivo. Puedes encontrar el spin-off en Amazon. El Problema de Lena y descubrir qué pasó entre esos dos. Clica sobre la primera foto para descubrirlo.


HOLA, ALEX
HOLA, CUPCAKE


Le está
dando
consejos
para seducir
a otro.


Dice cosas
como:
“Quizá yo
tenga mi
propio plan”


La llama cupcake y le da lecciones de literatura también.


No sabe que es
el chico al que
ella quería
conquista desde
el principio.


Y tiene celos de
sí mismo.